HERÓDOTO

HISTORIA

LIBRO III

TALÍA

EDITORIAL GREDOS

HERÓDOTO

HISTORIA

Libro III TALÍA

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
CARLOS SCHRADER



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 21

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por EMILIA MARTÍNEZ FRESNEDA.



PRIMERA EDICIÓN, 1979.
4.ª REIMPRESIÓN.

Depósito Legal: M. 30021 - 2007

ISBN 978-84-249-1477-6. Obra completa.
ISBN 978-84-249-3525-2. Tomo I.

Impreso en España. Printed in Spain
Impreso en Top Printer Plus, S.A.

LIBRO TERCERO

TALÍA

SINOPSIS

REINADO DE CAMBISES (1-60).

Causas ocasionales de la campaña de Cambises contra Egipto (1-4).
Preparativos de la expedición. Relaciones de Cambises con los árabes (4-9).
Derrota y sumisión de los egipcios —con sumisión también de cireneos y barceos, voluntariamente— (10-13).
Humillaciones infligidas a Psaménito. Muerte del monarca egipcio (14-15).
Represalias de Cambises contra la momia de Amasis (16).
Proyecto de atacar simultáneamente a cartagineses, amonios y etíopes (17-18).
Imposibilidad de llevar a cabo la expedición contra Cartago (19).
Misión exploratoria de los ictiófagos en Etiopía (20-24).
Expedición de los persas contra los etíopes (25).
Expedición contra los amonios (26).
Cambises regresa a Menfis. Muerte de Apis (27-29).
Agudización de la locura de Cambises (30-37).
- Asesinato de Esmerdis (30).
- Asesinato de una de sus hermanas (31-32).
- Causas de su comportamiento (33).
- Asesinato del hijo de Prexaspes y de varios nobles persas (34-35).
- Intento de acabar con Creso, que logra salvar la vida (36).
- Otros sacrilegios de Cambises (37).

Excurso sobre el poder de la costumbre en el mundo (38).
Acontecimientos contemporáneos en Grecia. Campaña de los lacedemonios contra Samos (39-60).

VARIANTES RESPECTO A LA EDICIÓN OXONIENSIS DE HUDE

PASAJE	TEXTO DE HUDE	LECTURA ADOPTADA
5, 1	πόλιός [ἥ] ἐστι	πόλιος ἡ ⟨γῆ⟩ ἐστι (temptavit Legrand).
7, 2	παρὰ τὸν Ἀράβιον	παρὰ τὸν Ἀραβίων (scripsit Legrand) βασιλέα (DRSV).
12, 4	ταῦτα μέν νυν τοιαῦτα [ἐόντα εἶδον] τῶν ἅμα Ἀχαιμένεϊ	ταῦτα μέν νυν ἐόντα εἶδον ⟨ἐπὶ⟩ τῶν ἅμα Ἀχαιμένεϊ (addidit Stein).
22, 2	τὸν κόσμον αὐτοῦ	τὸν κόσμον αὐτῶν (S).
25, 2	τοὺς παρέοντας αὐτοῦ ταύτῃ	τοὺς παρέοντας αὐτοῦ (om. ABCP).
26, 1	Μακάρων νῆσοι	Μακάρων νῆσος (ABCP).
32, 1	ἀδελφεὸν αὐτοῦ [ἄλλον σκύλακα]	ἀδελφεὸν αὐτοῦ ἄλλον σκύλακα
35, 1	Σύ νυν μάθε [αὐτός]	Σύ νυν μάθε αὐτός
37, 2	ἐγὼ δὲ σημανέω	ἐγὼ δὲ ⟨οἱ⟩ σημανέω (add. Aldus).
39, 2	ἔχων δὲ ξεινίην	σχὼν δὲ ξεινίην (Stein).
45, 3	οὐδὲ λόγος αἱρέει	οὐδὲ ⟨ὁ⟩ λόγος αἱρέει (add. Abicht).
48, 1	γενόμενον γενεῇ πρότερον κατὰ δὲ τὸν αὐτὸν χρόνον	γενόμενον ⟨τρίτῃ⟩ γενεῇ πρότερον (add. Panofka) ⟨οὐ⟩ κατὰ κ. τ. λ. (add. Vollgraff).
49, 1	†ἐόντες† ἑωυτοῖσι	ἐόντες ὅμαιμοι (temptavit Legrand apud I 151, 2).

PASAJE	TEXTO DE HUDE	LECTURA ADOPTADA
52, 3	τὰ νῦν ἔχων πρήσσεις	τὰ νῦν ἑκὼν ⟨οὕτω⟩ πρήσσεις (coniecit Legrand). οὕτω (add. Powell).
53, 1	τῶν παίδων οὐκ ἐνώρα	τῶν παίδων ⟨νόον⟩ οὐκ ἐνώρα (add. Hirschig).
55, 1	ἐγίνοντο	ἐγένοντο (ABS) ⟨πάντες⟩ (add. Legrand).
63, 1	ἄγγελος. νῦν ὢν	ἄγγελος, νῦν ὢν
71, 1	σφίσι λόγους καὶ πίστις	[καὶ πίστις] (delevit Legrand).
73, 1	ὑπὸ Μήδου ἀνδρὸς μάγου [τε]	ὑπὸ Μήδου ἀνδρὸς μάγου τε (codd. pl.).
76, 2	στίχοντες	στείχοντες (codd. pl.).
82, 4	μούναρχος ἐών	μούναρχος [ἐών] (delevit Legrand).
91, 3	τὰ ἑπτακόσια τάλαντα	[τὰ] ἑπτακόσια (om. ABCP).
97, 2	οἳ περί τε Νύσην	Ante οἳ περί lacunam statuit Stein.
97, 4	δὲ ⟨τὰ⟩ ἐτάξαντο	δ' ἐτάξαντο (DRSV).
100	καὶ αὐτοῖσι ἔστι	καὶ αὐτοῖσι ⟨ὄσπριον τι⟩ ἔστι (add. Legrand apud Stein ⟨τι⟩).
102, 3	ἔρσενα παρέλκειν	ἔρσενα [παρέλκειν] (seclusi. Vide quae ad versionem graecam adnotavit Legrand).
109, 3	πᾶσαν [τὴν] γῆν	πᾶσαν τὴν γῆν
111, 3	καταπταμένας [αὐτῶν] τὰ μέλεα	καταπταμένας αὐτίκα τὰ μέλεα (coniecit Schweighäuser).
111, 3	τοὺς δὲ ἐπιόντας συλλέγειν. οὕτω μὲν τὸ κινάμωμον συλλεγόμενον ἐκ τούτων...	τοὺς δὲ ἐπιόντας συλλέγειν οὕτω [μὲν] τὸ κινάμωμον, συλλεγόμενον δ' ἐκ τούτων... (Legrand).
135, 3	καὶ τούτῳ ταὐτά	καὶ τούτῳ ταῦτα (CPDRSV).
137, 3	καὶ κῶς ταῦτα βασιλέϊ	[καὶ] κῶς ταῦτα βασιλέϊ (om. ABCP).

PASAJE	TEXTO DE HUDE	LECTURA ADOPTADA
140, 2	ἔχω δὲ χρέος ὡς εἰπεῖν	ἔχω δὲ χρέος [ὡς] εἰπεῖν (om. ABCE).
143, 1	μεταπεμπόμενος ἕνα ἕκαστον	Post ἕνα ἕκαστον lacunam statuit Legrand.
150, 1	ἐς τὴν πολιορκίην	ἐς [τὴν] πολιορκίην (om. PDRSV).
154, 1	ἄλλο βουλεύεται	ἄλλο ἐβουλεύετο (ABCP).
155, 1	ἄνδρα τὸν δοκιμώτατον	ἄνδρα [τὸν] δοκιμώτατον (om. ABCP. Vide quae ad versionem graecam adnotavit Legrand).
157, 1	ἄνδρα τὸν ἐν Πέρσῃσι δοκιμώτατον	ἄνδρα τῶν (CP) ... δοκιμωτάτων (Stein).

Causas ocasionales de la campaña de Cambises contra Egipto

1 Pues bien[1], contra el tal Amasis[2] fue contra quien entró en guerra Cambises, hijo de Ciro, llevando consigo, entre otros de sus súbditos, contingentes griegos de jonios y eolios[3]; e inició las hostilidades por el siguien-

---

[1] Después de la larga digresión sobre la geografía, costumbres e historia de Egipto —que ocupa la totalidad del libro II—, Heródoto reemprende el hilo de la narración, interrumpido en II 1, 2.

[2] Sobre Amasis, cf. *supra* II 162-163; 169-182; y nota II 580.

[3] Como en II 1, 2, Heródoto vuelve a aludir a que, entre las tropas de Cambises, se contaban soldados griegos, con lo que sigue teniendo presente el plan general de la obra: la narración de las Guerras Médicas, objetivo central de la *Historia* (cf. M. POHLENZ, *Herodot, der erste Geschichtschreiber des Abendlandes*, Leipzig, 1937, para quien el propósito enunciado en el proemio estuvo siempre presente en el propósito del historiador, si bien su interés por todo lo humano —Heródoto es, con Homero, el mejor representante, en la literatura griega arcaica, de la llamada «composición abierta»— le movía a incluir constantes digresiones marginales). Por otra parte —y a pesar de que, en general, el libro III está dedicado fundamentalmente a narrar sucesos directamente relacionados con los persas (lo que, aunado a los constantes datos históricos que Heródoto proporciona sobre dicho pueblo, dio lugar a que se considerara, por parte de algunos críticos, que el núcleo central de la *Historia* era una Historia de Persia; cf. G. DE SANCTIS, «La composizione della storia di Erodoto», *Rivista di Filologia e di Istruzione Classica* 4 [1926], 289-310)—, el mundo griego y sus gentes son mencionados siempre que hay ocasión para ello: en III 25, 2 y 7, se precisa lo que hicieron los contingentes griegos durante la campaña de Egipto; en III 39-60, se narra la expedición espartana contra Polícrates, con diversos episodios que hacen

te motivo[4]. Cambises había despachado un heraldo a Egipto para pedirle a Amasis la mano de una de sus hijas; y le hizo esta petición por consejo de un egipcio, que obró así por el rencor que sentía contra Amasis,

---

referencia a acontecimientos, contemporáneos a la acción principal, que se sitúan en el mundo griego, remontándose en ocasiones a las causas de los mismos, como en el caso de la historia de Periandro, tirano de Corinto, y de su hijo Licofrón (III 50-53); y las relaciones grecopersas se ponen siempre de manifiesto: muerte de Polícrates a manos de Oretes (cf. III 120 y sigs.), conquista de Samos por parte de los persas (III 139 y sigs.), etcétera. La más completa investigación crítica sobre la unidad de la obra herodotea la proporciona J. Cobet, *Herodots Exkurse und die Frage des Einheit seines Werkes*, Wiesbaden, 1971, páginas 4-42.

[4] Las explicaciones que va a dar Heródoto del motivo que indujo a Cambises a atacar Egipto son un buen exponente de su afán por recoger todas las fuentes de información posibles (cf., por ejemplo, II 19 y sigs., y F. J. Groten, «Herodot's use of variant versions», *Phoenix* 17 [1963], 79-87); afán que ha sido considerado por algunos críticos como una «invención» narrativa del historiador a partir de sus escasos conocimientos (cf. recientemente D. Fehling, *Die Quellenangaben bei Herodot. Studien zur Erzählkunst Herodots*, Berlín, 1971, a partir de una tesis expuesta ya en el siglo pasado por H. Panofsky, *Quaestionum de historiae herodoteae fontibus pars prima*, Berlín, 1885). En realidad, la campaña llevada a cabo por Cambises surgió de una necesidad política y ya había sido proyectada por Ciro, en razón de la alianza existente entre Amasis y Creso (cf. *supra* I 77, 2 y 153, 4; el testimonio de Jenofonte, en *Ciropedia* I 1, 4; VIII 6, 20, respecto a que ya Ciro había sometido Egipto, es erróneo). Eran muchas las ciudades griegas de Asia Menor que ofrecían resistencia a la soberanía persa; y tanto éstas, como las plazas fuertes del litoral fenicio, mantenían estrechas relaciones con los egipcios (cf. III 39: alianza entre Amasis y Polícrates; II 182 y III 47: ofrendas a templos griegos del faraón, que pretendía conseguir el apoyo de aliados griegos ante el presumible ataque persa; y II 182, 2: conquista egipcia de la isla de Chipre; medidas todas ellas insuficientes para poder equilibrar sus posibilidades de éxito ante una invasión persa. En general, cf. A. T. Olmstead, *History of the Persian Empire*, Chicago, 1948, págs. 36 y sigs.). Para extinguir de una

ya que, de entre todos los médicos de Egipto, lo había puesto a él a disposición[5] de los persas, separándolo de su mujer y de sus hijos, en cierta ocasión en que Ciro despachó emisarios a la corte de Amasis en demanda del mejor oculista que hubiera en Egipto[6]. Sumamente 2 resentido, pues, por ello, el egipcio instigaba, con sus consejos, a Cambises tratando de convencerlo para que le pidiera a Amasis la mano de una de sus hijas, a fin

---

vez esos focos de agitación y prevenir una posible coalición, Egipto tenía que ser sometido. La campaña tuvo lugar cuatro años después de la ascensión de Cambises al trono persa; posiblemente, en los meses de mayo/junio del año 525 a. C. Cf. A. B. LLOYD, *Herodotus. Book II. Commentary 1-98*, Leiden, 1976, páginas 3-4, acerca de los problemas cronológicos que plantean las fuentes documentales.

[5] En el texto griego aparece el adjetivo *ékdoton*, que, además de la simple idea de «entregar», también encierra el significado más restringido de «entregar en matrimonio (a una hija)» (cf. HERÓDOTO I 196, 3; EURÍPIDES, *Ifigenia en Aulide* 132; PLATÓN, *República* 613 d; DIODORO, IV 53; etc.), con lo que la venganza del médico egipcio es sumamente refinada.

[6] Sobre los médicos egipcios, cf. *supra* II 84, y nota II 314. Los papiros relativos a la medicina del antiguo Egipto, fundamentalmente el *Papiro Ebers* (un papiro descubierto por Georg Moritz Ebers, en 1862, en una tumba de Tebas, que se halla escrito en caracteres hieráticos, data del año 1500 a. C., aproximadamente, y consta de unas ciento diez páginas; constituye el documento médico más importante del antiguo Egipto y en él son tratados, con acentuado empirismo, el fenómeno morboso y el tratamiento de las enfermedades; actualmente se conserva en la Universidad de Leipzig. Sobre él, cf. A. WRESZINSKY, *Der Papyrus Ebers*, Leipzig, 1913), conceden gran importancia a las enfermedades oculares (tracoma, cataratas y hemeralopia, sobre todo), ya que las oftalmias causadas por el calor, el polvo y los parásitos eran frecuentes en Egipto; de ahí que los médicos tuvieran abundantes conocimientos empíricos para su tratamiento y que su fama fuese notable en la antigüedad (cf. HOMERO, *Odisea* IV 227-232, e *infra* III 129, 2, donde Darío, en su corte, aparece rodeado de médicos egipcios). En general, cf. G. LEFÈBVRE, *Essai sur la médecine égyptienne à l'époque pharaonique*, París, 1956, págs. 66-88.

de que este último se sintiera apesadumbrado si la entregaba, o incurriera en el odio de Cambises si no lo hacía[7]. Por su parte Amasis, atribulado y temeroso ante el poderío de los persas, no tenía valor para entregar a su hija —pues sabía perfectamente que Cambises no iba a hacerla su esposa, sino su concubina[8]—,
3 pero tampoco para negarse a ello. Así que, teniendo bien en cuenta estas consideraciones, hizo lo que sigue. Había una hija de Apries, el monarca anterior, muy esbelta y agraciada, que era la única superviviente de su familia y cuyo nombre era Nitetis[9]. Pues bien, Ama-

---

[7] Para Heródoto —que, en este punto, probablemente está siguiendo fuentes persas (cf. *infra* III 89, 3), aunque los testimonios greco-egipcios no deben descartarse—, Cambises es el prototipo de déspota absoluto. Cf. K. H. WATERS, *Herodotos on Tyrants and Despots*, Wiesbaden, 1971.

[8] Porque, ya con anterioridad a la ascensión de Darío al trono (en III 84, 2, la costumbre aún se circunscribe con mayor rigidez), el rey persa sólo podía tomar esposa entre las familias persas de más alcurnia. De hecho, y con anterioridad a la campaña egipcia, Cambises se había casado con dos hermanas suyas (según CTESIAS, *Persiká* 12, con Atosa y Roxana), siguiendo una costumbre elamita, ya que en 530 a. C. Cambises había asumido el título de «Rey de Babilonia».

[9] Sobre Apries, cf. *supra* II 161-163 y 169. Nitetis es la forma griega del nombre egipcio *Net-iyti*, «Neit ha venido»; un nombre que era relativamente frecuente en el Egipto saíta, ya que *Neit* era una diosa originaria de Sais y, durante algunas décadas, se convirtió en la divinidad nacional de Egipto (sobre la diosa y su identificación con Atenea, cf. *supra* II 28, 1 y II 62, 1). Dado que la *Estela de El Cairo* (cf. *supra* notas II 576 y 595; aunque sobre la cronología del conflicto entre Apries y Amasis no existe coincidencia entre los historiadores; cf. F. K. KIENITZ, *Die politische Geschichte Ägyptens vom 7. bis zum 4. Jahrhundert vor der Zeitwende*, Berlín, 1963, págs. 161-165) permite fechar la muerte de Apries hacia 566 a. C., y que Cambises accedió al trono en septiembre de 530 a. C., al llegar a Babilonia la noticia de la muerte de Ciro (Cambises había recibido el título de «Hijo del Rey» cuando Ciro partió para la campaña contra los maságetas; cf. *Cilindro de Ciro*, líneas 26-28, y *supra* I 208), Nitetis contaría unos cuarenta años de edad cuando

sis hizo ataviar a esa muchacha con galas y alhajas de
oro y la envió a Persia como si se tratara de su propia
hija. Pero, al cabo de cierto tiempo, en vista de que 4
Cambises, cuando la saludaba, se dirigía a ella llamán-
dola por su patronímico [10], la muchacha le dijo: «Ma-
jestad, no te das cuenta de que has sido engañado por
Amasis, que me envió ante ti con pomposas galas como
si te entregara a su propia hija, cuando en realidad lo
soy de Apries, a quien ese sujeto asesinó, pese a que
era su señor, con ocasión de un levantamiento que los
egipcios secundaron [11]». Como es natural, esta revelación 5
y la propia acusación inherente a ella irritaron sobre-
manera a Cambises, hijo de Ciro, y le indujeron a
marchar contra Egipto. Esto es, en suma, lo que cuen-
tan los persas [12].

Cambises fue proclamado rey, por lo que, de ser cierta la historia que cuenta Heródoto, lo más probable es que Amasis se la hubiese enviado a Ciro (cf. *infra* III 2, 1, y H. de Meulenaere, *Herodotos over de 26 ste. Dynastie*, Lovaina, 1951, págs. 125-128). Según los testimonios de Ateneo, 560 d, y Polieno, *Strategemata* VIII 29, fue Nitetis quien reclamó venganza a Ciro; y de ello se encargó su hijo y sucesor Cambises.

[10] En una sociedad clasista, las clases superiores sienten el orgullo de casta. Designar a un personaje, mencionando al padre o al abuelo, supone halagar ese sentimiento (cf. Hom., *Ilíada* X 67 y sigs.). A. Barguet, en su versión de Heródoto publicada en el volumen *Historiens Grecs*, I, París, 1964, pág. 219, traduce, libremente, «l'appela 'fille d'Amasis'».

[11] Cf. *supra* II 169, 1-3.

[12] Los capítulos 1-4 de este libro, donde se cuentan los móviles del ataque persa a Egipto, permiten entrever diversidad de fuentes: los capítulos primero y tercero proceden de fuente persa (sobre la importancia de la tradición persa en la obra de Heródoto, cf. K. Reinhardt, «Herodots Persergeschichten», recogido en *Herodot. Eine Auswahl aus der neueren Forschung*, Munich, 1965, págs. 320-369). El capítulo segundo tiene un origen egipcio, y el cuarto procede de fuente griega (Fanes era natural de Halicarnaso) o greco-egipcia, quizá a partir de los griegos establecidos en Náucratis (cf. T. S. Brown, «Herodotus specu-

2 Los egipcios, sin embargo, consideran a Cambises de su raza, asegurando que nació precisamente de esa hija de Apries, ya que, según ellos, fue Ciro, y no Cambises, quien despachó emisarios a la corte de Amasis
2 a solicitar la mano de su hija[13]. Ahora bien, en esto

---

lates about Egypt», *American Journal of Philology* 86 [1965], páginas 60-76).

[13] La atribución de una madre egipcia a Cambises (esta pretendida filiación es mencionada también por otros autores griegos: Dinón de Colofón, F. Jacoby, *Die Fragmente der griechischen Historiker* (= *F. Gr. Hist.*), Berlín-Leiden, 1923..., 522; Liceas de Náucratis (= Ateneo 560 e); Polieno, *Strategemata* VIII 29) lo legitimaba como faraón (Cambises inaugura la dinastía XXVII, que abarcó de 524 a 404 a. C., y cuyos sucesivos faraones fueron Cambises [525-522 a. C.], Darío I [522-485 a. C.], Jerjes [485-464], Artajerjes [464-424] y Darío II [424-404], constituyendo la primera dominación persa sobre Egipto), ya que de este modo se hacía al rey persa único descendiente directo de Apries, el faraón destituido por Amasis (en III 1, 3, Heródoto dice que Nitetis era «la única superviviente de su familia»), con lo que por sus venas corría la sangre divina de los reyes egipcios, el elemento esencial para la legitimidad real (cf. A. Moret, *Rois et dieux d'Egypte*, París, 1916, págs. 19-21). Teóricamente, el nuevo rey debía ser hijo del anterior faraón; pero, cuando ello no ocurría, la doctrina se preservaba mediante algún subterfugio (por lo general se traía a colación alguna genealogía «olvidada», que emparentaba al nuevo faraón con su predecesor). Todo lo relativo a la sistematización ritual de la sucesión en el trono pertenece ciertamente al segundo milenio, pero hay que tener en cuenta que la doctrina de la divinidad real pervivió a lo largo de los siglos (cf. incluso Pseudo-Calístenes, *Vida y hazañas de Alejandro* I 4-13, respecto a la filiación de Alejandro con el faraón Nectanebo), y, además, que la dinastía saíta se caracterizó fundamentalmente por sus inquietudes arcaizantes, creando un mundo idealizado y ficticio que fijaba sus ojos en el pasado: por ejemplo, se volvió a conceder gran importancia a los viejos *Textos de las Pirámides*, que fueron grabados en las tumbas con preferencia a los textos del *Libro de los Muertos* (cf. E. Driotton, J. Vandier, *L'Égypte* = *Historia de Egipto* [trad. Y. de Vázquez-Presedo], 3.ª ed., Buenos Aires, 1973, págs. 501 y sigs.). Es posible que la filiación egipcia de Cambises tuviera como origen círculos egipcios filopersas.

que dicen no tienen razón; es más, en primer lugar no se les oculta (pues si hay personas que conocen las costumbres de los persas, ésas son los egipcios [14]) que entre aquéllos no rige la norma de que un bastardo ocupe el trono cuando existe un hijo legítimo; y, por otra parte, no ignoran que Cambises era hijo de Casandane, hija de Farnaspes [15] —un aqueménida—, y no de la egipcia. Sin embargo, tergiversan la historia en su pretensión de estar emparentados con la estirpe de Ciro. Y así están las cosas.

Por cierto que también se cuenta la siguiente histo- 3
ria, que a mí me resulta inverosímil: una mujer persa fue a visitar a las mujeres de Ciro y, al ver que junto a Casandane se hallaban unos niños guapos y espigados, vivamente impresionada, los colmó de elogios. Pero

---

No hay que olvidar que Amasis había contado con mercenarios griegos para llevar a cabo su programa antinacionalista y antisacerdotal, por lo que en Egipto —sobre todo entre la casta militar— existía un notorio descontento hacia su persona, como lo demuestra una inscripción, con un contenido de dudosa lealtad hacia el faraón, erigida por *Nektarhebi*, jefe militar de la zona oriental del Delta (cf. P. TRESSON, *Kêmi* 4 [1931], págs. 126 y sigs.). Y, asimismo, es reveladora la inscripción biográfica grabada sobre la estatua de *Udjahorresne*, que en el momento de la invasión se hallaba al frente de la flota egipcia (cf. G. POSENER, *La première domination perse en Égypte*, El Cairo, 1936, páginas 1-26), y cuya actitud no debió de ser muy gloriosa, pues su inscripción no aporta ningún dato sobre el conflicto egipcio-persa: la hipótesis de su deserción parece probable; más aún si tenemos en cuenta el papel que los fenicios desempeñaban en la flota egipcia, participación que ha suscitado en la crítica moderna un enconado debate: cf. L. BASCH, «Trières grecques, phéniciennes et égyptiennes», *Journal of Hellenic Studies* 97 (1977), 1-10.

[14] Por su carácter de súbditos del imperio persa, tras muchos siglos de independencia nacional. Recuérdese que Heródoto no menciona en ningún pasaje del libro II la conquista asiria, al no poder hacerse eco de la misma, por haber sido silenciada en los testimonios egipcios. Cf. *supra* nota II 523.

[15] Cf. *supra* nota II 2.

Casandane, que era esposa de Ciro[16], le dijo lo siguien-
2 te: «Pues, pese a que soy madre de unos hijos como éstos, Ciro, sin embargo, me tiene relegada, mientras que mantiene en un puesto de privilegio a esa que se agenció en Egipto». Esto fue lo que dijo, molesta como estaba con Nitetis; y entonces Cambises, el mayor de
3 sus hijos[17], exclamó: «Pues bien, madre, a fe que, cuando yo sea un hombre, pondré todo Egipto patas arriba[18]». Eso fue lo que dijo Cambises cuando aproximadamente tenía unos diez años de edad, por lo que las mujeres se quedaron estupefactas. Pero él, conservando un cabal recuerdo de sus palabras, cuando se hizo hombre y tomó posesión del trono, llevó a cabo la expedición contra Egipto.

4 Y también contribuyó a la realización de esta campaña otro hecho que, poco más o menos, fue el siguiente: entre los mercenarios de Amasis había un individuo natural de Halicarnaso, cuyo nombre era Fanes[19], bas-

---

[16] Y no una concubina, dado su rango. Sin embargo, en el harén real convivían tanto las esposas como las concubinas del monarca persa. Cf. *infra* III 68, 4-5.

[17] El menor era *Bardiya*, a quien Heródoto conocía por el nombre de Esmerdis. Cf. *infra* III 30; 32; etc.

[18] Literalmente: «en Egipto pondré las cosas (que están) arriba, abajo; y las (que están) abajo, arriba». La historia que narra Heródoto no pasa de ser un «chisme» de harén. Cf. W. Aly, *Volksmärchen, Sage und Novelle bei Herodot und seinen Zeitgenossen. Eine Untersuchung über die volkstümlichen Elemente der altgriechischen Prosaerzählung*, Gotinga, 1969 (= 1921), páginas 31 y sigs.

[19] Pese a que W. W. How, J. Wells, *A commentary on Herodotus*, I, Oxford, 1967 (= 1928), pág. 256, consideran que la historia de Fanes debía de ser conocida por Heródoto ya en sus años mozos, por ser ambos de Halicarnaso, el pasaje relativo a la venganza que los mercenarios de Psamético III cobran de Fanes en las personas de sus hijos (cf. *infra* III 11) más bien parece apuntar a una fuente de información greco-egipcia (bien fueran griegos establecidos en Egipto o informadores locales). Incluso es posible que el nombre de Fanes fuese un apodo im-

tante sagaz a la par que decidido en el campo de batalla. El tal Fanes, molesto por lo que fuera con Amasis, huyó de Egipto en un navío con el propósito de entrar en contacto con Cambises. Pero, como gozaba de no poco prestigio entre los mercenarios y tenía un conocimiento muy preciso de la situación de Egipto, Amasis lo hizo perseguir poniendo un gran empeño en su captura: en concreto encargó su persecución al más leal de sus eunucos[20] (a quien envió tras los pasos de Fanes en un tirreme[21]), que lo agarró en Licia. Pero, a pesar de haberlo capturado, no logró conducirlo a Egipto, pues Fanes lo burló con astucia. En efecto, embriagó a sus guardianes y se escapó a Persia.

2 (margin, beside "talla. El tal Fanes...") — 3 (margin, beside "to, pues Fanes...")

puesto al mercenario en cuestión por los griegos residentes en Egipto: algo así como «el delator». Cf. M. L. Lang, «War and the rape-motif, or why Cambises invade Egypt?», *Proceedings of the American Philosophical Society* 116 (1972), 410-414, quien, salvo las noticias relativas a la princesa Nitetis, considera que los elementos de las tres versiones que se aducen como móviles que indujeron a Cambises a invadir Egipto pueden adscribirse a motivos populares, propagandísticos o etiológicos.

[20] Los eunucos desempeñaban en Persia, como lo habían hecho en Asiria, el papel de servidores de confianza (cf. I 117, 5; VIII 105, 2); pero, en Egipto, raramente son mencionados, y nunca teniendo a su cargo la función de guardianes del harén real. Cf. J. Vergotte, *Joseph en Égypte*, Lovaina, 1959, páginas 40-42.

[21] El trirreme era el navío de guerra que utilizaba por excelencia la marina egipcia desde los tiempos del faraón *Nekao* (609-594 a. C.) —cf. *supra* II 159, 1—, si bien no está definitivamente determinado si Egipto empleaba trirremes de origen griego o fenicio. Cf. L. Basch, «Phoenician Oared ships», *The Mariner's Mirror* 55 (1969), 139-162 y 227-245; y A. B. Lloyd, «Trirremes and the saite navy», *Journal of Egyptian Archaeology* 58 (1972), 268-279.

Preparativos de la expedición. Relaciones de Cambises con los árabes

Y cuando Cambises estaba ya dispuesto a marchar contra Egipto, si bien albergaba sus dudas sobre la ruta a seguir para atravesar el desierto[22], se presentó Fanes, quien le puso al corriente de la situación de Amasis y, entre otras cosas, le indicó la ruta a seguir, aconsejándole a este respecto que despachara emisarios al rey de los árabes[23], para solicitar que le garantizara seguridad en el recorrido[24].

---

[22] Se trata del desierto «sirio», que comenzaba al borde de la franja de Gaza y que, por la costa, se extendía hasta las cercanías de Pelusio, la entrada oriental de Egipto —situada en la boca pelusia del Nilo; cf. *infra* III 10, 1—, extendiéndose por el sur hasta la península del Sinaí.

[23] No se sabe a ciencia cierta a qué árabes se refiere Heródoto, pues, aunque el historiador parece considerarlos una única nación (cf. *infra* III 97, 5; y VII 69), se hallaban divididos en varias tribus. A. Grohmann, *Kulturgeschichte des alten Orient,* III, 4, Munich, 1963, págs. 22 y sigs., considera que son los *Lihyān,* que, en Plinio *(Historia Natural* VI 155), reciben el nombre de *Laeanitae,* y, en Tolomeo, VI 7, 18, el de *Laianîtai,* y que eran tribus nómadas que vivían al sur y al este de Palestina. No obstante, pueden tratarse también de los *Nabateos,* una tribu de origen árabe (cf. *Génesis* XXV 13) que habitaba en la *Arabia Pétrea* (la península del Sinaí) y al sur del Mar Muerto, y que tendrían importancia sobre todo desde el siglo III a. C. hasta el I d. C., por controlar el tráfico caravanero de la región desde la ciudad de Petra.

[24] Heródoto utiliza en este pasaje una terminología típicamente griega: de un lado Cambises solicita «seguridad» *(asphâleia),* término que supone la garantía de ausencia de cualquier contratiempo hostil en el curso de la travesía por un territorio; por otra parte —aunque el texto griego funde ambos conceptos en uno solo—, pide *diédoxon,* es decir, la concesión de paso franco que tenía que ser regulada ineludiblemente mediante un convenio (cf. *Helénicas de Oxirrinco* XXI). En general, cf. F. J. Fernández Nieto, *Los acuerdos bélicos en la antigua Grecia (época arcaica y clásica),* I, Santiago de Compostela, 1975, págs. 227 y sigs. No obstante, Cambises no deseaba tanto evitar el riesgo de un enfrentamiento armado con los

Pues el caso es que sólo por esa zona[25] se ofrece 5
una vía de acceso a Egipto. En efecto, desde Fenicia
hasta los aledaños de la ciudad de Caditis el territorio
pertenece a los sirios llamados palestinos[26]; desde Cadi- 2
tis —una ciudad que, en mi opinión, no es mucho menor
que Sardes[27]—, desde esa ciudad, digo, hasta la de Ya-
niso[28], los emporios marítimos pertenecen al rey de los

árabes, como conseguir que se le asegurase a su ejército el aprovisionamiento de agua durante el paso del desierto (cf. *infra* III 9).

[25] La zona costera que se extendía desde Gaza hasta Pelusio, ya que la travesía por el Sinaí hubiera resultado imposible para un ejército invasor. De ahí, por otra parte, la importancia estratégica de Pelusio, que era la verdadera «llave de Egipto» para un invasor procedente del este (cf. *supra* II 30, 2-3), para las guarniciones establecidas permanentemente en Dafnas, protegiendo la frontera occidental de Egipto.

[26] Para los griegos, Fenicia era únicamente la franja costera que se extendía aproximadamente desde el río Eléutero (el actual *Nahr-el-Kelb*), en las cercanías de Biblos, hasta el monte Carmelo, y que incluía las plazas marítimas de Biblos, Berito (= Beirut), Sidón, Tiro y la posterior Tolemaida. Y recibía ese nombre en razón de los bosques de palmeras (en griego *phoínikes*). Por su parte, Siria Palestina era la zona costera situada al sur de Fenicia (cf. I 105, 1; II 104, 3; 106, 1; III 91, 1; IV 39, 2; y VII 89), aunque, en ocasiones, el historiador —como en este caso— distingue a fenicios de sirios palestinos, mientras que, otras veces, utiliza el término «Palestina» para referirse también a la costa fenicia (cf. VII 89, 2). Los sirios palestinos son los filisteos, que en esta época todavía constituían un pueblo poderoso, y cuyas principales plazas marítimas (Azoto, Ascalón, Gaza y Ecrón) fueron atravesadas por el ejército de Cambises en su marcha hacia Egipto (cf. *Zacarías* IX 5).

[27] Caditis es, probablemente, Gaza (cf. *supra* II 159, 2). La comparación de esta ciudad con Sardes implica que Heródoto la visitó personalmente, quizá con ocasión del viaje a Tiro mencionado en II 44, 1; o, simplemente, cuando se dirigió a Egipto para conocer el país.

[28]. Yaniso es una ciudad de localización incierta, si bien se ha supuesto que se hallaba en las cercanías del uadi *El Arish* o algo hacia el este del puerto de Rinocolura, que fue importante en época romana (cf. JOSEFO, *Sobre la guerra judía* IV

árabes [29], mientras que, desde Yaniso, el territorio vuelve a ser de los sirios hasta el lago Serbónide, a orillas del cual, como es sabido [30], se alza, en dirección al mar,
3 el monte Casio. Y a partir del lago Serbónide, en el que, según cuentan, está oculto Tifón, a partir, repito, de dicho lago empieza ya Egipto [31]. Pues bien, el espacio

---

11, 5; SÉNECA, *De ira* III 20). La pretendida atribución de su nombre al lugar en que Jonás fue vomitado por el gran pez que se lo tragó (cf. *Jonás* II 11) no es admisible, dado que, por estas fechas, el pueblo judío tenía poca importancia.

[29] Esta afirmación está en contradicción con lo que el historiador dice en IV 39 (por lo demás, no contamos con testimonios antiguos que extiendan Arabia hasta las costas del Mediterráneo). Posiblemente, se hace aquí alusión a que las rutas comerciales, desde Arabia hasta el Mediterráneo, estaban bajo el control de la tribu árabe mencionada en III 4, 3, que obtendría pingües beneficios con la exportación de especias. Cf. E. MERKEL, *Die Araber in der alter Welt*, I, Berlín, 1964, págs. 167 y sigs.

[30] Cf. *supra* II 6, 1.

[31] En realidad, la frontera este de Egipto durante la dinastía saíta no estaba situada en el lago Serbónide, sino en el uadi *El Arish* (es decir, en las cercanías de Yaniso), tal y como había quedado fijada en 597 a. C. entre el faraón Nekao y el rey babilonio Nabucodonosor II (cf. *II Reyes* XXIV 7: «y no volvió a salir el rey de Egipto de su tierra, porque el rey de Babel había tomado, desde el torrente de Egipto [= el uadi *El Arish*] hasta el río Eufrates, todo lo que había sido del rey de Egipto»). Para el lago Serbónide y el monte Casio, cf. *supra* II 6, 1; ESTRABÓN, I 3, 4; XVI 2, 32; y XVII 1, 35; DIODORO, I 30, 4; PLINIO, *Historia Natural* V 68; TOLOMEO, IV 5; ESTEBAN DE BIZANCIO, s. v. *Sírbōn* y *Serbōnís*.

En la mitología griega, Tifón era un ser monstruoso, hijo de *Gea* (= La Tierra) y *Tártaro* (= La región profunda). Nacido para vengar a su madre, persiguió a los olímpicos hasta Egipto y derrotó a Zeus, aunque luego fuera vencido por la astucia del dios del cielo, que lo fulminó con sus rayos. Su tumba fue relacionada con distintos lugares (cf. HOM., *Ilíada* II 783), generalmente volcánicos debido a las llamas que vomitaba el monstruo (cf. PÍNDARO, *Olímpicas* IV 11, que la situaba en el Etna). En general, para todo lo relativo a su figura en la antigüedad, cf. A. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología clásica*, Madrid, 1975, pá-

comprendido entre la ciudad de Yaniso, de un lado, y el monte Casio y el lago Serbónide, de otro —zona ésta que no es de reducidas dimensiones, sino que supone unos tres días de camino aproximadamente—, es terriblemente árido.

6 Y voy a explicar ahora algo que pocas personas de las que se dirigen por mar a Egipto han advertido [32]. Todos los años [33] se importan a Egipto, procedentes de toda Grecia y, asimismo, de Fenicia [34], cántaros llenos de vino, y, sin embargo, por regla general no puede

---

ginas 56-57. Dado que había perseguido a los dioses hasta Egipto (cf. APOLODORO, I 6, 3), los griegos lo identificaron con *Seth* (cf. *supra* II 144, 2 y 156, 4), el hermano y adversario de Osiris, a quien se enfrentó causándole la muerte, según refieren los *Textos de las Pirámides* (una colección de fórmulas funerarias mágicas y rituales de las dinastías IV y V, dirigidas a Osiris y escritas en las paredes de las pirámides. Para datos sobre Osiris extraídos de dichos textos, cf. J. H. BREASTED, *Development of Religion and Thought in Ancient Egypt*, N. York, 1912; y F. RUSH, «Doppelversionen in der Überlieferung des Osirismythus in den Pyramiden», *Zeitschrift für ägyptische Sprache und Altertumskunde* 67 [1931], 88-92). El símbolo de Tifón era el hipopótamo, que debía de abundar en el lago Serbónide; de ahí que se le situara en dicho lugar (cf. APOLONIO DE RODAS, II 1207-1215; PLUTARCO, *De Iside et Osiride* 50; *Antonio* 4).

[32] Es posible que en esta afirmación haya una velada referencia a Hecateo. En todo caso, la información que recibió Heródoto al respecto puede provenir de los griegos establecidos en Náucratis (cf. E. LÜDDECKENS, «Herodot und Ägypten», *Eine Auswahl aus der neueren Forschung...*, págs. 434 y sigs.), y supone, por parte del historiador, una autoalabanza a su afán de investigación y a la amplitud de sus viajes, ya que un griego que se dirigiera a Egipto por mar, solía poner proa directamente hacia el Delta, sin tocar para nada en la zona costera que se extendía desde Yaniso hasta Pelusio.

[33] O «dos veces al año», según otra lectura que presentan algunos manuscritos.

[34] A la sazón Fenicia era uno de los países más importantes en la exportación de vino; vino que era muy apreciado (cf. I 194, 2 y III 20, 1, aunque los pasajes admiten diversas interpretaciones; cf. *supra* nota I 501).

verse vacío ni un solo recipiente de los muchos que
2 han contenido vino. ¿Con qué finalidad —se me podría objetar— los aprovechan entonces? Eso precisamente es lo que voy a explicar. Cada *demarca* tiene orden[35] de recoger todos los cántaros de su ciudad y de llevarlos a Menfis[36]; y, por su parte, los de Menfis la tienen de llenarlos de agua y de transportarlos a esas zonas desérticas de Siria que he mencionado[37]. Así, todos los cántaros que llegan periódicamente y que se vacían en Egipto van a parar a Siria, donde se suman a los de años anteriores.

7 Así pues, fueron los persas quienes, en cuanto se apoderaron de Egipto, acondicionaron esa vía de acceso a dicho país, surtiéndola de agua del modo que acabo

---

[35] La orden había sido dada por la administración persa (Heródoto, en este pasaje, se está refiriendo a una medida que tenía vigencia en su propia época), como se desprende del capítulo siguiente. El *demarca* (el término, sin embargo, es griego, ya que hace referencia al jefe elegido anualmente, junto a los funcionarios que le ayudaban, por la asamblea de todos los miembros de un *demo*, distritos administrativos del Ática que adquirieron especial importancia política a raíz de la legislación de Clístenes a finales del siglo VI a. C.) era, pues, una especie de alcalde de cada una de las comunidades menores que integraban en Egipto un *nomo* (= provincia, en egipto *sepat)*, y que estaban a las órdenes del *nomarca* o gobernador de un *nomo* (cf. *supra* II 164, 2 y nota II 585).

[36] Durante la primera dominación persa en Egipto (dinastía XXVII), la capital fue trasladada de Sais a Menfis —de hecho, esta última ya era, comercialmente, la primera ciudad de Egipto—, de ahí que fuera el lugar de concentración de las vasijas. Cf. K. T. ATKINSON, «The legitimacy of Cambises and Darius as kings of Egypt», *Journal of the American Oriental Society* 76 (1956), págs. 167 y sigs.; y, en general, G. POSENER, *La première domination perse en Égypte*, El Cairo, 1936.

[37] La afirmación de Heródoto merece bastante crédito, ya que en la costa este de Egipto —entre el monte Casio y el uadi *El Arish*—, cerca del desierto del Sinaí, existía una población llamada *Ostrakínē* (algo así como «Villacacharros»). Cf. JOSEFO, *Sobre la guerra judía* IV 11, 5.

de exponer. Pero como entonces[38] aún no había abastecimiento de agua, Cambises, informado[39] por el mercenario de Halicarnaso, despachó emisarios al rey de los árabes y, tras empeñar su palabra y recibir la de aquél, tuvo éxito en su demanda de garantías[40]. 2

Los árabes, por cierto, son unas gentes que respetan sus compromisos como los que más[41]. Y los conciertan de la siguiente manera: cuando dos personas quieren formalizar un acuerdo, un tercer individuo[42], situado en medio de ellos, practica, en la palma de las manos de quienes conciertan el compromiso, una incisión próxima a los pulgares mediante una piedra afilada; acto seguido, coge pelusa del manto de cada uno de ellos y unta con su sangre siete piedras que se hallan colocadas en medio[43]; y, al hacerlo, invoca a Dio- 8

[38] Cuando Cambises se proponía invadir Egipto; es decir, en 525 a. C.

[39] O bien, «siguiendo las indicaciones del mercenario de Halicarnaso», si, en lugar de *pythómenos* —que es la lectura que aparece en los manuscritos—, se lee *pithómenos* (que estaría más de acuerdo con III 4, 3: «aconsejándole a este respecto (Fanes a Cambises) que despachara emisarios al rey de los árabes...»). Para la construcción de *peíthō* con genitivo, cf. Heród., I 126; V 29 y 33; VI 12; Tucídides, VII 73; Eurípides, *Ifigenia en Áulide* 733.

[40] Cf. *supra* nota III 24.

[41] La fidelidad de los árabes era proverbial en la antigüedad. Cf. E. Merkel, *Die Araber in der alten Welt*, Berlín, 1964, páginas 178 y sigs. Hay que notar, por otra parte, que Heródoto se siente siempre interesado por las formalidades que rodean a la sanción de juramentos entre los diversos pueblos, en especial por aquellas que se caracterizan por el empleo de la sangre (cf. I 74, 5; IV 70).

[42] El empleo de un testigo, o mediador, en semejantes circunstancias es una característica típicamente oriental (cf. *Hebreos* VIII 6).

[43] El pasaje es muy interesante desde el punto de vista antropológico y revela abundantes concomitancias con testimonios que aparecen en la *Biblia* (para la incisión en los pulgares, cf. *Levítico* XIV 25 y 28). Las piedras que «están presentes

2 niso y a Urania. Entonces, una vez que el testigo ha cumplido estos ritos, el que ha promovido el acuerdo recomienda al extranjero a sus amigos (o, si lo formaliza con un conciudadano, al conciudadano en cuestión); y, por su parte, los amigos también consideran un de-
3 ber respetar el compromiso[44]. Y por cierto que consideran que los únicos dioses que existen son Dioniso y Urania (y pretenden que el corte del pelo lo llevan tal como lo llevaba cortado el propio Dioniso: se lo cortan en redondo, afeitándose las sientes[45]). A Dioniso, sin embargo, lo denominan Orotalt; y a Urania, Alitat[46].

---

en un juramento» —el número siete tiene un carácter sagrado (cf. *supra* I 86, 2; e *infra* III 76, 3)— solían servir de testigos entre los antiguos pobladores de Palestina y Transjordania; cf., por ejemplo, *Génesis* XXXI 45-53; *Josué* IV 20-24; XXII 27-28; XXIV 26-27. En general, cf. M. Eliade, *Traité d'histoire des religions*, París, 1953, pág. 202.

[44] Por medio de la mezcla de la sangre (que en el rito descrito por el historiador no se realiza directamente, sino a través de las «piedras-testigos», aunque originariamente el rito debía de consistir en que ambas partes unieran sus sangres directamente, de acuerdo con la idea de que la sangre es la vida), un extranjero era admitido, directa o indirectamente, como integrante de la tribu de la que fuera miembro el promotor del acuerdo. El término «conciudadano» (en griego *astós)* debe de hacer referencia en este caso a un árabe de la misma tribu, pero de diferente clan.

[45] La alusión a árabes nómadas que llevaban el pelo cortado en la forma en que describe Heródoto aparece ya en la *Biblia* (cf. *Jeremías* IX 25: «los que tienen las sienes rapadas y habitan en el desierto»). El historiador destaca esta característica por contraste con las costumbres griegas, ya que los griegos también se cortaban el pelo «en redondo», pero sin afeitarse las sienes.

[46] La justificación de estos nombres para las divinidades de los árabes es problemática (cf. J. H. Mordtmann, «Dionysos-Orotalt», *Klio* [1932], 430-433). Orotalt puede ser un dios de la fertilidad de los campos y de los ganados (y de ahí su identificación con Dioniso); pero, si cabe considerarlo una identificación de *Baal*, también es «el jinete de las nubes», dios atmosférico y del sol (según revelan las tablillas de Ugarit, fechadas

9 Pues bien, después de haber concertado el acuerdo con los mensajeros comisionados por Cambises, el árabe tomó las siguientes medidas: llenó de agua odres de piel de camello y los cargó a lomos de todos sus camellos vivos[47]; hecho lo cual, se adentró en el desierto[48] y aguardó allí al ejército de Cambises. De las dos versio- 2
nes que se cuentan, ésta es la más verosímil; pero también debo referir la menos verosímil, pues, al fin y al cabo, tiene su difusión. En Arabia hay un gran río, cuyo nombre es Coris, que desemboca en el mar llamado Eritreo[49]. Pues bien, según esta versión, el rey de los 3
árabes mandó empalmar, cosiendo pieles de bueyes y

---

hacia el año 2000 a. C.), que era adorado bajo la forma de una piedra erigida. Alilat, por su parte, que corresponde al semita *Al Ilat*, «la diosa», era inicialmente un apelativo que pasó a convertirse en nombre propio, y debe de proceder de la forma *Bilit* (= «señora»), que aparece en las inscripciones asirias y que es el femenino de *Bel* («[el] señor»). Heródoto la identifica con la divinidad persa *Mithra* (cf. I 131, 3, un nombre con desinencia femenina para un griego, pero que en realidad designaba al sol) y con la diosa asiria *Milita* (= *Isthar*, diosa de la guerra y del amor, y de ahí su identificación con Afrodita Urania; cf. I 199, 3). En general, cf. R. DUSSAUD, *Les religions des Hittites et des Hourrites, des Phéniciens et des Syriens*, París, 1945, págs. 410-411.

47 En griego, el sustantivo «camello» (= *kámēlos*) es de género epiceno, por lo que cabría también traducir la frase por «a lomos de todas sus camellas vivas», ya que, como el propio Heródoto dice en III 105, 2, las hembras superaban en resistencia y velocidad a los machos.

48 Posiblemente desde Petra, al sur del Mar Muerto, que estaba a orillas del uadi *Musa*.

49 En Arabia no existe ningún gran río que desemboque en el Mar Rojo (= «el mar Eritreo», cf. *supra* nota I 2). Probablemente el historiador está confundiendo el Mar Rojo (a ello pudo contribuir el que los dominios de los Nabateos se extendieran hasta el golfo de Akaba) con el Mar Muerto; y, al aludir al río Coris —sobre el que su informador debió de exagerar refiriéndose a su caudal—, puede estar haciendo referencia al uadi *El Araba*, que desemboca en dicho mar.

de otros animales, un conducto que, por su longitud, llegaba desde dicho río hasta el desierto, e hizo llevar
4 el agua a través del conducto en cuestión[50]; asimismo, en el desierto hizo excavar grandes aljibes para albergar el agua y conservarla (por cierto que desde el río hasta ese desierto hay un trayecto de doce días). Y aseguran que el árabe hizo llevar el agua, mediante tres conductos, a tres lugares distintos.

Derrota y sumisión de los egipcios (con sumisión también de libios cireneos y barceos, voluntariamente)

10 Entretanto, en la boca del Nilo que recibe el nombre de Pelusia[51], se encontraba acampado Psaménito[52], el hijo de Amasis, en es-
2 pera de Cambises. Pues, cuando atacó Egipto, Cambises no encontró vivo a Amasis, ya que este monarca había muerto tras un reinado de cuarenta y cuatro años[53], en el transcurso de los cuales

---

[50] La referencia a este acueducto debe de ser una versión fantástica (Heródoto la cuenta como segunda alternativa, pero agregando que es «menos verosímil»), reflejo de unas medidas que los persas tomaron para el aprovisionamiento de agua entre Media y Partia por medio de unos conductos subterráneos (cf. POLIBIO, X 28, 1-4). No obstante, sistemas de conducción de agua mediante canalizaciones troncocónicas ya eran conocidos en Egipto (en Tanis, al este del Delta, se han encontrado restos de una de estas canalizaciones; cf. *Orientalia* 19, Roma, 1950, págs. 496-498; y *supra* II 100, 3, sobre el acueducto subterráneo que hizo construir la reina Nitocris).

[51] Cf. *supra* II 17, 4, y nota II 72. Los persas llegan por la vieja ruta militar recorrida tan frecuentemente por los egipcios del Imperio Nuevo en sus campañas expansionistas y utilizada hacía poco por los asirios.

[52] Psaménito (a quien Manetón llama *Psamequeres*, mientras que Ctesias lo confunde con Amirteo; sobre éste, cf. *infra* III 15, 3) es Psamético III, el último faraón de la dinastía XXVI o saíta, que reinó desde diciembre del año 526 a. C. hasta junio de 525 (cf. F. K. KIENITZ, *Die politische Geschichte Ägyptens vom 7. bis zum 4. Jht...*, págs. 154-159).

[53] Según KIENITZ (*Die politische Geschichte Ägyptens...*, páginas 161-165), reinó desde 570/569 a. C. hasta 526. El problema, sin embargo, estriba en determinar si en los primeros años

no le sucedió ninguna desgracia importante. A su muerte, y una vez embalsamado, fue sepultado en el sepulcro que él personalmente se había hecho construir en el santuario[54].

3 Durante el reinado de Psaménito, el hijo de Amasis, en Egipto, ocurrió, a juicio de los egipcios, un prodigio realmente muy importante: llovió en Tebas de Egipto, fenómeno que, al decir de los propios tebanos, nunca había sucedido antes, y que, hasta mis días, no ha vuelto a repetirse[55] (pues el caso es que en el

---

de su reinado compartió el trono con Apries (eso, al menos, parece deducirse de DIODORO, I 68, 1, según el cual habría que fechar la muerte de Apries en 566 a. C.). Pero, de acuerdo con H. DE MEULENAERE, *Herodotos over de 26ste. Dynastie*, Lovaina, 1951, pág. 153, no puede admitirse la corregencia, ya que la batalla entre ambos faraones (cf. *supra* II 169, 1-2), y que la estela de Amasis fecha en el tercer año del reinado de este último monarca, no debió de tener lugar en ese año, pues la lectura «año tercero» es casi con toda seguridad errónea: en la primera línea hay que leer «año primero», por lo que no habría habido corregencia, sino una simple coexistencia de ambos faraones durante algunos meses tan sólo. No obstante, esta hipótesis no es admitida unánimemente por todos los egiptólogos (cf. *supra* nota II 595).

[54] En el santuario de *Neit* en Sais (cf. *supra* II 169, 3-5), ya que todos los faraones de la dinastía XXVI fueron sepultados en el patio del templo de su patrona, que por aquel entonces era la diosa nacional de Egipto. Sobre el sepulcro de Amasis, cf. PLINIO, *Historia Natural* XXXVI 12.

[55] La afirmación debe de ser exagerada. En la actualidad, en El Cairo suele llover, por término medio, unas seis veces al año; y, al sur de Asiut, ya en el Alto Egipto, dos veces al año como máximo (aunque no con regularidad y siempre escasamente). Cf. P. MONTET, *Géographie de l'Égypte ancienne*, París, 1957-1961. Volvemos a encontrarnos con la aplicación del razonamiento *post hoc ergo propter hoc*, tan frecuente en la narración de Heródoto: los egipcios vieron en el fenómeno atmosférico (que tuvo lugar después de abril, cuando la lluvia sí que es excepcional) un presagio de la futura invasión persa.

Alto Egipto no llueve lo más mínimo[56]; y aun entonces en Tebas sólo cayó una ligera llovizna).

11 Por su parte los persas, después de haber atravesado el desierto, asentaron sus reales cerca de los egipcios con el propósito de trabar combate. Fue entonces cuando los mercenarios del egipcio, que eran soldados griegos y carios[57], resentidos con Fanes por haber traído un ejército extranjero[58] contra Egipto, tramaron
2 contra él la siguiente venganza: llevaron al campamento

[56] La estancia de Heródoto en Egipto es uno de los problemas que mayor interés ha despertado entre la crítica moderna (cf. *supra* nota II 106, y F. Oertel, *Herodots ägyptischer logos und die Glaubwürdigkeit Herodots*, Bonn, 1970, que representa la posición generalizada de la crítica actual al ver en Heródoto a un viajero que es fiel a lo que ve o a lo que le cuentan). Si esta aserción proviene de una constatación personal del historiador, habría que convenir con C. Sourdille, *La durée et l'étendue du voyage d'Hérodote en Égypte*, París, 1910, que Heródoto sólo estuvo en Egipto aproximadamente cuatro meses, en época de crecida (cf. *supra* nota II 534); es decir, de junio a septiembre (sobre la fecha de su estancia —J. E. Powell, *The History of Herodotus*, Cambridge, 1939, sin embargo, pensó, a partir de II 104, que el historiador realizó dos viajes a Egipto, uno antes y otro con posterioridad a su viaje a la Cólquide: el primero en 461 a. C. y el segundo tras el año 448—, cf. *supra* nota II 51), cuando las lluvias son ciertamente inexistentes en el Alto Egipto.

[57] Todos los faraones de la dinastía saíta contaron con tropas regulares integradas por mercenarios griegos y carios (que habían ayudado a Psamético I a conquistar el trono de Egipto; cf. *supra* nota II 545). Sin duda, no constituían la totalidad del ejército, ya que en él también servían cierto número de soldados libios y se conoce también la existencia de mercenarios sirios, pero sí las tropas escogidas, que lucharon en Siria al mando de Nekao (cf. II 159, 2), en Nubia con Psamético II (cf. II 161, 1) y, durante la mayor parte de la dinastía, formaron la guarnición de Dafnas, la frontera más peligrosa de Egipto (cf. II 30, 2).

[58] Literalmente, «de otra lengua» (en el sentido de farfullar una lengua, de hablarla con dificultad). Cf. *supra* nota II 553 y la que sigue a la presente.

a unos hijos de Fanes, a quienes éste, al escapar, había dejado en Egipto, y, a la vista de su padre, colocaron una crátera en medio de ambos campos; luego, hicieron aproximarse a los niños uno por uno y los degollaron sobre la crátera. Tras acabar, uno tras otro, con todos 3 los niños, echaron vino y agua en la crátera y, una vez que todos los mercenarios hubieron apurado la sangre[59], se aprestaron a entrar en acción. La batalla resultó encarnizada y, cuando por ambos bandos habían

[59] La noticia de esta venganza pudo recibirla Heródoto de los griegos establecidos en Náucratis, a quien los acontecimientos en los que se veían implicados compatriotas suyos les interesarían mucho más que a los egipcios. No está bien determinada la razón que movió a los mercenarios a beberse la sangre de los hijos de Fanes. H. Stein, *Herodoti Historiae*, III, 6.ª edición, Dublín-Zurich, 1969 (= 4.ª ed. 1893), pág. 13, supuso que todo ello estaba relacionado con el culto de Zeus Guerrero (= *Strátios*), una divinidad caria (cf. V 119, 2), entre cuyos ritos se incluía una ceremonia que hermanaba a los oferentes al beber en común la sangre de la víctima consagrada (no obstante, cf. *supra* II 61, 2, un pasaje del que parece desprenderse el gusto de los carios por la sangre). Con todo, no hay que descartar la posibilidad de que la fuente de información del historiador fuese egipcia, y que la historia respondiera al odio que entre los egipcios despertaban los mercenarios extranjeros (recuérdese el relato novelado de Heródoto sobre la guarnición de Elefantina —cf. *supra* II 30 y nota II 116—, reflejo de dicho malestar; la crítica situación creada durante los reinados de Apries y de Amasis —cf. *supra* II 161, 3-162, 6—, y el traslado que de la guarnición de Dafnas realizó Amasis, llevándola a Menfis, para calmar la irritación del país contra los extranjeros), animadversión acrecentada por el hecho de que precisamente uno de esos extranjeros griegos (el empleo del adjetivo *allóthroon*, «de otra lengua» —aunado a la frase que aparece al comienzo del capítulo siguiente: los lugareños allí citados pudieron ser los mismos informadores de Heródoto en este punto—, puede dar mayor apoyo a la hipótesis de un origen egipcio para la historia del asesinato de unos seres humanos; cf., a este respecto, *supra* II 45, 2) había sido el causante de que los persas hubieran atacado Egipto.

caído ya un gran número de combatientes, los egipcios se dieron a la fuga[60].

12 Y por cierto que, merced a algunas informaciones que me facilitaron los lugareños, pude observar un fenómeno muy curioso: los huesos de los que cayeron en aquella batalla se hallan apilados independientemente unos de otros (en efecto, en un lado yacen los huesos de los persas, y en otro los de los egipcios, tal como los separaron desde un principio); pues bien, mientras que los cráneos de los persas son tan blandos que puedes perforarlos con que se te antoje darles con un simple guijarro, los de los egipcios, por el contrario, son tan sumamente duros que te costaría trabajo ha-
2 cerlos añicos aunque les atizases con una piedra. Me dijeron —y a fe que me convencieron con facilidad— que la causa de esta diferencia es la siguiente[61]: los egipcios empiezan a afeitarse la cabeza desde su más tierna infancia[62], por lo que el hueso se fortalece debido

---

[60] La batalla tuvo lugar probablemente a finales de mayo del año 525 a. C. Según Polieno, *Strategemata* VII 9, Cambises había conseguido apoderarse de la ciudad de Pelusio por haber provisto a sus tropas de perros, gatos, ibis, cabras, ovejas y otros animales; ante lo cual, los egipcios no ofrecieron resistencia por temor a herir a animales que consideraban sagrados. La anécdota responde simplemente a la contradicción que los escritores antiguos creían advertir entre la alta estimación en que se tenía a la civilización egipcia y los cultos zoomórficos que existían en Egipto (sobre los mismos, cf. A. Erman, *Die Religion der Ägypter*, Berlín, 1934, *Index*: Tiere, heilige).

[61] La explicación que va a dar Heródoto carece, biológicamente, de sentido, ya que sería admitir la teoría de los «caracteres adquiridos», en la actualidad totalmente desechada en Biología. Unicamente cabría admitir que, entre los contingentes del ejército egipcio, figuraran elementos negroides, cuyo cráneo es más grueso.

[62] Esta afirmación se halla en aparente contradicción con la noticia que refiere el historiador en II 65, 4 (quizá la laguna existente en dicho pasaje estableciera alguna condición especial a la costumbre ahora reseñada; cf. *supra* nota II 266). Sobre

a la acción del sol. Y a esto mismo se debe también 3
que no se queden calvos, ya que, de todos los pueblos de la tierra, en Egipto es donde pueden verse menos
calvos[63]. Esta es, en suma, la causa de que los egipcios 4
tengan el cráneo duro, mientras que, por lo que a los persas se refiere, la causa de que lo tengan blando es la siguiente: desde la niñez mantienen sus cabezas a la sombra, ya que llevan tiaras[64], que son unos gorros de fieltro. Esta es, en definitiva, la particularidad que pude observar; y también observé algo similar a lo que he contado en Papremis, a propósito de los soldados que, con Aquémenes, el hijo de Darío, perecieron a manos del libio Ínaro[65].

---

las costumbres egipcias relacionadas con el cabello, cf. A. Erman, H. Ranke, *Ägypten und ägyptisches Leben im Altertum*, Tubinga, 1923, págs. 246 y sigs.

[63] En los papiros egipcios relativos a temas de medicina se mencionan varias recetas para combatir la calvicie. Cf. G. Lefèbvre, *Essai sur la médecine égyptienne à l'époque pharaonique*, París, 1956, págs. 49-50.

[64] La tiara era, por excelencia, la prenda de cabeza nacional de los persas (aunque ya había sido utilizada por los asirios), que, según la riqueza y cantidad de adornos, indicaba la categoría social de su poseedor. Aunque la forma podía presentar diversas variantes, el tipo general era similar al gorro frigio (con el extremo superior hacia adelante, o bien recto). Llegó a constituir un signo externo de autoridad. Cf., por ejemplo, R. Huyghe, *El arte y el hombre*, I, Barcelona, 1966, págs. 303-310.

[65] La localización de Papremis es incierta (cf. *supra* nota II 246 para la ciudad de ese nombre mencionada en II 59, 2 y II 63, 1, que habría que identificar con Pelusio), y hasta es posible que la ciudad mencionada en este pasaje no sea la misma que aparece citada en el libro II con ese nombre. A. Kees, *Real-Encyclopädie der classischen Altertumswissenschaft* (= *R. E.*) XVIII 4, Stuttgart, 1949, s. v. *Papremis*, col. 1107, sugiere que esta Papremis se hallaba al oeste de la boca bolbitina del Nilo, en el *nomo* VII del Bajo Egipto; y su nombre respondería en este caso al egipcio *Pa-en-pa-remet*, «la (ciudad) del hombre del norte». Esta localización, en la zona occidental del Delta, se acomodaría mejor a la insurrección del dinasta

13 Entretanto, los egipcios, al verse obligados a retirarse del campo de batalla, huyeron sin orden alguno. Y, una vez confinados en Menfis, Cambises envió río arriba una nave mitilenea, con un heraldo de nacionalidad persa a bordo, para proponerles a los egipcios la capitula-
2 ción[66]. Pero ellos, al ver que la nave entraba en Menfis,

---

libio Ínaro, que difícilmente habría podido llegar a controlar la zona de Pelusio (la otra posible identificación de Papremis), donde permanentemente se encontraba apostada una guarnición persa (cf. II 30, 3, y A. B. Lloyd, *Herodotus. Book II. Commentary 1-98*..., págs. 270-272). La fecha de la batalla de Papremis no está bien determinada, pero debió de tener lugar entre 462 y 459 a. C. Se trató de una rebelión acaudillada por Ínaro, un dinasta libio, que fue secundado por el príncipe saíta Amirteo (que probablemente pertenecía a la antigua familia real), y que contó con ayuda ateniense (cf. Tucíd., I 104; Ctesias, frs. 32 y 40, F. Jacoby, *F. Gr. Hist.* 688; Diodoro, XI 71 y 74), lo que hizo que la batalla se decantara del lado de los insurrectos, pereciendo en ella el sátrapa de Egipto, Aquémenes (cf. *infra* VII 7), que era hermano de Jerjes. Sólo al cabo de dieciocho meses la revuelta pudo ser sofocada por los persas, a pesar de los intentos atenienses por conseguir que Egipto lograra la independencia (cf. Tucíd., I 110, 2, y Diodoro, XI 77).

[66] O también, «para invitar a los egipcios a un acuerdo», pues Heródoto utiliza un término *(homologia)* que, en principio, indica «conversación en condiciones de igualdad». Sin embargo, este concepto pasó a designar un «acuerdo de capitulación». Los ejemplos son abundantes en la historiografía griega: cf. Heródoto, VI 33, 3; 85, 3; VII 156, 2; Tucíd., I 29, 5; 98, 3; 107, 2; 114, 3; 117, 3; Jenofonte, *Helénicas* II 3, 6; *Anábasis* VI 1, 27-28; Teopompo, fr. 103, F. Jacoby, *F. Gr. Hist.* 115; etc. Sobre el empleo del término en contextos retóricos, cf. G. Bornkamm, «Homologia. Zur Geschichte eines politischen Begriffs», *Hermes* 71 (1936), 377-393. Y sobre la actitud de Persia en el plano político para concertar tratados de cualquier tipo, cf. G. Walser, «Zum griechisch-persischen Verhältnis vor dem Hellenismus», *Historische Zeitschrift* 220 (1975), 529-542, donde se pone de relieve la costumbre del rey persa de no tratar nunca en condiciones de igualdad con pueblos extranjeros (no obstante, cf. *infra* III 37, 1, pasaje en que Heródoto se refiere a los egipcios como aliados [= *sýmmachoi*] de los persas, aunque el término no

salieron en tumultuoso tropel de la plaza, destrozaron la nave, lincharon brutalmente a sus ocupantes y llevaron sus despojos a la fortaleza[67]. Tras este incidente, 3
los egipcios fueron sitiados, entregándose al cabo de un tiempo.

Por su parte, los libios adyacentes[68], atemorizados ante lo que había sucedido en Egipto, se rindieron a los persas sin presentar batalla, se comprometieron a pagar tributo y enviaron presentes. Y también cireneos y bar-

invalida la traducción adoptada para *homología* = «capitulación»).

[67] La implacable reacción de los egipcios de Menfis con respecto a la nave griega se debe probablemente al odio que entre los nacionalistas egipcios había despertado la más que probable defección de la flota egipcia, que, al mando de *Udjahorresne*, se habría pasado a Cambises (cf. *supra* nota III 13), traición que se consideraría como una de las razones capitales que habían determinado la derrota que los egipcios habían sufrido en Pelusio. Resulta, sin embargo, sorprendente que Cambises despachara una nave de Mitilene para tratar la rendición de Menfis. H. Stein, *Herodoti Historiae*, III..., pág. 15, pensó que, en realidad, los mitileneos no procedían directamente de Lesbos, sino que serían naturales de esa isla asentados en Náucratis (cf. D. Mallet, *Les premiers établissements des Grecs en Égypte*, París, 1893, págs. 123 y sigs.). Por su parte, Ph. E. Legrand, *Hérodote. Histoires. Livre III*, París, 1967 (= 1939), *ad locum*, considera que Mitilene podía haber participado en la campaña egipcia (cf. *supra* I 160, 2, para un intento de cooperación frustrada entre Mitilene y Mazares), a pesar de que las islas griegas no habían sufrido ataques persas durante la campaña de Harpago en Asia Menor (cf. I 162 y sigs.), por la carencia de efectivos navales entre las tropas persas (cf. I 143, 1 y 151, 3). Es posible que Mitilene —al igual que Quíos en I 160, 4— hubiese recibido alguna compensación territorial en el continente asiático por cooperar con Cambises.

[68] Es decir, las tribus libias que se hallaban establecidas al oeste de la boca canóbica del Nilo (cf. *supra* II 18). Para una descripción de las mismas y de sus costumbres, cf. IV 168 y siguientes. El temor de los libios a un ataque persa estaría justificado porque prestaban servicio, como tropas regulares, en el ejército egipcio.

ceos[69], con un temor similar al de los libios, hicieron
4 otro tanto. Pues bien, Cambises recibió con complacencia los presentes remitidos por los libios; pero, indignado con los que llegaron de Cirene, debido —creo— a que eran una miseria (concretamente, los cireneos habían enviado quinientas minas de plata[70]), cogió esa suma con sus propias manos y la distribuyó personalmente entre sus tropas[71].

---

[69] Cirene era una colonia de Tera (cf. *infra* IV 145 y sigs.), fundada hacia 631 a. C. y gobernada mediante una monarquía. En tiempos de la conquista persa, el rey era Arcesilao III, que murió asesinado (cf. IV 164). Era una ciudad muy próspera por su comercio con Grecia; cf. D. WHITE, «Archaic Cyrene and the cult of Demeter and Persephone», *Expedition* 17 (1975), 2-15. La fundación de Barca se atribuía a los hermanos de Arcesilao II, rey de Cirene, y debió de producirse hacia 555 a. C. Aunque se hallaba situada tierra adentro, extendió su territorio hasta la costa y tuvo su puerto en el lugar en que se levantó la posterior Tolemaida. Con motivo de una revuelta ocurrida en 510 a. C., y que costó la muerte al rey de Cirene, Arcesilao III, el gobernador persa de Egipto, Ariandes, tomó y saqueó la ciudad (cf. IV 200-205).

[70] Aproximadamente, unos 216 kg. Para las conversiones a nuestro sistema decimal de los pesos y medidas empleados por Heródoto, me atengo en lo fundamental a la obra de F. HULTSCH, *Griechische und römische Metrologie*, Graz, 1971 (= 1882).

[71] La anécdota hay que situarla, quizá, en el contexto de la «leyenda negra» que se creó en Egipto en torno a la figura de Cambises (cf. *infra* III 14, 1; 27, 3; 29; 30, 1; etc.), dado que el rey persa se mostró agradecido con Arcesilao III por haberse sometido sin ofrecer resistencia (cf. II 181, 5: Cambises devolvió sana y salva a Cirene a la princesa Ládice, esposa de Amasis). El testimonio de DIODORO, X 14, respecto a la conducta de los libios y los cireneos, difiere, sin embargo, del de Heródoto, ya que afirma que ambos pueblos cooperaron con Psamético III en la defensa de Egipto (tal vez al confundir la presencia de contingentes militares de esos pueblos, que prestarían servicio como mercenarios en el ejército del faraón, con la actitud general de los mismos).

Humillaciones infligidas a Psaménito. Muerte del monarca egipcio

Diez días después de haberse apoderado de la fortaleza de Menfis[72], Cambises, para afrentar[73] a Psaménito, el rey de los egipcios, que había reinado seis meses[74], le obligó a tomar asiento en las afueras de la 14

[72] La fortaleza es el famoso «Alcázar Blanco» (cf. *infra* III 91, 3; y, por ejemplo, Pseudo-Calístenes, *Vida y hazañas de Alejandro* I 34, donde se hace referencia a los «muros inexpugnables» de Menfis), en egipcio *Ineb hedj*, que dominaba la ciudad y que hicieron construir los primeros reyes tinitas hacia el año 2800 a. C., aunque los problemas cronológicos que plantean las fechas más antiguas de la historia de Egipto son considerables. En general, puede decirse que existe una cronología alta, que data las épocas pretinita y tinita hacia 3000/2780 a. C. —un buen exponente de la cual es la obra de J. Vandier, *Manuel d'archéologie égyptienne*, I, París, 1952—, y otra baja, que las data hacia 2850/2650 a. C.; cf. A. Scharf, A. Moorgaat, *Ägypten und Vorderasien im Altertum*, Munich, 1950. Pese a que Menfis no fue siempre la capital de Egipto (Tebas, por ejemplo, la suplantó durante el Imperio Nuevo), sí que fue la ciudad más importante del país, en la que los reyes mantenían permanentemente un palacio y un harén. En época saíta, su importancia militar (el principal astillero egipcio estaba situado en *Prw Nfr*, cerca de la ciudad) y comercial la hacían más importante que Sais, que fue sólo el centro religioso de la dinastía; de ahí que, durante la dominación persa, el sátrapa de Egipto residiera allí y que en el Alcázar se encontrara acantonada permanentemente una guarnición.

[73] Cf. *supra* nota III 71 y H. Fahr, *Kambyses. Ein Betrag zur Herodotinterpretation*, Hamburgo, 1959. Esta anécdota sobre Psamético III se inserta dentro del cúmulo de leyendas que, en el mundo griego, circulaban sobre personajes históricos del siglo vi a. C., y presenta ciertos rasgos helenizantes (las lágrimas que el faraón derrama por un viejo amigo suyo, sumido en la miseria, más bien parece una historia relacionada con un tirano griego). No obstante, la fuente de la misma es de origen egipcio (cf. *infra* III 14, 11) y trata de poner de manifiesto el triunfo moral de Psamético.

[74] De diciembre de 526 a. C. a mayo/junio de 525 a. C. Cf. F. K. Kienitz, *Die politische Geschichte Ägyptens vom 7. bis zum 4. Jht...*, pág. 159.

ciudad[75]; le obligó, digo, a tomar asiento en compañía de otros egipcios, y puso a prueba su entereza haciendo
2 lo siguiente: mandó ataviar a la hija de Psaménito con ropa de esclava y la envió con un cántaro a por agua; y, asimismo, hizo que la acompañaran otras doncellas que escogió entre las hijas de los cortesanos más insig-
3 nes y que iban ataviadas igual que la del rey. Pues bien, cuando las doncellas, entre ayes y sollozos, pasaron ante sus padres, mientras que todos los demás, al ver a sus hijas afrentadas[76], prorrumpían también en exclamaciones y sollozos, Psaménito, al ver y reconocer ante
4 sí a su hija, fijó sus ojos en el suelo. Una vez que las aguadoras hubieron pasado, Cambises le envió acto seguido a su hijo, en compañía de otros dos mil egipcios de su misma edad, con un dogal anudado al cuello y
5 un freno en la boca[77]. Los llevaban a expiar el asesinato de los mitileneos que habían perecido en Menfis con su nave; esa era, en efecto, la sentencia que habían dictado los jueces reales[78]: como represalia, por cada per-
6 sona debían morir diez egipcios de la nobleza[79]. Enton-

---

[75] Literalmente, «en el arrabal (de la ciudad)». Posiblemente se refiere a la zona situada ante la puerta más transitada e importante de la ciudad.

[76] No sólo por la indumentaria que llevaban, sino porque la tarea de ir a por agua era (como se refleja en abundantes textos griegos; cf., por ejemplo, HOM., *Iliada* VI 456) propia de esclavas.

[77] Así aparecen representados, en la pared del corredor sur que da acceso al templo rupestre de Abu Simbel, los guerreros nubios capturados por Ramsés II (1298-1232 a. C.). La *Inscripción de Behistun*, por su parte (cf. *infra* nota III 313), presenta a Darío vencedor de nueve reyes insurrectos, que muestran las manos atadas y que aparecen ligados entre sí con una soga alrededor del cuello (la ausencia de freno en la boca puede reafirmar el indicio de que el informador de Heródoto no era un persa, sino un egipcio).

[78] Sobre los jueces reales, sus atribuciones y obligaciones, cf. *infra* III 31, 2-5; V 25; VII 194, 1-2.

[79] El navío de Mitilene, que con sus ocupantes había sido

ces Psaménito, al verlos desfilar ante él, y aun comprendiendo que a su hijo lo conducían a la muerte[80], mientras que los demás egipcios que estaban sentados a su lado rompían a llorar y se desesperaban, mantuvo la misma actitud que en el episodio de su hija.

Pero, cuando los jóvenes habían terminado de pa- 7
sar, ocurrió que un individuo, entrado ya en años, del círculo de los que compartían su mesa, que se había visto privado de sus bienes y que no tenía más recursos que los de un pordiosero, por lo que iba mendigando a las tropas, pasó por al lado de Psaménito, el hijo de Amasis, y de los egipcios que estaban sentados en las afueras de la ciudad. Entonces Psaménito, al verlo, rompió a llorar desconsoladamente y, llamando a su amigo por su nombre, comenzó a golpearse la
cabeza[81]. Como es natural[82], allí había guardias que 8
daban cuenta a Cambises de todo lo que el egipcio hacía al paso de cada grupo. Extrañado, pues, ante su actitud, Cambises despachó un mensajero, que lo inter-
peló en los siguientes términos: «Psaménito, tu señor 9
Cambises te pregunta: ¿por qué razón no prorrumpiste

---

destrozado en Menfis, estaba, pues, tripulado por doscientos hombres. Esa debía de ser, en efecto, la dotación normal de un navío de guerra durante las Guerras Médicas (cf. VII 184, 1; VIII 17).

[80] Según otra posible lectura *(hēgeómenon*, en lugar de *agómenon)*, cabría traducir «que su hijo comandaba el cortejo que marchaba a la muerte», con lo cual el pasaje cobraría mayor patetismo y una superior ironía trágica: el hijo del rey, con arreglo a su rango, acaudillaba el grupo, pero para dirigirse al patíbulo.

[81] En señal de duelo (cf. Hom., *Ilíada* XXII 33). Semejantes manifestaciones de dolor aparecen reflejadas en numerosas ocasiones en la literatura griega.

[82] Pues el propósito de Cambises —que, como se desprende del pasaje, no asistía personalmente al desarrollo de los hechos— era poner a prueba la entereza del faraón y, para ello, necesitaba conocer sus reacciones.

en exclamaciones ni en sollozos al ver a tu hija afrentada y a tu hijo camino de la muerte y, sin embargo, te has dignado a hacerlo por ese mendigo que, según se ha informado por terceras personas, no guarda parentesco alguno contigo?» Esta fue, en suma, la pregunta que le formuló. Y, por su parte, Psaménito res-
10 pondió como sigue: «Hijo de Ciro, los males de los míos eran demasiado grandes como para llorar por ellos; en cambio, la desgracia de un amigo, que ha llegado al umbral de la vejez[83] sumido en la pobreza después de haber gozado de una gran prosperidad, reclamaba unas lágrimas». Cuando esta respuesta fue transmitida † por el mensajero †[84], consideraron que era
11 muy atinada. Y, al decir de los egipcios, Creso entonces se echó a llorar (pues se daba la circunstancia de que él también[85] había acompañado a Cambises a Egip-

[83] La expresión, típicamente homérica, significa tanto «el inicio de la vejez» (cf. *Odisea* XV 346), como «la vejez más extrema» (cf. *Ilíada* XXIV 486), es decir, el momento de la vida humana próximo ya a la muerte. Sobre la importancia de la épica en Heródoto, cf. G. Steinger, *Epische Elemente im Redenstil des Herodot*, Kiel, 1957.

[84] Sigo el texto de Hude, que considera el pasaje corrupto, ya que, a continuación, aparece en griego un plural inesperado que, como se desprende del contexto, incluye, además de Cambises, a sus más próximos cortesanos. No obstante, la conjetura de Legrand (*Hérodote. Histoires. Livre III*..., *ad locum*), *apeneichthénta ĕkousan*, halla parangón con otros pasajes de la obra del historiador: cf. I 66, 3; 158, 1; 160, 1; V 89, 3; VII 169, 2. Con todo, se han propuesto otras lecturas.

[85] Como había acompañado a Ciro en su expedición contra los maságetas (cf. I 207-208). Es de notar que Creso está presente en diversos pasajes de la vida de Cambises, como lo había estado en la de Ciro, y que, después de su salvación en la pira, gracias a la intervención de Apolo (cf. I 87, 2), ha llegado al conocimiento merced al sufrimiento (en la línea esquílea que aparece en *Agamenón* 176-178), convirtiéndose en lo que L. Lattimore («The wise Adviser in Herodotus», *Classical Philology* 34 [1939], págs. 24 y sigs.) ha llamado un *practical adviser*, un «consejero práctico»; cf., sobre todo, I 89; 207; III 36, 1-2.

to), lloraron asimismo los persas que se hallaban presentes, y el propio Cambises se sintió invadido de un sentimiento de piedad, por lo que, sin demora, ordenó que rescataran al hijo de Psaménito del grupo de los que estaban siendo ejecutados, y que sacaran al monarca de las afueras de la ciudad y lo condujeran a su presencia.

Pues bien, los que fueron en su búsqueda ya no ha- 15
llaron con vida al muchacho, puesto que había sido ejecutado el primero; a Psaménito, en cambio, lo trasladaron, llevándolo a presencia de Cambises. Allí vivió
en lo sucesivo sin sufrir la menor violencia. Y, es más, 2
si hubiera sabido reprimir sus intrigas, hubiese recobrado Egipto, posiblemente en calidad de gobernador del país, dado que los persas tienen por costumbre conceder honores a los hijos de los reyes[86]; y, aunque estos últimos se subleven contra ellos, a pesar de todo
devuelven el poder a sus hijos. Muchos ejemplos, desde 3
luego, permiten constatar que tienen por norma hacerlo así, pero principalmente los de Taniras, el hijo de Ínaro, que recobró el poder que había detentado su padre, y Pausiris, el hijo de Amirteo (pues también este último recobró el poder de su padre); y eso que nadie ha causado jamás a los persas mayores quebrantos que
Ínaro y Amirteo[87]. Mas el caso es que Psaménito urdió 4

[86] Esta costumbre parece ser que se hallaba generalizada en el Próximo Oriente. Así, el faraón Nekao (609-594 a. C.) designó a *Yehoyakín* como rey de Judá, en lugar de su padre *Yosiyahu* (cf. *II Reyes* XXIII 34); y lo propio hizo el rey de Babilonia, Nabucodonosor II (605-562 a. C.), con *Sidqiyahu*, en lugar de su tío *Yehoyakín* (cf. *II Reyes* XXIV 17).

[87] La rebelión de Ínaro y Amirteo (cf. *supra* nota III 65 para la batalla librada en Papremis) respondía al tradicional sentimiento de independencia egipcia. A pesar de la actitud conciliadora de Darío con respecto a los egipcios (cf. Polieno, VII 11, 7), en el año 486 a. C. estalló una revuelta en el Delta (cf. *infra* VII 1, 3), que fue sofocada por Jerjes (cf. VII 4-7), ejerciendo un control más severo sobre Egipto, a cuyo cargo

abyectos planes[88] y recibió su merecido: fue sorprendido cuando trataba de sublevar a los egipcios; y, al ser descubierto por Cambises, tuvo que beber sangre de toro, muriendo en el acto[89]. Este fue, en suma, el fin que tuvo Psaménito.

---

dejó a su hermano Aquémenes. Hacia 460 a. C. estalló una nueva revuelta mucho más grave, pues el libio Inaro y el saíta Amirteo se vieron apoyados por Atenas, empeñada arduamente a la sazón en su lucha contra los persas (cf. R. Meiggs, *The Athenian Empire*, Oxford, 1972, págs. 92-108). Sólo en la ciudadela de Menfis pudieron resistir los persas, cuyo jefe Aquémenes había muerto (cf. Isócrates, *Sobre la paz* 86; Diodoro, XI 74; Plinio, *Historia Natural* XXXV 11, 40), hasta la llegada de refuerzos. Inaro, herido en un combate, fue hecho prisionero y llevado a Susa, donde Artajerjes I (464-424 a. C.) lo hizo empalar. Amirteo quedó, pues, como único jefe de la sublevación y consiguió mantenerse independiente en el Delta, por lo menos hasta el año 449 a. C. (cf. Tucíd., I 112), cuando Atenas, a la muerte de Cimón en Chipre, dejó de prestarle ayuda (cf. Plutarco, *Cimón* 18). El nuevo sátrapa de Egipto, Sarsames, debió de mostrarse conciliador y colocar a los hijos de los rebeldes al frente de puestos importantes, aunque cabe suponer que bajo un severo control persa (los nombres de Taniras y Pausiris no aparecen, sin embargo, en ningún testimonio egipcio, ya que para todo el período comprendido entre 486 y 425 a. C. sólo contamos con las fuentes griegas y las de los judíos de Elefantina, muy importantes estas últimas para la organización de Egipto durante la época de dominación persa; cf. E. Meyer, *Der Papyrusfund von Elephantine*, Leipzig, 1912, páginas 23-38). De ahí que, cuando Heródoto visitó Egipto, en el país reinase un orden aparentemente absoluto.

[88] La frase revela que el historiador había nacido en un lugar (Halicarnaso de Caria) sometido al rey persa, y en una fecha (hacia 485 a. C., cf. F. Jacoby, *R. E.*, Stuttgart, 1913, s. v. *Herodotos*, cols. 205 y sigs.) que lo hacía, por nacimiento, súbdito del imperio. De ahí que Heródoto hubiese encontrado natural la sumisión total de Psaménito, una vez derrotado.

[89] Se consideraba que la sangre de toro era un veneno, porque se creía que se coagulaba con gran rapidez (cf. Aristóteles, *Hist. anim.* III 19) y que provocaba la asfixia de quien la bebía (según una tradición de la que se hacen eco Aristófanes, *Caballeros* 83-84, y Plutarco, *Temístocles* 31, este esta-

Represalias de Cambises contra la momia de Amasis

16 Por su parte Cambises, desde Menfis, se llegó a la ciudad de Sais, con el propósito de hacer lo que en realidad hizo[90]. Nada más entrar en el palacio de Amasis, ordenó exhumar de su sepultura[91] el cadáver del monarca; y, una vez que se hubo ejecutado su orden,

---

dista ateniense se suicidó ingiriendo sangre de dicho animal). Probablemente, a la sangre se le añadiría alguna sustancia tóxica. Sobre la muerte del faraón, cf. PLATÓN, *Menéxeno* 239 e; DIODORO, X 13-14; JUSTINO, I 9, 3; ATENEO, XIII 560 b; POLIENO, VII 9; JÁMBLICO, *Vida de Pitágoras* 4.

[90] El único documento egipcio importante sobre la conquista de Egipto por Cambises, y sobre su reinado en ese país, es la estatua naófora del Vaticano, erigida por el filopersa *Udjahorresne* (cf. G. POSENER, *La première domination perse en Égypte...*, págs. 1-26 y 164-171), en la que aparece grabada una larga inscripción biográfica de dicho personaje. En ella se vanagloria de haber infundido a Cambises buenas disposiciones para con Egipto al hacerle conocer las costumbres del país, por lo que el rey protegió los templos (aunque limitara sus ingresos) y, en general, siguió la política conciliadora que su padre Ciro había observado siempre con los pueblos vencidos. El relato de Heródoto, sin embargo, atribuye a Cambises una serie de atrocidades y de medidas represivas contra los egipcios (cf. III 16; 27-29; 37); y el papiro arameico de los judíos de Elefantina se manifiesta en el mismo sentido. Por todo ello, cabe pensar que el historiador se haya hecho eco de una tradición antipersa, de origen egipcio, que no responde a la realidad. Cf. A. T. OLMSTEAD, *History of the Persian Empire...*, págs. 86-93. Pero como esa tradición sólo afecta a la figura de Cambises, y no a la de otros monarcas persas, es posible que en su relato exista un fondo de verdad y que el rey persa se comportara conciliadoramente al comienzo de la conquista y que, posteriormente, ante los intentos subversivos de Psamético III (cf. III 15, 2 y 4, donde se dice que el faraón, tras su derrota, vivió en la corte de Cambises en Menfis, lo que supone un período de tiempo indeterminado, pero que debió de ser lo suficientemente amplio como para poder maquinar la sublevación), decidiera castigar a todos aquellos egipcios sospechosos de haber apoyado la fallida insurrección del depuesto faraón.

[91] Posiblemente el templo de *Neit*, donde estaba enterrado

mandó azotarlo, arrancarle el pelo, desgarrarle los miembros[92] y ultrajarlo con toda suerte de vejaciones.
2 Más aún, cuando se hartaron de hacer eso (pues, como es natural, el cuerpo, al estar embalsamado, aguantaba sin deshacerse lo más mínimo[93]), Cambises mandó in-
3 cinerarlo, orden que constituía un sacrilegio. En efecto, los persas creen que el fuego es un dios[94], por lo que ni uno ni otro pueblo tiene por norma incinerar nunca los cadáveres; los persas precisamente por lo

---

Amasis, y el palacio real de Sais formaban un mismo edificio. El término «sepultura» hace referencia al sarcófago.

[92] Literalmente, «realizar una incisión mediante un objeto punzante». El contenido semántico del verbo utilizado en este pasaje es propio —entre otras acepciones— de la terminología médica (cf. Hipócrates, *Epidemias* 5, 45), empleándose también —como aquí— en el sentido de torturar (cf. Sófocles, fr. 329, A. Nauck, *Tragicorum Graecorum Fragmenta*, Hildesheim, 1964 [= 2.ª ed., 1888]; Aristófanes, *Nubes* 450) y de «utilizar instrumentos de tortura» (cf. Heródoto, III 130, 2). En general, para ésta y otras posibles acepciones, cf. P. Chantraine, *Dictionnaire étymologique de la langue grecque A-K*, París, 1968, pág. 515.

[93] La afirmación de Heródoto es exagerada y debe de responder a informaciones egipcias que magnificaban los efectos de conservación de un cadáver mediante el embalsamamiento (sobre las prácticas embalsamadoras a partir de los testimonios egipcios que nos han advenido, cf. A. B. Lloyd, *Herodotus. Book II*..., págs. 357 y sigs.). Respecto a la fragilidad de las momias, puede verse D. L. Balout, «La momie de Ramsès II», *Archéologia* 115 (1978), 32-46.

[94] Cf. I 131, 2. Los persas adoraban las fuerzas de la naturaleza divinizadas; entre ellas, el fuego *(Atar)*. Pese a que Heródoto ignora el nombre y la doctrina de *Zarathustra* (= Zoroastro) —doctrina que se había extendido en Persia durante el siglo VI a. C., pero que no fue conocida por los griegos hasta dos siglos más tarde—, alude, entre las costumbres persas, a algunos ritos propios del zoroastrismo. Uno de ellos era la prohibición de mancillar el fuego con un cadáver, ya que éste pasaba al control de *Ahrimán*, principio del mal o espíritu diabólico. Cf. É. Benveniste, *The persian religion according to the chief Greek texts*, París, 1929; y J. Duchesne-Guillemin, *La religion de l'Iran ancien*, París, 1962, págs. 159 y sigs.

que acabo de indicar —es decir, porque sostienen que no es correcto ofrecer a un dios el cadáver de un hombre—; los egipcios, en cambio, creen que el fuego es una fiera dotada de vida que devora todo lo que pilla y que, una vez ahíta de carnaza, muere a la par que
su presa[95]. Pues bien, entre ellos no rige en ningún 4
caso la norma de entregar los cadáveres a fiera alguna; y por eso los embalsaman, para evitar que, una vez sepultados, sean pasto de los gusanos[96]. Así pues, Cambises ordenó hacer algo contrario a las costumbres de ambos pueblos.

Al decir de los egipcios, sin embargo, no fue Amasis 5
quien sufrió esas vejaciones, sino que fue otro egipcio, que tenía la misma contextura física que Amasis, a quien violaron los persas, creyendo que violaban a Ama-
sis[97]. Pues cuentan que Amasis, que se había enterado, 6

[95] No contamos con ningún testimonio egipcio que nos proporcione datos en ese sentido.

[96] Aunque la finalidad primaria de la momificación tenía por objeto evitar la corrupción del cadáver, ello se debía a causas más profundas. Cf. *supra* nota II 318 y A. Erman, *Die Religion der Ägypter*, Berlín, 1934, págs. 27 y sigs. La fundamental pretendía garantizarle al muerto la vida eterna.

[97] No hay ningún documento egipcio que aluda a la profanación de la momia de Amasis por orden de Cambises (profanación en la que sí cree el historiador, dudando, en cambio, de la versión egipcia al respecto; cf. III 16, 7). De ser cierto el relato de Heródoto, quizá Cambises pretendiese constatar la existencia del cadáver de Amasis, ya que, sobre un objeto conservado en el Museo de El Cairo (cf. H. Gauthier, en *Annales du Service des Antiquités de l'Égypte* 31 [1931], 187-190), puede leerse el nombre de *Amasis-Psammetik*, un nombre de un rey desconocido y que ha dado lugar a pensar en la existencia de algún usurpador que pretendiera alzarse contra los persas (aunque el propio Gauthier consideraba la inscripción que menciona a este segundo faraón Amasis como una falsificación de época moderna). Lo más probable, sin embargo, es que esta pretendida profanación sea una invención de los sacerdotes egipcios, que odiaban al soberano persa por haber reducido los ingresos de los templos (cf. Estrabón, X 3, 21; XVII 1, 16; 27), cuando

gracias a un oráculo, de lo que a su muerte iba a suceder con su cuerpo, como es natural tomó sus medidas para evitar lo que le aguardaba, e hizo sepultar en el interior de su propia cámara funeraria, cerca de la puerta, el cadáver de ese sujeto, que fue quien recibió los latigazos, al tiempo que ordenaba a su hijo que a él lo colocara en el rincón más recóndito posible de
7 la cámara[98]. Ahora bien, a mí me da la impresión de que esas órdenes de Amasis, relativas a su sepultura y a ese sujeto, no existieron jamás, y que los egipcios simplemente dan una versión más decorosa de los hechos.

Proyecto persa de atacar simultáneamente a cartagineses, amonios y etíopes

17 Posteriormente, Cambises planeó una triple expedición: una contra los cartagineses, otra contra los amonios[99] y una tercera contra los etíopes macrobios[100], que están asentados en Libia, a orillas del mar del
2 sur[101]. Y, de acuerdo con sus planes, decidió enviar

---

anteriormente solían sobrepasar con amplitud la recaudación tributaria del propio faraón. Un decreto conservado en un papiro habla de una sustancial reducción de hasta un cincuenta por ciento.

[98] Para la localización de la cámara funeraria de Amasis, cf. II 169, 4-5.

[99] Los amonios eran los habitantes del oasis de Sivah, donde se encontraba un oráculo consagrado a Zeus-Amón, que era uno de los más famosos de la antigüedad. Cf. I 46, 2.

[100] El adjetivo griego *makróbios* alude —como en castellano— a la longevidad de estos etíopes (cf. III 23, 1 y 3). Sin embargo, también se ha pensado, aunque no es probable, en su relación con *biós*, «arco», con lo que significaría «de grandes arcos» (cf. III 21, 3; y VII 69, 1).

[101] Para Heródoto, Libia estaba totalmente rodeada por el mar, salvo por el este, en que se unía a Asia (cf. IV 41). La mención en este pasaje a unos etíopes distintos de los citados en II 29, 4 y 6 (etíopes nómadas que residían en las cercanías de la isla de Tacompso; y etíopes sedentarios, cuya capital era Méroe) fue uno de los argumentos en que se basó A. Bauer

contra los cartagineses su fuerza naval, contra los amonios un selecto contingente de su infantería, y contra los etíopes, ante todo, unos espías, para que, so pretexto de llevar unos presentes al rey de ese pueblo, se cercioraran de si existía realmente la *Mesa del Sol* que, según la tradición, se hallaba en el país de los susodichos etíopes y, asimismo, para que se fijasen cuidadosamente en todo lo demás.

Por cierto que, según cuentan, la *Mesa del Sol* con- 18
siste, poco más o menos, en lo siguiente[102]: en las afue-

(*Die Entstehung des herodotischen Geschichtswerkes*, Viena, 1878) para formular su hipótesis del orden regresivo en la composición de la obra del historiador, según la cual —que hoy en día no se admite— el libro II habría sido el último en ser compuesto. En realidad, hay que recordar que Heródoto no estuvo en Etiopía (cf. II 29, 1); y de ahí que sus noticias sobre esa zona respondan a las fuentes en que se basó. Mientras que para su descripción del país en II 29 y sigs. debió de seguir probablemente testimonios egipcios (el relato en cuestión es, en líneas generales, verosímil), en este caso cabe pensar que su fuente no tuviera un origen egipcio, ya que la verdadera Etiopía, con capitales en Nápata y Méroe, no era para los egipcios una tierra demasiado lejana. El historiador, pues, está confundiendo la Etiopía real, que es contra la que se va a dirigir Cambises, con una irreal. En general, cf. D. Herminghausen, *Herodots Angaben über Aethiopien, mit einer kritischen Untersuchung ihren Quellen und ihrer Funktion im Zusammenhang mit den Angaben über Ägypten*, Hamburgo, 1963.

[102] Esta *Mesa del Sol* (sobre ella, cf. Pomponio Mela, III 87, que sigue el testimonio de Heródoto, y Pausanias, VI 26, 2, que la considera una fábula), que, según el historiador se encontraba cerca de la capital etíope (en realidad, Méroe o Nápata; cf. III 23, 4), recuerda el santuario solar del templo de *Ra* en Heliópolis, en donde, sobre un altar erigido en un patio abierto, se acumulaban las ofrendas alimenticias destinadas al dios-sol. Su localización, en las afueras de la ciudad de Méroe, hacia el este, se sitúa en una depresión que forma como una pradera y que en la actualidad se halla cubierta de hierbas y matorrales. Cf. A. J. Arkell, *A history of the Sudan*, Londres, 1955, página 150. También es posible referir la alusión a la *Mesa del Sol* a un mito egipcio, según el cual las almas de los muertos

ras de la ciudad hay una pradera repleta de carne cocida de toda suerte de cuadrúpedos, en la que, durante la noche, todos los ciudadanos que ocupan un cargo público se encargan de colocar la carne, mientras que, de día, el que quiere puede ir allí a comer (los indígenas, sin embargo, pretenden que es la propia tierra la que produce cada noche ese manjar[103]). En fin, en esto consiste, según cuentan, la llamada *Mesa del Sol.*

Imposibilidad de llevar a cabo la expedición contra Cartago

19 Entretanto Cambises, en cuanto decidió enviar a los observadores, hizo venir, desde la ciudad de Elefantina, a aquellos ictiófagos[104] que conocían la lengua
2 etíope. Y, mientras iban a buscarlos, en el ínterin dio

---

podían saciar su apetito en una pradera sagrada, y que Heródoto relacionaría con las noticias homéricas en las que los dioses se encaminaban al país de los etíopes para banquetear (cf. Hom., *Ilíada* I 423; *Odisea* I 23; y J. P. Vernant, «Les troupeaux du Soleil et la Table du Soleil [*Odysée* XII 260 ss.; Hérodote, III 17-26]», *Revue des Études Grecques* 85 [1972], XIV-XVII).

[103] La racionalización del mito de la *Mesa del Sol* es evidente y ha permitido suponer que Heródoto podía estar siguiendo al respecto a una fuente escrita, ya que, presumiblemente, si la consideración de que los magistrados eran quienes reponían la carne fuera del historiador, éste lo diría claramente como hace en otras ocasiones ante temas afines (cf., por ejemplo, II 56-57 a propósito de la fundación del oráculo de Dodona). Si se puede pensar en una fuente escrita como origen del relato de Heródoto, se trataría quizá de una racionalización de utopías transmitidas oralmente. Cf. M. Hadas, «Utopian sources in Herodotus», *Classical Philology* 43 (1935), 113-121, que piensa en una fuente similar a uno de los viajes al país de Utopía, que debían de abundar en época helenística y cuya existencia en el siglo v a. C. no es imposible si se piensa en las alusiones a pueblos extraños que aparecen en otros autores griegos (cf. Hom., *Ilíada* I 423-424; XXIII 205-206; *Odisea* I 22-23; XI 522; Hecateo, F. Jacoby, *F. Gr. Hist.*, comentario, página 329).

[104] Los ictiófagos —es decir, «los comedores de pescado»; cf. Diodoro, III 15-20— no vivían en Elefantina (sobre esta ciu-

orden a su fuerza naval de zarpar contra Cartago. Sin embargo, los fenicios se negaron a hacerlo, alegando que estaban ligados a aquéllos por solemnes juramentos y que obrarían sacrílegamente si entraban en guerra contra sus propios descendientes[105]. Y, ante la negativa de los fenicios, los demás no se encontraban en condiciones de lanzar el ataque. Así fue, en suma, 3
como los cartagineses se libraron del yugo de los persas, pues Cambises no consideró oportuno emplear la fuerza con los fenicios, ya que se habían sometido voluntariamente a los persas, y, además, porque todo el

---

dad, que estaba situada en una isla del Nilo, a unos cinco kilómetros al norte de la primera catarata, cf. *supra* nota II 43). Según PAUSANIAS, I 33, 4, habitaban en las costas del Mar Rojo, al sur de la antigua ciudad de Berenice, y debían de mantener relaciones comerciales con los etíopes, de ahí que algunos conocieran su lengua. Cambises, pues, despachó emisarios a Elefantina, desde donde partían caravanas hacia el Mar Rojo, para enviar a buscarlos a su lugar de residencia (quizá porque hubiese sido una medida política poco acertada haber encargado la misión diplomática a desarrollar en Etiopía a egipcios que conocieran la lengua etíope, dada la permanente enemistad entre ambos pueblos).

[105] Según la tradición histórica, Cartago (en fenicio *Qart Hadašt*, que significa «ciudad nueva», de ahí su nombre en griego: *Karchēdōn)* fue fundada hacia el año 815 a. C. por un grupo de fenicios de la ciudad de Tiro (cf. LIVIO, XXXIII 49, y M. HOURS-MÉDAN, *Carthage,* París, 1964), conducidos, según la leyenda, por Elisa o Dido —figura inmortalizada por Virgilio—, hermana de Pigmalión, rey de Tiro. Al parecer, la fundación se debió a necesidades de orden político —tal vez una guerra civil— o económico, que obligaron a salir de Tiro a un grupo de ricos ciudadanos (también se ha pensado en una migración motivada por el temor a la amenaza asiria). Para las relaciones entre una colonia y su metrópoli, que en el mundo griego quedaban reducidas a lazos religiosos (cf. *infra* VIII 22, 1), ya que la colonia era un establecimiento autónomo (Heródoto en este pasaje está aplicando características propias del mundo griego a un contexto ajeno al mismo), cf. A. J. GRAHAM, *Colony and Mother City in Ancient Greece,* Manchester, 1964.

poderío naval dependía de ellos [106]. (Por cierto que también los chipriotas se habían sometido voluntariamente a los persas, y tomaban parte en la expedición contra Egipto [107]).

---

[106] Pese al testimonio de JENOFONTE (*Ciropedia* I 1, 4; VII 4, 1; VIII 6, 8) respecto a que Ciro había conseguido ya la sumisión de Fenicia, ésta sólo debió de ser incorporada al imperio persa, en el que figuraba en la quinta satrapía (cf. *infra* III 91, 1), durante el reinado de Cambises (cf. III 34, 4), cuando las dependencias de Babilonia, que incluían Siria y Fenicia (Nabucodonosor II de Babilonia había tomado Tiro hacia 587 a. C., tras largo asedio), pasaron a engrosar de manera efectiva la soberanía persa. Su anexión durante el reinado de Cambises debió de ser una de las causas que motivaron que el rey persa no hubiese podido llevar a cabo la campaña egipcia hasta el cuarto año de su reinado, ya que el dominio del mar dependía del control de Fenicia y de su flota. La sumisión voluntaria de Fenicia —que había resistido enconadamente frente al imperialismo asirio y neobabilonio— se debería probablemente a la política conciliadora de Cambises ante la autonomía y la religión de las plazas fenicias. Pese a que durante el desarrollo de la campaña contra Egipto, Heródoto alude en ocasiones a navíos tripulados por griegos (cf. III 13, 1; 25, 7; 44), el grueso de la flota era de origen fenicio. No obstante, se ha puesto en duda la realidad del proyecto concebido por Cambises para atacar Cartago. Cf. J. E. POWELL, «Notes on Herodotus», *Classical Quarterly* 29 (1935), pág. 150.

[107] Debido a que la soberanía egipcia no podía seguir manteniéndose en la isla (cf. II 182, 2), una vez que el control naval del Mediterráneo oriental se hallaba en manos persas. Cf. J. V. PRASEK, *Geschichte der Meder und Perser*, I, Gotha, 1906, páginas 250 y sigs.

Misión exploratoria de los ictiófagos en Etiopía

Cuando los ictiófagos, desde 20
Elefantina, llegaron ante Cambises[108], éste, tras haberles ordenado lo que debían decir, los envió a Etiopía con unos presentes[109] consistentes en una prenda de púrpura, una cadena de oro para el cuello, unos brazaletes, un jarrón de alabastro con perfume[110] y un cántaro de vino de palma[111]. Por cierto que esos etíopes, a cuyo país los

---

[108] Los preparativos para la misión que los ictiófagos tenían que llevar a cabo en Etiopía debieron de suponer, según se desprende del texto, bastante tiempo. En primer lugar, los encargados de traer a los ictiófagos tuvieron que remontar el Nilo, desde Menfis, en el Bajo Egipto (donde, a la sazón, se encontraba Cambises), hasta Elefantina en el Alto Egipto, lo cual representaría entre quince y veinte días de navegación (cf. II 175, 2). Posteriormente, no menos de un mes de viaje —incluido el regreso— desde Elefantina hasta la costa del Mar Rojo, donde se hallaban asentados los ictiófagos, a través de rutas caravaneras (cf. A. B. LLOYD, *Herodotus. Book II...*, páginas 51-53). Y, finalmente, otros quince o veinte días para el trayecto entre el Alto y el Bajo Egipto (cf. III 25, 1). En total, pues, unos dos meses y medio, aproximadamente.

[109] La relación de presentes con que los ictiófagos tenían que obsequiar al rey etíope corresponde, más o menos, a los regalos que en el antiguo Oriente solían enviarse a los dignatarios y soberanos extranjeros (cf. *Mateo* 2, 11: los magos ofrecen al niño oro, incienso y mirra), además de regalos típicamente persas (cf. JENOFONTE, *Anábasis* I 2, 7): un vestido ricamente engalanado, unos brazaletes, etc. Pero sobre la presumible misión de los ictiófagos, cf. III 21, 1.

[110] Posiblemente mirra, que en Egipto era muy utilizada. Se empleaba para embalsamar (cf. II 86, 5; y A. B. LLOYD, *Herodotus. Book II...*, págs. 357 y sigs.), como producto básico de cosmética, y, asimismo, para la preparación de medicamentos (cf. G. LUCAS, *Ancient Egyptian Materials*, Londres, 1948, páginas 321 y sigs.; 343 y sigs.; 365; 373).

[111] O bien, «vino de Fenicia», como interpreta PH. E. LEGRAND, *Hérodote. Histoires. Livre III...*, *ad locum*. Cf. I 194, 2 y nota I 501. En este caso, sin embargo, la lectura de los códices es unánime y ambas interpretaciones son posibles. Quizá fuera

enviaba Cambises, son, según dicen, los hombres más
2 altos y apuestos del mundo[112]. Y, por lo que cuentan, entre otras costumbres que los distinguen del resto de la humanidad, observan, a propósito de la monarquía, una muy singular; se trata de la siguiente: creen que merece ocupar el trono aquel ciudadano que, a su juicio, es más alto y tiene una potencia física proporcionada a su estatura[113].

21 Pues bien, cuando los ictiófagos llegaron hasta esas gentes, en el momento de entregarle a su rey los obsequios, le dijeron lo siguiente: «Cambises, el rey de los persas, en su deseo de convertirse en amigo y huésped tuyo[114], nos ha enviado con orden de entrar en

---

vino de palma importado a Egipto desde Fenicia (cf. *supra* nota III 26).

[112] Cf. III 114 para la misma afirmación, que ya aparece aplicada, en *Odisea* XI 522, a Mèmnón y sus guerreros etíopes. Es corriente entre los escritores griegos atribuir a los habitantes de pueblos lejanos o fabulosos una gran estatura y prestancia. Hecateo, por ejemplo, había admitido la existencia de estos etíopes en un país lejano, situado, hacia el sur, en los confines del disco de la tierra (cf. F. Jacoby, *F. Gr. Hist.*, comentario, página 329); y hay que notar que Heródoto insiste en que está transmitiendo informaciones no verificadas personalmente («según dicen», «por lo que cuentan»), por lo que quizá cabría suponer que la fuente del historiador es Hecateo. En general, cf. A. Herrmann, «Tryton und die hellfarbigen Libyer», *Rheinisches Museum* 87 (1937), págs. 67 y sigs.

[113] Sobre una costumbre, parcialmente distinta, respecto a la sucesión del trono entre los etíopes, cf. Nicolao de Damasco, *F. Gr. Hist.*, 90, fr. 103 m. La norma de conferir el mando al individuo físicamente mejor dotado de un grupo humano se halla documentada entre diversos pueblos primitivos. Cf. Polibio, VI 5, 7; y J. Piveteau, *Origine et destinée de l'homme*, París, 1973, pág. 129.

[114] El concepto es típicamente griego y denota el establecimiento de un sólido vínculo entre las partes interesadas. Cf. V. Ehrenberg, *Der Staat der Griechen* = *Lo stato dei Greci* [trad. ital. E. Pocar], Florencia, 1967, págs. 151 y sigs. Es muy posible que la embajada encomendada por Cambises a los ictiófagos

conversaciones contigo y te hace entrega de estos presentes, que son los objetos con cuyo disfrute él, personalmente, más se complace». Sin embargo, el etíope, 2
que se había percatado de que habían llegado para espiar[115], les respondió como sigue: «No, ni el rey de los persas os ha enviado con presentes porque sienta un gran interés por convertirse en huésped mío, ni vosotros estáis diciendo la verdad (en realidad habéis venido para espiar mis dominios), ni él es una persona íntegra; pues, si lo fuera, no hubiese ambicionado más país que el suyo, ni sumiría en esclavitud a pueblos que no le han inferido agravio alguno[116]. Pero, en fin, en- 3
tregadle este arco y transmitidle este mensaje: 'El rey de los etíopes aconseja al rey de los persas que ataque a los etíopes macrobios, con superioridad numérica, sólo cuando los persas puedan tensar con esta absoluta

no tuviera por objeto la presentación de unos obsequios con el propósito de conseguir una alianza. Lo más probable es que, como en el caso de los embajadores enviados por los persas a los escitas (cf. IV 126) y a Macedonia y Grecia (cf. V 18, 1; VI 48, 2; VII 32; 131; 133), la misión de los ictiófagos pretendiera lograr la sumisión de los etíopes. El carácter exploratorio que se concede a dicha misión le permite a Heródoto explicar curiosidades de una Etiopía fantástica e irreal, ya que, tanto la oferta de presentes y de alianza, como el diálogo que mantienen los ictiófagos con el rey etíope, es producto de la fantasía. Cf. *supra* nota III 103 y W. Aly, *Volksmärchen, Sage und Novelle bei Herodot und seinen Zeitgenossen* ..., pág. 85.

[115] Cf. I 205, 1, para un parangón entre este pasaje y la historia de Ciro y Tomiris; y *Génesis* XLII 9.

[116] Cf. VII 9 para un reconocimiento de la política imperialista persa por parte de Mardonio; y F. Egermann, «Das Geschichtswerk des Herodot. Sein Plan», *Neue Jahrbücher für das klassische Altertum*, 1938, págs. 191-197 y 239-254, para quien la idea principal de Heródoto —y en torno a la que se agrupan todos los episodios de su obra— es la responsabilidad en la guerra por parte de la potencia persa, que se ejerce por la fuerza. Es el sueño de los aqueménidas por hacerse con un imperio universal; sueño que, indefectiblemente, los hará entrar en conflicto con Grecia.

facilidad [117] arcos tan grandes como éstos; pero, hasta entonces, que dé gracias a los dioses por no inspirar a los hijos de los etíopes [118] el deseo de anexionar al suyo un nuevo territorio'».

22 Dicho esto, desarmó el arco y lo entregó a los recién llegados. Tomó entonces la prenda de púrpura y preguntó qué es lo que era y cómo estaba confeccionada. Y, al revelarle los ictiófagos la verdad sobre la púrpura y sobre su tinte [119], manifestó que semejantes individuos

---

[117] Del texto se desprende que el propio rey (cf. III 20, 2, sobre su vigor) realiza la demostración. En VII 69, 1, Heródoto afirma que los arcos de los etíopes (que eran de una sola pieza, en contraste con el que empleaban los persas; de madera de palmera datilera; y que es posible que fueran reforzados mediante bandas de cuero, lo que haría más difícil su empleo) no medían menos de cuatro codos (= 1,77 m.). Cf., asimismo, DIODORO, III 8, 4. Para los egipcios, por otra parte, el arco era el signo jeroglífico con que representaban a los etíopes. Sobre la prueba del arco, en concreto como ritual real, cf. G. GERMAIN, *Genèse de l'Odyssée*, París, 1954, págs. 11 y sigs. La provocación del rey etíope tiene un particular significado para los persas, ya que éstos eran adiestrados desde su infancia a manejar el arco (cf. *supra* I 136, 2).

[118] La frase es de inspiración homérica y sirve para poner de relieve el noble carácter de los etíopes. Cf. I 27, 3; 71, 4; y nota III 83.

[119] Los ictiófagos, pues, le explicarían al rey etíope (que muestra una admiración por el color del vestido comparable a la suscitada en Esparta por los comisionados jonios en I 152, 1) que la púrpura era un líquido de proveniencia marina (en realidad, es el nombre común de varios moluscos gasterópodos, del género *Murex*, productores de dicha sustancia al segregar un líquido incoloro que reacciona con la luz y que toma una coloración amarilloverdosa primero, y rojovioleta después), con el que se elaboraba un tinte muy costoso, empleado para teñir prendas de vestir, generalmente de lana, que alcanzaban precios muy elevados. Todo el pasaje demuestra su falsedad histórica, ya que, admitiendo la realidad de la embajada: *a)* los ictiófagos desconocerían el origen y propiedades de la púrpura; *b)* si los conocían, también serían del dominio común de los etíopes, con los que los ictiófagos mantenían relaciones comer-

eran unos falsos y falsas también sus ropas[120]. Acto 2
seguido, pidió detalles acerca de los objetos de oro (la cadena para el cuello y los brazaletes). Y, al explicarle los ictiófagos que se trataban de unos adornos, el rey se echó a reír y, creyendo que eran unos grilletes, replicó que, en su país, había grilletes más recios que aquéllos[121]. En tercer lugar preguntó por el perfume; 3
y, al ponerle al corriente de su elaboración y aplicación, manifestó la misma opinión que expusiera a propósito de la ropa.

Pero, al llegar al vino e informarse de su elaboración, quedó sumamente encantado con la bebida y preguntó qué era lo que comía el rey y cuánto tiempo, como máximo, solía vivir un persa. Ellos entonces le 4
contestaron que el rey comía pan —explicándole de paso las carateristicas del trigo— y que el límite máximo de la vida de un hombre se fijaba en ochenta años[122]. Ante esta respuesta, el etíope replicó que, si se

---

ciales. Las diversas anécdotas que aparecen en todos los capítulos dedicados a esta Etiopía fantástica tienen por objeto poner de relieve las diferencias entre una sociedad civilizada (la del mundo de Heródoto), que no por ello es mejor, y una sociedad primitiva, caracterizada fundamentalmente por el desconocimiento del lujo (cf. I 71, 2-4; 207, 6).

[120] Para los griegos, en los países remotos y legendarios reinaban la justicia y la virtud. Cf. Hom., *Ilíada* XIII 5; Heródoto, IV 26; etc. En general, cf. W. Aly, *Wolksmärchen, Sage und Novelle bei Herodot...*, págs. 83-84.

[121] Cf. III 23, 4.

[122] Tal era la máxima duración que en el mundo grecooriental se fijaba para la vida de un hombre (cf. *Salmos* XC 10; Solón, fr. 22, E. Diehl, *Anthologia Lyrica Graeca*, I, 3.ª edición, Leipzig, 1954), aunque no había unanimidad; cf. *supra* I 32, 2 (setenta años, en frase atribuida a Solón) y Mimnermo, fr. 6 Diehl (que fijaba el límite en sesenta años). En realidad, la media de vida durante el siglo v a. C. no superaba los treinta años, en razón, sobre todo, de la mortalidad infantil.

alimentaban de estiércol[123], no se extrañaba lo más mínimo de que vivieran pocos años; pues, ni siquiera podrían vivir semejante número, si no repusieran fuerzas con aquella bebida —y les señalaba a los ictiófagos el vino—, ya que en este punto ellos estaban en inferioridad de condiciones respecto a los persas[124].

23 Por su parte, los ictiófagos pidieron al rey detalles sobre la duración de la vida y el régimen dietético de los etíopes, y él les respondió que la mayoría de ellos llegaban a ciento veinte años[125], que algunos superaban incluso esa cifra, y que la carne cocida constituía su
2 alimento y la leche su bebida. Entonces, en vista de que los espías manifestaban sorpresa ante aquellas cifras, los condujo a una fuente de la que —como si se tratara de una fuente de aceite[126]— salían más lustrosas

---

[123] Al rey etíope, pues, le habría llamado la atención que, para el cultivo del trigo, la tierra tuviera que abonarse con excrementos de animales.

[124] Cf. I 71, 3 (referido a los persas con relación a los lidios) y I 212, 2 (referido a los maságetas en contraste con los persas), pasajes en los que el consumo habitual de vino indica un mayor grado de civilización en el pueblo consumidor.

[125] En la antigüedad una edad superior a cien años se emplea siempre como símbolo de extraordinaria longevidad. Las tipificaciones oscilan entre los ciento diez años (esta era la edad fijada como límite extremo de la vida humana entre los egipcios y los etruscos; cf. J. Janssen, «On the ideal lifetime of the Egyptians», *Oudheid. Meded. uit het Rijksmuseum te Leiden* 31 [1950], 33-43), y los ciento veinte años (la edad de Moisés [cf. *Deuteronomio* XXXIV 7] y de Argantonio, el rey de Tarteso; cf. *supra* I 163, 2 y Anacreonte, fr. 16, D. L. Page, *Poetae Melici Graeci*, Oxford, 1962). No obstante, en este caso, semejante longevidad puede deberse a un sistema diferente en el cómputo del tiempo; de hecho, en el Alto Nilo, había tribus para las que el año sólo constaba de cinco meses, y quizá ese cómputo alcanzara también a los habitantes del Medio Nilo.

[126] Una referencia a esta fuente aparece ya en el fragmento 323 de Esquilo (H. J. Mette, *Die Fragmente der Tragödien des Aischylos*, Berlín, 1959; para su relación con Heródoto,

las personas que allí se bañaban, y de la que se exhalaba un aroma como de violetas. (Y por cierto que, al 3
decir de los espías, el agua de dicha fuente era de tan escasa densidad[127] que ningún objeto —fuera de madera o de cualquier otro material más liviano que la madera— podía flotar en su superficie, sino que todos se iban al fondo. Y si es verdad que, tal y como dicen, poseen ese tipo de agua, en ella puede residir, debido a su permanente utilización, la causa de su longevidad[128].) Cuando se alejaron de la fuente, los condujo 4
a una cárcel de reos comunes, en donde todos los prisioneros estaban encadenados con grilletes de oro, pues entre estos etíopes el bronce es lo más raro y apreciado del mundo[129]. Y, después de haber visitado la cárcel, visitaron también la llamada *Mesa del Sol*.

Acto seguido, visitaron por último las sepulturas de 24
los etíopes, que, según cuentan, se guarnecen, mediante una piedra transparente, de la siguiente manera: des- 2
pués de tratar el cadáver con conservantes, bien sea

---

cf. *supra* nota III 103); y, posteriormente, en POMPONIO MELA III 9.

[127] La misma propiedad fue atribuida por otros escritores antiguos a ríos remotos. Cf. ARRIANO, *Indiké* VI 3; ESTRABÓN, XV 1, 38; DIODORO, II 37, 7.

[128] Tenemos aquí una referencia a la «Fuente de la Juventud», que siempre se sitúa más allá de los confines del mundo conocido (por ejemplo, en el siglo XVI d. C. se la localizaba en América del Sur), con una posible influencia, en este caso, de teorías hipocráticas. Cf. HIPÓCRATES, *Sobre los aires, las aguas y los lugares* 7, que considera las aguas ligeras como las más apropiadas para la salud.

[129] El relato, naturalmente, es pura fantasía, producto de la riqueza aurífera de Etiopía (una de las hipótesis para el nombre de Nubia —la zona situada entre Nápata y Méroe; es decir, la Alta Nubia, por oposición al país de *Kush*, o Baja Nubia— es el término egipcio *Nub*, que significa «oro»). Los etíopes macrobios, pues, se encontraban (al igual que los maságetas, cf. I 215, 2) en la Edad del Bronce.

tal como lo hacen los egipcios[130] o con arreglo a otro procedimiento cualquiera, cubren todo el cuerpo con una capa de yeso y lo decoran con pintura, reproduciendo lo más fielmente posible su fisonomía; y luego lo revisten con una columna hueca hecha de piedra transparente (producto que en su país es abundante y que se extrae del suelo en forma fácilmente maleable[131]).
3 Introducido, pues, dentro de la columna, el cadáver se transparenta, sin despedir ningún olor desagradable, ni producir cualquier otra sensación de repugnancia; y refleja con exactitud todos los rasgos del difunto en
4 cuestión. Posteriormente, los parientes más allegados guardan en sus casas la columna durante un año, ofreciéndole las primicias de todo y brindándole sacrificios; y, al cabo de ese plazo, la sacan de sus domicilios y la depositan en los alrededores de la ciudad.

Expedición de los persas contra los etíopes

25 Después de haberlo examinado todo, los espías emprendieron el regreso. Y, al dar cuenta de su misión, Cambises se llenó de enojo e, inmediatamente, partió contra los etíopes, sin haber dispuesto medida alguna para

[130] Cf. II 86, 5, y A. B. Lloyd, *Herodotus. Book II...*, páginas 357 y 365-366.

[131] El término «piedra transparente» corresponde al griego *hýalos*, que más tarde designaría el cristal (en época de Heródoto, su uso estaba poco extendido en Grecia). Se ha pensado que esta «piedra transparente» puede responder a varios productos: cristal de roca, sal gema, ámbar, alabastro (sarcófagos de este material se han encontrado en Egipto) o quizá —y pese al testimonio del historiador— fuera porcelana. Ctesias, *Persiká* 14, alude a unos sarcófagos de oro, plata o arcilla —según la fortuna de la familia del difunto— sobre los que se vertía cristal fundido. En cualquier caso, no hay que olvidar el carácter fantástico de todo el relato sobre los etíopes macrobios. W. W. How, J. Wells, en su *Commentary on Herodotus* I..., página 262, dicen, refiriéndose a este material, «probably the marvels here described are as fictitious as Cinderella's 'glass' slipper».

la provisión de víveres[132] y sin haberse parado a considerar que iba a llevar sus tropas a los últimos confines
de la tierra[133]; todo lo contrario, como estaba furioso 2
y no se encontraba en sus cabales[134], al oír a los ictiófagos, ordenó a los griegos que formaban parte de su

---

[132] La narración de Heródoto sobre la campaña de Cambises contra Etiopía plantea serios problemas sobre su veracidad y parece denotar tendenciosidad por parte de la fuente que le sirvió de información (posiblemente testimonios egipcios antipersas). Desde luego, parece indudable que Cambises no partió sin haber tomado una serie de medidas previas. En la estela de Dongola (aunque, lamentablemente, dicha inscripción admite diversas traducciones y, en consecuencia, interpretaciones divergentes), el rey etíope *Nastasesen* se jacta de haber rechazado a *Kambasuten* (presumiblemente Cambises), a cuyas tropas diezmó con la intervención de sus arqueros —la fuerza etíope más importante; cf. III 21, 1; VII 69, 1—, y de haberse apoderado de barcos que el agresor traía por el Nilo con ganado y provisiones. Cf. H. SCHÄFER, *Die äthiopische Königsinschrift des Berliner Museums,* Leipzig, 1910, y R. HENNIG, «Der äthiopische Feldzug des Kambyses», *Rheinisches Museum* 84 (1934), páginas 201 y sigs. Por otra parte, el testimonio de autores posteriores (fundamentalmente TOLOMEO, IV 7, 16, y PLINIO, *Historia Natural* VI 181, que mencionan un lugar —que no ha sido localizado con precisión, pero que posiblemente se hallaba en las cercanías de la tercera catarata— denominado «el mercado de Cambises») puede implicar la existencia de un depósito de víveres creado en época de Cambises, si bien no puede afirmarse taxativamente. Cf. J. V. PRASEK, *Geschichte der Meder und Perser...,* pág. 285; y LEHMANN-HAUPT, *R. E.,* s. v. *Kambyses,* cols. 1816-1817.

[133] Pues los etíopes macrobios vivían, según el testimonio del historiador, a orillas del mar del sur (cf. III 17, 1).

[134] A lo largo del libro III, Heródoto alude frecuentemente a la locura de Cambises (cf. 29, 1; 30, 1; 33; 38, 1), afirmación que responde a dos directrices distintas. En primer lugar, fuentes egipcias, que veían en la locura de Cambises un castigo divino por el pretendido asesinato de Apis (cf. III 30, 1). Por otra parte, la propaganda persa, que pretendía legitimar la ascensión de Darío al trono, debió de fomentar el argumento de un desequilibrio de Cambises desde su nacimiento (cf. III 33).

ejército que le esperaran allí mismo[135] y emprendió la marcha, llevándose consigo a la totalidad de su infante-
3 ría. Y cuando, en el curso de la expedición, llegó a Tebas[136], separó del ejército unos cincuenta mil hombres y les ordenó que esclavizaran a los amonios y que incendiasen el oráculo de Zeus[137], en tanto que él, con el resto del ejército, se dirigía personalmente contra
4 los etíopes. Pero, antes de que las tropas hubieran recorrido la quinta parte del camino, ya se les habían agotado todas las existencias de víveres que tenían; y, después de los víveres, también se agotaron las bestias
5 de carga, que era lo que se iban comiendo[138]. En definitiva, si, al tener conocimiento de ello, Cambises hubiera mudado de parecer y hubiese hecho retroceder al ejército, habría actuado, tras su inicial falta de previsión, como un hombre inteligente; pero el caso es que, sin pararse a reflexión alguna, prosiguió sin tre-
6 gua el avance. Por su parte, los soldados, mientras podían obtener algún sustento de la tierra, iban pasando a base de comer hierbas, pero, cuando llegaron al de-

---

[135] En Menfis, donde se encontraba Cambises (cf. III 25, 7).

[136] En su marcha hacia el sur, Cambises debió de someter Tebas, que siempre fue un centro de resistencia contra todo tipo de invasiones (cf. *Nahum* III 8-10, y E. Meyer, *Geschichte des Altertums,* III, Stuttgart, 1925, págs. 76 y sigs., sobre la campaña asiria durante el reinado de *Tanutamón,* hacia 663-656 a. C.). A su llegada —o bien cuando regresaba de Etiopía; cf. III 25, 7—, tuvieron lugar los incendios de los templos; incendios de los que se han encontrado restos arqueológicos y que confirman Estrabón, XVII 1, 46 y Diodoro, I 46, 4. En general, cf. L. Christophe, Cl. Robichon, *Karnak Nord,* III, El Cairo, 1951, págs. 51-58.

[137] Sobre esta expedición, cf. el capítulo siguiente.

[138] Es de notar que Heródoto no menciona para nada el Nilo (cuando cabría suponer que, antes que las provisiones, al ejército se le hubiese agotado el agua; lo cual es un indicio más para dudar de la veracidad de su relato sobre el particular), ya que el historiador creía que el río, al sur de Elefantina, procedía del oeste/sudoeste (cf. II 31 y nota II 120).

sierto[139], algunos de ellos cometieron una acción horrible: se jugaron a uno de sus propios camaradas, de entre un grupo de diez, y lo devoraron. Al tener noticia 7
de ello, Cambises, por temor a que cundiera la antropofagia, renunció a la expedición contra los etíopes y emprendió el regreso, llegando a Tebas tras haber perdido el grueso de su ejército. Acto seguido, bajó desde Tebas a Menfis y licenció a los griegos, permitiéndoles que se hicieran a la vela[140].

Expedición contra los amonios

Así fue como concluyó la expe- 26
dición contra los etíopes[141]. Entretanto, las tropas que habían sido enviadas para atacar a los amonios, después de haber partido de Tebas, poniéndose en camino con unos guías, llega-

[139] La meta de la expedición debía de ser Nápata, cerca de la cuarta catarata; o bien Méroe, al sur de la quinta, que en esta época era la capital etíope (cf. nota II 112). El ejército debió de remontar el curso del Nilo hasta la segunda catarata y, desde allí, cruzar el desierto por la ruta caravanera para acortar camino —siguiendo el trayecto que, en la actualidad, cubre la vía férrea existente entre Uadi Halfa y Jartum—, ya que el curso del Nilo, desde la quinta a la segunda catarata, describe una doble curva que hubiese prolongado la marcha en más de doscientos kilómetros. Si hay que conceder cierto crédito al relato de Heródoto sobre las penurias sufridas por los persas, cabría entonces suponer que el ejército de Cambises no abandonó el Nilo en su progresión hacia el sur (lo cual coincidiría con el testimonio de la estela de Dongola), y que la falta de provisiones afectó a un contingente persa enviado por Cambises a través de dicha ruta, para poder atacar a los etíopes por dos frentes. Cf. R. HENNIG, «Der äthiopische Feldzug des Kambyses»..., página 264.

[140] Cf. *supra* nota III 3, para esta alusión, aparentemente extemporánea, a los griegos (como en III 25, 2).

[141] Desde luego, la expedición de Cambises contra Etiopía no constituyó un fracaso en la medida en que narra el historiador. Sin embargo, tampoco podemos determinar su estricta valoración por nuestro desconocimiento de las metas que se habían propuesto los persas. Si éstos pretendían conquistar Etio-

ron, sin ningún género de dudas, a la ciudad de Oasis [142], ciudad que ocupan unos samios que, según cuentan,

pía en su totalidad, la expedición, indudablemente, constituyó un fracaso —independientemente del relato catastrófico de Heródoto—; si, por el contrario, pretendían asegurar la frontera sur de Egipto, la expedición fue un éxito. Al margen de las noticias anecdóticas sobre que el nombre de la ciudad de Méroe se debía al homenaje rendido a una hermana de Cambises muerta en esa localidad (que presumiblemente había acompañado al monarca persa, cf. III 31, 1), Estrabón, XVII 1, 5; Diodoro, I 33, 1; y Josefo, *Arqueología judía* II 10, 2, parecen indicar que llegó bastante al sur en su avance, conquistando quizá Nápata (cf. J. V. Prasek, *Geschichte der Meder und Perser...*, página 259, y Lehmann-Haupt, *R. E.*, s. v. *Kambyses*, col. 1816). El propio Heródoto, en III 97, 2, afirma que los etíopes colindantes con Egipto estaban sometidos a la soberanía persa (si bien, no satisfacían tributos, sólo aportaban presentes), y esos mismos etíopes aparecen, en VII 69, engrosando las filas del ejército persa. En el estado actual de nuestros conocimientos, cabe afirmar, pues, que la expedición consiguió asegurar la frontera sur de Egipto, por lo menos hasta la segunda catarata, aunque quizá sufriera una derrota que le obligara a retirarse (si es que hay que conceder crédito a la inscripción de Dongola, localidad situada a unos ciento cincuenta kilómetros al sur de la tercera catarata). Otras afirmaciones no pueden ser refrendadas con pruebas sustanciales.

142 Las tropas persas que Cambises envió desde Tebas no debían de dirigirse contra los amonios (es decir, contra el oasis de Sivah, que aproximadamente se encuentra en la latitud de El Fayum, desde donde tendría que haber partido una posible expedición), sino contra los llamados «Oasis meridionales»; y, desde luego, el contingente persa no contaría con cincuenta mil hombres (cf. III 25, 3), que es una cifra a todas luces exagerada. Muy posiblemente la meta de las tropas persas tenía como principal objetivo la sumisión de los oasis de *Kharga* y *Dakhla* (cf. C. M. Zivie, «Les temples de l'Oasis meridionale», *Archéologia* 110 [1977], 30-45), y tal vez la del de *Farafra* (oasis más pequeño que el de Kharga y que Heródoto pudo confundir con el de Sivah), el primero de los cuales se halla en la latitud de Tebas. Quizá los persas fueran en persecución de nobles tebanos que se habrían refugiado en ellos. La ciudad de Oasis no debe ser otra que *Hibis*, capital del oasis de Kharga (una depresión correspondiente al antiguo curso del Nilo, que se extiende de

pertenecen a la tribu Escrionia[143] y que distan de Tebas siete jornadas de camino a través de una zona desértica[144] (por cierto que ese lugar se denomina en lengua griega *Isla de los Bienaventurados*[145]).

---

norte a sur sobre ciento cincuenta kilómetros —aproximadamente entre la latitud de Luxor y Kom Ombo—, y sobre unos cuarenta kilómetros de este a oeste), donde Darío I mandó erigir un monumental templo en honor de Amón, prueba inequívoca de la soberanía persa sobre los oasis del sur. Heródoto, pues, interpretó un nombre común (a partir del egipcio *ouhat* = oasis y uadi) identificándolo con el de una ciudad (cf. ESTRABÓN XVII 1, 6). Sobre la naturaleza de los oasis a juicio del historiador, cf. IV 181, 2.

143 Sobre esta presunta tribu samia no poseemos noticia alguna (aunque *Escrión* aparece en Samos como nombre propio) y las interpretaciones que se han propuesto, para este sorprendente establecimiento griego a unos seiscientos kilómetros del mar y en pleno desierto libio, han sido varias. C. SOURDILLE, *La durée et l'étendue du voyage d'Hérodote en Égypte*, París, 1910, pág. 171 y nota 3, pensó en la existencia de relaciones comerciales entre los griegos que, según él, estaban establecidos en Tebas (cf. *supra* nota II 235) y el oasis de Kharga, donde quizá habría una representación comercial griega establecida con carácter permanente. Asimismo, es posible que Heródoto interpretara erróneamente alguna información recibida de algún egipcio y que, en realidad, jamás hubiera en Kharga un establecimiento griego (cf. DAHLMANN, *Forschungen auf dem Gebiete der Geschichte*, II, Altona, 1874, págs. 46 y sigs). Lo más probable, sin embargo, es que todo se debe a la confusión del historiador, al creer que el objetivo del ejército persa era el oasis de Sivah, ya que, entre éste y el valle de Nilo, existía un establecimiento samio situado cerca de la costa mediterránea, en el pequeño palmeral de *El Wah el Keblieh;* o bien a que, en tiempos de Heródoto, la guarnición persa que custodiaba el oasis de Kharga se hallaba integrada por soldados griegos originarios de Samos.

144 La cifra es bastante aproximada para un destacamento que llevaría bagajes y provisiones, ya que, entre Tebas y el oasis de Kharga, había unos 200 Kms.

145 En la mitología griega, las *Islas de los Bienaventurados* eran el lugar del Hades —o mundo de ultratumba— al que, con el paulatino desarrollo del sentimiento ético, iban los héroes

2 Según cuentan, hasta ese lugar llegó, pues, el ejército; pero, a partir de allí, a excepción de los propios amonios y de quienes se lo han oído contar a estos últimos, nadie más sabe decir nada sobre su suerte, pues las tropas no llegaron al territorio de los amonios
3 ni regresaron a su punto de partida. En concreto, la versión que, a título personal, dan los amonios es la siguiente: resulta que, cuando, desde la susodicha ciudad de Oasis, se dirigían contra ellos a través del desierto y estaban, más o menos, a mitad de camino entre su país y Oasis, se desató sobre los persas, mientras estaban tomando el almuerzo, un viento del sur sumamente violento, que, arrastrando torbellinos de arena, los sepultó; y así fue como desaparecieron[146]. Esto es

---

y hombres distinguidos por sus cualidades morales (no obstante, las concepciones varían según los autores). Cf. HOMERO, *Odisea* IV 563; HESÍODO, *Trabajos* 171; y, especialmente, PÍNDARO, *Olímpicas* II 77 y sigs. En general, cf. U. VON WILAMOWITZ, *Der Glaube der Hellenen*, I, Berlín, 1931, págs. 337 y sigs.; y H. J. ROSE, *A Handbook of Greek Mythology* = *Mitología griega* [trad. J. GODÓ], Barcelona, 1973, págs. 84-85. La atribución de ese nombre al oasis de Kharga se debe, probablemente, a razones diversas: a la consideración de que los oasis eran como unas islas, equiparando el desierto con el mar (cf. ESTRABÓN, XVII 1, 7); a que los oasis suponían lugares de cobijo para las almas de los muertos en su viaje al *Amenti* (la región de poniente; cf. *supra* nota II 436); o bien —y es lo más verosímil— a que el término griego «Isla de los Bienaventurados» traduce, en este caso, el egipcio *Iu-hesyu* (= gr. *Makárōn nêsos)*, que era el nombre egipcio del oasis de Kharga. Cf. W. SPIEGELBERG, *Zeitschrift für ägyptischer Sprache und Altertumskunde* 41 (1905), 85-86.

[146] Es difícil poder admitir que un ejército de cincuenta mil hombres —dando por supuesto que la expedición pretendiera someter a los amonios, en cuyo caso hubieran partido de El Fayum y el oasis de *Baharia*— pudiera desaparecer sin dejar rastro a causa de una tormenta de arena (suscitada en este caso por el *jamsīn*, viento muy seco y caluroso del desierto, propio de Egipto, que sopla hacia el norte, atraído por depresiones barométricas localizadas en el área mediterránea, siendo fre-

lo que, al decir de los amonios, ocurrió con este ejército.

Cambises regresa a Menfis. Muerte de Apis

Tras la llegada de Cambises a Menfis, Apis, a quien los griegos llaman Épafo, se apareció a los egipcios [147]; y, desde el momento de su aparición, los egipcios vistieron sus mejores galas y se dedicaron a festejarlo. 27
Entonces Cambises, al ver que los egipcios hacían eso, 2

---

cuente sobre todo de abril a junio). Eso sería admisible para un reducido contingente, pero no para tal número de soldados acompañados de sus bagajes, impedimenta, etc. Un testimonio de Estrabón (XVII 1, 54) afirma que el ejército persa se vio afectado por una tormenta de arena cerca de Uadi Halfa, cuando regresaba de la campaña contra Etiopía. Según eso, el relato de Heródoto podría ser el reflejo de fuentes egipcias que habrían visto en la pretendida tormenta de arena un castigo de Amón, el dios del oasis de Sivah, contra los sacrílegos invasores (cf. VIII 35-39, para un prodigio similar atribuido a Apolo Delfio). Si se admite en parte la veracidad del relato del historiador, hay que pensar que el contingente persa sería poco numeroso, que la tormenta tendría lugar entre Baharia y Sivah, y que los egipcios exageraron la magnitud del desastre. Con todo, los amonios estaban sometidos a Darío, por lo que hay que deducir que, si hubo alguna expedición persa, tuvo el éxito apetecido.

[147] Los griegos (cf. *supra* II 38, 1) identificaban a Apis con Épafo, hijo de Ío (princesa pelasga, emparentada con las Danaides —cf. nota II 331—, que fue metamorfoseada en becerra por Zeus para intentar sustraerla, aunque infructuosamente, a los celos de Hera) y de Zeus, al que aquélla concibió en Egipto. Tenemos testimonios de que, desde la dinastía I, en Egipto existía el culto a un toro (Apis, de donde el nombre griego de Épafo, que responde al egipcio *Hep-Apis;* aunque Esquilo, *Prometeo* 850-851, propone otra etimología para su nombre; cf. *supra* nota II 150), como divinidad agraria, símbolo de la fuerza fecundadora. El culto de Apis alcanzó su apogeo en época saíta, cuando, como Sérapis —la asimilación de Apis, a su muerte, con Osiris—, se convirtió en uno de los dioses egipcios más venerados, sobre todo en Menfis (cf. II 153), donde fue asimilado a Ptah. Los animales que encarnaban al dios eran momificados

plenamente convencido de que se entregaban a esas manifestaciones de alegría por el revés que él había sufrido[148], hizo llamar a las autoridades de Menfis. Cuando comparecieron ante él, les preguntó por qué los egipcios no habían hecho nada semejante durante su anterior estancia en Menfis, y, en cambio, lo hacían en aquel momento, cuando él llegaba tras haber per-
3 dido una buena parte de su ejército. Las autoridades le explicaron que se les había aparecido un dios que solía dejarse ver muy de tarde en tarde y que, siempre que se aparecía, todos los egipcios celebraban con tal motivo una fiesta por la alegría que sentían[149]. Al oír

---

y sepultados en los subterráneos del *Serapeum*, que se hallaba próximo a Saqqara. Sobre Épafo en la mitología y las fuentes clásicas, cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica*, Madrid, 1975, páginas 127 y sigs.

[148] Si lo que cuenta Heródoto es cierto, es posible que Cambises, al ver a la población de Menfis en estado de agitación, temiera una sublevación (quizá las fuentes egipcias tergiversaran los hechos y fuera en esta ocasión cuando Psamético III trató de conspirar contra Cambises; cf. *supra* nota III 90). La condena de las autoridades de Menfis, que tal vez actuaran en connivencia con los sacerdotes, y la matanza general ordenada por las calles de la ciudad (III 29, 2) pueden responder a la represión de una revuelta.

[149] Las ceremonias de entronización de Apis tenían lugar en Menfis: el animal era conducido en procesión hasta su establo sagrado en el templo de Ptah (cf. II 153), lo que daba lugar a una serie de festejos populares. En realidad, Apis no se aparecía a los egipcios «muy de tarde en tarde», como dice el historiador. Cuando el toro-Apis correspondiente moría (como es natural, el animal podía vivir un número variable de años), los sacerdotes elegían a un novillo, nacido en los establos sagrados, que tuviera las marcas divinas que lo hacían la encarnación del dios (cf. III 28, 2-3), y, en consecuencia, el sucesor del Apis muerto. El nuevo Apis era mostrado al pueblo y, en lo sucesivo, vivía en su santuario (el *Apeion*, donde recibía ofrendas de sus fieles), con su harén de vacas, de donde salía únicamente para participar en las procesiones.

esta explicación, Cambises dijo que mentían y, por falsarios, los condenó a la pena de muerte.

28 Después de hacer ejecutar a las autoridades, mandó comparecer acto seguido a los sacerdotes; pero, en vista de que los sacerdotes se expresaban en los mismos términos, respondió que no iba a dejar de averiguar personalmente si el dios que había visitado a los egipcios era una divinidad apacible [150]. Y, sin decir nada más, mandó a los sacerdotes que trajeran a Apis; así que ellos fueron en su búsqueda para llevárselo. Por 2
cierto que el tal Apis —es decir, Épafo— es un becerro engendrado por una vaca que ya no puede concebir en su seno otra cría. (Los egipcios, además, aseguran que un resplandor procedente del cielo se posa sobre la vaca y que la res concibe a Apis por obra de dicho resplandor [151].) Este becerro que recibe el nombre de 3

---

[150] En la frase puede haber una alusión, bien a Psamético III (el faraón era la encarnación terrena del dios Horus; cf. A. Moret, *Le caractère religieux de la royauté pharaonique*, París, 1912), o bien a algún posible usurpador (quizá un egipcio que adoptó el nombre de *Psammetiq, hijo de Neit, hijo de Ra*, o el de *Amasis-Psammetiq;* cf. E. Driotton, J. Vandier, *Historia de Egipto...*, pág. 531), que se arrogase derechos divinos para ocupar el trono egipcio.

[151] Así, según la teología de Apis, en la divinidad quedaban plasmadas dos de las esferas fundamentales de la religión egipcia: el poder adscrito al sol —que probablemente es el progenitor de Apis—, y al tipo de animales que constituyó la más valiosa posesión del hombre, el ganado (Apis era engendrado por una vaca unípara). Cf. E. Otto, *Beiträge zur Geschichte der Stierkulte in Ägypten*, Leipzig, 1938, págs. 23 y sigs., que estudia, en el caso concreto de Apis, el absoluto sincretismo de la religión egipcia, para la que es arduo perfilar una doctrina básica y describir la variedad de formas en que halló expresión (por ejemplo, Plutarco, *Moralia* 718, atribuye la procreación de Apis a un resplandor de procedencia lunar, aunque coincide con Heródoto en el carácter inmaculado de la vaca y en la concepción de origen divino).

Apis presenta las siguientes señales[152]: es negro y tiene en la frente una marca triangular de color blanco, en el lomo la figura de un águila, los pelos de la cola de doble tallo y bajo la lengua un escarabajo[153].

29 Pues bien, cuando los sacerdotes llegaron con Apis, Cambises, como estaba bastante desequilibrado, desenvainó su daga y, en su intento de darle a Apis en el vientre, le hirió en el muslo. Entonces se echó a reír y
2 dijo a los sacerdotes: «¡Malditos estúpidos! ¿Así son los dioses? ¿De carne y hueso[154] y sensibles a las ar-

---

[152] Las señales eran necesarias para poder identificar al animal como verdadera encarnación del dios. En concreto, Apis era el heraldo de Ptah; su título completo era «el Apis vivo, el heraldo de Ptah, que lleva la verdad hasta El-de-la-amable-faz (Ptah)», lo cual da la impresión de que el toro venía a ser el representante terrenal del dios, al que mantenía informado de lo que ocurría en la tierra; y, viceversa, el toro-Apis emitía oráculos en los que actuaba como heraldo de la divinidad. Cf. H. FRANKFORT, *Kingship and the Gods* = *Reyes y Dioses* [trad. B. GARRIGUES], Madrid, 1976, págs. 184 y sigs. Según ELIANO, *Hist. Anim.* XI 10, en realidad, Apis tenía que poseer veintinueve señales distintivas, y no sólo cinco, como señala Heródoto. Las fuentes antiguas, por otra parte, además de no enumerar más que seis señales en total (cf. PLINIO, *Historia Natural* VII 184; «candicans macula cornibus lunae crescere incipientis»), no coinciden en los rasgos específicos de cada una de ellas (cf. PLUTARCO, *De Iside et Osiride* 43), salvo en que el becerro presentaba «una marca triangular de color blanco» en la frente, mientras que los manuscritos de Heródoto aluden a «un cuadrado de color blanco»; cf. al respecto el apartado de *Variantes* al texto de HUDE que antecede a la traducción de este libro.

[153] Una rugosidad carnosa que debía de asemejarse a la silueta de un escarabajo (cf. ELIANO, *Hist. Anim.* XI 10). Para la revisión de las señales descritas, cf. *supra* II 38.

[154] Literalmente, «de sangre y de carne». Admitiendo la realidad del episodio —cosa ciertamente problemática—, para un persa, que adoraba las fuerzas de la naturaleza y que no admitía que un dios pudiera adoptar naturaleza humana (cf. *supra* I 131, y J. DUCHESNE-GUILLEMIN, *La religion de l'Iran ancien...*, págs. 159 y sigs.), resultaría absurda la zoolatría egipcia

mas? Desde luego este dios es bien digno de los egipcios; pero a fe que vosotros no vais a hacer mofa de mí impunemente». Dicho esto, mandó a los encargados de este menester que azotaran sin piedad a los sacerdotes y que mataran a todo aquel egipcio a quien pillasen celebrando la fiesta. La celebración de los egipcios 3
quedó, pues, suspendida; y, por su parte, los sacerdotes fueron castigados. Entretanto Apis, herido en el muslo, agonizaba exánime en el santuario; y, cuando murió a consecuencia de la herida, los sacerdotes le dieron sepultura a espaldas de Cambises[155].

---

e incomprensible que un animal pudiera ser la encarnación de una divinidad.

[155] Pese a que otros testimonios antiguos coinciden en afirmar que Cambises asesinó a Apis (cf. PLUTARCO, *De Iside et Osiride* 44; JUSTINO, I 9; CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Protréptico* IV 52), la historicidad de este hecho ha suscitado serias dudas. Es lógico pensar que las tropas persas debieron de cometer los naturales atropellos en un país recién conquistado, por lo que Cambises —que, además, llevó a cabo una profunda reforma en la percepción tributaria de los templos— se convertiría para los egipcios, alentados al respecto por la propaganda nacionalista, en el símbolo de la conquista y de la dominación extranjera; de ahí que, muy posiblemente, surgiera, en contra de su persona, una tradición negativa que pudo atribuirle hechos que no había cometido. El relativo a la muerte de Apis puede ser uno de ellos (cf. G. POSENER, *La première domination perse en Égypte...*, páginas 171 y sigs.). Pese a que no contamos con mucha documentación sobre el particular, las inscripciones del *Serapeum* indican que un Apis murió en el sexto año del reinado de Cambises (524 a. C.), mientras éste se encontraba en Etiopía, y que su entierro no se produjo «a espaldas de Cambises», como afirma Heródoto. Como el siguiente Apis, que nació en el quinto año del reinado de Cambises (525 a. C.; sobre esta aparente duplicidad de Apis, cf. A. WIEDEMANN, *Geschichte Ägyptens von Psammetich I. bis auf Alexander den Grossen*, Leipzig, 1880, páginas 226-229, aunque sus conclusiones son ciertamente discutibles), vivió hasta el cuarto año del reinado de Darío (518 a. C.), parece que la tesis del asesinato debe descartarse. Además, la estela 354 de Louvre presenta a Cambises adorando a Apis (siguiendo en este punto el precedente de Amasis, que había sido

30 *Agudización de la locura de Cambises. Asesinato de Esmerdis*

Este sacrilegio fue, al decir de los egipcios, lo que motivó que Cambises perdiera súbitamente la razón[156], aunque antes tampoco estaba en sus cabales. Su primera atrocidad consistió en acabar con su hermano Esmerdis, que lo era por parte de padre y madre[157], y a quien,

---

el primero en colocar su nombre en el sarcófago de un Apis), representado con traje real egipcio, coronado con el *uraeus* y de hinojos ante la res, con la fórmula ritual egipcia: «Horus... rey del Alto y Bajo Egipto; Mestiu-Re, hijo de Ra, Cambises —¡vida eterna para él!— erigió como monumento para su padre, Apis-Osiris, un gran sarcófago de granito, que dedicó el rey del Alto y Bajo Egipto, Mestiu-Re, hijo de Ra, Cambises, de quien procede toda la vida, toda seguridad y toda fortuna, toda salud y toda alegría, en su calidad de rey del Alto y Bajo Egipto...». Cf. R. A. Parker, «Persian and Egyptian Chronology», *American Journal of Semitic Languages and Literatures* 58 (1941), 286-287. El testimonio de Heródoto, en suma, puede responder al sentimiento antipersa latente en el Egipto de su época.

[156] Este argumento, de origen egipcio, se va a reflejar en una inversión cronológica de los hechos que Heródoto narrará a continuación, ya que el asesinato de Esmerdis (cf. III 30, 3), y el de su hermana-esposa (cf. III 31-32), si son históricos, debieron de tener lugar con anterioridad al final de la campaña etíope, que es cuando se fecha la muerte de Apis. Todo responde probablemente a un intento egipcio por justificar religiosamente la presunta locura de Cambises.

[157] Literalmente, «por parte de padre y de la misma madre», ya que el rey persa solía tener varias esposas y concubinas (cf. III 3, 1). Esmerdis era el hermano menor de Cambises y su verdadero nombre era Bardiya. La *Inscripción de Behistun* (§ 10) data su muerte con anterioridad a la campaña egipcia de Cambises, testimonio que es admitido por la moderna historiografía: «El que era llamado Cambises, el hijo de Ciro... tenía un hermano, llamado Bardiya, hijo de la misma madre y del mismo padre que Cambises. Posteriormente, Cambises mató al tal Bardiya..., tras de lo cual marchó Egipto». Cf. F. H. Weissbach, *Die Keilinschriften der Achämeniden*, Leipzig, 1911, págs. 15 y sigs. Heródoto, como en tantas otras ocasiones, explica los hechos políticos a partir de motivaciones puramente personales. La reducción de la historia a anécdota personal es característica

por envidia, había hecho regresar a Persia desde Egipto, dado que había sido el único persa que consiguió tensar —y tan sólo unos dos dedos— el arco que los ictiófagos habían traído de parte del etíope[158], cosa que ningún otro persa había logrado. Pues bien, cuando Es- 2
merdis había partido ya hacia Persia, Cambises tuvo en sueños la siguiente visión[159]: creyó ver que un mensajero procedente de Persia le comunicaba que Esmerdis, sentado en el trono real, tocaba el cielo con la cabeza.
Así pues, recelando en su fuero interno, ante esta vi- 3
sión, que su hermano lo asesinara para hacerse con el poder[160], envió a Persia a Prexaspes —el persa que le era más leal— para que asesinase a Esmerdis. Prexaspes, entonces, subió a Susa y asesinó a Esmerdis,

---

de una amplia corriente de la literatura jónica. Las fuentes de Heródoto, y su misma obra, son fundamentalmente literatura oral, y es sabida la importancia que tienen en este género de literatura los motivos personales, la anécdota y una cierta tendencia a la maledicencia. Cf. H. R. IMMERWAHR, *Form and Thought in Herodotus*, Cleveland, 1966.

[158] Cf. *supra* III 21, 2-3.

[159] Los sueños eran considerados como el medio más directo que tenían los dioses para comunicar sus designios a los hombres (cf. I 34, 1 y 209, 1; asimismo, P. FRISCH, *Die Träume bei Herodot*, Meisenheim am Glan, 1968). Como estos sueños podían ser engañosos o ciertos, la oniromancia permitía interpretarlos, y de ello estaban encargados en Persia los magos, que constituían la clase sacerdotal que conocía el pertinente ritual. Cf. *supra* I 107, 1, y É. BENVENISTE, *Les mages dans l'ancien Iran*, París, 1938.

[160] En realidad, el único motivo que podía tener Cambises para hacer asesinar a Esmerdis era ese, ya que Ciro había nombrado a Bardiya gobernador de las provincias orientales del imperio y, al parecer, las relaciones entre los dos hermanos no eran muy cordiales (cf. JENOFONTE, *Ciropedia* VIII 8, 2; y J. V. PRASEK, *Geschichte der Meder und Perser...*, pág. 247). No obstante, hoy en día, la atribución de la responsabilidad del asesinato de Esmerdis a Cambises ha sido sometida a profundas críticas (cf. *infra* nota III 313).

según unos llevándoselo a una cacería, o, según otros, acompañándolo al mar Eritreo y arrojándolo al agua [161].

Asesinato de una de sus hermanas

31 Este fue, en suma, el caso que, según cuentan, comenzó la serie de atrocidades de Cambises. En segundo lugar, acabó con su hermana, que le había acompañado a Egipto y que era su esposa, a la par que su hermana por parte de padre y madre [162]. Y he aquí, por cierto,
2 cómo se casó con ella (pues antaño los persas no tenían, ni mucho menos, por costumbre contraer matrimonio con sus hermanas [163]). Cambises se había prendado de una de sus hermanas, así que, con el propósito de casarse con ella, convocó —debido a que pretendía hacer algo insólito— a los llamados jueces reales [164] y les pre-

[161] El mar Eritreo se refiere en este caso al Golfo Pérsico. Sobre la muerte de Esmerdis circulaban diversas versiones (cf. CTESIAS, *Persiká* 12), aunque la propaganda oficial persa atribuía el asesinato a Cambises.

[162] Ciro y Casandane tuvieron tres hijas: Atosa, la que murió en Egipto (y a la que CTESIAS, *Persiká* 12, denomina Roxana), y Artistone. Cambises se casó con las dos primeras (sobre Artistone, cf. III 88, 2; VII 69, 2).

[163] La afirmación de Heródoto es errónea. El matrimonio entre hermanos —que remonta a una costumbre elamita; cf. A. T. OLHSTEAD, *History of the Persian Empire...*, pág. 86— es ponderado en el *Avesta* y fue practicado por otros monarcas persas (por ejemplo, Artajerjes II se casó con dos hermanas suyas; cf. PLUTARCO, *Artajerjes* 23), siendo su práctica general en época sasánida. En este caso, la fuente de Heródoto (la mención a matrimonios incestuosos puede encuadrarse dentro de la leyenda negra de Cambises) no debe de ser egipcia, ya que en Egipto la costumbre estaba arraigada en época saíta y no habría llamado la atención (cf. A. ERMAN, H. RANKE, *Ägypten und ägyptisches Leben im Altertum*, Tubinga, 1923, pág. 180), sino, posiblemente, griega.

[164] Los jueces reales constituían una especie de consejo supremo, integrado al parecer por siete personas (cf. *Esdras* VII 14; *Ester* I 14; JENOFONTE, *Anábasis* I 6, 4; JOSEFO, *Arqueología judía* XI 61), y sus atribuciones, como se desprende de las fun-

guntó si existía alguna ley que permitiese, a quien lo deseara, contraer matrimonio con una hermana suya.
3 (Los jueces reales son unos persas escogidos para dicho cargo hasta el momento en que mueren, o hasta que se descubre alguna injusticia suya[165]. Estos individuos administran justicia a los persas, son intérpretes del derecho consuetudinario y todo es de su incumbencia.)
4 Pues bien, ante la pregunta de Cambises, [le] dieron una respuesta justa y, a la vez, prudente: le dijeron que no acertaban a encontrar ninguna ley que permitiera a un hermano contraer matrimonio con su hermana, pero que, no obstante, habían encontrado otra ley, según la cual al rey de los persas le estaba permitido hacer lo que quisiera.
5 Así, no derogaron la ley por temor a Cambises[166]; pero, para no perderse a sí mismos al atenerse a ella, dieron con otra ley complementaria que asistía a quien quería casarse con sus hermanas.
6 Cambises, en consecuencia, se casó entonces con su amada (sin embargo, no mucho tiempo después tomó asimismo por esposa a otra de sus hermanas[167]). Pues bien, de las dos mató a la más joven, que era la que le había acompañado a Egipto[168].

---

ciones que les confiere Heródoto, suponían una limitación al poder real.

[165] En cuyo caso no sólo eran destituidos, sino que podían ser castigados severamente (cf. V 25; VII 194, 1-2).

[166] La inmutabilidad de las leyes persas era proverbial (cf. *Daniel* VI 9; 13; 16).

[167] Para un griego esto tenía que constituir un signo inequívoco de desequilibrio psíquico (cf. *supra* nota III 134). Posiblemente, Cambises se casó primero con Atosa (en persa *Hutausā*), que fue sucesivamente esposa de Cambises, el falso (?) Esmerdis (cf. III 68, 4-5), y Darío (cf. III 88, 2); y, poco antes de la campaña egipcia, debió de desposar a su otra hermana, razón por la cual se la llevó consigo a Egipto.

[168] ESTRABÓN (XVII 1, 5) afirma que se llamaba Méroe y que perdió la vida durante la campaña que Cambises llevó a cabo contra Etiopía (etiológicamente, se explicaba así el nombre de

32 Por cierto que, respecto a la muerte de esta mujer circula, como en el caso de Esmerdis, una doble versión. Los griegos cuentan que Cambises había azuzado a un león contra un perro, cachorros ambos, y que esta mujer se hallaba también contemplando el lance; y, cuando el perrito estaba a punto de resultar vencido, otro perrito de su misma camada rompió su correa y acudió en su ayuda, con lo que, al ser dos, lo-
2 graron imponerse al leonzuelo. Cambises se divertía con el espectáculo, en cambio su hermana, que se hallaba sentada a su lado, estaba llorando. Entonces Cambises, al percatarse de ello, le preguntó por qué razón lloraba; y ella le respondió que se había echado a llorar, al ver que el perrito socorría a su hermano, porque se acordaba de Esmerdis y era consciente de que
3 Cambises no tenía quien pudiera socorrerlo. Los griegos, en suma, sostienen que ella fue ejecutada por orden de Cambises a consecuencia de esta frase[169].

Los egipcios, en cambio, aseguran que, cierto día en que ambos estaban sentados a la mesa, la mujer cogió una lechuga, empezó a deshojarla y le preguntó a su marido si la lechuga resultaba más vistosa una vez deshojada o cuando estaba recubierta de sus hojas. Él respondió que recubierta de sus hojas; y entonces
4 la mujer apostilló: «Pues, sin embargo, en cierta oca-

la ciudad de Méroe, en el supuesto de que había muerto en ese lugar, que recibió su nombre en memoria de la hermana-esposa de Cambises; pero es muy improbable que el monarca persa llegara tan al sur). No obstante, no menciona que Cambises le hubiera dado muerte (cf. *supra* nota III 156).

[169] Esta versión griega de la muerte de la hermana-esposa de Cambises parece la adaptación de una fábula de tipo esópico, fenómeno corriente entre los griegos de Asia. Cf. W. Aly, *Volksmärchen, Sage und Novelle bei Herodot...*, pág. 87. Para una fábula que pretende demostrar lo mismo, pero expuesta inversamente, cf. la fábula 44 de Babrio, B. E. Perry, *Babrius and Phaedrus*, Londres, 1965, por ejemplo.

sión tú emulaste a esta lechuga[170], al expoliar la estirpe de Ciro». Entonces Cambises se abalanzó lleno de ira sobre ella, que estaba encinta, y la mujer sufrió un aborto, perdiendo la vida[171].

Causas del comportamiento de Cambises

Estas fueron las locuras que 33 Cambises cometió contra sus más allegados, bien fuese realmente por causa de Apis[172] o por otra razón cualquiera, porque muchas son las desgracias que suelen afectar a los hombres[173]. Y, en este caso, incluso se afirma que Cambises padecía de nacimiento una grave dolencia, esa que algunos

---

170 Es decir, que el propio Cambises se ha quedado, como la lechuga, sin hojas, sin protección, ya que su hermano venía a ser para él —el cogollo de la estirpe de Ciro— las hojas que le brindaban amparo y esplendor. De esta metáfora de la lechuga (W. W. How, J. Wells, *A commentary on Herodotus*, I..., página 265, dicen que «the parabolic 'stripping of the lettuce' is quite Eastern») se deduce que la pretendida muerte de Esmerdis no se había mantenido en riguroso secreto (cf. III 61, 1, e *Inscripción de Behistun* § 10), y que Esmerdis era un personaje querido en Persia (punto este que debió de ser fomentado por la propaganda legitimadora de la realeza de Darío).

171 Es posible que, en realidad, la hermana-esposa de Cambises muriera a consecuencia de un aborto, pero no ocasionado por su marido. Si acompañó al rey persa en su campaña contra Etiopía (el monarca persa solía ir a la guerra acompañado de todo o, al menos, parte de su harén), las fatigas del viaje pudieron causarle la muerte.

172 Cf. *supra* nota III 156.

173 Vuelve a aparecer aquí la idea de la inestabilidad general del mundo, que preside toda la obra del historiador (cf. I 5, 4; 32, 4; VII 49, 3) y que estaba enraizada en el pensamiento griego arcaico (cf. Jenófanes, fr. 26 B, H. Diels, W. Kranz, *Die Fragmente der Vorsokratiker* [= *D. K.*], I, 16.ª ed., Dublín - Zurich, 1972 [= 6.ª ed., 1951]; Heráclito, *D. K.*, fr. A 6; Sófocles, *Traquinias* 132 y sigs.; etc.). En general, cf. J. Defradas, *Les thèmes de la propagande delphique*, París, 1954, págs. 217 y siguientes; y O. Regenbogen, «Die Geschichte von Solon und Krösus», en *Herodot. Eine Auswahl aus der neueren Forschung*..., páginas 357-403.

denominan «enfermedad sagrada»[174]. Por lo tanto, no sería nada extraño que, si su cuerpo sufría una grave dolencia, tampoco estuviera en su sano juicio[175].

Asesinato del hijo de Prexaspes y de varios nobles persas

34 Contra los demás persas, por otra parte, cometió las siguientes locuras. Se cuenta, por ejemplo, que le dijo a Prexaspes, el persa a quien más distinción dispensaba (de hecho, este individuo era quien le introducía los mensajes[176] y, además, su hijo era copero de Cambises, cosa que, desde luego, no constituía una distinción insignificante). Se cuenta, repito, que le dijo lo
2 siguiente: «Prexaspes, ¿qué clase de persona me consideran los persas?, ¿qué comentarios hacen sobre mí?». «Señor —le respondió Prexaspes—, recibes grandes elogios en todos los sentidos; únicamente dicen que te
3 entregas con excesivo afán a la bebida[177]». Esto fue,

[174] Se trata de la epilepsia, cuyas convulsiones, análogas a los trances en que quedaban sumidos ciertos adivinos en los momentos de inspiración, se consideraban, a nivel popular, de origen divino. Hipócrates, en su tratado *Sobre la enfermedad sagrada*, polemizó contra esta superstición y falsa religiosidad, al defender el carácter natural de la epilepsia. Cf. la traducción de J. Alsina, «Hipócrates. Sobre la enfermedad sagrada», *Boletín del Instituto de Estudios Helénicos* 4 (1970), 87-96; y H. W. NörembERG, *Das Göttliche und die Natur in der Schrift über die Heilige Krankheit*, Bonn, 1968.

[175] La afirmación de Heródoto parece implicar su escepticismo acerca del origen divino de la «enfermedad sagrada», caracterizada como dolencia puramente física sobre la etiología y la patología específica de las enfermedades neurológicas y mentales. Cf. P. Laín Entralgo, *La medicina hipocrática*, Madrid, 1970, págs. 83-85 y 195-198.

[176] El cargo de «introductor de mensajes» venía a ser algo así como el secretario privado del rey, que estaba encargado de concertar las audiencias del monarca persa (cf. III 84, 2). Los aqueménidas habían mantenido en la corte el protocolo establecido por el medo Deyoces (cf. I 99, 1).

[177] Lo cual no constituía una dura crítica, ni desde el punto de vista persa (los persas solían ingerir grandes cantidades de

en suma, lo que le dijo Prexaspes de los persas. Entonces Cambises, lleno de ira, le replicó en los siguientes términos: «Así que, en resumen, los persas pretenden que, por entregarme al vino, desvarío y no estoy en mi sano juicio. Pues, en ese caso, sus anteriores afirmaciones no se atenían a la verdad». En efecto, resulta 4
que en cierta ocasión, en una junta que con él mantenían los persas, Creso incluido[178], Cambises les había preguntado qué opinión les merecía su persona en comparación con la de su padre Ciro. Y ellos respondieron que era mejor que su padre, pues seguía detentando todos los dominios de aquél y, además, había anexionado Egipto, así como el mar[179]. Eso fue lo que dijeron 5
los persas; pero Creso, que se hallaba presente y que no se sentía satisfecho con el parecer [expuesto], le dijo a Cambises lo siguiente: «Pues, en mi opinión, hijo de Ciro, no puedes compararte con tu padre, ya que aún no tienes un hijo como el que él dejó en ti[180]». Al

---

vino; cf. I 133, 4), ni desde el punto de vista de un griego, ya que en Grecia la embriaguez se consideraba un fenómeno misterioso que liberaba al hombres de fuerzas oscuras. Los filósofos griegos estudiaron la manera de conseguir, en beneficio de la ciudad, que el vino fuese una «droga de la verdad». Cf. P. Boyancé, «Platon et le vin», *Lettres d'Humanité. Bulletin de l'Association G. Budé*, supl. 1951, págs. 3 y sigs. La conclusión a la que llega Cambises no se atiene al estricto contenido de la afirmación de Prexaspes; muy posiblemente la historia de este último pertenecía a la leyenda que, sobre Cambises, circulaba entre los griegos, pues presenta rasgos aparentemente helénicos (cf. III 35, 4).

[178] Cf. *supra* nota III 85. Esta pretendida sesión del consejo de Cambises habría tenido lugar, como se desprende del juicio de los persas, en Egipto.

[179] Es decir, el control sobre el Mediterráneo oriental, ya que, en tiempos de Cambises, los persas habían conseguido la sumisión de los chipriotas (cf. III 19, 3 y nota III 107) y la de los fenicios (cf. *ibíd.* y nota III 106); así como una alianza naval con Polícrates de Samos (cf. III 44).

[180] La respuesta de Creso puede interpretarse irónicamente. Cambises, en efecto, murió sin descendencia (cf. III 66, 2). A

oír estas palabras, Cambises se sintió complacido y alabó el parecer de Creso.

35 Pues bien, haciendo alusión a este incidente, le dijo a Prexaspes en un arrebato de cólera: «Constata, pues, por ti mismo si los persas tienen razón, o si son ellos
2 quienes desvarían al hacer esa afirmación: si disparo contra ese hijo tuyo que está ahí en la antesala y le acierto de lleno en el corazón, quedará claro que los persas hablan sin fundamento; en cambio, si fallo, podrás afirmar que los persas tienen razón y que yo no es-
3 toy en mis cabales[181]». Dicho esto, tensó su arco y disparó contra el muchacho, que se desplomó; entonces dio orden de abrirlo en canal y de verificar el tiro; y, al cerciorarse de que la flecha estaba alojada en el corazón, se echó a reír y, exultante de alegría, le dijo
4 al padre del muchacho: «Prexaspes, ya tienes constancia de que yo no estoy loco y de que son los persas quienes desvarían. Y ahora, dime: hasta la fecha, ¿a quién has visto, en el mundo entero, manejar el arco de modo tan certero?». Entonces Prexaspes, viendo a un hombre que no estaba en su juicio y temiendo por su vida, exclamó: «Señor, desde luego creo que ni el

---

juicio de algunos historiadores este fue uno de los motivos fundamentales que determinaron la sublevación de Bardiya. Cf. A. T. Olmstead, *History of the Persian Empire...*, págs. 92-93, que no cree en una sublevación organizada por los magos (cf. III 61 y sigs.).

[181] Cf. Séneca, *De ira* III 14, que, con propósitos moralizantes, sigue fielmente el testimonio de Heródoto sobre esta historia. Admitiendo la veracidad de la misma, las palabras de Cambises podrían implicar la existencia de rumores difundidos entre el ejército —quizá por instigación de Bardiya— sobre su incapacidad para gobernar. El rey pretende demostrar su aptitud —aunque con ello sólo pone de relieve su inestabilidad psíquica— mediante su habilidad con el arco, en cuyo manejo los persas eran adiestrados desde niños (cf. *supra* I 136, 2; Platón, *Alcibíades* I 121 d y sigs.; Jenofonte, *Ciropedia* I 1).

propio dios hubiera disparado tan atinadamente[182]». Esta fue la atrocidad que cometió entonces; mientras que, en otra ocasión, hizo enterrar vivos, cabeza abajo[183], a doce persas de rango similar a los de la más alta alcurnia, a pesar de que no los había podido hallar reos de nada importante.

Intento de acabar con Creso, que logra salvar la vida

Entonces, y ante la conducta 36 que observaba, el lidio Creso consideró un deber llamarle la atención[184] en los siguientes términos: «Majestad, no te dejes llevar en todos tus actos por los arrebatos de la juventud[185]; al contrario, debes dominarte y contenerte. A no dudar, bueno es ser previsor y sabia cosa la pru-

[182] En un contexto persa, cabe pensar que «el dios» a que alude Prexaspes es *Mithra*, patrón de los guerreros, que bajo los aqueménidas tuvo notable influencia y que fue asimilado al sol, cuyos rayos eran las flechas divinas (cf. R. GHIRSHMAN, *L'Iran des origines à l'Islam*, París, 1951, págs. 134 y sigs.). Sin embargo, la mayoría de los críticos piensan que la divinidad aludida es Apolo, divinidad solar griega —lo que sería prueba de la falsedad histórica del pasaje—, a la que alude su epíteto de *Febo* («brillante»), y cuyas flechas (= los rayos del sol) herían o purificaban, por lo que era patrono de los arqueros y de la medicina. Cf. M. P. NILSSON, *Geschichte der griechischen Religion*, I, Munich, 1955 (= 1941), págs. 529 y sigs.

[183] Esta traducción (cf., para una expresión similar, III 75, 3) es preferible a la de «hizo enterrar vivos, hasta la cabeza» (es decir, sólo hasta el cuello), que es la que propone H. STEIN, *Herodoti Historiae...*, pág. 41. Enterrar viva a una persona era un suplicio que se aplicaba con cierta frecuencia en Persia (primitivamente, quizá como forma de ofrenda religiosa, aunque este punto no está bien determinado; cf. VII 114, 2); hacerlo cabeza abajo suponía añadir una nota de mayor crueldad al suplicio.

[184] Creso sigue desempeñando en la corte de Cambises el papel de consejero que ya iniciara con su padre Ciro. Cf. *supra* nota III 85.

[185] Traduzco como hendíadis lo que en el texto griego dice, literalmente, «por la juventud y el ímpetu».

dencia; en cambio, tú matas a personas que son compatriotas tuyos, pese a no haberlos podido hallar culpables de nada importante, e incluso matas a niños.
2 Ten, pues, cuidado, si cometes muchos actos de este tipo, no vaya a ser que los persas se subleven contra ti[186]. Por otra parte, tu padre Ciro me encargó encarecidamente que te hiciera las advertencias y recomendaciones que juzgara oportunas[187]». Creso, en suma, le daba estos consejos con claras muestras de afecto;
3 pero Cambises le respondió en estos términos: «¡También a mí te atreves tú a darme consejos! ¡Tú, que gobernaste acertadamente tu patria[188]; que le diste a mi padre un atinado consejo instándole a cruzar el río Ara-

---

[186] El pragmatismo de Creso (como el de los servidores de Cambises que, en III 36, 5, salvan la vida de Creso) es evidente en este consejo, al anteponer la prudencia a la justicia, para evitar una sublevación. Este pragmatismo humano, que busca ante todo motivos y causas, y eficacia en el obrar, es bien distinto del pragmatismo teológico que predomina en el *logos* lidio del libro I (cf. G. DE SANCTIS, «Il logos di Creso e il proemio della Storia Erodotea», *Rivista di Filologia e di Istruzione Classica* 64 [1936], 1-14). Este hecho, aunado a la alusión a una posible sublevación (cosa que, en efecto, tuvo lugar; cf. III 61 y sigs.), y a elementos aparentemente folklóricos que aparecen en el episodio —cuya finalidad es, asimismo, poner de manifiesto la locura que aquejaba a Cambises—, ha suscitado serias dudas sobre su historicidad. Cf. T. NAKATSUKASA, «Kambyses' treatment in the episode of Herod. III 36», *Journal of Classical Studies* 23 (1975), 18-29.

[187] Heródoto no ha aludido en los libros anteriores a nada semejante. Únicamente en I 208 se refiere a que «Ciro puso a Creso en manos de su hijo Cambises... y le recomendó encarecidamente que lo honrase y lo tratara bien». PH. E. LEGRAND, *Hérodote. Histoires. Livre III..., ad locum*, sugiere que «ce trait doit venir d'un 'roman de Crésus' qu'Hérodote n'a pas reproduit en entier».

[188] Sobre la imprevisión de Creso en el gobierno de Lidia (la exclamación de Cambises es, como se desprende del contexto, irónica), cf. I 77, 4 y I 91.

xes[189] para marchar contra los maságetas, cuando ellos querían cruzar a nuestro territorio[190]; y que labraste tu propia ruina, por dirigir mal tu patria, y [labraste] la de Ciro por el caso que te hacía! Pero, desde luego, te vas a arrepentir, porque a fe que ya hace tiempo que deseaba encontrar contra ti un pretexto cualquiera». Dicho esto, empuñó su arco con ánimo de 4
dispararle una flecha, pero Creso dio un salto y salió corriendo. Entonces Cambises, en vista de que no podía alcanzarlo de un flechazo, ordenó a sus servidores que lo prendieran y le dieran muerte. Pero los servidores, 5
que conocían su carácter, escondieron a Creso[191] en razón de la siguiente consideración: si Cambises llegaba a arrepentirse y añoraba a Creso, ellos lo sacarían de su escondrijo y obtendrían una recompensa por haberle salvado la vida; en cambio, si no se arrepentía ni lo echaba de menos, en ese caso acabarían con él. Pues 6
bien, no mucho tiempo después, Cambises echó de menos a Creso, así que sus servidores, al percatarse de ello, le comunicaron que se hallaba con vida[192].

---

[189] Cf. *supra* I 201, y nota I 515. El Araxes se refiere en este caso al río Oxos, que separaba el imperio persa del país de los maságetas (es el actual Amu Daria, que nace en los glaciares del Hindukush y desemboca en el mar de Aral).

[190] Cf. *supra* I 207.

[191] La salvación de Creso presenta concomitancias con la actitud de Hermipo con respecto al fabulista Esopo, cuando éste se hallaba en Babilonia y el rey «Licurgo» ordenó eliminarlo, en un arrebato de cólera (cf. *Vida de Esopo* 104-107). El tema parece de origen oriental y presenta diversas versiones. Cf. B. E. Perry, *Aesopica* I, Urbana, 1952, págs. 6 y sigs.; y W. Aly, *Volksmärchen, Sage und Novelle bei Herodot...*, pág. 87.

[192] Esta es, cronológicamente, la última aparición de Creso en la obra de Heródoto; pues, aunque el historiador lo cita de pasada —y siempre haciendo referencia a fechas anteriores a la campaña egipcia de Cambises— en VI 37; 125; VII 30; y VIII 35, no nos dice nada sobre su final. Al parecer, recibió en época de Darío un señorío cerca de Ecbatana. Cf. F. Cornelius, «Kroisos», *Gymnasium* 64 (1957), págs. 346 y sigs.

Cambises entonces dijo que se congratulaba de que Creso estuviera vivo, pero que, no obstante, aquellos que lo habían salvado no quedarían sin castigo, sino que los haría ejecutar. Y así lo hizo.

Otros sacrilegios de Cambises

37 Muchas fueron, en suma, las locuras de esta índole que cometió Cambises, tanto contra los persas como contra sus aliados[193], durante su estancia en Menfis, donde no sólo abrió antiguas tumbas, sino que
2 hasta examinó sus cadáveres[194]. Y es más, con la misma irreverencia, penetró incluso en el santuario de Hefesto[195] y se burló mucho de su estatua. (Resulta que la estatua de Hefesto es muy similir a los *patecos* de Fenicia[196], que los fenicios llevan en las proas de sus

[193] Heródoto está utilizando un término típicamente griego. El aliado (en griego, *symmachos)* debe entenderse, en este caso, en el sentido de que el Estado que ha capitulado (cf. *supra* nota III 66) tiene que aportar un determinado número de tropas como ayuda militar cuando el vencedor al que estaba sometido lo solicitase (cf. E. Bikerman, *Remarques sur le droit des gens dans la Grèce classique,* Bruselas, 1950, pág. 107 y nota 33). En Grecia, el término *symmachía* indicaba, por lo general, un tratado de alianza de carácter militar acordado entre diversas ciudades, por el que las partes interesadas debían socorrerse mutuamente y no declarar la guerra o firmar la paz sin consenso previo. Cf. G. Busolt, *Griechische Staatskunde,* II, Munich, 1926, páginas 1.250 y sigs., y 1.320 y sigs.; asimismo, I. Calabi, *Ricerche su i raporti tra le poleis,* Florencia, 1953, caps. 2 y 3.

[194] Heródoto, pues, parece considerar la locura de Cambises, no como un acto de venganza divina por el pretendido asesinato de Apis, sino como algo existente con anterioridad a ese episodio (cf. III 30, 1). Para él, la profanación de la momia de Amasis debía de constituir ya una prueba inequívoca de ello (cf. III 16).

[195] Se trata del dios *Ptah,* creador de la humanidad (sobre él, cf. *supra* nota II 9). Su templo era el más importante de Menfis, donde era particularmente adorado. Sobre el santuario, cf. *supra* II 99, 4; 101, 2; 110, 1; 112, 1; 121, 1; 136, 1; 153.

[196] La afirmación de Heródoto ha sido interpretada diversa-

trirremes[197]; y para quien no haya visto *patecos* he de indicar que consisten en la imagen de un pigmeo.) Y 3
penetró asimismo en el santuario de los Cabiros[198],

mente (y quizá puede deberse a una información errónea recogida por el historiador): 1. S. MORENZ («Ptah-Hephaistos, der Zweg», *Festschrift für F. Zucker*, Berlín, 1954, págs. 275-290) supone que, en época saíta, Ptah (= Hefesto) era adorado en Menfis bajo la representación de un enano patizambo; o, más exactamente, como un hombre contrahecho. Esto se explicaría por la asimilación de Ptah al Hefesto griego, a quien se otorgaba el aspecto de un cojo y que era acompañado por los cabiros. 2. Que, en realidad, la estatua que tenía forma de pigmeo no perteneciera al santuario de Ptah, sino a la de alguno de los templos fenicios —el testimonio de Heródoto se decanta por el de los cabiros— que existían en los alrededores del gran templo de Menfis (cf. II 112, 2), para que los sirios y cananeos que trabajaban en *Prw Nfr*, el astillero de Menfis, pudieran rendir culto a sus dioses, en este caso quizá a una divinidad de carácter itifálico (cf. W. HELK, *Die Beziehungen Ägyptens zu Vorderasien im 3. und 2. Jahrtausend v. Chr.*, Wiesbaden, 1962, páginas 372-373, y 544). 3. Como la representación usual de Ptah era la de una momia en pie, quizá la estatua en cuestión se tratara de la de un *Khnumu*, uno de los hijos del dios, según la tríada menfita, que tenían a su cargo las representaciones de los diversos oficios (Ptah era el protector de los artesanos), unos dioses menores con figura de enano de piernas torcidas, largos brazos y enorme cabeza.

197 Para que los protegieran de los riesgos de la navegación. Sobre los *patecos*, cf. B. LANDSTRÖM, *Ships of the Pharaohs*, Londres, 1970, pág. 141. Numerosas monedas fenicias presentan figuras de *patecos* (cf., para tipos de monedas hispano-fenicias con *patecos*, A. VIVES, *La moneda hispánica*, Madrid, 1926, página 62, lámina XI).

198 Sobre los Cabiros, cf. *supra* nota II 213. Es probable que los Cabiros griegos (en cuyo honor se celebraban en la isla de Samotracia unos cultos mistéricos; cf. II 51, 2) procediesen de Fenicia (aunque para ellos también se ha propuesto un origen traco-frigio), donde se les veneraba como dioses protectores de las más amplias facetas de la vida —y de ahí su carácter itifálico—, si bien su número en Fenicia era de ocho, en tanto que los Cabiros griegos (que, salvo en Samotracia, donde eran adorados como divinidades cósmicas de primer orden, no pasaban de ser divinidades menores, asociadas a Hermes y Hefesto)

donde, de acuerdo con la norma establecida, no puede entrar nadie más que el sacerdote; y hasta hizo quemar sus estatuas después de haberse mofado mucho de ellas. Por cierto que estas estatuas también se asemejan a las de Hefesto, de quien, según dicen, son hijos los Cabiros[199].

Excurso sobre el poder de la costumbre en el mundo

38 A mi juicio, pues, es del todo punto evidente que Cambises estaba rematadamente loco, pues, de lo contrario, no hubiera pretendido burlarse de cosas sagradas[200] y sancionadas por la costumbre. En efecto, si a todos los hombres se les diera a elegir entre todas las costumbres, invitándoles a escoger las más perfectas, cada cual, después de una detenida reflexión, escogería para sí las suyas; tan sumamente convencido está cada uno de que sus propias costumbres son las
2 más perfectas[201]. Por consiguiente, no es normal que

---

variaban, según los lugares, de dos como mínimo, hasta cuatro como máximo.

[199] El testimonio del historiador no tiene por qué proceder directamente de una fuente egipcia en este caso, ya que es posible que Heródoto estuviera muy bien informado de los misterios de los Cabiros samotracios (cf. *supra* II 51, 2). Aquí puede haber una mezcla errónea por parte del historiador de informaciones recibidas en diversos lugares. Los Cabiros fenicios posiblemente fueron sincretizados con diversas facetas del dios Ptah, que adquirió la paternidad de los mismos (cf. nota III 196). En general, cf. B. HEMBERG, *Die Kabiren*, Upsala, 1950.

[200] Para Heródoto, que pretende explicar desde un plano divino el acontecer humano, y que es un buen representante de la concepción tradicional griega en materia de religión (cf. II 3, 2; y M. POHLENZ, *Herodot, der erste Geschichtschreiber des Abendlandes*, Leipzig, 1937, pág. 107), semejante actitud sólo podía ser una prueba de demencia.

[201] De JENOFONTE, *Memorables* IV 3, 16, parece deducirse que este argumento tenía un origen délfico. En dicho pasaje, Sócrates tranquiliza a Eutidemo sobre el medio de honrar a los dioses: «ya ves que el dios de Delfos, cuando alguien le pre-

un hombre, a no ser que sea un demente, haga mofa de semejantes cosas. Y que todas las personas tienen esa convicción a propósito de las costumbres, puede demostrarse, entre otros muchos ejemplos, en concreto por el siguiente: durante el reinado de Darío, este mo- 3
narca convocó a los griegos que estaban en su corte y les preguntó que por cuánto dinero accederían a comerse los cadáveres de sus padres. Ellos respondieron que no lo harían a ningún precio. Acto seguido Darío 4
convocó a los indios llamados Calatias[202], que devoran a sus progenitores, y les preguntó, en presencia de los griegos, que seguían la conversación por medio de un intérprete, que por qué suma consentirían en quemar en una hoguera los restos mortales de sus padres; ellos entonces se pusieron a vociferar, rogándole que no blasfemara. Esta es, pues, la creencia general; y me parece que Píndaro hizo bien al decir que la costumbre es reina del mundo[203].

---

gunta cómo puede dar gracias a los dioses, le responde: 'según la ley de la costumbre de tu pueblo'».

[202] Naturalmente, a unos miembros de dicha tribu (que probablemente son los mismos que, en III 97, 2, reciben el nombre de *Calantias)*. Se trataba de un pueblo dravídico del interior de la India (su nombre parece significar algo así como «los negros», del sánscrito *kâla,* «negro»); pertenecientes, por lo tanto, a la población no aria de la India; eran negroides, dolicocéfalos, con el pelo crespo y de talla inferior a la media de los habitantes de la India. De dicho pueblo no se tienen otras referencias en autores antiguos (salvo quizá en HECATEO, fr. 298, *F. Gr. Hist.)*. El contraste entre distintas costumbres se aplica a ritos funerarios, ya que los griegos practicaban la cremación, en tanto que estos indios (que participan de ciertos rasgos de los que Heródoto, en III 99, 1, denomina *padeos)* practicaban el canibalismo (sobre el mismo, cf. IV 26, y, para su justificación antropológica, C. SPIEL, *Menschen essen Menschen = El mundo de los caníbales* [trad. M. GRIMALT], Barcelona, 1973).

[203] En el fragmento 152 (C. M. BOWRA, *Pindari Carmina cum fragmentis,* Oxford, 1968 [= 1947]), citado por PLATÓN, *Gorgias* 484 b, si bien el verso de Píndaro está mal interpretado

39 *Acontecimientos contemporáneos en Samos. Presentación de Polícrates: su carrera triunfal*

Por cierto que, mientras Cambises llevaba a cabo la campaña contra Egipto, los lacedemonios emprendieron también una expedición contra Samos[204]; en concreto, contra Polícrates, hijo de Éaces, que se había apo-

---

por Heródoto —que quizá lo cita de memoria—, pues el poeta usa la palabra *nómos* (= «costumbre») en otro sentido (= «ley»); y quiere decir que la ley (del más fuerte) se impone a todos. La cita platónica (el mismo fragmento vuelve a aparecer en *Leyes* 715 a) tiene por objeto permitirle a Calicles insinuar una doctrina de la esclavitud basada en la naturaleza (punto de vista que no era unánimemente compartido por la sofística: cf. ALCIDAMANTE DE ELEA, en *Escolio* a ARISTÓTELES, *Retórica* I 13; HIPIAS, en PLATÓN, *Protágoras* 337 e-d; y ANTIFONTE, *Oxyrh. Pap.* XI, n.° 1364). Todo este pasaje denota que las observaciones etnográficas que se hallaban, principalmente, en las *periégesis* jónicas (es decir, descripciones de la tierra) habían familiarizado a los griegos con «costumbres bárbaras» de toda índole, y los habían predispuesto a considerar la costumbre, y la ley en general, como algo meramente convencional. Este era un tema que formaba parte de las discusiones que tenían lugar en los círculos filosóficos de vanguardia durante la época en que vivió Heródoto (cf. W. NESTLE, *Herodots Verhältnis zur Philosophie und Sophistik*, Progr. Schönthal, 1908, págs. 25-26; y W. ALY, *Volksmärchen, Sage und Novelle bei Herodot...*, pág. 289). A. DIHLE, «Herodot und die Sophistik», *Philologus* 106 (1962), 207-220, sostiene que, en esta especulación, Heródoto es mejor comprendido si se le sitúa en la esfera de influencia de la sofística (PLUTARCO, en *De Herodoti malignitate* 31, cita una anécdota, según la cual los magistrados de Tebas prohibieron a Heródoto el contacto espiritual con los jóvenes de la ciudad, para evitar que ejerciese sobre ellos una influencia perniciosa), pero no hay que olvidar que los puntos de partida del pensamiento tradicional, que representa Heródoto, y de la sofística son comunes, por lo que no son de extrañar ciertas coincidencias (cf. F. R. ADRADOS, *Ilustración y política en la Grecia clásica*, Madrid, 1966, págs. 317 y sigs.).

[204] La campaña, según la cronología que puede establecerse a partir de la narración de Heródoto, tuvo lugar entre los años 525 (comienzo del ataque persa a Egipto) y 522 a. C. (muerte del rey persa en Ecbatana de Siria; cf. III 66, 2). Sobre la

derado de Samos merced a un alzamiento[205]. Al prin- 2

función de esta larga digresión (para una justificación de su extensión, cf. III 60), relativa a política interestatal griega, y contemporánea a la expedición de Cambises a Egipto, cf. *supra* nota III 3. El interés del historiador por la historia de Polícrates se debe, además, al conocimiento que tenía de la isla de Samos, donde había estado refugiado, al fracasar la conspiración urdida para derrocar a Lígdamis, el tirano de la patria de Heródoto, Halicarnaso, y en la que éste debió de estar involucrado. Su estancia en Samos es fechada por Eusebio, *Chron.: Ol.* 78, 1, hacia 468/467 a. C., fecha que puede considerarse bastante aproximada (cf. F. Jacoby, *R. E.*, s. v. *Herodotos*, col. 229, y A. Hauvette, *Hérodote historien des guerres médiques*, París, 1894, pág. 13). Por eso puede afirmarse con bastante seguridad que el relato sobre Polícrates y la campaña lacedemonia tiene, en general, un origen samio; cf. B. M. Mitchell, «Herodotus and Samos», *Journal of Hellenic Studies* 95 (1975), 75-91, sobre el carácter de sus informadores. Allí recibiría las noticias que transmite sobre los acontecimientos antiguos de la historia local (la guerra contra los eginetas en tiempos de Anfícrates; cf. III 59, 4); sobre el pretendido socorro que Samos prestó a los espartiatas con motivo de la segunda guerra mesenia (cf. III 47, 1); sobre la intervención samia en favor de los jóvenes de Corcira enviados por Periandro a Aliates (cf. III 48); y, fundamentalmente, sobre toda la historia de Polícrates: conquista de la isla e importancia de sus fuerzas (cf. III 39); rebelión de los samios enviados a Egipto (cf. III 44-45), etc. En general, cf. O. Pessl, *Der Samierlogos Herodots*, Graz, 1967.

[205] Polícrates, que pertenecía a una de las más importantes familias de Samos (cf. R. Meiggs, D. Lewis, *A selection of greek historical inscriptions to the end of the fifth century B. C.*, Oxford, 1969, núm. 16, págs. 30-31, sobre una ofrenda consagrada por su padre en el templo de Hera), se enriqueció mediante la fabricación de objetos de bronce, y derrocó el régimen oligárquico de los grandes terratenientes con el apoyo del partido popular. La fecha de esa sublevación no está bien determinada (existe una cronología alta y otra baja, comprendidas entre 544/533 a. C.); y hasta se ha pensado que el alzamiento y la implantación de la tiranía fueron obra del padre de Polícrates; de ahí que los tres hermanos se repartieran en principio el dominio de la isla y que, luego, a Polícrates le resultara fácil desembarazarse de ellos (cf. *infra* III 120, y Polieno, *Strategemata* I 23).

cipio, dividió la isla[206] en tres zonas y cedió dos de ellas[207] a sus hermanos Pantagnoto y Silosonte; pero luego mandó matar al primero y desterró a Silosonte, el hermano menor[208], haciéndose con la totalidad de Samos. Una vez dueño de la isla, concertó relaciones de hospitalidad con Amasis, el rey de Egipto, enviándole
3 dole presentes y recibiendo otros de su parte[209]. Y, en poco tiempo, el poderío de Polícrates creció vertigino-

---

En general, para todos estos problemas, cf. C. Mossé, *La tyrannie dans la Grèce Antique,* París, 1969, págs. 15-20.

[206] Literalmente, «la ciudad»; es decir, el Estado. Pues Samos contaba con otras localidades además de la capital de la isla (hoy en día llamada Pythagorion), sobre todo Panormo, en la costa norte (la actual Vathi, capital moderna de la isla). El concepto griego de ciudad incluye el territorio que dependía de ella, y que podía ser más o menos extenso.

[207] Sigo la traducción de M. F. Galiano, *Heródoto,* Barcelona, 1951, pág. 92. Admitiendo la lectura de H. Stein *(Herodoti Historiae III...,* pág. 46), que añade <*syn*> ante *toîsi adelpheoîsi,* otra traducción posible sería: «compartió el gobierno con sus hermanos...». En cualquier caso, no debió de tratarse de un reparto territorial, sino de un reparto de la autoridad y de los privilegios emanados de ella.

[208] Acerca de Silosonte, cf. *infra* III 139 y sigs. Sobre la participación de los hermanos en la sublevación, cf. J. Labarbe, «Un putsch dans la Grèce Antique. Polycrate et ses frères à la conquête du pouvoir», *Ancient History* 5 (1974), 21-41. Polieno, *Strategemata* I 23; y Eneas Táctico, *Poliorcética* 17, 2-4, cuentan que el golpe de Estado se produjo con ocasión de un sacrificio que los samios ofrecían en honor de Hera y, durante el cual, Polícrates y sus cómplices (cf. III 120, 3) conservaron en su poder sus armas, mientras que los samios penetraban en el recinto sagrado del templo, donde no estaba permitido entrar armado, consiguiendo de este modo apoderarse de la ciudadela.

[209] Heródoto utiliza un término griego *(xeiníē,* que indica hospitalidad recíproca, implicando, además, un vínculo religioso) para el tratado concertado con el rey egipcio Amasis (cf. *supra* II 182, 2; y II 178, 3, para un santuario consagrado a Hera en Náucratis por los samios). La razón del mismo tenía por objeto el intento de Amasis de concertar alianzas para defenderse contra los persas. Cf. A. T. Olmstead, *History of the Persian Empire...,* págs. 36 y sigs.

samente y su fama se extendió por Jonia y el resto de Grecia, ya que siempre que se lanzaba a la guerra, fuera donde fuera, todas las campañas se desarrollaban favorablemente para sus intereses. Contaba con cien penteconteros[210] y con mil arqueros; y saqueaba y pi- 4
llaba a todo el mundo, sin hacer excepción con nadie[211], pues sostenía que se queda mejor con un amigo devolviéndole lo que se le ha arrebatado que sin quitarle nada de nada. En fin, el caso es que se había apoderado de numerosas islas[212] y también de muchas ciudades del continente[213]. (En cierta ocasión, precisamente, se impuso en una batalla naval a los lesbios, cuando, con todos sus efectivos, acudían en socorro de los milesios, e hizo prisioneros, que fueron quienes, cargados de cadenas, abrieron todo el foso que rodea la muralla de Samos.)

---

[210] El pentecontero (cf. I 152, 2 y 163, 2) era un navío ligero de cincuenta remos, veinticinco en cada flanco, dispuestos en una sola hilera. Por su rapidez, eran aptos para las incursiones de piratería o para su empleo como navíos de guerra. Cf. TUCÍD., I 14, 1; y J. ROUGÉ, *La marine dans l'antiquité*, París, 1975, páginas 92-93.

[211] De la dedicatoria inscrita en la ofrenda del padre de Polícrates, Éaces, en el templo de Hera (cf. R. MEIGGS, D. LEWIS, *A selection of greek historical inscriptions...*, núm. 16), cabe deducir que la piratería se practicaba ya en Samos con anterioridad a la tiranía de Polícrates. Cf. *supra* I 70, para el robo de una crátera, y TUCÍD., I 5, sobre la habitual práctica de la piratería en época arcaica, actividad que, por aquellas fechas no era considerada deshonrosa.

[212] Entre otras Renea, isla vecina a Delos, que consagró a Apolo. Cf. TUCÍD., I 13, 5, y III 104, 2.

[213] Posiblemente ciudades que, directa o indirectamente, dependían de Mileto —aunque no se puede precisar cuáles eran esas ciudades—, dado que la rivalidad entre Samos y Mileto fue permanente durante el último cuarto del siglo VI y todo el siglo V a. C. Cf. F. BLABEL, *Neue Heidelberger Jahrbücher*, 1934, páginas 134 y sigs., a propósito de un papiro de Heidelberg que trata de Polícrates.

40 Por su parte, Amasis, con toda probabilidad, no dejaba de prestar atención a la enorme suerte de que gozaba Polícrates (al contrario, esta cuestión debía de tenerlo hondamente preocupado), pues, cuando su buena suerte alcanzó proporciones aún mucho mayores, envió a Samos una carta[214] redactada en los siguientes términos: «He aquí lo que Amasis participa a Polícra-
2 tes[215]: es grato enterarse de los triunfos de un buen amigo, y especialmente de un huésped[216]; pero a mí esos grandes éxitos tuyos no me llenan de satisfacción, pues sé perfectamente que la divinidad es envidiosa[217]. Por eso, antes que tener éxito en todo tipo de empre-

[214] Literalmente, «un rollo de papiro». Sobre el papiro, cf. *supra* notas II 335 y 336.

[215] Este encabezamiento en una carta era una simple fórmula con finalidad *fática* (cf. L. RUBIO, *Introducción a la sintaxis estructural del latín*, I, Barcelona, 1966, págs. 20-21) y aparece frecuentemente en los historiadores. Cf. *infra* III 122, 3; V 24, 1; VII 150, 2; VIII 140 a, 1; TUCÍD., I 129, 3; etc.

[216] Pues la hospitalidad reforzaba el vínculo de la simple amistad. Heródoto, como en tantas otras ocasiones, aplica términos helénicos a contextos extragriegos. En este caso, pone en boca de un egipcio un concepto típicamente griego, ya que en Grecia la hospitalidad era un nexo de unión de carácter sagrado a partir de la leyenda de Filemón y Baucis, que dieron albergue a Zeus y Hermes, cuando éstos, con figura humana, estaban poniendo a prueba la hospitalidad humana. Cf. OVIDIO, *Metamorfosis* VIII 620-670.

[217] Sobre este concepto, cf. *supra* I 32, 1. Vuelve a aparecer aquí la concepción religiosa de la historia por parte de Heródoto, que le lleva a las reflexiones sobre el destino humano individual, habituales en la épica, la lírica y la tragedia. No obstante, la envidia de los dioses aparece como un estadio anterior a la moralización del destino humano (cf. HOM., *Odisea* V 118), y es una idea permanente en la obra del historiador como un resto de mentalidad primitiva, si bien la tendencia a buscar en el hombre mismo la causa de su destino tiende a imponerse paulatinamente. Sobre este caso concreto, cf. H. J. DIESNER, «Die Gestalt des Tyrannen Polykrates bei Herodot», *Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungaricae* 7 (1959), 211-219.

sas, personalmente preferiría que, tanto yo como las personas que me interesan, triunfáramos en algunas, pero que fracasásemos también en otras, pasando así la vida con suerte alternativa. Porque aún no he oído 3
hablar de nadie que, pese a triunfar en todo, a la postre no haya acabado desgraciadamente sus días, víctima de una radical desdicha [218]. Así pues, préstame ahora atención y, para contrarrestar tus triunfos, haz lo que te voy a decir: piensa en algo que tengas en la má- 4
xima estima y cuya pérdida te dolería sumamente en el alma y, cuando lo hayas encontrado, deshazte de ello de manera que nunca más pueda llegar a manos de otro hombre. Y si, en lo sucesivo, tus éxitos continúan sin toparse alternativamente con contratiempos, sigue intentando poner remedio a tu suerte del modo que te he sugerido [219]».

Después de haber leído estas líneas, y comprendien- 41
do que Amasis le brindaba un acertado consejo, Polícrates se puso a buscar, entre los objetos de su propiedad, aquel por cuya pérdida mayor pesar sentiría en su fuero interno; y, en su búsqueda, dio con la siguiente solución: tenía un sello engastado en oro que solía llevar puesto constantemente; se trataba de una

---

[218] Todas las palabras de Amasis son un eco de las que pronuncia Solón en su entrevista con Creso (cf. especialmente I 32, 9). Este pensamiento está en la línea tradicional de Sófocles, con quien Heródoto presenta numerosos puntos de contacto. Cf. F. Egermann, «Herodot und Sophokles», *Herodot. Eine Auswahl aus der neueren Forschung...*, págs. 249-255.

[219] El intento —que a la postre resulta baldío— por sustraerse a una posible venganza divina, es un tema que aparece frecuentemente en la obra de Heródoto (cf. I 34, 3; II 133, 5, y nota II 470), para poner de relieve la inutilidad de las precauciones humanas ante los designios divinos. Cf. J. Audiat, «Apologie pour Hérodote», *Revue des Études Anciennes* 42 (1940), 3-8. El tema es típicamente griego (cf. Livio V 21, 15; Plutarco, *Camilo* 5) y lo encontramos, por ejemplo, en el cuento de *La Bella Durmiente*.

esmeralda[220] y era obra de Teodoro de Samos[221], hijo
2 de Telecles. Pues bien, una vez resuelto a deshacerse de dicha alhaja, hizo lo siguiente[222]: mandó equipar un pentecontero, embarcó en él y luego dio orden de ponar rumbo a alta mar. Y, al encontrarse lo suficientemente alejado de la isla, se quitó el sello y lo arrojó al mar[223] a la vista de todos los que con él iban en la

[220] En las esmeraldas (una de las gemas más apreciadas en la antigüedad por su dureza y transparencia, que se importaban de Egipto, en donde se extraían de los yacimientos de *Zabarah*, en el Alto Egipto) solían grabarse figuras simbólicas, antropomórficas o de animales (cf. ESTRABÓN XIV 1, 16), lo cual requería una especial pericia por parte del orfebre. Según PLINIO, *Historia Natural* XXXVII 1 (su testimonio, sin embargo, debe de responder a una simple leyenda), en el templo de la Concordia en Roma se conservaba el anillo de Polícrates, aunque la piedra en la que figuraba el sello no era una esmeralda, sino sardónice de poco valor.

[221] Es decir, tanto la talla de la piedra preciosa, como la montura y el engaste. Teodoro de Samos fue un famoso escultor (cf. VITRUBIO, 7 *prefacio)*, pintor (cf. PLINIO, *Hist. Nat.* VII 198; XXXIV 83; XXXV 146; XXXVI 95), arquitecto (cf. DIÓGENES LAERCIO, II 103), y orfebre (cf. *supra* I 51, 3; y PAUSANIAS, VIII 14, 8); y, según DIODORO, I 98, había introducido en Grecia, a partir de teorías egipcias, el canon de las proporciones humanas. Como Teodoro vivió en la primera mitad del siglo VI a. C., el anillo era una joya insustituible.

[222] Heródoto narra a continuación la famosa historia del anillo de Polícrates (que sería inmortalizada por la balada de SCHILLER, *Der Ring des Polykrates*, publicada en el *Musenalmanach* de 1797), que probablemente es la adaptación de un cuento popular, en el que el poseedor de un anillo-amuleto lo perdía, recobrándolo posteriormente (la leyenda aparece ya en el *Kālidāsa* indio); o bien el cuento de un anillo maldito, cuyo propietario no conseguía desprenderse de él (como ocurre en el cuento de las babuchas mágicas, en *Las mil y una noches)*. Cf. W. ALY, *Volksmärchen, Sage und Novelle bei Herodot...*, páginas 90 y sigs.

[223] Mediante este acto el anillo adquiere carácter apotropaico. Un carácter similar tuvieron en la antigüedad, entre otros objetos, los escarabeos egipcios y los amuletos de pasta vítrea

nave. Hecho lo cual, mandó virar en redondo y, al llegar a su palacio, dio rienda suelta a su tristeza[224].

Pero resulta que, cuatro o cinco días después de 42
estos sucesos, le ocurrió lo siguiente: un pescador, que había cogido un enorme y magnífico ejemplar, pensó que la pieza merecía constituir un presente para Polícrates. La llevó, pues, a palacio y manifestó que quería comparecer ante Polícrates; y, cuando su petición fue
atendida, dijo, al hacer entrega del pez: «Majestad, yo 2
he cogido este pez y, aunque soy un hombre que vive del trabajo de sus manos, no he creído oportuno llevarlo al mercado; al contrario, me ha parecido que era digno de ti y de tu posición. Por eso te lo traigo como un presente». Entonces Polícrates, halagado ante sus manifestaciones, le respondió en estos términos: «Has hecho muy bien y, por tus palabras y tu obsequio, te estamos doblemente agradecidos; así que te invitamos a
cenar[225]». El pescador, como es natural, volvió a su 3
casa contentísimo con la invitación; pero, entretanto, al abrir el pez, los servidores encontraron que dentro
de su tripa estaba el anillo de Polícrates. Nada más 4

y marfil hallados en toda el área mediterránea durante la época clásica, especialmente en las necrópolis del mundo cartaginés.

[224] O bien, «pero, al llegar a su palacio, le sucedió un suceso extraordinario», con lo que el capítulo siguiente no comenzaría adversativamente.

[225] Polícrates emplea el plural mayestático en su papel de gran tirano, protector del pueblo, seguro de su puesto y magnánimo de espíritu (lo que podría indicar una tiranía arraigada en Samos desde hacía bastante tiempo; cf. M. White, «The Duration of the Samian Tyranny», *Journal of Hellenic Studies* 74 (1954), págs. 36 y sigs., que piensa en su establecimiento en tiempos de Éaces). No obstante, hay que advertir, como elemento del folklore popular, la llaneza del trato entre el tirano y el pescador, que es común a todos los cuentos y leyendas primitivas. Cf. J. G. Frazer, *Pausanias's description of Greece*, IV, N. York, 1965 (= 1898), pág. 237; y Juvenal, IV 45 y sigs., para una parodia de la historia del pescador que cuenta Heródoto.

verlo, lo cogieron y, llenos de alegría, fueron a llevárselo a Polícrates, explicándole, al entregarle la sortija, de qué manera había aparecido. Entonces Polícrates, en la creencia de que lo sucedido era obra de la providencia, consignó en una carta[226] todo lo que había hecho y lo que luego le había sucedido, y, tras su redacción, la envió a Egipto[227].

43 Cuando Amasis leyó la carta que llegaba remitida por Polícrates, comprendió que para un hombre resulta imposible librar a un semejante de su propio destino y que Polícrates no iba a tener un final feliz, porque tenía tanta suerte en todos sus asuntos que hasta en-
2 contraba las cosas que quería perder. Entonces despachó un heraldo a Samos y le hizo saber que daba por cancelado su vínculo de hospitalidad[228]. Y esto lo hizo para evitarse el disgusto personal que, por tra-

---

[226] Cf. *supra* nota III 214.

[227] Polícrates escribe a Amasis, no porque siga teniendo una fortuna ininterrumpida, sino por su creencia de que el hallazgo del anillo constituía un milagro, y piensa, en consecuencia, que el remedio que Amasis le aconsejaba seguir poniendo en práctica no es eficaz. No obstante, también podría traducirse, en III 40, 4, «pon remedio a tu buena suerte del modo que, en ese caso, te sugeriré», considerando el participio de presente *hypokeiménō* con valor futuro, en cuyo caso Polícrates no haría sino seguir las instrucciones de Amasis.

[228] En realidad, no fue Amasis quien rompió el tratado que le ligaba a Polícrates, sino que éste abandonó al faraón, apoyando a Cambises en su expedición contra Egipto (cf. III 44; y A. T. Olmstead, *History of the Persian Empire...*, pág. 88; no obstante, las interpretaciones al respecto han sido diversas). Heródoto, en suma, da a la ruptura una interpretación que se ajusta a la mentalidad arcaica griega (Diodoro, en I 95, 3, sostiene que Amasis se separó de Polícrates porque desaprobaba su actuación como tirano), y la historia quizá tiene, además, un colorido samio, siendo tal vez sus informadores aristócratas contrarios a la tiranía, que difamaban la política de Polícrates. Cf. B. M. Mitchell, «Herodotus and Samos», *Journal of Hellenic Studies* 95 (1975), págs. 75 y sigs.

tarse de un huésped, sentiría cuando a Polícrates le sobreviniera una terrible y enorme desgracia[229].

Causas de la expedición militar de los lacedemonios contra Samos

Pues bien, precisamente contra el tal Polícrates, un hombre que tenía éxito en todas sus empresas[230], fue contra quien los lacedemonios emprendieron una expedición, ante la petición de ayuda que les habían formulado los samios que posteriormente fundaron Cidonia[231] en Creta. Resulta que Polícrates, a espaldas de los samios, había despachado un heraldo a la corte de Cambises, hijo de Ciro, cuando el monarca estaba reclutando tropas contra Egipto, y le había pedido que enviara también comisionados a su corte en Samos en demanda de tropas. Cambises, al oír esta proposición, despachó con sumo gusto un emisario a Samos para pedirle a Polícrates que enviase, juntamente con la suya[232], una fuerza naval contra Egipto. Entonces Polícrates eligió a los ciudadanos presuntamente más decididos a rebelarse[233] y los envió en cuarenta trirre-

44 (margin, beside "Pues bien, precisamente contra"); 2 (margin, beside "demanda de tropas. Cambises, al oír esta proposición,")

[229] Sobre el destino ineluctable que se cierne sobre el ser humano (para su cumplimiento en la persona de Polícrates, cf. *infra* III 120-125), un tema presente constantemente en la *Historia*, cf. P. Hohti, «Über die Notwendigkeit bei Herodot», *Arctos* 9 (1975), 31-37.

[230] La insistencia sobre la fortuna de Polícrates anticipa indirectamente el fracaso de la expedición de los lacedemonios (cf. III 56, 1).

[231] La actual ciudad de La Canea, en la costa noroccidental de la isla, poblada ya en época minoica. Los samios fueron expulsados de allí cinco años después de haberse asentado (cf. III 59, 3).

[232] La flota de Cambises, integrada fundamentalmente por navíos fenicios (cf. *supra* nota III 106).

[233] Probablemente, samios pertenecientes a la aristocracia que dominaba oligárquicamente la isla, antes del establecimiento de la tiranía, y que habría reaccionado subversivamente ante la misma al verse desposeída de sus prerrogativas. Esta es la tesis fundamental de A. Andrewes, *The Greek Tyrants*, 2.ª ed.,

mes[234], encargándole a Cambises que no les permitiera regresar.

45 En fin, según algunos, los samios que habían sido enviados [por Polícrates] no llegaron a Egipto, sino que, cuando, en el curso de su travesía, estaban a la altura de Cárpatos[235], se plantearon el caso y decidieron no proseguir ya la singladura. Según otros, en cambio, arribaron a Egipto y, pese a estar vigilados, lograron
2 escapar de allí. Pero, cuando pretendían atracar en Samos, Polícrates salió a su encuentro con una flota y les

---

Londres, 1958, pág. 150, que define a Polícrates «as the leader of resistance to Persia», suponiendo que, en realidad, no abandonó a Amasis al enviar naves a Egipto, sino que todo se debía a necesidades de política interior samia. No obstante, es posible que Polícrates persiguiera ambos objetivos: consolidar su posición interior y asegurarse la amistad persa.

[234] Los críticos consideran que la mención de trirremes, cuando el historiador ha aludido a penteconteros al hablar del potencial naval de Polícrates (cf. III 39, 3), es un error de Heródoto (cf. III 41, 2, y 124, 2, pasajes en los que, en relación con Polícrates, siempre se alude a penteconteros; asimismo, cf. Tucíd., I 14). No obstante, el pentecontero no era, por su estructura, un navío apropiado para realizar largas travesías (cf. J. Rougé, *La marine dans l'antiquité...*, pág. 92). Como, además, el número es exagerado, si tenemos en cuenta que la flota de Polícrates estaba compuesta por cien penteconteros, podría ser que esos trirremes —independientemente de su número— hubieran sido apresados a fenicios o a países relacionados comercialmente con Fenicia, si admitimos con L. Basch («Trières grecques, phéniciennes et égyptiennes», *Journal of Hellenic Studies* 97 [1977], págs. 1 y sigs.) que la invención del trirreme se debió a los fenicios, aunque con un modelo parcialmente distinto al tipo posteriormente generalizado en Grecia (este último contaba con tres bancos de remeros superpuestos por cada flanco, y con una dotación de ciento setenta remeros, veinte tripulantes de cubierta, seis oficiales y doce soldados).

[235] O bien, «cuando... se encontraban en Cárpatos», donde podían haber hecho escala, ya que dicha isla, que se encuentra entre Creta y Rodas, se halla en el Egeo sudoriental, en la ruta de Samos a Egipto. En ese caso, la deliberación pudo haberse desarrollado en tierra firme.

presentó batalla; los que regresaban se alzaron entonces con la victoria y desembarcaron en la isla, pero, en un combate terrestre que en ella libraron, fueron derrotados y de ahí que zarparan con rumbo a Lacedemonia.
Y hay quienes aseguran que los que retornaban de 3
Egipto vencieron a Polícrates[236], afirmación que a mí se me antoja errónea, pues si hubiesen sido capaces de imponerse a Polícrates por sus propios medios, no hubieran tenido necesidad alguna de llamar en su auxilio a los lacedemonios. Además, el sentido común tampoco permite aceptar que un sujeto que contaba con gran número de mercenarios a sueldo y de arqueros del país pudiera ser derrotado por los samios que regresaban, que eran pocos[237]. Y por cierto que Polícrates 4
había congregado, en los arsenales del puerto, a los hijos y mujeres de los ciudadanos que estaban a sus órdenes y, por si acaso dichos ciudadanos lo traicionaban, pasándose a los que regresaban, los tenía listos para quemarlos con arsenales y todo.

Cuando los samios expulsados por Polícrates llegaron 46
a Esparta, se presentaron ante los magistrados[238] y,

---

[236] Sin duda esta información la recibió Heródoto en Samos por parte de los aristócratas de la isla que recordaban con animadversión la tiranía de Polícrates. Cf. B. M. MITCHELL, «Herodotus and Samos»..., págs. 75 y sigs.

[237] Quizá en sentido relativo, en comparación con las tropas de que disponía Polícrates. Que no eran pocos lo demuestra el hecho de que hubieran partido en cuarenta trirremes (cf. III 44, 2), lo que suponía unos ocho mil hombres teóricamente (cifra a todas luces desmedida y que induce a creer que el historiador está equivocado sobre este punto; cf. *supra* nota III 234), y el que hubieran logrado imponerse a una flota enviada por Polícrates para hacerles frente. Es posible que, sobre esta cuestión, Heródoto recibiera una información tendenciosa y que los samios enviados a Egipto se dirigieran directamente desde Cárpatos a Esparta.

[238] Posiblemente los *éforos* (y quizá los dos reyes espartanos), que estaban encargados de tratar con las embajadas de potencias extranjeras y que representaban el poder ejecutivo de

debido a la entidad de su demanda, pronunciaron un largo discurso. Sin embargo los magistrados, en la primera audiencia, les respondieron que se habían olvidado del comienzo de su discurso y que no com-
2 prendían el resto[239]. Posteriormente, los samios volvieron a presentarse y no añadieron nada nuevo, únicamente trajeron un saco y adujeron que dicho saco estaba falto de harina. Ellos entonces les replicaron que con lo del saco habían exagerado[240]; pero, en cualquier caso, decidieron prestarles ayuda[241].

47 Y efectivamente, los lacedemonios hicieron sus preparativos y organizaron una expedición contra Samos;

---

la aristocracia espartana. Sobre ellos cf. *supra* nota I 168; F. Kiechle, *Lakonien und Sparta*, Munich, 1963, págs. 220 y sigs.; y A. Andrewes, «The Government of classical Sparta», *Ancient Society and Institutions. Studies presented to V. Ehrenberg*, Oxford, 1966, págs. 8-13.

[239] Cf. *supra* I 152, 1. En esta respuesta se pone de relieve el carácter «lacónico» de los lacedemonios, que era proverbial (cf. la narración de este episodio en Plutarco, *Moralia* 232 d).

[240] La anécdota puede interpretarse de dos maneras: que los samios no tenían que haber recurrido a metáforas para exponer su solicitud, sino haberlo hecho de manera concisa ya en su primera intervención; o bien, irónicamente sobre el carácter de los lacedemonios, que la palabra «saco» era innecesaria, dado que mostrarlo vacío era ya suficiente para ver que no había harina. Sexto Empírico, *Contra los matemáticos* II 23, cuenta una anécdota similar, referida a los quiotas, cuando éstos trataban de conseguir que los espartanos les vendiesen trigo (lo que explicaría el empleo de un saco vacío para denotar una necesidad concreta); pero hoy en día se considera que Heródoto es la fuente de Sexto Empírico, y no que el historiador se haya hecho eco del caso que posteriormente, y a través de compiladores, relataría el médico y filósofo escéptico. Cf. J. Labarbe, «Les rebelles samiens à Lacédémone (Hérodote, III 46)», *Hommages à C. Preaux*, Bruselas, 1975, págs. 365-375.

[241] Porque Esparta era la ciudad que, por excelencia, representaba el régimen oligárquico, y los exiliados samios debían de pertenecer a la aristocracia disconforme con la tiranía de Polícrates. Cf. *supra* nota III 233.

al decir de los samios, lo hacían correspondiendo a un favor, ya que, en cierta ocasión anterior, ellos, con sus naves, les habían prestado ayuda contra los mesenios[242]; sin embargo, y al decir de los lacedemonios, éstos organizaban la expedición no tanto para socorrer a los samios en su demanda como con el propósito de desquitarse por el robo de la crátera que llevaban a Creso[243], y por el del peto, un presente que les había enviado Amasis, el rey de Egipto[244]. En efecto, resulta 2

[242] Durante la segunda guerra mesénica, hacia 660/650 a. C.; cf. TIRTEO, fr. 4, E. DIEHL, *Anthologia Lyrica Graeca*, 1, 3.ª ed., Leipzig, 1954. Esta región del Peloponeso sudoccidental fue sometida por los dorios e intentó en tres ocasiones librarse del yugo de Esparta en razón del extremado rigor del dominio espartano (la mayoría de los mesenios fueron reducidos a la condición de *hilotas;* es decir, siervos de la gleba y propiedad del Estado, sin ningún derecho cívico, como un bien rural más de los ciudadanos espartanos, cuyas fincas tenían que cultivar, entregándoles un canon prefijado de su cosecha anual). La intervención samia en la segunda guerra mesénica es problemática y puede deberse a intentos propagandísticos surgidos en el siglo V a. C., para demostrar que ya en el siglo VII a. C. se había producido un enfrentamiento internacional por la «cuestión mesénica». Cf. W. G. FORREST, *A History of Sparta 950-192 B. C.*, Londres, 1968, págs. 69 y sigs.

[243] Cf. *supra* I 70. En este episodio se patentiza nuevamente el sentido anecdótico que de la historia tiene Heródoto. Sin duda el asunto de la crátera (que Heródoto debió de ver personalmente en el Hereo) constituiría una provocación samia a los espartanos, pero la verdadera razón del ataque de Esparta contra Samos era el interés que los aliados comerciales de Esparta, especialmente Corinto (cf. *infra* III 48, 1) y Egina (cf. III 59, 4), tenían en poner fin a los actos de piratería de la flota de Polícrates. Cf. G. BUSOLT, *Griechische Staatskunde*, I..., págs. 372 y sigs., y 381-411. En concreto, para la política adoptada por Esparta hacia las tiranías, cf. los testimonios de TUCÍD. I 18; ARISTÓTELES, *Política* 1312 b 7; y PLUTARCO, *De Herodoti malignitate* 21, que plantean serios problemas, por su carácter excesivamente generalizador; asimismo, cf. W. G. FORREST, *A History of Sparta...*, págs. 79-83.

[244] Posiblemente en su deseo de atraerse a los lacedemonios

que los samios se habían apropiado del peto un año antes que de la crátera. Se trata de un peto de lino que tiene numerosas figuras bordadas y que, además, se
3 halla adornado con oro y algodón[245]. Cada hilo del peto lo hace, asimismo, digno de admiración por el siguiente motivo: pese a lo fino que es cada hilo, en su composición consta de trescientas sesenta hebras, todas ellas visibles[246]. (Idéntico a éste es, igualmente, el peto que Amasis consagró en Lindos a Atenea[247].)

48

Cooperación de Corinto en la campaña contra Samos. Razones de la misma

Y por cierto que, para que la expedición contra Samos se llevara a cabo, en ella también cooperaron decididamente los corintios, pues también tenía que ver con ellos una afrenta de los samios[248] cometida

---

para que formasen parte de una alianza contra Persia. Cf. *supra* nota III 4.

[245] Heródoto, al aludir a esta planta lo hace mediante la expresión «lana de árbol» (cf. PLINIO, *Hist. Nat.* XIX 1), pues, si bien el algodón se conoce en algunas zonas desde tiempos antiquísimos (en la India se usaba tela de algodón hace tres mil años; y en América Central y Meridional su cultivo se inició en época muy remota), parece ser que en Europa fue introducido por Alejandro Magno, y se sabe que los árabes lo llevaron a España hacia el siglo IX. Sin embargo, hasta el siglo XVIII no empezó a emplearse en gran escala.

[246] Para la belleza de los recamados egipcios, cf. *Ezequiel* XXVII 7. PLINIO, *Hist. Nat.* XIX 12, dice que la belleza y nitidez de las hebras del peto había sido comprobada tan a menudo por los que acudían a verlo que «parvas iam reliquas superesse hac experientium iniuria».

[247] Cf. II 182, 2 (y nota II 640 para la razón de la ofrenda del faraón a un templo griego de la isla de Rodas). Sobre este peto y sus bordados, cf. M. TH. PICARD, «La thoraké d'Amasis», *Latomus* 28 (1957), 363-370.

[248] Los motivos que indujeron a los corintios —posibles promotores de la expedición— a cooperar con los espartanos fueron estrictamente económicos (y no el asunto de los niños corcireos que refiere el historiador). Cf. *supra* nota III 243; y K. H. VATERS, *Herodot on Tyrants and Despots*, Wiesbaden, 1971.

dos generaciones antes de dicha expedición; es decir que no se había producido por las mismas fechas que el robo de la crátera[249]. Resulta que Periandro[250], hijo 2

[249] Uno de los problemas más patentes en la obra de Heródoto es la carencia de una unidad cronológica, sobre todo en lo que al siglo VI a. C. griego se refiere. En este punto, se veía enfrentado con narraciones orientales, que sistematizaban el material histórico por reinados, y con relatos griegos, a veces contradictorios, que se basaban en el principio de las generaciones. Todo ello explica la falta de unidad cronológica que muestra la *Historia* (cf. al respecto H. STRASBURGER, «Herodots Zeitrechnung», *Historia* 5 (1956), 129-161; y W. DEN BOER, «Herodot und die Systeme der Chronologie», *Mnemosyne* 20 (1967), 30-60), y que ya se manifestaba en el episodio relativo a la entrevista entre Solón y Creso (cf. I 28-33, y nota I 71). En este caso concreto, sigo el texto de PH. E. LEGRAND *(Hérodote. Histoires. Livre III..., ad locum)* para paliar los problemas cronológicos. Los manuscritos dicen: «cometida una generación antes de dicha expedición; es decir, que se había producido por las mismas fechas que el robo de la crátera». Pero esto plantea serias dificultades: 1. La expedición espartano-corintia contra Samos tiene lugar entre 525/522 a. C. (cf. *supra* III 39, 1 y nota III 204). 2. El robo de la crátera (cf. I 70, aunque hay que notar que en este pasaje no se alude a la justificación de los samios mencionada en dicho capítulo del libro I) se había producido en el momento de la caída de Sardes en manos de Ciro; es decir, en 546 a. C. (cf. A. B. LLOYD, *Herodotus. Book II. Introduction*, Leiden, 1975, pág. 174). 3. Aliates había muerto en 560 a. C. (cf. LLOYD, *ibid.).* 4. Por su parte, Periandro había dejado de existir hacia 585 a. C. (aunque en este caso se han propuesto diversas cronologías; cf. J. DUCAT, «Note sur la chronologie des Kypsélides», *Bulletin de Correspondance Hellénique* 85 (1961), págs. 418 y sigs.). Como Heródoto adopta un sistema cronológico generacional, a razón de tres generaciones por siglo (cf. *supra* II 142, 2), el texto seguido en la traducción se acomoda a la cronología de los hechos y personajes que en ellos intervienen.

[250] Tirano de Corinto entre 625-585 a. C. Durante su época, Corinto conoció una gran prosperidad, basada fundamentalmente en el comercio de objetos de cerámica. Los contactos con Egipto debieron de ser importantes, pues en Perachora, localidad del golfo corintio, se han encontrado restos de origen egipcio y, además, su sobrino (que le sucedió, aunque por poco

de Cípselo, había enviado, a la corte de Aliates[251] en Sardes, a trescientos muchachos, pertenecientes a las principales familias de Corcira, para que los castraran; sin embargo, cuando los corintios que llevaban a los muchachos arribaron a Samos, los samios, al enterarse del motivo por el que[252] eran conducidos a Sardes, ante todo aleccionaron a los muchachos para que se acogie-
3 ran[253] al santuario de Ártemis y, seguidamente, no permitieron que desalojaran a los suplicantes del santuario. Y, en vista de que los corintios impedían que a los muchachos les llegasen provisiones, los samios instituyeron una fiesta, que aún hoy en día siguen celebrando del mismo modo; durante todo el tiempo en que los muchachos recurrieron al derecho de asilo, organizaban, al caer la noche, coros de doncellas y de mozos y, en el momento de organizarlos[254], establecieron una

---

tiempo) se llamaba Psamético; cf. Nicolao de Damasco, fr. 60, *F. Gr. Hist.* Llegó a ser la ciudad más poderosa de Grecia, desplegando una actividad fuertemente expansiva. Para la actuación de Periandro y su política, cf. C. Mossé, *La tyrannie dans la Grèce Antique...*, págs. 25 y sigs.; y E. Will, *Korinthiaka*, París, 1955, págs. 441 y sigs., que es la obra más completa sobre todos los aspectos relativos a Corinto.

[251] Sobre Aliates, que reinó en Lidia entre 605-560 a. C., cf. *supra* I 16, 2 22, y 25; y H. Kaletsch, «Zur lydische Chronologie», *Historia* 7 (1958), 34-39.

[252] En griego aparece un plural (literalmente sería: «... del motivo (de las cosas), por las que...»; es decir «...del conjunto de los detalles por los que...»), dado que el motivo que conocen los samios es doble; de un lado, la razón que movió a Periandro a enviar los muchachos a Aliates (cf. III 50 y sigs.); y, por otra parte, el fin que les esperaba, esto es, ser convertidos en eunucos.

[253] Literalmente, «que tocaran», «que tuvieran contacto personal con...». El contacto con un lugar o un objeto sagrado (cf. *supra* I 26, 2, y nota I 62) confería a la persona que lo hacía carácter de inviolabilidad, al participar del derecho inviolable de que gozaba el lugar u objeto en cuestión.

[254] Es decir, la primera vez que lo hicieron.

ley según la cual dichos coros debían llevar consigo
tortas de sésamo y de miel, para que los muchachos
de Corcira se las quitaran y contaran con sustento. Esta 4
situación se mantuvo hasta el instante en que los corintios que vigilaban a los muchachos se marcharon, dejándolos donde estaban. Y, por su parte, los samios llevaron a los muchachos de vuelta a Corcira[255].

Sea como fuere, si, a la muerte de Periandro, los 49
corintios hubieran estado en buenas relaciones con los
corcireos, aquéllos no hubiesen cooperado, por el motivo que he expuesto, en la expedición contra Samos.
Pero el caso es que, desde que colonizaron la isla,
unos y otros, pese a ser de la misma sangre, mantienen
constantemente encontradas diferencias[256]. Esa era, en 2
suma, la razón de que los corintios guardaran rencor a
los samios.

Por otra parte, Periandro envió a Sardes, para que los castraran, a los muchachos que había escogido entre las principales familias de Corcira con ánimo de venganza, ya que los corcireos habían sido los primeros en empezar, al cometer contra su persona[257] un acto incalificable.

---

[255] Según PLUTARCO, *De Herodoti malignitate* 22 (que fecha este suceso tres generaciones antes de la tiranía de Polícrates, lo cual está en consonancia con la cronología de sus protagonistas), no fueron los samios quienes salvaron a los niños de Corcira, sino los cnidios. Si ello fuera así (Cnido, sin embargo, estaba algo alejada de la ruta más directa entre el Peloponeso y Sardes), la historia de la salvación de los niños corcireos por los samios tendría carácter etiológico con respecto a la festividad que en Samos se celebraba, en tiempos de Heródoto, en honor de Ártemis.

[256] Sobre la permanente enemistad existente entre Corcira y Corinto (que era la metrópoli de la primera), cf. TUCÍD., I 13, 4 (que afirma que la batalla naval más antigua entre griegos la libraron naves de Corcira y Corinto en la primera mitad del siglo VII a. C.), y I 38.

[257] Cf. *infra* III 53, 7. Se trata del asesinato de Licofrón, el hijo de Periandro, ya que la muerte de un familiar allegado

50 *Historia de Periandro, tirano de Corinto, y de su hijo Licofrón*

Resulta que, después de haber dado muerte a Melisa, su propia esposa[258], a Periandro vino a sumársele, a su anterior desgracia[259], esta nueva desdicha[260]. De Melisa tenía dos hijos; uno de diecisiete y otro de
2 dieciocho años de edad. Su abuelo materno Procles, que

---

afectaba al deudo (cf. I 45, 1; 214, 5; y Eurípides, *Hécuba* 882), que se identifica con el muerto.

[258] Según Diógenes Laercio, I 94 y sigs., Periandro la mató involuntariamente de una patada o un silletazo, por culpa, al parecer, de las calumnias de unas concubinas. Su verdadero nombre era Líside, mientras que Melisa (literalmente, «la abeja», en el sentido de «la dulce como la miel») debía de ser un apelativo cariñoso impuesto por Periandro; o bien, el término que designaba a una diosa-abeja de Creta, nodriza de Zeus, lo cual podría indicar el origen cretense de la mujer por parte de madre, ya que su padre, Procles, era tirano de Epidauro (cf. *Escolio* a Píndaro, *Píticas* IV 60; y Pausanias, IV 223, con las indicaciones de J. G. Frazer, *Pausanias's Description of Greece*, V, N. York, 1965 (reed.), pág. 621). Para más detalles sobre Melisa, cf. *infra* V 92 η.

[259] Heródoto, pues, parece hacerse eco de la tesis del asesinato involuntario, que, no obstante, implica una culpa que hay que expiar (cf. L. Mouliner, *Le pur et l'impur dans la pensée des Grecs d'Homère à Aristote*, París, 1952, págs. 176 y sigs.). La distinción entre el homicidio voluntario y el involuntario era un tema tópico en el siglo v a. C.; cf., por ejemplo, Plutarco, *Pericles* 36, sobre el debate entre Pericles y Protágoras a propósito de la responsabilidad en un asesinato involuntario. En este caso, va a dar lugar a la narración de las diferencias entre Periandro y Licofrón, premonición trágica de Orestes o Hamlet. Cf. K. W. Nitzsch, «Über Herodots Quellen für die Geschichte der Perserkriege», *Rheinisches Museum* 27 (1872), 226-268, que califica todo este episodio como el reflejo incipiente de una novela de tipo moralizante.

[260] Probablemente entre esta «nueva desdicha» y la muerte de su mujer debieron de transcurrir varios años, ya que, de lo contrario, Proeles no hubiera tenido que sugerir a sus nietos, dos adolescentes ya, el recuerdo de la muerte de Melisa.

era tirano de Epidauro[261], los había hecho acudir a su corte y los trataba con cariño, cosa natural siendo como eran hijos de su propia hija. Pero, al mandarlos de regreso a su casa, les dijo en el momento de la despedida: «Muchachos, ¿conocéis acaso al que mató a 3 vuestra madre?». El mayor de ellos no concedió la menor importancia a esta frase; pero el más joven, cuyo nombre era Licofrón, se sintió tan afectado al escucharla que, a su regreso a Corinto, y considerando a su padre el asesino de su madre, no le dirigía la palabra, no respondía nada si Periandro le hablaba, ni le daba la menor explicación cuando su padre le pedía cuentas[262]. Por eso, Periandro, sumamente enojado, acabó por echarlo de su palacio.

Después de haberlo echado, le pidió a su hijo ma- 51 yor detalles de los temas que su abuelo había tratado con ellos. El muchacho, entonces, le contó lo cariñosamente que los había recibido, pero no aludió a aquella frase que Procles les había dicho al mandarlos a casa, dado que no había captado su significado[263]. Periandro, sin embargo, afirmó que no cabía otra explicación, sino que su abuelo les hubiera insinuado algo, e insistió en sus preguntas. Entonces su hijo hizo memoria y mencionó asimismo la frase en cuestión. Periandro, pues, 2 lo comprendió todo y, con el firme propósito de no mostrar condescendencia alguna, envió un mensajero a

---

[261] Pese a que la fama de Epidauro, que se hallaba situada a orillas del golfo Sarónico, residía fundamentalmente en el santuario de Asclepio, erigido en un valle de la península argólica, en estas fechas (finales del siglo VII a. C.) poseía independencia política y hasta tenía bajo sus dominios la isla de Egina (cf. *infra* V 82, 1).

[262] Literalmente, «cuando (le) preguntaba (las razones de su mutismo)».

[263] Pues el hijo mayor de Periandro (llamado Cípselo, como su abuelo paterno) no se distinguía por su sagacidad. Cf. III 53, 1.

aquellos en cuya compañía residía aquel hijo suyo a quien él había echado de palacio y les prohibió que lo albergaran en sus casas. Y cada vez que el muchacho, al ser expulsado de una casa, se dirigía a otra, también era expulsado de ella, ya que Periandro amenazaba a quienes le habían dado cobijo y les ordenaba que lo alejaran de su lado[264]. A fuerza, pues, de verse desalojado, iba de casa en casa, recurriendo a sus amigos, quienes, a pesar de sus temores, accedían, sin embargo, a recibirlo por ser hijo de Periandro.

52 Finalmente, Periandro lanzó un bando, según el cual quien lo albergara en su casa, o conversara con él, tendría que pagar una multa —cuya cuantía fijó—, que
2 se consagraría a Apolo[265]. Pues bien, en razón de este bando, y como es natural, nadie quería hablar con él ni recibirlo en su casa; y además, el propio muchacho tampoco creía correcto tratar de hacer algo que estaba prohibido; sin embargo, persistía en su actitud y va-
3 gaba por los pórticos[266]. Con todo, a los tres días, Periandro, al verlo sumido en la inmundicia y en la inanición, se apiadó de él; por lo que, deponiendo su indignación, se le acercó y le dijo: «Hijo, ¿qué opción es preferible: la situación en que por tu propio deseo

[264] Esta orden tenía carácter individual para los corintios que, sucesivamente, iban recibiendo en sus casas a Licofrón cuando el muchacho recurría a ellos. Posteriormente, Periandro adoptó una medida general. Cf. III 52, 1.

[265] Ya en el siglo VII a. C. existía en Corinto un santuario en honor de Apolo, sobre cuyo emplazamiento (en una terraza rocosa que domina el Ágora y el camino hasta Lequeo, el antiguo puerto de Corinto, a orillas del golfo corintio) se edificó, entre 550/525 a. C., un templo de estilo dórico en honor de dicho dios, que fue uno de los más venerados y antiguos templos de Grecia.

[266] Los pórticos de la ruta hacia Lequeo y del Ágora (a la que daba la famosa fuente Pirene), aunque es posible que Heródoto esté pensando en la Corinto de su época, mucho más extensa de lo que había sido a finales del siglo VII a. C.

te encuentras ahora, o estar a bien con tu padre y
heredar la tiranía y los bienes que actualmente poseo?
Tú, que eres mi hijo y príncipe de la opulenta Corin- 4
to[267], has elegido una vida de mendigo por enfrentarte
y mostrarte resentido con quien menos debías. Pues, si
en aquel asunto hubo alguna desgracia —razón por la
cual me guardas recelo—, mía fue esa desgracia y yo
soy su mayor partícipe, sobre todo teniendo en cuen-
ta que yo personalmente fui el autor de lo ocurrido[268].
En definitiva, una vez que por ti mismo has apreciado 5
hasta qué punto es mejor ser envidiado que compade-
cido[269] y, de paso, qué supone estar a mal con los pa-
dres y con los poderosos, regresa a palacio». Con estas 6

---

[267] La opulencia de Corinto fue celebrada desde las primeras manifestaciones literarias griegas (cf. HOM., *Iliada* II 570; PÍNDARO, *Olímpicas* XIII 4; TUCÍD., I 13, 5), y en época romana circulaba un adagio relativo al refinamiento y exigencias económicas de sus prostitutas («non licet omnibus adire Corinthum»). Ya en el siglo VIII a. C. contaba con una notable importancia derivada de las ventajas comerciales que obtenía en razón de su estratégica situación: percibía derechos de paso bastante elevados por las mercancías que transitaban por el Istmo; y en el siglo VII a. C. basaba su riqueza en una amplia actividad comercial marítima, favorecida por los dos puertos con que la ciudad contaba (el de Lequeo, en el golfo corintio, base para sus relaciones comerciales con occidente; y el de Cecreas, en el golfo Sarónico, que centralizaba el comercio de la ciudad con Asia). A mediados de dicho siglo realizó su primera emisión de monedas, en plata, y se convirtió en la primera potencia griega, sin competidora posible en las manufacturas de bronces y cerámicas.

[268] Periandro es el más castigado por la muerte de su mujer (nótese que alude al caso en términos ominosos: «en aquel asunto»... «lo ocurrido»); por una parte, porque ha perdido a un ser amado (cf. *supra* nota III 258); y, de otro lado, porque él precisamente ha sido el causante de su desaparición. Periandro, pues, aboga por la involuntariedad del crimen.

[269] Frase proverbial, que se encuentra también en PÍNDARO, *Píticas* I 85. Sobre este carácter proverbial, cf. *infra* nota III 277.

palabras, Periandro pretendía ganarse al muchacho, pero éste no le dio a su padre la menor respuesta, simplemente le indicó que debía pagar la multa consagrada al dios por haber entablado conversación con él. Entonces Periandro, al comprender que el mal de su hijo era algo que carecía de solución y que no había forma de doblegarlo, mandó equipar un navío y apartó a Licofrón de su vista, enviándolo a Corcira, ya que
7 también imperaba sobre esta isla[270]. Después de haber alejado al muchacho de su lado, Periandro marchó contra su suegro Procles, porque, a su juicio, era el principal responsable de sus avatares de entonces; y se apoderó de Epidauro[271], apoderándose también del propio Procles, a quien mantuvo en cautividad.

53 Pero, andando el tiempo, Periandro, en vista de que había envejecido y, en su fuero interno, tenía conciencia de que ya no era capaz de supervisar ni de ocuparse de los asuntos del Estado, despachó un emisario a Corcira para proponerle a Licofrón que regresara a hacerse cargo de la tiranía; pues el caso es que en su hijo mayor no veía <aptitudes>; es más, a su juicio,
2 saltaba a la vista que era bastante lerdo[272]. Sin embar-

[270] Corcira, que al parecer estaba habitada por un pueblo ilírico, recibió en el siglo VIII a. C. la llegada de colonos corintios (cf. III 49, 1; la fecha tradicional de su arribada se sitúa en el año 733 a. C.), que fundaron la capital y los puertos más importantes de la isla, que poseía una situación estratégica en la ruta comercial entre Grecia e Italia. La colonia se liberó pronto de la metrópoli e incluso combatió contra ella en el siglo VII a. C. (cf. TUCÍD., I 13, 4). Durante la tiranía de Periandro la isla volvió a estar controlada por Corinto (es posible que Licofrón estuviese al frente de la isla durante su destierro de Corinto), control que terminó coincidiendo con el fin de la tiranía de los Cipsélidas en Corinto.

[271] A raíz de la toma de Epidauro por los corintios fue cuando Egina debió de conseguir su independencia. Cf. *infra* V 83, 1.

[272] De hecho, y a pesar de la muerte de su hermano Licofrón, no sucedió a su padre en la tiranía, que pasó a manos de su primo Psamético. Cf. ARISTÓTELES, *Política* 1315 b 26.

go, Licofrón ni siquiera consideró al portador del mensaje digno de un cambio de impresiones. Entonces Periandro, tratando de ganarse como fuera al joven, le envió, en una segunda tentativa, a su hermana —es decir, a su propia hija—, en la creencia de que a ella le haría más caso que a nadie. Y, a su llegada, le dijo: 3
«Criatura[273], ¿prefieres que la tiranía caiga en otras manos y que la hacienda de tu padre se vea saqueada antes que regresar para hacerte cargo personalmente de ambas cosas? ¡Vuelve a palacio! ¡Deja de perjudicarte a ti mismo! La obstinación es algo contraprodu- 4
cente; no trates de remediar el mal con el mal[274]. Muchos, a la estricta justicia, anteponen la equidad más moderada[275]. También ha habido muchos que, por reivindicar los derechos de su madre, han perdido los bienes de su padre[276]. La tiranía es una cosa peligrosa,

[273] El tono en que se dirige a Licofrón, y el hecho de que Periandro la enviara como la persona más idónea para persuadir a su hijo, permite suponer que se trataba de una mujer de cierta edad que, a la muerte de Melisa, pudo haber sido para el muchacho como una segunda madre.

[274] Proverbio que encontramos en otros autores, fundamentalmente entre los trágicos. Cf. ESQUILO, fr. 695; H. J. METTE, *Die Fragmente der Tragödien des Aischylos*, Berlín, 1959; SÓFOCLES, *Ayax* 362; fr. 175, A. NAUCK, *Tragicorum Graecorum Fragmenta*. Cf., asimismo, TUCÍD., V 65, 2.

[275] La hermana de Licofrón distingue entre el derecho estricto *(dikaion)* y la equidad *(epieíkeia)* —distinción que se formularía en el aforismo *summum ius summa iniuria*—, y aprueba la actitud de los que, como su padre, no anteponen un legalismo estricto a la epiqueya, esto es, a la «interpretación moderada y prudente de la ley según las circunstancias de tiempo, lugar y persona», ya que, como causante de un asesinato involuntario, Periandro podía apelar a circunstancias atenuantes. Sobre la distinción entre *díkaion* y *epieíkeia*, cf. ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco* V 14, 1137 b; *Retórica* I 13, 1374 b 27.

[276] Literalmente, «por tratar de conseguir las cosas maternas han perdido las paternas». El tono sentencioso de todas las palabras que pronuncia la hermana de Licofrón, que son en realidad una serie de máximas, hace que alguna de ellas —como

pero son muchos los que sienten pasión por ella; ade-
más, él está ya viejo y decrépito; no entregues a otros
5 los bienes que te pertenecen». Aleccionada por su pa-
dre[277], la mujer, en suma, le aducía las más persuasivas
razones; pero Licofrón le respondió diciéndole que,
mientras supiera que su padre se hallaba con vida, ja-
6 más volvería a Corinto. Cuando su hija le transmitió
esta respuesta, Periandro, en un tercer intento, despa-
chó un heraldo accediendo a trasladarse él a Corcira,
pero a su hijo le pedía que regresara a Corinto para
7 que le sucediera en la tiranía. El muchacho, en esas
condiciones, dio su conformidad; y entonces Periandro
se dispuso a partir hacia Corcira, y su hijo hacia Co-

ésta, en concreto— no se acomode perfectamente a la situación de Licofrón. ¿Cuáles eran las cosas, los bienes de Melisa? ¿La soberanía de Epidauro? La máxima se aplica con carácter general a los hijos que descuidan el amor al padre, anteponiendo su preferencia por la madre, de ahí que se diga que «muchos, por tratar de conseguir los bienes de su madre, han perdido los de su padre». Pero la sentencia, en este caso, está desprovista en su primera parte de contenido material. En mi traducción sigo la interpretación de A. Barguet, *Historiens grecs*, I, París, 1964, pág. 242.

277 Esa es la razón de que la mujer hable en tono sentencioso, ya que Periandro, según fuentes peripatéticas, formaba parte de los «siete sabios» (sobre su relación con los restantes sabios, cf. F. Schachermeyr, *R. E.*, 1937, s. v. *Periandros 1*, col. 709), personajes más o menos legendarios que vivieron en los siglos VII y VI a. C., y que rindieron notables servicios a las comunidades griegas como jueces, legisladores, etc. (cf., para los testimonios que se les atribuían, *D. K.* I, págs. 61-66), lo cual hizo que, con sus máximas, perduraran en el recuerdo incluso en los casos —como el de Periandro— en que fue dudoso el valor moral de sus actos. Periandro fue víctima del juicio condenatorio sobre los tiranos y, según Diógenes Laercio, I 30, ese fue el motivo de que Platón (*Protágoras* 343 a) no lo incluyera entre los «siete sabios». Cf., asimismo, Nicolao de Damasco, fr. 58, F. Jacoby, *F. Gr. Hist.*: «Algunos afirman que se contaba entre los Siete Sabios, cosa que no es cierto»; y E. Will, *Korinthiaka*..., pág. 445.

rinto. Pero los corcireos, al tener conocimiento de estos pormenores, mataron al joven, para evitar que Periandro se trasladase a su país[278]. Esa es, en definitiva, la razón de que Periandro pretendiera vengarse de los corcireos.

Fracaso de la expedición contra Samos

Entretanto los lacedemonios, al 54
llegar a Samos con una poderosa flota[279], pusieron sitio a la ciudad. Y, con ocasión del ataque que lanzaron contra la muralla, alcanzaron a pisar el baluarte que, en las afueras de la ciudad, se alza junto al mar[280]; pero, posteriormente, cuando el propio Polícrates acudió con un nutrido contingente a defender el lugar, fueron rechazados. Por su 2

[278] Los autores antiguos hacen hincapié en la crueldad de Periandro. Cf., por ejemplo, NICOLAO DE DAMASCO, fr. 58, *F. Gr. Hist.*: «Periandro, hijo de Cípselo, rey de Corinto, sucedió a su padre por derechos de nacimiento, y su crueldad y violencia convirtieron la realeza en tiranía... Impidió a los ciudadanos comprar esclavos... imaginando sin cesar trabajos para ellos. Quien permanecía sentado en el Ágora era castigado, pues temía que se conspirara contra él» (para una interpretación de las medidas de Periandro a la luz de la política económica corintia y del juicio negativo de las fuentes clásicas, cf. C. MOSSÉ, *La tyrannie dans la Grèce Antique...*, págs. 32 y sigs.). Los corcireos, pues, deseaban evitar la presencia en la isla de una persona de semejante carácter.

[279] Probablemente, integrada en su mayor parte por navíos corintios (cf. *supra* nota III 248). Esparta no contó con una poderosa flota de combate hasta finales del siglo V a. C.

[280] La muralla de Samos, de bloques rectangulares y poligonales, encerraba, a lo largo de 6,7 km., la ciudad y el puerto en un mismo perímetro defensivo. La flota corintio-espartana debió de fondear en Panormo, al noreste de la isla, y realizar operaciones exclusivamente terrestres. Este primer ataque tendría por objeto apoderarse de la zona portuaria de la ciudad, atacando por el este de las fortificaciones. Sobre el puerto, cf. III 60, 3; y, para la ciudad antigua en general, E. BUSCHOR, «Samos», *Neue deutsche Ausgrab. im Mittelmeergeb. und im Vord. Orient*, 1959, 197-224.

parte, los mercenarios, acompañados de un buen número de ciudadanos samios, efectuaron una salida por la zona del baluarte de arriba, que se halla sobre la cresta del monte[281], y, tras contener durante un breve intervalo a los lacedemonios, huyeron a sus posiciones, si bien los enemigos se lanzaron en su persecución, diezmando sus filas.

55 Desde luego, si <todos> los lacedemonios que se encontraban allí se hubiesen comportado ese día como Arquias y Licopas, Samos hubiera sido tomada. En efecto, Arquias y Licopas fueron los únicos que irrumpieron en la plaza con los samios que huían y, al serles cortada la retirada, encontraron la muerte en la ciudad
2 de los samios. Y por cierto que yo personalmente estuve en Pitana (pues era de ese *demo*[282]) con un descendiente en segundo grado del mencionado Arquias, con otro Arquias, hijo de Samio y nieto de Arquias, quien a

---

[281] Se trata del monte Ámpelo, sobre el que se alzaba la muralla protegiendo la ciudad por el norte (el baluarte se encuentra a 228 m. sobre el nivel del mar). La salida de las tropas de Polícrates debía de tener por objeto proteger el túnel de Eupalino (cf. III 60, 1-2), por el que llegaba a Samos el suministro de agua.

[282] El término *demo* (= pueblo, distrito administrativo) aplicado a este contexto es inadecuado. Heródoto está utilizando terminología ateniense, ya que las aldeas del Ática recibían ese nombre. En Lacedemonia las distintas poblaciones recibían el nombre de *kṓmē*. Cuando los dorios llegaron al valle del Eurotas, sitiaron la plaza de Amiclas (situada a unos 5 km. al sur de Esparta y que estaba habitada por micénicos), estableciendo, según la tradición (últimamente, sin embargo, todo lo concerniente al final del mundo micénico está siendo sometido a profundas revisiones; cf. J. CHADWICK, *The Mycenaean World* = *El mundo micénico* [trad. de J. L. MELENA], Madrid, 1977), un gran campamento fortificado que después dio origen a la población de Esparta, una aglomeración de cinco aldeas —sobre su supervivencia en el siglo V a. C., cf. TUCÍD., I 10, 2—, una de las cuales era Pitana (cf. PAUSANIAS, III 16, 9; las otras cuatro eran Mesoa, Limnas, Cinosura y Dima). En general, cf. W. G. FORREST, *A History of Sparta...*, págs. 24-34.

los extranjeros que más honraba en el mundo era a los samios. Contaba que a su padre se le había impuesto el nombre de Samio[283] porque su abuelo Arquias había muerto heroicamente en Samos; y explicaba que honraba a los samios, debido a que su abuelo había recibido de ellos honores fúnebres en pública ceremonia[284].

Pues bien, los lacedemonios, cuando llevaban ya 56
cuarenta días asediando Samos sin que las operaciones progresaran positivamente lo más mínimo, se volvieron al Peloponeso[285]. Y por cierto que, según una 2
versión que se ha venido difundiendo, pero que es de lo más simple, Polícrates hizo acuñar en plomo gran cantidad de moneda local, le dio un baño de oro, y se la entregó a los lacedemonios, quienes, sólo después de haberla recibido, se retiraron[286]. Esta fue la primera

[283] A no ser que hubiese sido hijo póstumo del Arquias muerto en Samos, se trataría de un apodo, «el samio», por la fama que su padre había ganado en la isla.

[284] Lo mismo afirma PLUTARCO, *De Herodoti malignitate* 22. Sin duda la ceremonia debió tener lugar varios años después de la muerte de Polícrates, cuando en Samos volvió a establecerse una oligarquía, que se sentiría en deuda con Esparta (cf. *supra* nota III 241). Las fuentes de información de Heródoto sobre la campaña lacedemonia en Samos eran, pues, de origen espartano y samio, y de ahí, quizá, que en el transcurso de las operaciones no haya ninguna alusión a los corintios que participaron en la misma (cf. III 48, 1).

[285] Porque el asedio de Samos no impedía que la ciudad recibiera aprovisionamientos por mar, ya que el puerto se hallaba expedito para los samios. También es posible que Polícrates hubiera decidido acosar a la flota invasora —estuviera fondeada en Panormo o en otro puerto de la isla—, y que los espartanos temieran quedar incomunicados.

[286] Posiblemente esta versión debía de circular durante la estancia de Heródoto en la isla (cf. *supra* nota III 204), cuando Samos formaba parte de la liga delo-ática y contaba con un gobierno democrático que pretendería, con ello, desacreditar a Esparta. La historia, además, se situaría en la línea de la tendencia a la venalidad de los lacedemonios fuera de Esparta

incursión que lacedemonios de origen dorio llevaron a cabo contra Asia [287].

57 *Historia de los samios expulsados por Polícrates*

Por su parte, los samios que habían entrado en guerra con Polícrates, en vista de que los lacedemonios iban a abandonarlos, se hicieron también a la mar, 2 pero ellos con rumbo a Sifnos. Ocurría que necesitaban dinero y, por aquel entonces, la situación de los sifnios estaba en su cénit: como en su isla tenían minas de oro y de plata, de hecho eran los más ricos de los isleños [288]; y ello hasta el extremo de que, con la décima parte de los recursos que se obtenían en su territorio, consagraron en Delfos un *tesoro* comparable a los más opulentos [289]; además, los sifnios se repartían entre ellos

---

(cf. TUCÍD., I 95, para el caso de Pausanias) y en la de la carencia de moneda acuñada en metal noble en Esparta (cf. JENOFONTE, *Const. de los lacedemonios* VII 5-6), lo que explicaría la posibilidad de que los espartanos pudieran haber sido engañados con plomo.

[287] Lacedemonios (es decir, habitantes de la región que por aquel entonces constituía Lacedemonia) de origen micénico, no dorios, habían ya realizado una incursión contra Asia con ocasión de la guerra de Troya (cf. *supra* I 4). La segunda incursión de lacedemonios de origen dorio la cuenta Heródoto en IX 96 y sigs.

[288] Sifnos, una de las Cícladas occidentales, pagaba en 425/424 a. C. nueve talentos (= 54.000 dracmas; 1 dracma = 4,32 gr. de plata) como tributo a Atenas (cf. R. MEIGGS, D. LEWIS, *A selection of greek historical inscriptions...*, núm. 69), a pesar de su escasa extensión, y fue la única isla a la que, con anterioridad al comienzo de la guerra del Peloponeso, Atenas permitió acuñar moneda propia. Sobre las minas de Sifnos, cf. PAUSANIAS, X 11, 2.

[289] El tesoro de Sifnos se encontraba en la Vía Sagrada que conducía al gran templo de Apolo y que albergaba, a ambos lados de la misma, monumentos votivos o edificios, llamados *tesoros*, para contener las ofrendas de las ciudades más opulentas de Grecia, bien fueran consagrados por particulares o por una ciudad en su conjunto (aunque en la mayoría de los casos

los recursos que cada año se obtenían[290]. Pues bien, 3
cuando estaban construyendo el *tesoro*, consultaron al oráculo si iban a poder mantener por mucho tiempo su prosperidad de entonces; y la Pitia[291] les dio la siguiente respuesta:

Mirad, cuando en Sifnos blanco sea el pritaneo[292], 4
y blanco el friso[293] *del ágora, justo entonces se requiere*
[*una persona astuta,*
para protegerse de una lígnea emboscada y de un he-
[*raldo rojo.*

---

se hallaban guiadas por sentimientos nacionalistas y no de piedad). El tesoro de Sifnos fue construido hacia 535 a. C. y era un edificio lujosamente decorado, en estilo jónico, particularmente con un friso esculpido que ocupa una sala entera del museo de Delfos, y que constituye una de las obras maestras de la escultura arcaica. Cf., para más detalles, E. BOURGET, *Les ruines de Delphes*, París, 1914, págs. 66 y sigs.

[290] Otro dato más para poner de relieve la riqueza de la isla (cf. VII 144, 1, para un reparto frustrado de los recursos obtenidos por los atenienses de las minas de Laurio). El reparto, sin embargo, no se hacía sobre los recursos, sino sobre los beneficios, una vez descontadas todas las sumas que, para gastos públicos, debían ingresar en el erario.

[291] La Pitia (cf. *supra* I 13, 2; 19, 3; 47, 2; etc.) era la mujer que, en el santuario de Apolo Pitio —de ahí su nombre, en recuerdo de la serpiente Pitón, a la que el dios dio muerte en el lugar en que luego se erigió el templo—, en Delfos, pronunciaba los oráculos mediante los que Apolo manifestaba a los hombres la voluntad de Zeus. Sobre sus orígenes y procedimientos de éxtasis en la expresión de los oráculos, cf. K. LATTE, «The coming of the Pythia», *Harvard Theological Review* 33 (1940), 9-18.

[292] El *pritaneo* era un edificio público donde residían los magistrados supremos de las ciudades griegas (llamados *prítanos*). Constituía el centro espiritual de la ciudad y en él se encontraba el altar de Hestia, con su fuego perpetuo, hogar de la ciudad.

[293] Literalmente, «y el ágora de blancas cejas». Las respuestas oraculares siempre se emitían en lenguaje metafórico y, en muchos casos, ambiguo (cf. I 91, y R. CRAHAY, *La littérature oraculaire chez Hérodote*, París, 1956). En esta ocasión, era obvio que la riqueza de la isla de Sifnos podía atraer en cualquier momento la codicia de navíos piratas.

(Y el caso es que, por aquellas fechas, el ágora y el pritaneo de los sifnios estaban decorados con mármol pario[294].)

58 Este oráculo no fueron capaces de comprenderlo ni en aquel mismo momento ni a la llegada de los samios. En efecto, tan pronto como arribaron a Sifnos, los samios enviaron a la ciudad una de sus naves con em-
2 bajadores a bordo[295]. (Por cierto que antiguamente todas las naves estaban pintadas con minio[296]; y era esto lo que la Pitia advertía a los sifnios cuando les instaba a que estuvieran en guardia ante la lígnea em-
3 boscada y el heraldo rojo.) Pues bien, a su llegada, los emisarios pidieron a los sifnios que les prestaran diez talentos[297]; pero, en vista de que los sifnios se ne-

---

[294] Esta es la primera mención en la literatura griega relativa al empleo del mármol de la isla de Paros, que, por su puro color blanco, fue muy apreciado en la antigüedad (la fachada del templo de Apolo en Delfos estaba construida con este mármol; cf. *infra* V 62, 3).

[295] Es posible que el viaje de los samios a Sifnos consistiera en realidad en una incursión pirata, a las que solían dedicarse los samios (cf. *supra* nota III 211), y que la nave comisionada por éstos no llevara embajadores para pedir, sino para exigir.

[296] Los costados de los buques, que estaban calafateados, solían ser de color negro (cf. C. Torr, *Ancient Ships*, Chicago, 1964 (= 1895), pág. 37). Sólo cuando el comercio con el mar Negro se estableció de manera regular, comenzaron las naves a pintarse de rojo (cf. Hom., *Ilíada* II 637; *Odisea* IX 125), mediante minio —el de Sínope era particularmente apreciado—, que, además de vistosidad, confería a la estructura de las naves una excelente capa protectora.

[297] Según la reforma del patrón de pesos y del sistema monetario que llevó a cabo Solón, 10 y 100 talentos equivalían, respectivamente, a 259,2 y 2.592 kg. de plata, de acuerdo con el peso monetario del talento ático. Con todo, la conversión a equivalencias modernas de cifras empleadas por el historiador es siempre convencional, ya que no conocemos con exactitud el sistema de pesos y medidas a que se atenía —suponiendo que fuera uno uniforme—, y hemos de proceder por los datos de otras fuentes antiguas. En este caso, sin embargo, es muy fac-

gaban a prestárselos, los samios empezaron a saquear sus campos. Al enterarse, los sifnios acudieron sin de- 4
mora con socorros y trabaron combate con los samios [298], resultando derrotados; es más, muchos de ellos vieron cortada su retirada a la ciudad por la acción de los samios, quienes, después de la batalla, les exigieron cien talentos.

Posteriormente, y a cambio de cierta suma, obtu- 59
vieron de los hermioneos una isla, la de Hidrea, que se halla cerca del Peloponeso, y la confiaron al cuidado de los trecenios [299]; ellos, por su parte, fundaron Cidonia, en Creta [300], aunque no se habían hecho a la mar con este propósito, sino para expulsar a los zacintios
de su isla [301]. En dicha ciudad permanecieron, y gozaron 2

---

tible que el sistema empleado sea efectivamente el ateniense, pues en el texto griego aparecen indicios que permiten detectar influencias del dialecto ático a lo largo de este pasaje. Cf. C. Saerens, «πρέσβεες 'gezanten' een atticisme bij Herodotus», *L'Antiquité Classique* 44 (1975), 618-629.

[298] Es posible que las naves samias estuviesen fondeadas en la costa occidental de la isla (cerca del puerto de Minoa), y que atacaran a los sifnios desde el oeste, una vez que su «demanda» había sido rechazada, produciéndose el enfrentamiento en las llanuras centrales de la isla, que tiene una extensión de unos 50 km^2 aproximadamente.

[299] Todos los lugares mencionados se encuentran próximos entre sí. Hermíone se halla en la costa sudeste de la península argólica. Hidrea (la actual Hidra) frente a dicha costa y a unos 30 km. al sudeste de Hermíone. Trecén, por su parte, se encuentra en la costa oriental de la península argólica, a 2 km. del mar, y a unos 25 al noreste de Hermíone.

[300] Cf. III 44, 1.

[301] La isla de Zacinto, a unos 40 km. al oeste de la costa noroccidental del Peloponeso. Si lo que cuenta Heródoto es cierto, hay que suponer que una tormenta probablemente fue lo que les hizo perder el rumbo. No obstante, se ha pensado que, mediante la compra de Hidrea y la colonización de la costa noroccidental de Creta, los samios que huían de la tiranía de Polícrates podían estar siguiendo directrices corintias para entor-

de prosperidad, por espacio de cinco años, de suerte que fueron ellos quienes erigieron los santuarios que hay en la actualidad en Cidonia, así como el templo de
3 Dictina[302]. Pero, a los cinco años, los eginetas, con la ayuda de los cretenses, los vencieron en una batalla naval y los redujeron a la condición de esclavos (además, cortaron los espolones de las naves samias, que tenían las proas en forma de jabalí[303], y los consagraron en
4 el santuario de Atenea[304] en Egina). Los eginetas hicie-

---

pecer la competencia comercial que les hacía Egina. Cf. W. W. How, J. Wells, *A commentary on Herodotus*, I..., págs. 271-272.

[302] Dictina es un sobrenombre de la diosa cretense *Britomartis* (una divinidad local, quizá de carácter marino, relacionada después con Ártemis, como diosa patrona de la captura de animales de toda especie), que significa «la diosa de la red». Sobre este apelativo se han propuesto diversas interpretaciones, entre otras las siguientes: 1. Porque esta diosa inventó las redes empleadas para la caza. 2. Porque, en el curso de una cacería, fue capturada mediante una red y luego liberada por Ártemis. 3. Porque fue salvada por las redes de unos pescadores cuando se había arrojado al mar en su intento de huir de los deseos de Minos. Cf. M. P. Nilsson, *Geschichte der griechische Religion*, I, Munich, 1955, págs. 481 y sigs. El templo, según Estrabón, X 4, 12 y 14, se hallaba situado a varios kilómetros de Cidonia.

[303] Posiblemente por su carácter de naves piratas, ya que el jabalí solía ser considerado el instrumento de que se valían ciertos dioses (sobre todo Ártemis, la diosa de la caza; y la piratería era, a fin de cuentas, una especie de cacería) para poner a prueba a los héroes (cf. *supra* I 36, 1). Para la pervivencia de este tipo de proas en el siglo v a. C., y sus orígenes en época de Polícrates, cf. Plutarco, *Pericles* 26.

[304] En Egina no se ha descubierto ningún santuario importante consagrado a Atenea. Muy posiblemente se trata del templo de *Afea*, una antigua divinidad local patrona de la isla (cf. Píndaro, fr. 80, C. M. Bowra, *Pindari carmina cum fragmentis;* y Pausanias, II 30, 3), erigido tras la batalla de Salamina en una colina, situada a unos 12 km. al este de la capital de la isla, sobre el emplazamiento de un antiguo templo. Cf. A. Furtwängler, *Aegina. Das Heiligthum der Aphaia*, Munich, 1906. En el templo se encontró una ofrenda votiva del siglo vi a. C.

ron esto por el rencor que sentían contra los samios. En efecto, durante el reinado de Anfícrates en Samos, los samios fueron quienes comenzaron las hostilidades contra Egina[305], causando graves contratiempos a los eginetas (aunque también ellos los sufrieron por parte de estos últimos). Esta, en definitiva, fue la causa.

Principales maravillas de Samos

Y por cierto que me he extendido ampliamente a propósito de los samios, debido a que son ellos quienes han llevado a cabo las tres obras más grandiosas de todo el mundo griego[306]: en un monte —un monte de unas ciento cincuenta brazas de altura[307]— abrieron 60

---

consagrada a Afea (lo que permitió su atribución; y de ahí que Furtwängler proponga en este pasaje la lectura «Afea», en lugar de «Atenea»), una divinidad que estaba relacionada con la Britomartis cretense, de ahí que la ofrenda del botín obtenido en una batalla librada en Creta estuviera plenamente justificada.

[305] A partir del testimonio de PAUSANIAS (VII 4, 2) puede suponerse que Anfícrates pertenecía a la estirpe del legendario Procles (para el nombre, cf. III 50, 2), que colonizó la isla de Samos desde Epidauro. No obstante, no puede determinarse a ciencia cierta la cronología de los hechos que narra el historiador, aunque es posible que tuvieran lugar en el siglo VII a. C. (para la caída de la monarquía en Samos, cf. PLUTARCO, *Quaestiones Graecae* 57; y, para los posibles motivos de la rivalidad entre Egina y Samos, cf. W. W. HOW, J. WELLS, *A commentary on Herodotus*, I..., pág. 272, aunque los argumentos aducidos son meramente hipotéticos por la carencia de documentación al respecto).

[306] Aparte de su interés personal por Samos (cf. *supra* nota III 204), Heródoto ya advierte en el *proemio* de la *Historia* que su interés, entre otras cosas, se centra en «los hechos humanos», de ahí que siempre le atraigan los monumentos de los distintos pueblos y países que visitó. Cf., por ejemplo, I 93; I 178, 2; II 124, 2 y sigs.; etc.

[307] Aproximadamente, 266,5 m. Se trata del monte Ampelo, cuya altura máxima, en la zona norte de la ciudad de Samos, rondaba los 230 m. (cf. *supra* nota III 281).

un túnel que comienza en la falda y que presenta una
2 boca en cada ladera. La longitud del túnel es de siete
estadios, mientras que su altura y su anchura tienen,
respectivamente, ocho pies. De un extremo al otro del
mismo hay excavado, además, otro túnel, de veinte
codos de profundidad y tres pies de anchura, a través
del cual llega hasta la ciudad, procedente de una gran
fuente, el suministro de agua, que va encauzada por
3 unos conductos. El ingeniero del susodicho túnel fue
el megareo Eupalino, hijo de Náustrofo[308]. Esta es, en
suma, una de las tres obras. La segunda es una esco-
llera que, bordeando el puerto, se levanta en el mar,
con una profundidad que alcanza veinte brazas y cuya
4 longitud es superior a dos estadios[309]. La tercera obra

---

[308] Las dimensiones que Heródoto confiere al túnel (longitud 1.242,5 m. = 7 estadios; altura y anchura 2,35 m. aproximadamente = 8 pies; profundidad de la canalización para el agua 8,80 m. = 20 codos; anchura de la misma, unos 0,85 m. = 3 pies) son bastante aproximadas, salvo en lo que se refiere a la canalización del agua. El túnel tenía por objeto asegurar el aprovisionamiento de agua, que procedía de una fuente situada en la ladera norte del monte Ámpelo (restos de los conductos que encauzaban el agua se han hallado cerca de la fuente y en el túnel); y, asimismo, asegurar una salida secreta de la ciudad en caso de necesidad. Según una estimación moderna, las obras debieron de durar unos quince años, por lo que es probable que fueran comenzadas en tiempos de Éaces, el padre de Polícrates. Sobre el túnel, cf. W. Kastenbein, «Untersuchungen am Stollen des Eupalinos auf Samos», *Archäologischer Anzeiger* 75 (1960), 178-198. La obra —que en la actualidad se encuentra hundida en algunas zonas— hay que situarla entre los ejemplos de la política de obras públicas promovidas por los tiranos de las ciudades griegas, que se rodeaban de una élite de literatos, arquitectos, artistas, etc., para dar más esplendor a sus cortes.

[309] Respectivamente, 35,5 m. (= 20 brazas) y 355 m. (= 2 estadios). La escollera iba perpendicular a la costa a partir del cabo occidental que constituía la protección natural del puerto de Samos. La escollera actual del pueblo de Pythagorion, situado sobre el emplazamiento de la antigua ciudad de Samos, descansa en los cimientos que datan de época de Polícrates.

que los samios llevaron a cabo es un templo —que sepamos, el mayor templo del mundo[310]—, cuyo primer arquitecto fue Reco, hijo de Files, un natural de la isla[311]. Por estas obras[312] ha sido por lo que me he extendido algo más a propósito de los samios.

---

[310] Del mundo griego. Cf., para una comparación del templo de Hera en Samos con otras obras vistas por el historiador, *supra* II 148, 2.

[311] Se trata del templo de Hera, el *Hereo,* cuyas ruinas se encuentran a unos 6 km. al oeste de Pythagorion. El templo se construyó sobre un establecimiento religioso prehistórico y luego micénico. Tenía 102,5 m. de largo por 56 de ancho, lo que, en efecto, lo convertía en el mayor templo de Grecia (el de Ártemis, en Éfeso, era mayor, pero la fecha definitiva de su terminación es posterior a la época en que vivió Heródoto). Fue destruido por un incendio poco después de su terminación —las obras debieron de durar unos cincuenta años y de ahí que hubiera varios arquitectos a su frente—, sin duda con ocasión de la expedición de los espartanos contra la isla; pero fue reconstruido con unas proporciones aún mayores, si bien los trabajos fueron interrumpidos debido a los desórdenes internos que se produjeron en la isla tras la muerte de Polícrates. El templo, del que en la actualidad sólo quedan los cimientos, fue terminado definitivamente en época romana. Cf. O. REUTHER, *Der Heratempel von Samos,* Munich, 1957.

[312] Todas las obras estaban, pues, relacionadas con Polícrates (cf., sin embargo, C. MOSSÉ, *La tyrannie dans la Grèce Antique...,* pág. 17, sobre una posible cronología alta, anterior a la tiranía, para estas obras); y, según ARISTÓTELES *(Política* 1313 b 24), tenían por objeto sumir en la pobreza a sus súbditos, por los impuestos que se habían fijado, y hacer que la población estuviera permanentemente ocupada. Esto es así, pero aplicado a los ciudadanos de posición desahogada, ya que, mediante esta política (cf. PLUTARCO, *Pericles* 12), se conseguía dar trabajo a las clases más pobres.

61 *El falso Esmerdis usurpa el trono de Persia*

Entretanto[313], mientras Cambises, hijo de Ciro, prolongaba su estancia en Egipto y se dedicaba a cometer locuras, se sublevaron contra él dos magos

[313] La sublevación de los magos contra Cambises es una de las cuestiones relativas a la historia de Persia que más problemas plantea, dado que la documentación que poseemos al respecto es deficiente, al basarse en testimonios griegos que conocían mal el imperio (además de Heródoto y Jenofonte, los fragmentos de Ctesias y ciertos pasajes de Justino, fundamentalmente), o persas, pero estos últimos posiblemente tendenciosos. La fuente persa más importante es la *Inscripción de Behistun*, erigida por Darío en persa antiguo, elamita y akkadio, en la región del mismo nombre, situada en la ruta comercial de Hamadan a Babilonia por Kermanchak. En una roca, a más de 50 m. sobre el valle, Darío hizo esculpir, a finales de septiembre del año 520 a. C., una descripción gráfica y literaria de sus obras y victorias. El Gran Rey aparece, apoyado en su arco, con el pie derecho sobre el mago Gaumata. Tras él, dos persas de la nobleza, provistos de arco, carcaj y lanza; y, ante el monarca, con las manos atadas y amarrados entre sí con una soga en torno al cuello, los «nueve reyes rebeldes». A los lados, y bajo las representaciones del monumento, aparecen 14 columnas escritas en cuneiforme, con el relato de las hazañas de Darío tras su ascensión al trono. Los pasajes que más relación tienen con el relato de Heródoto dicen (F. H. Weissbach, *Die Keilinschriften der Achämeniden*, Leipzig, 1911, págs. 8 y siguientes, ofrece texto y traducción alemana):

a) § 10: «El que recibía el nombre de Cambises, el hijo de Ciro, uno de nuestra raza, fue rey antes que yo (= Darío). Cambises tenía un hermano llamado Bardiya, nacido de la misma madre y el mismo padre que Cambises. Posteriormente, Cambises mató a Bardiya. Cuando Cambises le dio muerte, no llegó a oídos del pueblo que Bardiya había sido asesinado. Tras de lo cual, Cambises marchó a Egipto. Cuando Cambises hubo partido hacia Egipto, el pueblo se volvió hostil a su persona y la mentira se generalizó en el país, tanto en Persia, como en Media, como en las demás provincias».

b) § 11: «Tras ello hubo cierto sujeto, un mago, llamado Gaumata, que promovió una rebelión en *Paishiyâuvâda*, en una montaña llamada *Arakadrish*. En el decimo-

que eran hermanos, a uno de los cuales Cambises, al ausentarse, había dejado al cuidado de su palacio. Pues

---

cuarto día del mes *Viyakhna* se rebeló. Engañó al pueblo, diciendo: 'Yo soy Bardiya, el hijo de Ciro, el hermano de Cambises.' En consecuencia, todo el pueblo se sublevó y, abandonando a Cambises, se pasaban a él, tanto en Persia, como en Media, como en las demás provincias. Se apoderó del trono: se apoderó del trono en el noveno día del mes *Garmayada*. Posteriormente, Cambises murió por obra de sus propias manos (i. e. = 'se suicidó')».

c) § 12: «El trono, del que Gaumata, el mago, desposeyó a Cambises, había pertenecido a nuestra raza desde tiempos antiguos. Después de que Gaumata, el mago, hubiera desposeído a Cambises de Persia, de Media y de las demás provincias, actuó según su voluntad: era rey».

d) § 13: «No había nadie, fuera persa, medo, o de nuestra propia raza, que privara del trono a Gaumata, el mago. El pueblo le temía sobremanera, <porque> mató a muchos que habían conocido al verdadero Bardiya. Por eso los mató, 'para que no pudieran saber que yo no soy Bardiya, el hijo de Ciro'. No había nadie que se atreviera a decir nada contra Gaumata, el mago, hasta que llegué yo. Entonces imploré a Ahuramazdah. Ahuramazdah me prestó su ayuda. El décimo día del mes *Bâgayâdish,* yo, con unos pocos hombres, maté al tal Gaumata, el mago, y a sus secuaces más importantes. Lo maté en la fortaleza llamada *Sikayauvatish,* en el distrito medo llamado *Nisâya.* Lo desposeí del trono. Por la gracia de Ahuramazdah, yo me convertí en rey. Ahuramazdah me concedió el trono».

Frente a pasados trabajos, que admitían el relato de la *Inscripción de Behistun* como auténtico y que veían en la sublevación de los magos un intento político-religioso para hacerse con el trono persa, aprovechando la muerte de Bardiya, mantenida en secreto, y la ausencia de Cambises, que se encontraba en Egipto y que, por su desequilibrio psíquico, debía de ser odiado por ciertas castas del imperio (cf. F. W. König, *Die Falsche Bardija. Dareios der Grosse und die Lügenkönige,* Viena, 1938), en la actualidad tiende a considerarse que, en realidad, la sublevación contra Cambises estuvo acaudillada por el propio Bardiya, que no había sido asesinado por aquél, y que en la *Inscripción de Behistun* Darío inventó la historia de Gaumata

bien, este sujeto se sublevó[314] contra él al percatarse de que, una vez perpetrada, la muerte de Esmerdis se mantenía en secreto[315]; que eran pocos los persas que estaban al corriente de ella, y que los más creían que toda-
2 vía se hallaba con vida. Por todo ello, urdió el siguiente plan para atentar contra el poder real: tenía un hermano —que, como he dicho, cooperó con él en la sublevación— que, por su fisonomía, era el vivo retrato de Esmerdis, hijo de Ciro (a quien Cambises, pese a que era su propio hermano, había hecho asesinar); y por cierto que, además de poseer la misma fisonomía que Esmerdis, se daba también la coincidencia de que
3 tenía su mismo nombre: Esmerdis[316]. El mago Pati-

para justificar su ascensión al trono persa. Heródoto, pues, sigue, con mayores o menores discrepancias, la versión oficial aqueménida de una conjura de magos que, probablemente, no existió, y que también fue aceptada (a excepción, al parecer, de Esquilo, *Persas* 774) por todos los autores griegos (cf. Ctesias, *Persiká* 12; Platón, *Leyes* 695 b; *Epíst.* VII 332 a; Justino, I 9, 4 y sigs.; Polieno, VII 11, 2; Jenofonte, *Ciropedia* VIII 7, 11; Helánico, fr. 180, F. Jacoby, *F. Gr. Hist.*; etc.). Cf. para esta tesis A. T. Olmstead, «Darius and his Behisthum Inscription», *American Journal of Semitic Languages and Literatures* 55 (1938), páginas 392 y sigs., y *History of the Persian Empire...*, páginas 92-93 y 117-118, que presenta una sugestiva interpretación de los hechos tal y como, a su juicio, sucedieron.

314 Ni Ctesias *(Persiká* 12), ni la *Inscripción de Behistun* hablan de dos magos. Heródoto debe de estar haciéndose eco, quizá, del relato oral de algún persa que ocupaba un cargo oficial (quizá el mismo que le facilitó el registro de las satrapías persas; cf. III 90 y sigs.), y de ahí que, aun siguiendo la versión oficial de lo ocurrido, presente ciertas discrepancias (en este caso concreto, lo mismo afirma Justino, I 9). La sublevación tuvo lugar el once de marzo del año 522 a. C. (= el decimocuarto día del mes *Viyakhna).*

315 Cf. *Inscr. Beh.* § 10, si bien su asesinato se situaba con anterioridad a la campaña de Cambises contra Egipto.

316 Esta coincidencia de nombres y fisonomía puede ser el eco de una realidad que la propaganda de Darío no pudo ocultar por completo y que el informador de Heródoto conocía. Dado

cites [317] convenció a este individuo de que él personalmente se encargaría de resolverlo todo en su nombre, lo condujo hasta el trono real y le hizo tomar asiento. Hecho esto, despachó heraldos a muy distintos lugares —incluido, como es natural, Egipto—, para notificar a las tropas que en lo sucesivo debían obedecer a Esmerdis, hijo de Ciro, y no a Cambises.

Pues bien, los distintos heraldos lanzaron esta proclama; y, en concreto, el que había sido encargado de Egipto (por cierto que encontró a Cambises y al ejér- 62

---

que se afirmaba que Esmerdis (= Bardiya) había muerto (cf. III 30, 3), el insurrecto Gaumata —muy posiblemente el propio Esmerdis— se parecía al hermano de Cambises y se llamaba como él. Heródoto no deja entrever ningún atisbo de duda sobre este hecho (en el que abundan Ctesias y Justino, aunque este último llama al usurpador Gometa), que, además, le servirá para explicar el error que en el sueño ha cometido Cambises y cuya interpretación errónea le indujo a matar a su hermano (cf. III 30, 2; 64, 2; 65, 2-3).

[317] Paticites, en realidad, debe de responder al persa *(hazara) patish,* que significa «custodio del palacio» (cf. III 61, 1) o «jefe de la guardia» (cf. P. J. JUNGE, «Hazarapatis. Zur Stellung des Chiliarchen der königlichen Leibwache im Achämenidenstaat», *Klio* 33 [1940], págs. 13 y sigs.). Este título se aplicaba a lo que era un verdadero primer ministro, jefe de los servicios reales y de la guardia real (su nombre revela origen militar). El personaje que ocupaba este cargo se hallaba, en Persia, siempre junto al rey, y controlaba todos los asuntos del monarca. Con reyes débiles o poco populares, este primer ministro adquirió una importancia absoluta: de hecho, Jerjes sería asesinado por su *(hazara)patish* (cf. E. WILL, *Le monde grec et l'Orient. Le Ve siècle,* París, 1972, pág. 19). En la historia que narra Heródoto se mezclan, probablemente, la figura de Esmerdis, que era sátrapa de las provincias orientales, y la de este primer ministro, que Heródoto (es decir, su fuente) relacionó como hermanos, haciendo, además, que el título de ese primer ministro se convirtiera en un nombre propio. Posiblemente, Esmerdis (= Bardiya) convenció al persa que a la sazón ocupaba dicho cargo (y que, asimismo, era el encargado del control del tesoro real) para que le secundase en la sublevación.

cito instalados en Ecbatana de Siria[318]) se situó de pie en medio del campamento y proclamó las órdenes que
2 había recibido del mago. Entonces Cambises, al oír el comunicado del heraldo, creyendo que decía la verdad y que, por su parte, él había sido traicionado por Prexaspes (es decir, que este último, cuando recibió la misión de asesinar a Esmerdis[319], no lo había hecho), se encaró con Prexaspes y le dijo: «Prexaspes, ¿así es como
3 me has resuelto el asunto que te encomendé?». «Señor —respondió Prexaspes—, esas manifestaciones no se ajustan a la verdad; es del todo punto imposible que tu hermano Esmerdis se haya podido sublevar contra ti o que, por iniciativa suya, pueda suscitarse contra tu persona cualquier tipo de oposición, sea grande o pequeña, ya que yo personalmente hice lo que tú me orde-
4 naste y le di sepultura con mis propias manos[320]. Ahora

[318] En Siria no se conoce ninguna localidad con ese nombre (cf. G. Rawlinson, *The history of Herodotus*, revisada por A. W. Lawrence, Londres, 1935, *ad locum*, para diversas interpretaciones a propósito del topónimo). Posiblemente no se trataba de una ciudad, sino de la región de *Batanea*, nombre con que era conocida la zona norte de *Bašan*, en Palestina, al oeste del lago de Genezaret, y sobre la que la *Biblia* proporciona abundantes datos. De admitir la posibilidad de que se tratara de una ciudad habría quizá que pensar en Gaba, cerca del monte Carmelo. Las fuentes antiguas tampoco permiten una identificación segura. Esteban de Bizancio, s. v. *Agbátana* la identifica con una ciudad que en su época se llamaba Batanea y que estaba situada cerca de Cesarea Palestina. Plinio, *Hist. Nat.* V 19, 75, piensa en una supuesta Acbatana, cercana al monte Carmelo. Josefo, *Arqueología judía* XI 2,2, por su parte, sitúa la muerte de Cambises en Damasco. Sea como fuere, lo indudable es que Cambises se encontraba de regreso a Persia cuando lo alcanzó el heraldo.

[319] Cf. *supra* III 30, 3.

[320] El informador de Heródoto, pues, se atenía a la primera de las dos versiones que, según Heródoto, circulaban en torno a la presunta muerte de Esmerdis (cf. III 30, 3). Sobre su muerte, sin embargo, se contaban más versiones de las que narra el historiador (cf. Ctesias, *Persiká* 12). Un indicio más,

bien, si los muertos resucitan, ten por seguro que hasta el medo Astiages[321] va a sublevarse contra ti; pero si todo sigue como antes, no cabe duda de que contra ti no puede estallar ninguna rebelión, por lo menos promovida por Esmerdis. Por el momento, pues, soy de la opinión de dar alcance al heraldo y someterlo a interrogatorio, preguntándole que a quién representa cuando proclama que debemos obedecer al rey Esmerdis».

Tras estas palabras de Prexaspes —palabras que me- 63
recieron la aprobación de Cambises—, el heraldo fue alcanzado sin demora, regresando al campamento. Y, a su llegada, Prexaspes le preguntó lo siguiente: «Buen hombre, supuesto pretendes venir como mensajero en representación de Esmerdis, el hijo de Ciro, confiesa ahora la verdad y, desde luego, podrás irte sano y salvo: ¿fue el propio Esmerdis quien compareció ante ti para encargarte esta misión o fue algún servidor suyo?».
«Yo —respondió entonces el heraldo—, desde que el 2
rey Cambises partió contra Egipto, no he vuelto a ver a Esmerdis, el hijo de Ciro. Fue ese mago, a quien Cambises confió la custodia de su palacio, quien me encargó esta misión, alegando que era Esmerdis, el hijo de Ciro, quien ordenaba transmitiros ese mensaje».
El heraldo, pues, les contó el caso sin faltar en nada a 3
la verdad. Y, por su parte, Cambises dijo: «Tú, Prexaspes, como un hombre de bien, hiciste lo que se te mandó y estás libre de culpa. Pero, ¿quién puede ser el persa[322] que se ha sublevado contra mí valiéndose del

---

quizá, para admitir que la sublevación contra Cambises la promovió realmente su propio hermano. Cf. A. T. OLMSTEAD, *History of the Persian Empire...*, pág. 109.

[321] Sobre Astiages, cf. *supra* I 107 y sigs.; y J. V. PRASEK, *Geschichte der Meder und Perser*, I, Gotha, 1906.

[322] La narración novelesca de este episodio presenta ciertas incoherencias. En este caso —y a pesar de la declaración del heraldo—, Cambises piensa que es un persa el que se ha sublevado. Probablemente esto se debe a que «el custodio del pa-

4 nombre de Esmerdis?» «En mi opinión, majestad —respondió Prexaspes—, creo comprender lo que al respecto ha sucedido. Los magos son quienes se han sublevado contra ti: en concreto Paticites[323], ese a quien dejaste al cuidado de tu palacio, y su hermano Esmerdis».

64 *Arrepentimiento de Cambises por el fratricidio cometido contra el verdadero Esmerdis. Muerte de Cambises*

Entonces, al oír el nombre de Esmerdis, a Cambises le asaltó la verdadera significación de esas palabras y de la visión que había tenido; ya que en sueños había creído ver que alguien le comunicaba que Esmerdis, sentado en el trono real, tocaba el cielo con la cabe-
2 za[324]. Y, al comprender que había hecho asesinar a su hermano infructuosamente, rompió a llorar por Esmerdis; concluido su llanto, y tras haberse lamentado por la magnitud de su desgracia, saltó a caballo con el propósito de dirigirse con sus tropas, a marchas forzadas,
3 en dirección a Susa para castigar al mago. Pero, al saltar

---

lacio» (el *(hazara)patish)* era un persa, dado que los magos constituían fundamentalmente una casta sacerdotal (cf. E. Benveniste, *Les mages dans l'Iran ancien*, París, 1938), y, aunque gozaban de privilegios políticos, no formaban parte de la élite que tenía acceso al rey, élite que estaba integrada por persas.

[323] Un resto de un *escolio* a III 61, 3, indica que Dionisio de Mileto (un historiador que escribió una *Historia de Persia* en cinco libros; cf. F. Jacoby, *F. Gr. Hist.*, 687) le daba otro nombre. El escolio dice: «Dionisio de Mileto afirma que ese sujeto se llamaba Panxutes». Esto ha dado pie a considerar que Heródoto no utilizó la *Historia de Persia* de Dionisio en el episodio de la sublevación de los magos (aunque en la actualidad, y dado que a lo largo de la obra de Heródoto no aparece ningún indicio que permita suponer que el historiador utilizara la obra de Dionisio, se piensa que la cronología tradicional atribuida a este último —al que se hacía contemporáneo de Hecateo— debe adelantarse; no obstante, cf. M. Mogoi, «Autori greci di Persika, I: Dionisio di Mileto», *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa* 2 [1972], 433-468).

[324] Cf. *supra* III 30, 2.

a caballo, se desprendió de la vaina la contera de su espada y la hoja, que quedó desnuda, le lesionó el muslo[325]. Resultó, pues, herido en la misma región en que, tiempo atrás, él le asestara un tajo a Apis, el dios de los egipcios[326]; y considerándose alcanzado de muerte, Cambises preguntó cuál era el nombre de aquella ciudad, indicándole los persas que era Ecbatana.
(Por cierto que, un oráculo procedente de la ciudad de 4
Buto[327] ya le había predicho con anterioridad que acabaría sus días en Ecbatana. Él, como es natural, creía que moriría de viejo en Ecbatana de Media, donde tenía la sede de su gobierno[328], pero resulta que el orácu-

---

[325] La espada que utilizaba Cambises debía de ser una especie de alfanje (cf. VII 54, 2, y 61, 1, aunque los relieves de Persépolis, sobre todo, no permiten afirmarlo taxativamente), que, para reforzar la vaina en la punta curvada de la espada, necesitaba una contera que finalizaba en un adorno esférico. Según PAUSANIAS, II 16, 3, un accidente similar le ocurrió a Perseo en un lugar que, en memoria del suceso, recibió el nombre de *Micenas,* pues en griego la contera recibía el nombre de *mýkēs* (= «champiñón», por su forma).

[326] Cf. *supra* III 29, 1. El accidente de Cambises, dado el parangón que se establece con la muerte de Apis, parece poco probable. La *Inscripción de Behistun* (§ 11) afirma que Cambises se suicidó tras la sublevación de Gaumata.

[327] Según el testimonio del propio Heródoto, era el oráculo más famoso de Egipto (cf. II 83; 112, 2; 133, 1; 152, 3; y 155-156) y probablemente estaba consagrado a la diosa *Uto* (o *Wadjet),* que había dado lugar a la cobra (el *uraeus),* símbolo de la potencia de Ra y del poderío real, y que el historiador identifica con Leto (cf. *supra* nota II 245). Esta alusión a un oráculo egipcio debe relacionarse con la hostilidad que Cambises despertó en ciertas clases sociales egipcias (cf. *supra* nota III 156) y tiende a confirmar la inexactitud de todo el episodio relativo a la muerte del rey persa, que aparece como un castigo por el asesinato de Apis.

[328] Literalmente, «donde tenía todas (sus) cosas». Durante el reinado de Cambises, la capital del imperio era Ecbatana (el rey, por lo tanto, no podía haber dejado a nadie en Susa al «cuidado de su palacio»), y sólo cuando Darío subió al trono se

5 lo se refería a Ecbatana de Siria[329].) Y ocurrió que, cuando, al formular entonces aquella pregunta, supo el nombre de la ciudad, atormentado por el sufrimiento que le ocasionaban el asunto del mago y su herida, recobró la razón[330] y, comprendiendo el divino vaticinio, exclamó: «Aquí quiere el destino que muera Cambises, el hijo de Ciro».

65 Nada más dijo entonces; pero, unos veinte días después, mandó llamar a los persas más notables que con él estaban y les dijo lo siguiente: «Persas, me veo en la obligación de revelaros algo que, por encima de todo, mantenía en el más absoluto secreto. Se trata de
2 lo siguiente. Resulta que, cuando yo estaba en Egipto, tuve en sueños una visión, que ojalá no hubiera tenido nunca. Creí ver que un mensajero procedente de mi palacio me comunicaba que Esmerdis, sentado en el
3 trono real, tocaba el cielo con la cabeza. Temí entonces verme privado del poder por obra de mi hermano y actué con más precipitación que cordura; pues, como es natural, no estaba al alcance de la naturaleza huma-

---

trasladó la capitalidad a Susa —que es donde Heródoto sitúa la sublevación de los magos—, quedando Ecbatana como residencia de verano por su clima más benigno en esa estación. Pero la única capital que conocieron los autores griegos fue Susa, ignorando incluso la existencia de Persépolis (= *Parsa)*, donde los reyes persas eran enterrados. Cf. A. T. Olmstead, *History of the Persian Empire...*, págs. 162-171; y E. Will, *Le monde grec et l'orient...*, pág. 14.

[329] La veracidad de un oráculo y su errónea interpretación por los hombres es un tema que aparece con frecuencia en la obra de Heródoto (cf., por ejemplo, I 91) y responde a niveles de pensamiento típicamente griegos, procedentes de la religión popular de su tiempo: la sobreestimación de las facultades humanas para interpretarlos es una fuente de errores. Cf. J. Kirchberg, *Die Funktion der Orakel im Werke Herodots*, Gotinga, 1971.

[330] Heródoto vuelve a situarse en la línea esquílea (cf. *Agamenón* 176-177) de que el sufrimiento engendra conocimiento. Cf. *supra* I 207, 1.

na evitar el curso del destino[331]; pero yo, necio de mí, voy y envío a Prexaspes a Susa para asesinar a Esmerdis. Una vez perpetrada semejante atrocidad, vivía libre de temores, sin pensar ni por un instante que, una vez eliminado Esmerdis, pudiera alguna vez sublevarse contra mí cualquier otra persona. Pero, como 4
erré en todo lo que el futuro me tenía reservado, héme aquí convertido en un fratricida sin necesidad alguna, y no por ello dejo de verme despojado del poder real; pues, en realidad, el levantamiento que la divinidad me predecía en mi visión era el de Esmerdis
el mago. En fin, lo que mandé hacer, hecho está; así 5
que haceos a la idea de que Esmerdis, el hijo de Ciro, ya no existe; son los magos —en concreto, aquel a quien dejé al cuidado de mi palacio y su hermano Esmerdis— quienes se han apoderado del poder de vuestros reyes. En suma, quien, más que nadie, debía socorrerme ahora que me veo agraviado por obra de los magos, esa persona, víctima de una impía muerte, ha sucumbido por decisión de sus más allegados familiares[332].
Y, dado que esa persona ya no existe, me es del todo 6
punto ineludible, en segunda y última instancia, encargaros a vosotros, persas, lo que quiero que se haga en mi nombre cuando concluya mi vida. A todos vosotros, pues, y sobre todo a los aqueménidas[333] que están pre-

---

[331] El carácter ineluctable del destino es una idea profundamente arraigada en Oriente. Y, aunque la concepción griega sobre la fuerza del destino no era muy precisa, aparece frecuentemente en la *Historia*. Cf. *supra* nota III 229.

[332] Cambises, como Polícrates en III 42, 2, emplea el plural mayestático; y, como Periandro en III 52, 4, alude a su hermano asesinado en términos ominosos. El pasaje, por lo demás, presenta concomitancias con el episodio narrado en III 32, 2.

[333] Por ser los miembros del clan tribal al que pertenecía la casa reinante en Persia. El gentilicio deriva, a través del griego *Achaimenidai*, del persa *Hajămanišiya*, nombre del clan que creó el imperio y que, según Heródoto, I 125, 3, pertenecía a la tribu de los pasargadas. La genealogía de dicha casta nos

sentes, os conjuro, invocando a los dioses de la casa real[334], a que no toleréis que la hegemonía vaya a parar nuevamente a los medos[335]; al contrario, si la detentan por haberla conseguido merced a una artimaña, despojadlos de ella mediante otra artimaña; en cambio, si es que la han logrado con el apoyo de alguna fuerza militar, recobradla resueltamente por la fuerza
7 de las armas[336]. Y, si así lo hacéis, que, gozando de una eterna libertad, la tierra os dé su fruto, y que vuestras mujeres y vuestros rebaños sean fecundos. En cambio, si no recobráis el poder, o no intentáis recobrarlo, hago

---

es conocida por la *Inscr. Beh.*, donde Darío justifica su descendencia de Aquémenes (= *Hajāmani*), y —aunque su información plantea problemas; cf. supra *nota* I 531— por Heródoto VII 11, 2. En general, cf. R. GHIRSHMAN, *L'Iran des origines a l'Islam,* París, 1951, págs. 108 y sigs.

[334] Fundamentalmente, Ahuramazdah, la divinidad principal del panteón persa, dios creador del universo y benefactor de la humanidad, que, con el tiempo, redujo a los restantes dioses (sobre todo a las fuerzas de la naturaleza: *Mithra,* el sol; *Mah,* la luna; *Zan,* la tierra; *Atar,* el fuego; *Anam Napat,* el agua; y *Vahyu,* el viento) al papel de aspectos de la divinidad o de sus auxiliares. Cf. *infra* V 106, 6 para una nueva alusión a los dioses de la casa real, a los que Darío invoca en los relieves de Persépolis, dirigiéndose a «Ahuramazdah y a los dioses de su raza».

[335] Pese a que Heródoto parece indicar que la sublevación contra Cambises fue un movimiento medo acaudillado por los magos (cf. III 73, 1; 126, 1), en la *Inscr. Beh.* (§ 11) se afirma que el alzamiento comenzó en *Paishiyâuvâda* —quizá un distrito persa— y que Persia se sumó al mismo. En realidad, es posible que existiera una oposición entre las doctrinas de Zoroastro, que defendían los magos, y el mazdeismo oficial, fundamentalmente politeísta; tensión que, aunada a la impopularidad de Cambises, aprovecharía Bardiya para usurpar el trono. Cf. *supra* nota III 313.

[336] Las palabras de Cambises, dentro de este contexto novelesco, anticipan el complot de los siete persas contra el «falso Esmerdis», que, a la astucia, responderán con la astucia (cf. III 70-79).

votos para que os suceda todo lo contrario[337]; más aún, para que, además, a cada persa le llegue su fin como a mí me ha llegado». Y, al tiempo que pronunciaba estas palabras, Cambises se lamentaba por la magnitud de su infortunio.

Entonces, al ver que el rey se deshacía en sollozos, todos los persas se rasgaron las vestiduras que a la sazón llevaban puestas y prorrumpieron en copioso llanto. Y poco después, debido a la ulceración que su- 66
frió el hueso y a la rápida gangrena que afectó al muslo, el mal se llevó a Cambises[338], hijo de Ciro, que en total había reinado siete años y cinco meses[339], y que 2

[337] Estos votos de prosperidad o desgracia para los persas corresponden a la fórmula religiosa y tradicional de imprecación griega (cf., por ejemplo, Hesíodo, *Trabajos* 225-247; Esquilo, *Euménides* 916-1020), y siempre afectan a la fecundidad o esterilidad de la tierra, el ganado y las mujeres (cf. *infra* VI 139, 1; Sófocles, *Edipo Rey* 25-27; Esquines, *Contra Ctesifonte* 111).

[338] Heródoto se atiene a una de las varias versiones que debían de circular sobre las circunstancias que rodearon a la muerte de Cambises (en su narración se halla latente la maldición por el asesinato de Apis, lo que permite supone una fuente de información egipcia). Ctesias, *Persiká* 12, afirma que Cambises se hirió accidentalmente en el muslo (aunque no en las circunstancias que refiere Heródoto), y que murió a consecuencia de la herida diez días después. La *Inscr. Beh.* (§ 11) habla de suicidio —la hipótesis de un asesinato parece que hay que descartarse—, y esa debe de ser la verdadera causa de su muerte, posiblemente motivada por la insurrección del ejército, que el rey había llevado a Egipto, ante las noticias del alzamiento de Bardiya. Cf. W. Schulze, «Der Tod des Kambyses», *Sitzungsberichte der Berliner Akademie der Wissenschaften*, 1912, páginas 685 y sigs.

[339] La duración que da Heródoto al reinado de Cambises es exacta, ya que el monarca persa asumió todos los títulos de su padre, Ciro, en octubre del año 530 a. C. (cf. W. H. Dubberstein, «The Chronology of Cyrus and Cambyses», *American Journal of Semitic Languages and Literatures* 55 [1938], págs. 417 y sigs.) y la sublevación de Bardiya se produjo el once de marzo del año 522 a. C.

no dejaba descendencia alguna, ni masculina ni femenina.
3 Ahora bien, los persas que con él estaban habían acogido con gran incredulidad su afirmación de que eran los magos quienes detentaban el poder; es más, estaban convencidos de que Cambises había dicho lo que había manifestado a propósito de la muerte de Esmerdis con ánimo de calumniarlo, a fin de que todo el pueblo persa se alzara en armas contra él.

Reinado del mago

67 Los persas, en suma, estaban convencidos de que era Esmerdis, el hijo de Ciro, quien se había proclamado rey; pues, por su parte, Prexaspes negaba solemnemente haber acabado con Esmerdis, ya que, una vez muerto Cambises, para él suponía un riesgo confesar que había asesinado con sus propias manos al hijo de Ciro.

2 Así pues, a la muerte de Cambises, el mago, usurpando la personalidad de su homónimo Esmerdis, el hijo de Ciro, reinó sin problemas durante siete meses[340] (los meses que le faltaban a Cambises para com-
3 pletar sus ocho años de reinado), en el transcurso de los cuales concedió grandes mercedes a todos sus súbditos, de manera que, a su muerte, todos los pueblos de Asia, a excepción de los persas propiamente dichos, lo echaron de menos[341]. En efecto, el mago despachó emi-

---

[340] La cifra que da el historiador es bastante aproximada. Bardiya se sublevó el 11 de marzo y el 14 de abril del año 522 a. C. fue aceptado como rey en Babilonia (lo que hizo que pronto se cumpliera, según el calendario babilonio, su primer año de reinado, ya que en Babilonia el año comenzaba el 22 de abril; cf. R. A. Parker, W. H. Dubberstein, *Babylonian Chronology 626 B. C. - A. D. 75*, Providence, 1956, pág. 12). Su asesinato a manos de Darío (cf. III 78, 5) tuvo lugar el 29 de septiembre del mismo año.

[341] La *Inscr. Beh.* (§§ 12-13) confirma que la sublevación tuvo éxito en un principio. De hecho, el 1 de julio de 522 a. C. Bar-

sarios a todos los pueblos de su imperio e hizo proclamar que iba a haber exención de reclutamiento y de tributación por espacio de tres años[342].

Sospechas de Ótanes y descubrimiento de la impostura

Esta proclama, por cierto, ordenó hacerla nada más asentarse en el poder; pero, a los siete meses, fue desenmascarado del siguiente modo. Ótanes era hijo de Farnaspes[343] y, por su linaje y propiedades, se igualaba al persa más destacado. El tal Ótanes fue el primero en 68 2

diya fue reconocido como rey en todo el imperio (cf. CTESIAS, *Persiká* 13; JENOFONTE, *Ciropedia* VIII 7, 11; HELÁNICO, fr. 180, *F. Gr. Hist.;* y A. T. OLMSTEAD, «Darius and his Behisthum Inscription», *American Journal of Semitic Languages and Literature* 55 (1938), págs. 394 y sigs.). A los nobles persas, sin embargo, no debió de gustarles la centralización del culto y la abolición de los santuarios locales (cf. *supra* nota III 335), y de ahí que Bardiya fuese asesinado.

[342] No contamos con ninguna información en ese sentido (la *Inscr. Beh.*, § 13, afirma que el reinado de Gaumata estuvo presidido por el terror, información que con toda probabilidad es tendenciosa) y puede explicarse bien porque, efectivamente, Bardiya hubiera decidido llevar a cabo semejante medida y conseguir así la aprobación de sus súbditos, o bien porque esos tres años sin levas ni impuestos fueran los años que Cambises permaneció en Egipto (aunque, en realidad, la ordenación tributaria del imperio no se puso en práctica hasta el reinado de Darío; cf. III 89 y sigs.). En todo caso, es posible que Bardiya, como dice Heródoto, adoptara una política conciliadora con todos los pueblos del imperio, pero que, de acuerdo con el testimonio de la *Inscripción de Behistun*, tratara con rigor a los nobles feudales persas.

[343] La *Inscr. Beh.* (§ 68) hace a Ótanes (= *Utāna*, en persa antiguo) hijo de *Tukra*, y no de Farnaspes. Según el testimonio de Heródoto, habría sido cuñado de Ciro (cf. *supra* II 1, 1), tío y suegro de Cambises (cf. III 68, 3), y posteriormente suegro, asimismo, de Darío (cf. III 88, 3). No obstante, el error del historiador puede provenir de una tradición anatolia, según la cual los gobernadores de Capadocia estaban emparentados con Ciro (cf. DIODORO, XXXI 19, 1-2, que presenta una genealogía absolutamente confusa de los futuros reyes de esa región),

sospechar que el mago no era Esmerdis, el hijo de Ciro, sino quien en realidad era; y llegó a esa suposición sobre el particular debido a que no salía del alcázar y a que no hacía comparecer ante sí a ningún persa in-
3 signe. Y, al albergar esa sospecha sobre el mago, hizo lo siguiente. Cambises había desposado a una hija suya, cuyo nombre era Fedimia; pues bien, el mago disponía a la sazón de dicha mujer[344] y convivía con ella, así como con todas las demás mujeres de Cambises. Ótanes, en suma, envió un recado a esa hija suya y le preguntó quién era el hombre con el que se acostaba, si con Esmerdis, el hijo de Ciro, o con algún otro sujeto.
4 Pero ella respondió a su recado diciéndole que no lo sabía, ya que no había visto nunca a Esmerdis, el hijo de Ciro, por lo que ignoraba quién era el que cohabitaba con ella. Ótanes le envió un segundo recado en estos términos: «Si no conoces personalmente a Esmerdis, el hijo de Ciro, averigua, no obstante, por medio de Atosa, quién es el sujeto con el que convivís tanto ella como tú, pues, indudablemente ella sí que debe conocer
5 a su propio hermano[345]». Su hija le contestó a esto con otro recado: «No puedo mantener una conversa-

---

a través de un persa llamado Farnaces. En general, cf. T. Lenschau, *R. E.*, 1942, s. v. *Otanes*, cols. 1866-1869. Ctesias, *Persiká* 14, y Diodoro, XXXI 19, incluyen entre los conjurados a Onofas y Anafas, respectivamente, que, en realidad, fue hijo de Ótanes (cf. *infra* VII 62, 2).

[344] Es decir, formaba parte del harén real, que pasaba a ser posesión del nuevo monarca. La costumbre era usual en las cortes orientales (cf. *supra* I 12, 2; y *Samuel* XVI 21, a propósito de Absalón).

[345] Atosa, que era hermana de Cambises y Bardiya, formaba parte del harén porque el primero se había casado con ella antes de partir contra Egipto (cf. *supra* nota III 167). Por haber sido, además de la hija de Ciro, la esposa de tres monarcas sucesivos (sobre su matrimonio con Darío, cf. III 88, 2), llegó a poseer una enorme importancia en la corte (cf. III 134 y, sobre todo, VII 2 y sigs.).

ción con Atosa, ni verme con otra cualquiera de las mujeres que viven conmigo, pues en cuanto ese individuo, sea quien sea, se apoderó del trono, decidió dispersarnos, alojándonos a cada una en un lugar diferente[346]».

Al oír esta respuesta, a Ótanes empezó a resultarle 69
más evidente el asunto. Entonces le envió a su hija un
tercer mensaje que decía así: «Hija, en razón de tu 2
ilustre cuna, debes arrostrar cierto peligro que tu padre te pide que afrontes; pues si, en realidad, ese sujeto que comparte el lecho contigo y que detenta el trono persa no es Esmerdis, el hijo de Ciro, sino quien yo sospecho, a fe que no debe escapar indemne, sino recibir su merecido. Así que haz ahora lo que te voy a 3
indicar: cuando vaya a acostarse contigo y adviertas que está profundamente dormido, pálpale las orejas; y si resulta que las tiene, hazte a la idea de que estás viviendo con Esmerdis, el hijo de Ciro; en cambio, si no tiene, lo estás haciendo con el mago Esmerdis[347]».
Fedimia respondió a esto con otro recado diciéndole 4
que, si lo hacía, iba a correr un gran peligro, pues, si daba la casualidad de que, en efecto, no tenía orejas y se veía sorprendida mientras lo estaba tocando, tenía

[346] Las precauciones adoptadas por el usurpador contrastan con la facilidad con que Ótanes y su hija pueden intercambiarse recados. Para su posible explicación, cf. nota III 348.

[347] El término *mago*, que indicaba al individuo perteneciente a una tribu meda que, con el tiempo, se convirtió en casta sacerdotal (cf. *supra* nota III 322), se ha interpretado en el sentido de «hombre que carece de orejas», a partir del adverbio negativo persa *mā* (= «no») y del sustantivo **gauša* (= «oreja», atestiguado en la forma avéstica *gaošō*, del mismo significado), con lo que el relato de Heródoto tendría un sentido etiológico. No obstante, la procedencia y significación exactas del sustantivo persa *maguš* (= «mago») no está bien determinada. Cf. R. G. Kent, *Old Persian. Grammar, Texts, Lexicon*, New Haven, 1950, 201 b (y reseña de F. Altheim en *Gnomon* 23, págs. 191 y siguientes).

plena conciencia de que la haría desaparecer; pero, no
5 obstante —agregó—, lo haría. La muchacha, en suma,
le prometió a su padre que llevaría a cabo sus órdenes
(por cierto que Ciro, hijo de Cambises, había ordenado,
en tiempos de su reinado, cortarle las orejas al mago en
cuestión, el tal Esmerdis, por algún delito que no sería
6 de poca monta[348]). Pues bien, la susodicha Fedimia, la
hija de Ótanes[349], en cumplimiento de todo lo que le
había prometido a su padre, al llegarle la vez de pre-
sentarse al mago (pues lo cierto es que en Persia las
mujeres acuden ante sus maridos por turno[350]), fue a
acostarse con él; y, cuando el mago estaba profunda-
mente dormido, le palpó las orejas. Entonces pudo
constatar sin dificultad —mejor dicho, con suma faci-
lidad— que aquel individuo no tenía orejas; y, en cuan-
to hubo despuntado el día, envió recado a su padre,
dándole cuenta de lo sucedido.

---

[348] La amputación de miembros era un castigo típicamente persa (cf. III 118, 2; 154, 2; IX 112; y Jenofonte, *Anábasis* I 9, 13), y suponía una vejación que impedía a una persona mutilada poder ocupar el trono. A. Demandt, «Die Ohren des falschen Smerdis», *Iranica antiqua* 9 (1972), 94-101, considera que este episodio del falso Esmerdis desenmascarado por Fedimia es de origen griego (o, por lo menos, de círculos persas cercanos a los griegos de Asia Menor), dado que el arte clásico griego representa al rey persa cubierto con una tiara que le tapa las orejas. De ahí que se produjera un malentendido que dio lugar al relato novelesco de Heródoto a este respecto.

[349] La insistencia en la filiación de Fedimia tiene por objeto poner de relieve el papel preponderante de Ótanes en el descubrimiento de la impostura del mago. En este punto, Heródoto no coincide con la *Inscr. Beh.* (§ 13), donde toda la gloria se la atribuye Darío, posiblemente por el carácter de sus fuentes (cf. nota III 343).

[350] Cf. *Ester* II 12, para los pormenores de esta norma en el harén de Asuero, nombre bíblico de Jerjes (484-464 a. C.), el hijo de Darío.

Conjuración triunfante de los siete

70 Ótanes, entonces, con ánimo de captarse a Aspatines y Gobrias —que se contaban entre los persas más importantes y que, a su juicio, eran los más indicados para hacerles partícipes de una confidencia—, les explicó detalladamente todo el asunto. Y se encontró con que ellos, por su cuenta, también sospechaban que tal era la situación; por tanto, cuando Ótanes refirió lo ocurrido, dieron crédito a sus palabras. Y decidieron 2
que cada uno de ellos se ganara para su causa al persa en quien más confiara. Ótanes, pues, implicó en la conjura a Intafrenes; Gobrias a Megabixo[351]; y Aspatines a Hidarnes[352]. Y, cuando los encartados ya eran seis, 3

[351] O Megabixo (en persa antiguo *Baga-bukhsha).* Sobre esta lectura, cf. PH. E. LEGRAND, *Hérodote. Histoires. Livre III,* página 124, nota 2, y pág. 180 (aparato crítico a III 153, 1).

[352] Los nombres que transmite Heródoto para los seis miembros integrantes de la conjuración coinciden, en cinco de los mismos (CTESIAS, *Persiká* 14, sólo coincide en un nombre; y, al parecer, ESQUILO, *Persas* 775 y sigs. —aunque los problemas textuales son considerables—, daba una lista diferente), con el testimonio de la *Inscripción de Behistun* (§ 68): Ótanes = *Utāna,* en persa antiguo; Intafrenes = *Vindafarnah* (en griego, pues, debería transcribirse *Intafernes,* y así se lee en varios manuscritos; pero probablemente se pronunciaba y escribía Intafrenes por influencia de la palabra griega *phrên,* concepto que designa la sede de sentimientos y afectos, de la inteligencia, conocimiento, voluntad, etc.); Gobrias = *Gaubaruva* (pero no debe de tratarse del mismo personaje mencionado en los *Anales de Nabonido,* reverso, col. I, líneas 15-19, llamado en akkadio *Gubaru,* y que ayudó a Ciro a tomar Babilonia; cf. *supra* nota I 487 y O. LEUZE, *Die Satrapieneinteilung in Syrien und im Zweistromlande* (Schriften der Königsberger Gelehrten-Gessellschaft) 4 [1935], págs. 26-27); Megabixo = *Baga-bukhsha;* e Hidarnes = *Vidarna.* Únicamente Aspatines, que equivale al persa *Aspačanah* (y que significa «el que ama los caballos», personaje que puede ser identificado con el ayudante de caza de Darío mencionado en la inscripción funeraria de Naqš-i-Rustam), aparece en la *Inscr. Beh.* con el nombre de *Ardumanish.*

se presentó en Susa[353], procedente de Persia, Darío, hijo de Histaspes[354], pues resulta que su padre era gobernador de esas tierras[355]. Pues bien, a su llegada, los seis persas decidieron ganarse también a Darío para su causa.

El cambio de *Ardumanish* por Aspatines en el relato de Heródoto puede quizá deberse a una tradición persa posterior —de la que el historiador se haría eco— promovida por una importante familia persa. Tal vez la familia de Prexaspes, quien desenmascara públicamente a los magos (cf. III 74-75), pues, en VII 97, un comandante de Jerjes recibe el nombre de Prexaspes, hijo de Aspatines; cabe, pues, suponer que en esa familia alternaran los nombres de Prexaspes y Aspatines, al igual que en la de Zópiro alternaban ese nombre y el de Megabizo (cf. III 153, 1, y 160, 2).

[353] Heródoto sitúa erróneamente la acción en Susa porque esa era la única capital del imperio conocida por los autores griegos (cf. nota III 328; y *Nehemías* I 1). En realidad, Esmerdis fue asesinado, según el testimonio de la *Inscr. Beh.* (§ 13), en la fortaleza meda de *Sikayauvatish*, en el distrito de Nesea, famoso por los caballos que allí se criaban, y que arrastraban el carro del Sol (cf. I 189, 1, y VII 40, 2-4).

[354] Cf. *supra* I 209 y nota I 531. Histaspes (= *Vishtaspa)* pertenecía a la familia de los aqueménidas, por lo que estaba emparentado con Ciro, a quien había acompañado en su campaña contra los maságetas (durante la que el fundador del imperio persa había tenido el sueño premonitorio sobre la futura ascensión de Darío (= *Darayavaush)* al trono). No obstante, el parentesco sólo debía ser colateral, y la pretensión de Darío *(Inscr. Beh.* § 1 y sigs.) de haber tenido ocho antepasados reyes es decididamente exagerada. Su abuelo Arsames no había sido más que un simple reyezuelo.

[355] Histaspes no era sátrapa de Persia, sino de Partia (cf. *Inscr. Beh.* § 35) y quizá también de Hircania, provincias más orientales; cf. A. T. OLMSTEAD, *History of the Persian Empire...*, página 107 y sigs. El relato sufre, pues, una magnificación: 1. Un lugar fortificado, casi anónimo *(Sikayauvatish)*, es sustituido, como escenario de los hechos, por la capital del imperio en tiempos de Darío. 2. Persia, cuna de los aqueménidas y provincia privilegiada (la única exenta de tributos; cf. III 97, 1) sustituye a Partia, para dignificar así al futuro rey Darío, enalteciendo la posición de su padre.

Entonces los implicados, que sumaban siete [356], mantuvieron una reunión y expusieron sus respectivos pareceres. Y cuando le llegó a Darío el turno de manifestar su opinión, les dijo lo siguiente: «Personalmente, yo creía que era el único en tener conocimiento del caso [357]; es decir, que es el mago quien ocupa el trono y que Esmerdis, el hijo de Ciro, está muerto; y precisamente esta es la razón por la que me he apresurado a 71 2

[356] El número de los conjurados se ha interpretado de diferentes maneras. 1. El bien, representado en este caso por el número siete, se opone al mal, encarnado en los magos. Esta interpretación respondería a creencias religiosas, dado el carácter sagrado que ya entre los babilonios —para quienes los números eran vehículos de concepciones religiosas y mágicas— poseía dicho número, por su naturaleza irreductible y por ser el número de los planetas conocidos, entre los que se incluían el sol y la luna (cf. M. RUTTEN, *La science des chaldéens*, 2.ª edición, París, 1970, págs. 105-108). 2. El número siete, desprovisto de simbología religiosa, responde al de los integrantes de las familias más importantes de Persia (la *Biblia* hace referencia a los «siete consejeros reales»; cf. *Esdras* VII 14; *Ester* I 14; y *supra* nota III 164), que asumieron la responsabilidad de llevar a cabo una revolución nacional contra el pretendido intento de los medos por recobrar la hegemonía (cf. A. NIEBUHR, *Vorträge über alte Geschichte*, I, Gotha, 1847, págs. 385 y sigs.). 3. Posiblemente, el hecho de que el número de los conjurados sea de siete es meramente accidental (cf. W. W. HOW, J. WELLS, *A commentary on Herodotus* I..., pág. 276); así, al menos, parece desprenderse del testimonio de la *Inscripción de Behistun*.

[357] Heródoto no nos informa de cómo podía haber llegado Darío a semejante convicción. Es posible que el historiador se esté haciendo eco de tres versiones que, en su época, circulaban sobre el levantamiento persa contra el falso Esmerdis: 1. Una que atribuiría a Darío la iniciativa en la organización del complot (esta sería la versión oficial sustentada por Darío en la *Inscr. Beh.*; cf. § 13). 2. Otra que conferiría dicha iniciativa a Ótanes, y que es la que presenta Heródoto (cf. III 68), y cuyo origen puede tener raíces anatólicas (cf. *supra* nota III 343). 3. Una tercera que debía de relacionar la sublevación de los persas con la confesión de Prexaspes sobre la muerte del verdadero Esmerdis (cf. III 75, 2, y nota III 352).

venir: para tramar la muerte del mago. Pero como ha coincidido que, sin ser yo el único, vosotros también lo sabéis, soy de la opinión de actuar de inmediato y de no
3 posponerlo, pues ello no nos beneficiaría». «Hijo de Histaspes —respondió a esto Ótanes—, desciendes de un padre ilustre y a fe que, con tu actitud, haces gala de no ser inferior a él. Sin embargo, no precipites tan atolondradamente[358] la empresa que nos ocupa; al contrario, tomátela con más parsimonia, pues para ponernos manos a la obra, es menester que seamos más numero-
4 sos». A estas palabras Darío objetó: «Amigos que asistís a esta reunión, tened en cuenta que, si seguís el punto de vista expuesto por Ótanes, sufriréis la peor de las muertes, pues alguien os delatará al mago con ánimo de conseguir, en su propio provecho, una serie
5 de ventajas[359]. En realidad, lo mejor habría sido que hubiéseis realizado la operación por vuestra propia cuenta; pero, dado que decidisteis informar a más personas[360], y también a mí me habéis puesto al corriente,

[358] En el año 522 a. C., que es cuando tiene lugar la acción, Darío debía de rondar los veintiocho años de edad, ya que, durante la campaña de Ciro contra los maságetas, no había podido incorporarse al ejército a causa de su juventud. Cf. *supra* I 209, 2, donde el historiador afirma que en 529 a. C. tenía unos veinte años, y JENOFONTE, *Ciropedia* I 2, 13, quien afirma que los persas no estaban obligados a tomar las armas hasta los veinticinco años, edad que el futuro monarca había alcanzado durante la expedición de Cambises contra Egipto, ya que figuraba entre la guardia personal del rey persa (cf. III 139, 2). Así pues, Ótanes, que sería un hombre de mediana edad, dado que contaba con una hija ya crecida, trata de poner freno a la impetuosidad del joven aqueménida, como Creso lo había intentado con Cambises (cf. III 36, 1).

[359] Sobre este juicio negativo que Heródoto manifiesta a propósito de la naturaleza humana, cf. PLUTARCO, *De Herodoti malignitate* 6; 18; 25 y 35; y PH. E. LEGRAND, *Hérodote. Introduction*, París, 1942; págs. 125 y sigs.

[360] Darío se refiere a Intafrenes, Megabizo e Hidarnes, y, por lo tanto, considera que el complot habrían tenido que ponerlo en práctica exclusivamente Ótanes, Aspatines y Gobrias.

actuemos hoy mismo o tened presente en vuestro fuero interno que, si transcurre el día de hoy, no habrá nadie que se me adelante a la hora de acusar; al contrario, yo personalmente revelaré el complot al mago».

Ante estas manifestaciones, Ótanes, al ver la vehe- 72
mencia que mostraba Darío, replicó: «Dado que nos obligas a obrar sin dilación y que no admites que haya demora, de acuerdo, explica tú personalmente de qué modo vamos a entrar en el palacio y a atentar contra sus vidas. Pues tú mismo debes de saber —si no porque lo hayas visto, al menos sí por haberlo oído decir[361]— que, como es natural, hay cuerpos de guardia apostados en diferentes lugares; esos cuerpos de guardia, ¿cómo lograremos cruzarlos?». Darío respondió en 2
los siguientes términos: «Ótanes, [realmente] hay muchas cosas que no pueden demostrarse en teoría, pero sí en la práctica; y, por contra, hay otras que en teoría sí se pueden demostrar, pero cuya ejecución no reporta ningún resultado positivo. Además, tened presente que no es nada difícil franquear los cuerpos de guardia que hay apostados. En efecto, en primer lugar, no habrá 3
nadie que, dado nuestro rango, nos impida el paso, bien sea por respeto a nuestras personas o, simplemente, por miedo. Pero, además, cuento, a título personal, con un pretexto muy apropiado para que podamos entrar: diré que acabo de llegar de Persia y que, de parte de mi padre, quiero notificar cierto asunto al rey. Pues cuando es menester contar alguna mentira, 4
hay que contarla[362]; ya que tanto quienes mienten, como

[361] Darío, que teóricamente acaba de llegar a Susa desde Persia, no ha tenido tiempo todavía de constatar personalmente las dificultades que existen para entrar en palacio (dificultades que «como es natural» han sido acrecentadas por los magos para evitar el descubrimiento de su impostura). Ótanes, en cambio, está por completo al corriente de ellas, dado que su hija Fedimia se halla viviendo en el interior de la residencia real.

[362] La tesis que defiende la mentira provechosa aparece tam-

quienes se atienen a la verdad, ansiamos lo mismo. Los unos, sin duda, mienten únicamente cuando, mediante la convicción de sus mentiras, van a obtener algún provecho, mientras que los otros dicen la verdad para conseguir con ella algún provecho y para que se confíe más en ellos. Así, sin adoptar los mismos procedimientos, todos aspiramos a lo mismo. Y, si no hubieran de obtener provecho alguno, tanto le daría mentir a quien dice la verdad, como decir la verdad a quien miente[363]. En suma, todo guardián de las puertas que nos deje entrar por las buenas, mejorará de posición en el futuro; en cambio, el que intente oponer resistencia, debe en tal caso quedar catalogado como ene-

---

bién en Sófocles, *Filoctetes* 108-109, y fr. 325 A. Nauck, *Tragicorum Graecorum Fragmenta* (y cuenta con precedentes en Esquilo, fr. 602 H. J. Mette, *Die Fragmente der Tragödien des Aischylos*, Berlín, 1959). Sobre la relación entre el historiador y el tragediógrafo, y su coincidencia en ciertos detalles, cf. J. Wells, *Studies on Herodotus*, Oxford, 1923, págs. 186 y sigs.

363 La apología de la mentira útil en labios de un persa se halla en contradicción con el testimonio de Heródoto en I 136, 2 (donde dice que, de los 5 a los 20 años, los jóvenes persas eran educados a decir la verdad), y I 138, 1 (para los persas «mentir constituye la mayor deshonra»), mientras que la *Inscripción de Behistun* es pródiga en exaltar el valor de la verdad (cf. §§ 10; 44-48; 53). Probablemente nos encontramos ante un tema frecuente entre los círculos intelectuales griegos del siglo v a. C., ya que el tradicionalismo de Heródoto no impide su admiración hacia una «sabiduría» que vaya acompañada del éxito, incluso cuando va unida al engaño: es un intento por concebir un acontecer conformado por la facultad racional del hombre (cf. F. Hellmann, «Herodot», *Das neue Bild der Antike*, I, Leipzig, 1942, págs. 246 y sigs.). Pese a que la argumentación de Darío presenta, pues, un tinte propio de la sofística griega, puede ser sintomática en el contexto del asesinato, no de un pretendido mago, sino del verdadero hermano de Cambises: la necesidad de legitimar su ascensión al trono, hace que Darío defienda sin ambages la mentira provechosa. Cf. A. T. Olmstead, «Darius and his Behistun Inscription»..., págs. 392 y sigs.

migo declarado. Y, sin más, debemos penetrar en palacio y abordar la misión».

Acto seguido, Gobrias dijo: «Amigos, dado que, 73 siendo como somos persas, nos vemos regidos por un medo —más aún, por un mago—, que, además, no tiene orejas[364], ¿cuándo se nos presentará una ocasión más idónea para recuperar el poder o para morir, si es que no somos capaces de recobrarlo? Todos los que, du- 2 rante la enfermedad de Cambises, estabais con él, tenéis forzosamente que acordaros de las maldiciones —maldiciones que entonces no tuvimos en consideración; al contrario, creíamos que Cambises hablaba con ánimo de levantar una calumnia— que, en los últimos instantes de su vida, lanzó contra los persas, si no procuraban reconquistar el poder[365]. En esta tesitura, pues, 3 voto porque sigamos el consejo de Darío y no suspendamos esta reunión más que para marchar directamente contra el mago». Esto fue lo que dijo Gobrias y todos convinieron en ello.

---

[364] Para un persa esa situación suponía una afrenta en el plano étnico, en el religioso y en el ético. El gobierno de un medo atraería contra el falso Esmerdis el odio de los persas, que, si aceptaban que miembros de ese pueblo ocuparan cargos importantes en la administración del imperio (cf. I 156, 2, sobre Mazares; I 162, 1, para Harpago; VI 94, 2, sobre Datis; y VII 88, 1, sobre los hijos de este último), no podían tolerar que un hombre de nacionalidad meda ocupara el trono. En el terreno religioso, posiblemente los magos defendían el zoroastrismo frente al mazdeísmo oficial (cf. *supra* nota III 335). Finalmente, en el plano ético, era intolerable que un hombre castigado con una mutilación detentara la soberanía (cf. *supra* nota III 348).

[365] Cf. III 65, 7.

74 *Intervención y suicidio de Prexaspes*

Entretanto —y mientras los conjurados estudiaban el plan a seguir—, por una feliz casualidad ocurrió lo siguiente. Los magos mantuvieron un cambio de impresiones y decidieron ganarse la amistad de Prexaspes[366], porque había sufrido un trato infame por parte de Cambises —que le había matado a su hijo de un flechazo[367]—, y debido a que era el único que estaba al corriente de la muerte de Esmerdis, el hijo de Ciro, ya que lo había asesinado con sus propias manos[368]; pero, asimismo, porque [Prexaspes] gozaba entre los
2 persas de la más alta consideración[369]. Estas fueron, en suma, las razones por las que lo hicieron llamar y, tras obligarle a prometer con solemnes juramentos que miraría por su propio interés[370] y no revelaría a per-

---

366 En el contexto del descubrimiento de la usurpación de los magos, Heródoto inserta la participación de Prexaspes en el mismo. No contamos con testimonios que permitan aseverar la historicidad de este episodio —que, por lo demás, carece de consistencia— y, muy posiblemente, todo se debe al intento de la familia de Prexaspes por magnificar su figura, reivindicando de paso su memoria, tras el pretendido asesinato de Bardiya (respecto al que, por otra parte, no había hecho sino cumplir las órdenes dictadas por Cambises). Cf. para esta tradición *supra* nota III 352.

367 Cf. III 35, 1-4.

368 Cf. III 30, 3. Pese a que la muerte de Esmerdis se había mantenido en secreto (cf. *Inscr. Beh.* § 10), Prexaspes no era el único, además de los magos, que estaba al corriente de ella. Cf. III 32; 61, 1; y 71, 2, donde el propio Darío confiesa saberlo.

369 Prexaspes había sido el secretario privado de Cambises. Cf. III 34, 1, y nota III 176.

370 O «que permanecería recluido en su casa», para que, de este modo, no pudiera mantener contactos con otros persas, o, si lo hacía, a fin de que los magos —que someterían a vigilancia su residencia— pudiesen estar informados de las personas que iban a visitarlo.

sona alguna el ardid que ellos habían tramado contra los persas, trataron de granjearse su amistad, prometiendo concederle, sin tasa, toda suerte de bienes[371].
Prexaspes se avino a hacerlo y, entonces, los magos, 3
dado que, aparentemente, lo habían convencido, le hicieron una segunda proposición: le dijeron que ellos iban a convocar a todos los persas al pie del muro del palacio real, y le pidieron que subiera a una torre y que proclamara públicamente que se hallaban regidos por
Esmerdis, el hijo de Ciro, y no por otra persona. Este 4
fue, en definitiva, el encargo que le dieron, debido a que, sin ningún género de dudas, Prexaspes gozaba entre los persas de muchísimo crédito, a que en múltiples ocasiones había manifestado su convicción de que Esmerdis, el hijo de Ciro, se hallaba con vida, y a que había negado su asesinato[372].

Entonces, en vista de que Prexaspes admitía estar 75
dispuesto a hacer también aquello, los magos convocaron a los persas, le hicieron subir a una torre y le invitaron a tomar la palabra. Pero, Prexaspes hizo caso omiso, deliberadamente, de lo que, en aquellas circunstancias, ellos pretendían de él y, a partir de Aquémenes, comenzó a trazar la genealogía de Ciro por línea paterna[373]; y luego, al llegar a este último, aludió, como

---

371 En griego aparece una expresión de tipo coloquial *(tà pánta myría)* para indicar una extrema abundancia (cf. IV 88, 1; y IX 81) y que viene a equivaler a la expresión castellana «todo lo habido y por haber».

372 Cf. III 67, 1.

373 Exclusivamente por parte de su padre, ya que la madre de Ciro había sido Mandane, hija del rey medo Astiages (cf. I 107 y sigs.). La genealogía paterna de Ciro (que conocemos merced a los testimonios de la *Inscripción de Behistun* y de una inscripción fragmentaria asiria que data del año 639 a. C.), a partir de Aquémenes, era la siguiente: Aquémenes (hacia 705-675 a. C.), Teispes (hacia 675-645 a. C.), Ciro I (abuelo del fundador del imperio, hacia 645-602 a. C.), Cambises I (hacia 602-

conclusión, a todos los servicios que Ciro había pres-
2 tado a los persas. Tras mencionar estos pormenores, reveló la verdad, explicando que hasta entonces la había mantenido en secreto, pues para él hubiera supuesto un riesgo contar lo ocurrido, pero que, en aquel instante, se veía en la ineludible necesidad de darla a conocer; y, en definitiva, contó que, obligado por Cambises, él personalmente había dado muerte a Esmerdis, el hijo de Ciro, y que eran los magos quienes ocupa-
3 ban el trono. Acto seguido, y después de haber lanzado cuantiosas maldiciones [374] contra los persas si no volvían a hacerse con el poder y no castigaban a los magos, se dejó caer de cabeza desde lo alto de la torre [375]. Así fue como murió Prexaspes, quien en todo momento [376] fue un hombre relevante.

Muerte de los magos

76 Mientras tanto, los siete persas, una vez tomada la determinación de atentar de inmediato contra los magos, sin admitir demora, se pusieron en marcha, después de haber implorado a los dioses, sin saber nada de lo que
2 había ocurrido con Prexaspes. Pero, en el trayecto, justamente cuando se encontraban a mitad de camino, se enteraron de lo que había sucedido con Prexaspes. Entonces se apartaron del camino y volvieron a discutir la cuestión: unos, con Ótanes a la cabeza, pedían insistentemente que se pospusiera la tentativa y que

---

559 a. C.), Ciro el Grande (559-529 a. C.). Cf. R. Ghirshman, *L'Iran des origines à l'Islam...*, págs. 108 y sigs.

[374] Cf. *supra* III 65, 7, y nota III 337.

[375] Según Ctesias, *Persiká* 13, el asesinato de Esmerdis fue revelado «al ejército» por el eunuco Izabates, que, por haberlo perpetrado, era una de las tres personas que estaban al corriente, y que fue asesinado tras su declaración.

[376] O «durante toda su vida», si se sigue la lectura que presenta Ph. E. Legran, *Hérodote. Histoires. Livre III...*, *ad locum*.

no se llevara a efecto en un momento en que la situación estaba alterada[377], en tanto que otros, incluido Darío, opinaban que había que emprender inmediatamente la marcha y realizar, sin admitir demora, lo que se
había acordado. Y, mientras estaban discutiendo, apa- 3
recieron siete parejas de halcones que, en persecución de dos parejas de buitres, les iban arrancando las plumas y desgarrando sus carnes. Entonces los siete, al verlo, aprobaron por unanimidad la propuesta de Darío y, sin más, se dirigieron hacia el palacio real animados por el presagio[378].

Al personarse ante las puertas, les sucedió poco más 77
o menos lo que había previsto el plan de Darío; es decir, que los guardianes, sintiendo un profundo respeto ante unos individuos de la más alta nobleza persa, y sin sospechar que pudiesen abrigar semejante complot, los dejaron pasar (dado que los conjurados actuaban con el beneplácito divino[379]), sin que nadie les pre-

---

[377] Debido al impacto que entre los persas había causado la revelación de Prexaspes y su posterior suicidio.

[378] Este pasaje sobre los augurios delata al narrador griego que era Heródoto, dado que semejantes hechos eran sumamente apreciados por los griegos, sobre todo si se manifestaban por medio de aves. Cf. ESQUILO, *Persas* 205 y sigs., donde, en sueños, Atosa tiene un presagio sobre la derrota persa en Salamina, simbolizada en la captura de un halcón por un águila; cf., asimismo, K. STEINHAUSER, *Der Prodigienglaube und das Prodigienwesen der Griechen*, Tubinga, 1911; y M. P. NILSSON, *Geschichte der griechischen Religion*, I, Munich, 1967 (= 1941), páginas 164-174, y II, 1961 (= 1950), págs. 229-231 y 520-534. Pese a que la interpretación del augurio resulta clara (los siete halcones representan a los siete conjurados y los dos buitres a los dos magos), no lo es que aparezcan siete parejas y dos parejas respectivamente (cf., no obstante, I 86, 2, para similar simbología).

[379] Heródoto ha hecho hincapié en ello en el capítulo anterior: los siete se ponen en marcha tras implorar la protección divina y, posteriormente, un presagio favorable les anima a actuar sin pérdida de tiempo. Sin duda, la propaganda oficial

2 guntara nada[380]. Pero, al llegar acto seguido al patio central, se toparon con los eunucos encargados de transmitir los mensajes[381], quienes les preguntaron el objeto de su visita (y, al mismo tiempo que les formulaban esta pregunta, lanzaban amenazas contra los guardias de la puerta por haberles permitido la entrada); y, en vista de que los siete pretendían seguir adelante, tra-
3 taron de impedírselo. Entonces ellos, tras darse mutuos ánimos, desenvainaron sus dagas, acuchillaron allí mismo, en unánime acometida, a quienes intentaban detenerlos y luego se lanzaron a la carrera hacia el pabellón de los hombres.

78 Allí dentro, precisamente, se encontraban en aquel momento los dos magos[382] cambiando impresiones sobre

---

persa presentaba el fin de los magos como una misión de carácter divino; de hecho, en la *Inscripción de Behistun* (§ 13) Darío hace alusión a la protección que le brindó Ahuramazdah para acabar con Gaumata: «...imploré a Ahuramazdah. Ahuramazdah me prestó su ayuda...».

[380] La narración de Heródoto presenta un cariz novelesco (cf. *supra* nota III 348), ya que la facilidad con que los conjurados penetran en el palacio se halla en contradicción con las medidas que, según el propio historiador, habían adoptado los magos (por ejemplo, no citar a ningún persa importante; cf. III 68, 2); medidas que se habrían extremado en el control que los cuerpos de guardia deberían adoptar ante posibles visitantes. En Ctesias, *Persiká* 13, los siete penetran en el palacio gracias a la complicidad de un eunuco «que poseía todas las llaves del palacio real».

[381] Aparecen aquí varios elementos orientales que dan un marcado color a la narración: los eunucos, funcionarios palatinos de gran influencia (aquí encargados de la secretaría real; cf. *supra* nota III 176); la ciudadela, con su patio interior (en este caso se trata de la de Susa; cf. R. Ghirshman, «L'apadāna de Suse», *Iranica antiqua* 3 [1963], 148-154); y, posteriormente, la alcoba-tálamo sin ventilación, y en la que no se ve a causa de la oscuridad reinante, donde se refugia uno de los magos (cf. III 78, 3-5); etc.

[382] La narración de Ctesias, *Persiká* 13, sobre el asesinato de los magos es más coherente que la de Heródoto en este punto,

lo ocurrido con Prexaspes. Pues bien, cuando advirtie-
ron el alboroto que reinaba entre los eunucos y el gri-
terío que estaban organizando, salieron ambos a toda
prisa[383] y, al percatarse de lo que sucedía, se aprestaron
a defenderse. En concreto, uno de ellos corrió a pro- 2
veerse de arco y flechas, mientras que el otro se de-
cidió por la lanza[384]. En definitiva, que unos y otros
se enzarzaron en una pelea. Como es natural, al mago
que había cogido el arco, no le sirvió de nada, porque
los enemigos estaban demasiado cerca y lo acosaban;
el otro, en cambio, se defendió con la lanza e hirió pri-
mero a Aspatines en el muslo y luego a Intafrenes en
un ojo (por cierto que, a consecuencia de la herida,
Intafrenes perdió el ojo, pero, pese a ello, no murió[385]).
En suma, mientras que uno de los magos hería a los 3

---

al afirmar que los conjurados contaban con un cómplice, el eunuco Bagapates, en el interior del palacio. Así se explica que supieran a dónde debían dirigirse para dar directamente con Paticites y el falso Esmerdis.

[383] Del aposento en que se encontraban, para ver lo que sucedía (luego los magos vuelven a entrar para coger sus armas). Esta traducción es la que, a mi juicio, resulta más apropiada en el marco de la acción que narra Heródoto. No obstante, el texto es ambiguo y permite diversas interpretaciones: «pusiéronse ambos en pie precipitadamente» (suponiendo que, dentro del aposento, estuviesen recostados en cojines; aunque esta traducción no implica, en sí misma, que, con tal acción, pudieran percatarse de lo que sucedía, como dice a continuación el texto). También podría traducirse por «volvieron precipitadamente» (a la sala de donde habían salido para comprobar lo que ocurría), si bien, en este caso, la secuencia de los acontecimientos presenta solución de continuidad.

[384] En los aposentos de los hombres las armas estaban colgadas en la pared. Cf. *supra* I 34, 3. Según Ctesias, el falso Esmerdis es sorprendido mientras está acostado con una de sus mujeres y, para defenderse, sólo cuenta con un taburete, porque el eunuco Bagapates, antes de facilitarles a los conjurados la entrada en el palacio, había tomado la precaución de sacar del aposento todas las armas que había.

[385] Sobre el fin de Intafrenes, cf. III 118-119.

que he citado, el otro, en vista de que el arco no le servía para nada, y comoquiera que hubiese un aposento que daba al pabellón de los hombres, se refugió en
4 él con ánimo de cerrar sus puertas. Sin embargo, dos de los siete, Darío y Gobrias, entraron con él en la estancia. Pero, como Gobrias se abrazó al mago, Darío se quedó parado junto a ellos sin saber qué hacer,
5 porque, en la oscuridad[386], temía herir a Gobrias. Entonces, este último, al ver que Darío permanecía a su lado en actitud pasiva, le preguntó que por qué no intervenía. «¡Es que temo herirte a ti!» —exclamó Darío—. «¡Clava tu daga —replicó Gobrias—, aunque nos atravieses a los dos!». Darío, entonces, siguiendo su indicación, asestó una puñalada y tuvo la suerte de darle al mago[387].

79 Después de haber dado muerte a los magos y de haberles cortado la cabeza, dejaron allí a sus heridos, tanto por la debilidad de su estado como para que se quedaran custodiando el alcázar, y los otros cinco salieron corriendo con las cabezas de los magos, dando voces y armando ruido; y, llamando la atención de los demás persas, les contaban lo ocurrido y les enseñaban las cabezas, a la par que iban matando a todo mago
2 que se cruzaba en su camino. Entonces los persas, al

[386] Como la habitación daba a una sala que sería espaciosa y que estaría suficientemente iluminada debía de carecer de ventanas. Cf. R. GHIRSHMAN, «L'apadāna de Suse»..., páginas 148 y sigs.

[387] La *Inscripción de Behistun* testimonia en tres ocasiones que fue el propio Darío el que dio muerte a Gaumata. Sin embargo, ESQUILO (*Persas* 774-777) atribuye la muerte de Mardos (= Esmerdis, al que considera un monarca legítimo) a Artafrenes —un nombre que debía de resultarle más familiar que el de Intafrenes—, mientras que HELÁNICO, fr. 181, *F. Gr. Hist.*, llama a ese sujeto Dafernes. En general, cf. *supra* nota III 313, y F. W. KÖNIG, *Die falsche Bardija. Dareios der Grosse und die Lügenkönige*, Viena, 1938.

enterarse de lo que habían hecho los siete y de la intriga de los magos, se creyeron en el deber de hacer también ellos otro tanto y, desenvainando sus puñales, se dedicaron a matar magos, dondequiera que diesen con ellos[388]; y si la caída de la noche no los hubiera detenido, no hubiesen dejado ni un solo mago. Ese día 3
los persas lo conmemoran oficialmente más que ningún otro, y en él celebran una gran fiesta, que entre ellos recibe el nombre de *Magofonía*[389], en el curso de la cual no le está permitido a ningún mago dejarse ver en público; todo lo contrario, ese día los magos se quedan en sus casas.

Debate sobre el mejor régimen de gobierno

Una vez apaciguado el tumulto, 80
y al cabo de cinco días[390], los que se habían sublevado contra los magos mantuvieron un cambio de impresiones acerca de todo lo ocurrido, y se pronun-

[388] Es decir, incluidos los lugares sagrados, ya que en Persia no regía el derecho de asilo en los santuarios (CTESIAS, *Persiká* 13, cuenta que, cuando el eunuco Izabates —y no Prexaspes— hubo denunciado al ejército la impostura de los magos, se refugió en un templo, del que aquéllos lo sacaron para darle muerte).

[389] Es decir, «matanza de magos». CTESIAS, *Persiká* 15, también menciona esta festividad conmemorativa, que debió de ser fomentada por la propaganda oficial de Darío (en la *Inscr. Beh.* pretende haber restablecido los templos que los magos destruyeron durante el período en que detentaron el poder), tanto para justificar el asesinato del pretendido «falso Esmerdis», como para contentar a la nobleza persa, contraria al monoteísmo zoroástrico de los magos. Sin embargo, G. RAWLINSON *(The history of Herodotus..., ad locum)* admitía sin más el relato de Heródoto, considerando que «the festival served as a perpetual warning to the priests against trenching on the civil power».

[390] Según SEXTO EMPÍRICO, *Contra los matemáticos* II 33 (aunque muy posiblemente tomó como fuente de inspiración este pasaje de Heródoto), los nobles persas tenían la costumbre, a la muerte del rey, de estar cinco días sin que las leyes tuvieran vigencia, para poner de relieve lo nefasto que era la *anomía*, o falta de legalidad.

ciaron unos discursos[391] que para ciertos griegos resultan increíbles, pero que realmente se pronunciaron[392].

---

[391] Comienza aquí uno de los pasajes de la *Historia* de Heródoto que más estudios ha suscitado, el relativo al debate constitucional sobre la mejor forma de gobierno (presentan buenos repertorios bibliográficos H. APFFEL, *Die Verfassungsdebatte bei Herodot (3, 80-82)*, Diss. Erlangen, 1958, págs. 8 y sigs.; y H. DREXLER, *Herodotstudien*, Hildesheim, 1972, págs. 143 y sigs.). El punto más controvertido, al margen de su función dentro de la obra del historiador y de su importancia documental como reflejo del comienzo de la especulación política a nivel constitucional, es el de su historicidad. Es indudable que el debate no es histórico, pues en el año 521 a. C., y en Persia, no existían las condiciones que, por experiencia política, posibilitaran unas argumentaciones semejantes (cf. K. VON FRITZ, *Griechische Geschichtschreibung I. Von den Anfängen bis Thucydides*, Berlín, 1967, págs. 316 y sigs.). El pasaje, por otra parte, presenta un cuño marcadamente helénico y pueden establecerse relaciones entre pasajes de los tres discursos y pasajes de varios escritores, más o menos contemporáneos de Heródoto: una discusión planteada en los términos que esgrimen los interlocutores sólo pudo haberse producido cuando el desarrollo constitucional había dado forma a los tres tipos de gobierno en discusión: democracia, oligarquía y monarquía; y esto no ocurrió —y en Grecia— hasta mediado el siglo V a. C. (los términos «democracia» y «oligarquía», por ejemplo, no están documentados con anterioridad a esa fecha); mientras que en Persia una discusión de este tipo no era posible, al menos en el año en que teóricamente tuvo lugar el debate. Cf. K. BRINGMANN, «Die Verfassungsdebatte bei Herodot, 3.80-82, und Dareios Aufstieg zur Königsherrschaft», *Hermes* 104 [1976], pág. 268. Lo que hoy en día se considera como posiblemente histórico es que: a) el debate podría ser el reflejo de un intento, por parte de la aristocracia que había desenmascarado al pretendido mago, por no estar sujeta a un poder centralizado, tratando de volver al régimen de clanes autónomos, anterior a Ciro. De admitirse esta posibilidad, Heródoto habría reflejado la situación en términos griegos, alejados de la mentalidad persa. b) La discusión pudo haberse producido, entre partidarios de una nobleza persa independiente y partidarios de un poder fuertemente centralizado, unos setenta y cinco años después de la ascensión de Darío al trono. Heródoto, a esa discusión de origen persa, le habría dado una *interpretatio graeca*. Cf. K. REINHARDT, «Hero-

Otanes solicitaba, en los siguientes términos, que la dirección del Estado se pusiera en manos de todos los persas conjuntamente: «Soy partidario de que un solo hombre no llegue a contar en lo sucesivo con un poder absoluto sobre nosotros, pues ello ni es grato ni correcto. Habéis visto, en efecto, a qué extremo llegó el desenfreno de Cambises[393] y habéis sido, asimismo, partícipes de la insolencia del mago[394]. De hecho, ¿cómo

2 … 3

---

dots Persergeschichten», *Herodot. Eine Auswahl aus der neueren Forschung*..., págs. 320 y sigs.

[392] Posiblemente, lo que mayor incredulidad despertaría en un lector griego sería la propuesta democrática de Otanes, impensable en labios de un persa (cf. VI 43, 3, donde Heródoto insiste en la realidad de la tesis democrática defendida por Otanes). Y si en el mundo griego existían serias dudas sobre la autenticidad del pasaje, cabe inferir que una discusión similar podía haber circulado, con anterioridad al relato del historiador, en alguna fuente escrita —alguna *Historia de Persia*—, o bien oralmente. Cf. K. von Fritz, *Griechische Geschichtschreibung*, I..., págs. 309 y sigs. La aceptación por parte de Heródoto de la tesis democrática de Otanes puede deberse a una errónea interpretación política. Mardonio había establecido regímenes democráticos en diversas ciudades griegas de Asia Menor con posterioridad a la sublevación jónica (cf. VI 43); y de ahí que Heródoto dedujera de un hecho real la historicidad de un anacrónico discurso democrático (nuevamente aparece el principio deductivo, tan frecuente en el historiador, del *post hoc ergo propter hoc)*, cuando en realidad las medidas de Mardonio respondían simplemente a oportunismo persa, en su línea tradicional de «conciliación» con los países sometidos, pues, con tal de que sus súbditos se mantuvieran tranquilos, tanto les daba que estuviesen gobernados por una tiranía, una oligarquía o una democracia.

[393] Sobre la causa que motiva la insistencia a propósito de la desmesura desequilibrada de Cambises, cf. *supra* nota III 134. El propio Heródoto reitera, en III 89, 3, que, al menos entre ciertos círculos persas, Cambises era juzgado con acritud, como un déspota.

[394] Otanes debe de tener presente la situación de su hija Fedimia, convertida vergonzosamente en esposa del usurpador (cf. III 68, 3).

podría ser algo acertado la monarquía, cuando, sin te-
ner que rendir cuentas, le está permitido hacer lo que
quiere[395]? Es más, si accediera a ese poder, hasta logra-
ría desviar de sus habituales principios al mejor hom-
bre del mundo, ya que, debido a la prosperidad de que
goza, en su corazón cobra aliento la soberbia; y la en-
4 vidia es connatural al hombre desde su origen. Con
estos dos defectos, el monarca tiene toda suerte de
lacras; en efecto, ahíto como está de todo, comete nu-
merosos e insensatos desafueros, unos por soberbia y
otros por envidia[396]. Con todo, un tirano debería, al
menos, ser ajeno a la envidia, dado que indudable-
mente posee todo tipo de bienes; sin embargo, para
con sus conciudadanos sigue por naturaleza un proce-
der totalmente opuesto: envidia a los más destacados
mientras están en su corte y se hallan con vida, se lleva
bien, en cambio, con los ciudadanos de peor ralea y
5 es muy dado a aceptar calumnias[397]. Y lo más absurdo

[395] La esencia de la tiranía griega era su irresponsabilidad ante la ley y los demás miembros de una comunidad. Cf. A. Andrewes, *The Greek Tyrants*, Londres, 1958.

[396] Nos encontramos aquí con una formulación de la teoría del *phthónos* (= «envidia») desprovista de toda moralización religiosa y reducida a una mera antropomorfización. Si la doctrina de la *hýbris*, o «insolencia», es el resultado de una moralización de la creencia general humana en la 'envidia de los dioses' (cf. *supra* I 32, 1; y E. R. Dodds, *The greeks and the irrational* = *Les grecs et l'irrationnel* [trad. francesa M. Gibson], París, 1965, págs. 38 y sigs.); si *kóros* —esto es, «hartazgo»— engendra a *hýbris*, que es «insolencia» (cf. Solón, fr. 5 Diehl; Teognis 153), y ello determina el *phthónos*, la «envidia» de los dioses, en el presente caso el proceso no sufre una ruptura de planos —del humano en sus dos primeras fases, al divino en la tercera— y sigue una línea recta, a nivel humano, a lo largo de todo él, que tiene lugar únicamente en el ser humano aupado a una posición incontestable.

[397] Para este comportamiento general de los tiranos, cf. Platón, *República* 567 a; Aristóteles, *Política* 1314 a; Salustio, *La Conjuración de Catilina* 7 («regibus bonis quam mali suspectiores sunt»); y Tácito, *Anales* I 80.

de todo: si le muestras una admiración comedida, se ofende por no recibir una rendida pleitesía; mientras que, si se le muestra una rendida pleitesía, se ofende tachándote de adulador[398]. Y voy a decir ahora lo más grave: altera las costumbres ancestrales[399], fuerza a las mujeres y mata a la gente sin someterla a juicio. En 6
cambio, el gobierno del pueblo tiene, de entrada, el nombre más hermoso del mundo: *isonomía*[400]; y, por otra parte, no incurre en ninguno de los desafueros que comete el monarca: las magistraturas se desempeñan por sorteo, cada uno rinde cuentas de su cargo y todas las deliberaciones se someten a la comunidad[401]. Por consiguiente, soy de la opinión de que, por nuestra parte, renunciemos a la monarquía exaltando al pueblo al poder, pues en la colectividad reside todo[402].»

---

[398] Sobre idéntica actitud en Tiberio, cf. TÁCITO, *Anales* I 12, 2.

[399] Para esta actitud de desprecio absoluto a las normas éticas por parte de los tiranos, cf. ARISTÓTELES, *Política* 1311. Quizá hay en este pasaje una alusión a los matrimonios de Cambises con sus hermanas (cf. III 31), aunque ello no suponía una alteración de las costumbres iránicas (cf. *supra* nota III 163).

[400] La *isonomía* es la igualdad de derechos civiles y políticos de los ciudadanos. Es la consigna política que expresaba de la forma más escueta el carácter propio de la democracia, opuesto al ejercicio ilimitado del poder por parte del tirano; y era el término en uso, para designar un régimen democrático, antes de que el concepto de «democracia» se generalizara. Cf. G. VLASTOS, «ΙΣΟΝΟΜΙΑ ΠΟΛΙΤΙΚΗ», *Studien zur Gleichheitsvorstellung im griechischen Denken*, Berlín, 1964, págs. 1 y siguientes; y V. EHREMBERG, *From Solon to Sokrates*, Londres, 1973, pág. 412, nota 42, donde se incluye bibliografía.

[401] Las referencias a estos tres rasgos propios de la democracia —de la democracia ateniense específicamente— impiden fechar estas palabras con anterioridad a la reforma constitucional de 487/486 a. C. Cf. K. BRINGMANN, «Die Verfassungsdebatte...»..., págs. 269-270. Sobre estas tres características democráticas, cf. ARISTÓTELES, *Política* 1274 a, y 1294 b 7.

[402] Cf. I 136, 1. Para un persa «el número hace la fuerza».

81 Esta fue, en suma, la tesis que propuso Ótanes. En cambio Megabizo solicitó que se confiara el poder a una oligarquía en los siguientes términos[403]: «Hago mías las palabras de Ótanes sobre abolir la tiranía; ahora bien, sus pretensiones de conceder el poder al pueblo no han dado con la solución más idónea, pues no hay nada más necio e insolente que una muchedum-
2 bre inepta. Y a fe que es del todo punto intolerable que, quienes han escapado a la insolencia de un tirano, vayan a caer en la insolencia de un vulgo desenfrenado. Pues mientras que aquél, si hace algo, lo hace con conocimiento de causa, el vulgo ni siquiera posee capacidad de comprensión. En efecto, ¿cómo podría comprender las cosas quien no ha recibido instrucción, quien, de suyo, no ha visto nada bueno y quien, análogamente a un río torrencial, desbarata sin sentido las empresas
3 que acomete[404]? Por lo tanto, que adopten un régimen democrático quienes abriguen malquerencia para con los persas[405]; nosotros, en cambio, elijamos a un grupo

---

Para un griego demócrata, sin embargo —y esto es lo que debe de querer decir Ótanes—, lo que merece ser considerado como de interés es el de la mayoría.

[403] Megabizo no va a argumentar en favor de una aristocracia, sino en beneficio de una oligarquía, desde la posición reaccionaria de un noble a quien el *demo* ha arrebatado el poder. Cf. TEOGNIS, 54 y sigs.; 1109 y sigs.

[404] Este tipo de crítica contra la democracia está abundantemente documentado en la literatura ateniense de la segunda mitad del siglo v a. C. (cf., por ejemplo, PSEUDOJENOFONTE, *Constitución de los atenienses* I 5). Este ataque implica la experiencia que un noble tiene de la democracia radical y la existencia de una nobleza que justificaba sus ambiciones de poder mediante sus pretensiones de superioridad moral e intelectual. En general, cf. A MEDER, *Der athenische Demos in der Zeit des peloponnesischen Krieges im Lichte zeitgenössischer Quellen*, Munich, 1938.

[405] Estas palabras debían de resultar irónicas a oídos de unos griegos, ya que estaban persuadidos de que su triunfo en las guerras médicas sobre los persas se había debido a su su-

de personas de la mejor valía y otorguémosles el poder; pues, sin lugar a dudas, entre ellos también nos contaremos nosotros y, además, cabe suponer que de las personas de más valía partan las más valiosas decisiones[406]». Esta fue, en suma, la tesis que propuso Megabizo.

En tercer lugar, fue Darío quien expuso su opinión 82
en los siguientes términos: «A mi juicio, lo que ha dicho Megabizo con respecto al régimen popular responde a la realidad; pero no así lo concerniente a la oligarquía. Pues de los tres regímenes sujetos a debate[407], y suponiendo que cada uno de ellos fuera el me-

---

perioridad moral, y que esta superioridad les venía dada por su apego a la libertad.

[406] La parte final de la intervención de Megabizo presenta muchos puntos de contacto con ideas expresadas por el PSEUDO-JENOFONTE en su *Constitución de los atenienses* (especialmente en I 5-9): aconseja institucionalizar la oligarquía, proponiendo elegir una asamblea de los 'mejores' ciudadanos en la que hay que delegar el poder; es decir, se tenía que crear un organismo equivalente a la asamblea popular democrática. Las ideas expuestas siguen, pues, estando claramente helenizadas a la luz de la historia política griega de la segunda mitad del siglo V a. C. Cf. H. DREXLER, *Herodotstudien...*, pág. 245.

[407] Es de destacar que Heródoto, de acuerdo con su propia experiencia política, sólo tiene en consideración tres posibles sistemas de gobierno: democracia, oligarquía y monarquía, siendo esta la primera vez, en la literatura griega que se nos ha transmitido, en que aparece un examen crítico de las constituciones; y, si las fuentes de este debate son desconocidas, se aprecia, sin embargo, el eco de las investigaciones de los sofistas, en particular de PROTÁGORAS, cuyas *Antilogías* pudieron haber tratado un tema similar. El teatro y la oratoria ática volverían a formular con frecuencia similares debates sobre los sistemas políticos de gobierno para demostrar la superioridad del régimen democrático ateniense. Frente a los tres regímenes aquí debatidos, la filosofía política, con Platón y Aristóteles, formulará seis, al discernir en cada uno de ellos una manifestación positiva y otra negativa. Cf. J. DE ROMILLY, «Le classement des constitutions d'Hérodote à Aristote», *Revue des Études Grecques* 72 (1959), 81-99.

jor en su género (es decir, que se tratara de la mejor democracia, de la mejor oligarquía y del mejor monarca), afirmo que este último régimen es netamente
2 superior. En efecto, evidentemente no habría nada mejor que un gobernante único, si se trata del hombre de más valía; pues, con semejantes dotes, sabría regir impecablemente al pueblo y se mantendrían en el mayor de los secretos las decisiones relativas a los ene-
3 migos. En una oligarquía, en cambio, al ser muchos los que empeñan su valía [408] al servicio de la comunidad, suelen suscitarse profundas enemistades personales, pues, como cada uno quiere ser por su cuenta el jefe e imponer sus opiniones [409], llegan a odiarse sumamente unos a otros; de los odios surgen disensiones [410], de las disensiones asesinatos, y de los asesinatos se viene a parar a la monarquía; y en ello queda bien patente hasta qué punto es éste el mejor régimen [411].

---

[408] Su *aretḗ*, un concepto vago que implica un conjunto de cualidades cívicas, morales e intelectuales. Sobre su valor en el contexto político de mediados del siglo v a. C. en Grecia, cf. V. Ehrenberg, *From Solon to Sokrates*..., págs. 338 y sigs.

[409] Literalmente, «obtener la victoria con sus opiniones», pues se halla latente la idea agonística del triunfo mediante la palabra, propia de la sofística. Cf. P. T. Brannan, «Herodotus and History. The constitutional debate preceding Darius' accession», *Traditio* 19 (1963), 427-438.

[410] Cf. Tucíd., VIII 89, 3, sobre las disensiones internas como uno de los puntos débiles de toda oligarquía.

[411] Porque es el recurso a que se acogen las víctimas de la oligarquía. Tenemos aquí un primer atisbo de la teoría de la *anakýklōsis*, de la «evolución política». En principio hay que pensar que Darío no pudo tomar sus argumentos en defensa de la monarquía en el horizonte constitucional griego, pues en Grecia no existía una «teoría monárquica» (cf., sin embargo, F. K. Stroheker, «Zu den Anfängen der monarchischen Theorie in der Sophistik», *Historia* 2 (1953/54), págs. 381 y sigs.), mientras que en Persia sí que debió de formarse una importante teoría monárquica, que en este caso estaría reflejando Heródoto, pero helenizándola mediante el concepto de la *metabolḗ politeiōn*,

»Por el contrario, cuando es el pueblo quien gobier- 4
na, no hay medio de evitar que brote el libertinaje;
pues bien, cuando en el Estado brota el libertinaje,
entre los malvados no surgen odios, sino profundas
amistades, pues los que lesionan los intereses del Es-
tado actúan en mutuo contubernio[412]. Y este estado de
cosas se mantiene así hasta que alguien se erige en
defensor del pueblo y pone fin a semejantes manejos.
En razón de ello, ese individuo, como es natural, es
admirado por el pueblo; y, en virtud de la admiración
que despierta, suele ser proclamado monarca; por lo
que, en este punto, su caso también demuestra que la
monarquía es lo mejor[413]. Y, en resumen, ¿cómo —por 5
decirlo todo en pocas palabras— obtuvimos la liber-
tad? ¿Quién nos la dio? ¿Acaso fue un régimen demo-
crático? ¿Una oligarquía, quizá? ¿O bien fue un mo-
narca? En definitiva, como nosotros conseguimos la
libertad gracias a un solo hombre[414], soy de la opinión

o «cambio de constituciones». Cf. F. ALTHEIM, *Persische Geschichten des Herodot*, Halle, 1950, págs. 173 y sigs.

[412] El mal de un régimen oligárquico reside en la porfía de los gobernantes en desplegar sus cualidades al servicio del Estado. El mal de una democracia en la complicidad del pueblo en la corrupción.

[413] Porque también para quienes han pasado por un régimen democrático la monarquía aparece como una salvación a sus desgracias. La experiencia política griega para la justificación de la monarquía aparece en este caso claramente reflejada. Si la justificación del paso de la democracia a la monarquía no se vislumbra claramente hasta PLATÓN, en *República* 565 a y siguientes (cf. K. VON FRITZ, *The Theory of the Mixed Constitution in Antiquity*, N. York, 1954, págs. 63 y sigs.), Heródoto, en palabras de Darío, debe de estar pensando en la figura de Pericles como «defensor del pueblo» (= *prostás toû dêmou*; cf. TUCÍD. II 65, 9); y de ahí deriva su teoría de evolución monárquica, haciendo genérico el caso de Pericles. Cf. al respecto K. WÜST, *Politisches Denken bei Herodot*, Würzburg, 1935, página 55.

[414] Gracias a Ciro, que liberó a los persas del yugo de los medos. Cf. *supra* I 123 y sigs. Quizá comienza en este punto

de que mantengamos dicho régimen e, independientemente de ello, que, dado su acierto, no deroguemos las normas de nuestros antepasados[415]; pues no redundaría en nuestro provecho».

Entronización de Darío

83 Estas fueron, en suma, las tres tesis que se propusieron; y a esta última se adhirieron los otros cuatro miembros del grupo. Entonces Ótanes, que era quien pugnaba por establecer la *isonomía*[416] entre los persas, al ver rechazada su moción, manifestó ante todos ellos lo
2 que sigue: «Camaradas, está bien claro que uno cualquiera de nosotros —bien sea que resulte designado por sorteo, que encomendemos su elección como tal a la totalidad de los persas, o que lo sea por cualquier otro procedimiento[417]— ha de ser rey; sea como fuere, yo no voy a entrar en liza con vosotros, pues no quiero mandar, ni recibir órdenes. Renuncio, pues, al po-

---

la idea que inspiró la *Ciropedia* de JENOFONTE: que Ciro es el monarca ideal.

[415] Pues han permitido a los persas alcanzar su posición hegemónica en Asia. Tal vez hay en estas palabras un reflejo de la oposición entre el mazdeísmo oficial y el zoroastrismo, que estuvo en la base de la no aceptación de Bardiya como sucesor de Cambises y de la sublevación que contra él llevaron a cabo los nobles persas. Darío, en ese caso, propugnaría el mantenimiento de la situación existente con anterioridad a la muerte de Cambises.

[416] Cf. *supra* nota III 400.

[417] Ótanes sigue siendo el portavoz de las ideas democráticas (cf. III 80, 2-6), y el reflejo ateniense (cf., especialmente, III 80, 6) vuelve a ser patente. En Atenas, por ejemplo, eran elegidos por sorteo los miembros del consejo de los quinientos y buena parte de los magistrados, mientras que eran elegidos en la Asamblea popular, por 'mayoría de manos alzadas', los intendentes del suministro de agua, los armadores, los altos oficiales del ejército y los funcionarios de hacienda. En general, cf. R. MAISCH, F. POHLHAMMER, *Instituciones griegas*, Barcelona, 1931, páginas 69 y sigs.

der a condición de no estar, tanto yo, personalmente, como mis sucesivos descendientes, a las órdenes de ninguno de vosotros». Tras haberse expresado en dichos 3
términos, Ótanes, dado que los otros seis dieron su conformidad a las referidas condiciones, como es natural no entró en liza con ellos, sino que se mantuvo al margen. Y hoy en día la familia de Ótanes sigue siendo la única que, en Persia, goza de libertad y que, con tal de no conculcar las leyes de los persas, sólo obedece las órdenes que tiene a bien[418].

84 Entonces, los otros seis conjurados mantuvieron un cambio de impresiones para determinar el procedimiento más equitativo[419] de designar un rey. Y, a Ótanes y a sus sucesivos descendientes, decidieron concederle cada año, con carácter extraordinario —si el trono recaía en algún otro miembro del grupo—, un atuendo médico[420] y todos aquellos presentes que entre los per-

[418] El relato de Heródoto pretende justificar el hecho de que la realeza no recayera en Ótanes (aunque no era hijo de Farnaspes, como dice el historiador en III 68, 1, se ha pensado que pudiera pertenecer a la familia de los aqueménidas), dada la importancia de su estirpe (como lo prueba que su hija Fedimia hubiera sido desposada por Cambises; posteriormente Jerjes se casó con su nieta Amestris) y la posición que sus descendientes ocuparon en Capadocia. Cf. *supra* nota III 349; y TH. LENSCHAU, *R. E.*, s. v. *Otanes*, cols. 1866 y sigs.

[419] La equidad, en este caso, se circunscribe a los seis que aspiran a la realeza, y no se refiere exclusivamente al procedimiento de designación en sí mismo, sino también al medio de recompensar la participación de todos ellos en la conjuración. Por eso se fijan primero los derechos de que van a gozar los autores del complot y, posteriormente, se establece el sistema de elección, que también quedará circunscrito a Aspatines, Gobrias, Intafrenes, Megabizo, Hidarnes y Darío.

[420] Cf. I 135. Los nobles persas dejaron de emplear sus túnicas y pantalones de cuero (cf. I 71, 2) para adoptar los vestidos largos y amplios, de mangas acampanadas, de los medos, que eran más apropiados para la vida de la corte y para el clima del Irán (cf. L. y J. HEUZEY, *Histoire du costume dans*

sas son más apreciados[421]; y acordaron concederle estas prerrogativas en razón de que había sido el promotor de la operación, y de que, con ellos, había formado
2 el grupo. Estas fueron, en suma, las prerrogativas que, con carácter extraordinario, fijaron para Ótanes; en tanto que para todos ellos[422], en general, acordaron las siguientes: que todo miembro del grupo que lo deseara podría penetrar en el palacio real sin introductor de mensajes[423], a menos que en aquel momento el rey estuviera durmiendo con una mujer; y que el rey no podría tomar esposa de otras familias que no fueran las
3 de los que se habían sublevado con él[424]. Y, por lo que

l'antiquité classique: l'Orient, París, 1935, págs. 83 y sigs.). Según JENOFONTE, *Ciropedia* VIII 1, Ciro adoptó el vestido medo por ser adecuado para las personas que debían ejercer el mando, dado que su amplitud disimulaba los defectos corporales. En este caso, el vestido otorgado anualmente a Ótanes sería un traje de ceremonia, posiblemente el que el protocolo exigía que se utilizara en la corte.

[421] Según JENOFONTE, *Anábasis* I 2, 7, los presentes en cuestión consistían en collares y brazaletes de oro, y en un alfanje del mismo metal, además de un caballo con el freno asimismo de oro. CTESIAS, *Persiká* 22, incluye también un bastón de oro.

[422] Incluido Ótanes.

[423] Más que entrar en palacio, tener acceso directo al rey, estuviera en el lugar en que estuviese, sin hacerse anunciar. La obligación de utilizar los servicios del «introductor de mensajes» para comunicarse con el rey, había sido impuesta, según cuenta el historiador, por el medo Deyoces (cf. I 99, 1), y fue adoptada asimismo por el protocolo real persa. Además de este privilegio, es posible que recibieran también el dominio sobre ciertos territorios (quizá exentos de tributación); al menos, sabemos que los gobernadores de Armenia descendían de Hidarnes, y los de Capadocia de Ótanes. Esta concesión puede ser que originara la afirmación de PLATÓN, *Leyes* 695 c, sobre que Darío dividió su reino en siete partes y que cada una de ellas correspondió a un conjurado.

[424] Esta obligación del rey parece ser que fue observada (cf. III 88, 3; y VII 2, 2). Naturalmente, se refiere a mujeres legítimas, aquellas que podían dar herederos al trono, pues el

al trono se refiere, decidieron lo siguiente: con los seis a lomos de sus caballos en las afueras de la ciudad, aquel cuyo corcel relinchara primero al salir el sol, ocuparía el trono[425].

Por cierto que Darío tenía por palafrenero a un individuo astuto cuyo nombre era Ébares[426]. Cuando los conjurados se separaron, Darío le dijo a dicho individuo lo siguiente: «Ébares, en lo que al trono se refiere, hemos decidido actuar como sigue: con los seis a lomos de nuestros caballos, aquel cuyo corcel relinche primero al rayar el sol, ocupará el trono[427]. Así que, si 85

---

monarca persa contaba en su harén con un buen número de concubinas que, periódicamente, eran reemplazadas por otras.

[425] El procedimiento se acomoda, teóricamente, a las costumbres de un pueblo adorador del sol (cf. I 131, 3; VII 54, 1) y de jinetes, en el que los caballos se consagraban al servicio de los dioses o les eran ofrecidos en sacrificio (cf. I 189, 1; VII 40, 2-4; 113, 2), pero el relato de Heródoto sobre el particular es puramente novelesco. Darío subió al trono por ser un aqueménida y tuvo que afrontar duras luchas, para conseguir el reconocimiento de sus derechos, contra diversos pueblos del imperio (cf. A. T. OLMSTEAD, *History of the Persian Empire...*, páginas 107 y sigs.). Es posible que la idea de hacer depender su ascensión al trono de una elección y de un plan astuto —que es la versión que presenta Heródoto— surgiera en un círculo aristocrático, próximo por su alcurnia a los aqueménidas.

[426] NICOLAO DE DAMASCO, fr. 66, F. JACOBY, *F. Gr. Hist.*, 90, también menciona el nombre de Ébares (en persa antiguo *Ubara*, que quizá signifique «el diligente»), pero refiriéndose a un servidor de Ciro que, con su astucia, le ayudó a triunfar sobre Astiages (Heródoto, en su narración de esos hechos, no alude para nada a tal personaje; cf. I 123-124 y 127-129). Todo el episodio que, relativo a Ébares, cuenta el historiador debe de ser una leyenda popular, quizá de origen asirio, ya que Sargón II (hacia 721-705 a. C.), entre el botín que logró al tomar una ciudad sitiada, se hizo con una composición escultórica donde un rey de Urartu declaraba que «había conseguido el reino con el concurso de sus caballos y de su cochero» (más o menos, lo mismo que afirma Darío en III 88, 3). Cf. P. LEHMANN-HAUPT, «Dareios und sein Pferd», *Klio* 18 (1923), págs. 59 y sigs.

[427] Las repeticiones más o menos literales de pasajes citados

sabes de alguna treta, compóntelas sin demora para que seamos nosotros, y no otra persona, quienes con-
2 sigamos esa dignidad». Ébares respondió en estos términos: «A fe mía, señor, que si en ello estriba que tú seas o no rey, quédate tranquilo al respecto y ten confianza, porque no será rey nadie más que tú: cuento con los medios adecuados[428]». «Pues bien —replicó Darío—, si sabes de alguna artimaña adecuada, momento es de que tomes tus medidas, sin admitir demora, pues
3 nuestra liza tendrá lugar mañana». Oído que hubo estas palabras, Ébares hizo lo siguiente[429]: al llegar la noche, condujo a las afueras de la ciudad a una de las yeguas —era a la que más deseaba el caballo de Darío—, la dejó bien atada, llevó acto seguido el caballo de Darío, le hizo dar varias vueltas junto a la yegua, acercándolo progresivamente a la hembra, y, por último, dejó que el caballo la cubriera.

86 Al despuntar el día, los seis, tal como habían acordado, comparecieron a lomos de sus caballos; y en el momento en que, mientras transitaban por las afueras de la ciudad, se encontraban a la altura de aquel lugar en que, durante la noche anterior, había estado atada la yegua, justo entonces el caballo de Darío respingó y
2 lanzó un relincho. Y, al mismo tiempo que el caballo hacía eso, en un cielo despejado estalló un relámpago,

---

con anterioridad constituyen una influencia de la técnica formal de la epopeya. Cf. *supra* nota III 83.

[428] Literalmente, «tales pócimas poseo». La traducción que propongo se atiene al contenido de la treta que Ébares pondrá en práctica y en la que no hay ningún elemento de tipo mágico. Quizá sí lo hubiera en la primitiva historia sobre el ardid del palafrenero de Darío, pero Heródoto suele aplicar una crítica racionalista a las historias maravillosas que cuenta. Cf. VI 16; VIII 137; y K. Glaser, «Wunder und rationalismus bei Herodot», *Historische Zeitschrift* 8 (1932), 200-205.

[429] La historia de la treta la cuentan también Ctesias, *Persiká* 15, y Justino, I 10.

acompañado de un trueno. Aunándose al relincho, estos fenómenos redundaron en favor de Darío, como si se hubieran producido en virtud de algún plan preconcebido[430], y confirmaron su designación, ya que los demás se apearon de sus caballos y se postraron de hinojos ante Darío[431].

Estas fueron, en suma, las medidas que, al decir de unos, tomó Ébares; según otros, en cambio (pues resulta que los persas cuentan la historia de las dos maneras[432]), fueron las siguientes: pasó su mano por el 87

---

[430] Por parte de los dioses, ya que a los persas el estallido de un relámpago y un trueno, cuando el cielo estaba despejado, debían de parecerles señales enviadas por su dios supremo, Ahuramazdah, el creador del mundo (cf. JENOFONTE, *Ciropedia* I 6, 1, para similares presagios enviados por la divinidad a Ciro, cuando éste se disponía a atacar a los medos; y NICOLAO DE DAMASCO, fr. 66, *F. Gr. Hist.*, 90); en tanto que el relincho, coincidiendo con la salida del sol, podía interpretarse como un augurio enviado por Mithra, el dios-sol.

[431] Para el carácter de este saludo entre los persas, cf. *supra* I 134, 1. La monarquía persa se basaba en la fidelidad de la nobleza persa (la elección de Darío es sintomática), pues el rey era «Gran Rey» o «Rey de Reyes», lo que, para su poder, suponía una cierta relatividad. Al contrario que en Egipto, el rey no era considerado un dios, sino el representante de la divinidad sobre la tierra. Su poder era considerado como la emanación de la potencia cósmica de Ahuramazdah, por lo que se le veía como dueño del mundo, subyaciendo en ello una ideología que arranca de las más antiguas concepciones iránicas (aunque no eliminó por completo los aspectos feudales de la realeza), de ahí su inaccesibilidad a la gente y el ceremonial de la *proskýnēsis* (o «postración», fenómeno que fue mal comprendido por los griegos), que no indicaba divinidad, sino carácter sacrosanto de la realeza. Cf. G. WIDENGREN, «The sacred kingship of Iran», *Numen* 4 (1959), págs. 242 y sigs.

[432] Es característico de la técnica narrativa de Heródoto presentar, sobre un mismo personaje o suceso (cf., por ejemplo, III 30, 3, sobre el asesinato de Esmerdis; o III 32, sobre la muerte de la hermana-esposa de Cambises), versiones diferentes, que se complementan u oponen según los casos. Este recurso patentiza la buena fe de Heródoto, que, luego, puede

sexo de la yegua en cuestión, manteniéndola luego escondida en sus *anaxirides*[433]. Y cuando, a la salida del sol, los caballos iban a ponerse en camino, el tal Ébares sacó la mano de su escondrijo y la acercó a los hocicos del caballo de Darío, que, al percibir el olor, bufó y lanzó un relincho.

88 Así pues, Darío, hijo de Histaspes, quedó proclamado rey, y todos los pueblos de Asia, salvo los árabes, eran súbditos suyos[434], en razón de las conquistas que reali-

---

limitarse a dejar que el propio lector juzgue por sí mismo, o utilizar las coincidencias o contradicciones para establecer una conclusión. Cf. Th. Spath, *Das Motiv der doppelten Beleuchtung bei Herodot*, Viena, 1968.

433 Una especie de bombachos, pues, pese a que los nobles adoptaron la indumentaria meda (cf. *supra* nota III 420), el pueblo siguió utilizándolos. Cf. I 71, 2; V 49, 3; VII 61, 1.

434 Bardiya fue asesinado en la fortaleza meda de *Sikayauvatish* el 29 de septiembre del año 522 a. C., y antes de que acabara dicho año Darío ya era rey (lo fue hasta su muerte en 486 a. C.), si bien su ascensión al trono se vio seguida de una serie de rebeliones en el imperio, hasta el punto de que la mayor parte de la *Inscripción de Behistun* está dedicada a la narración de su represión (Heródoto sólo menciona la que acaudilló *Fravartish* [= Fraortes] en Media [cf. I 130, 2] y la de Babilonia [cf. III 150 y sigs.], aunque esta última plantea serios problemas de cronología; cf. *infra* nota III 753). Los historiadores modernos consideran que la razón de la sublevación estribaba en la resistencia a aceptar por monarca a un aqueménida, emparentado con la familia reinante sólo colateralmente, que había asesinado al verdadero Esmerdis. De hecho, su padre Histaspes y su abuelo Arsames todavía vivían cuando Darío se proclamó rey (cf. *Inscr. Beh.* § 35), por lo que, aunque hubiese tenido derechos de sangre para aspirar al trono —cosa probablemente discutible—, su padre o su abuelo habrían tenido preferencia. Pese a que en la *Inscr. Beh.* (§ 6) Darío afirma que las veintitrés satrapías del imperio le fueron leales y que sólo posteriormente se produjeron rebeliones, lo cierto es que Elam, Babilonia, la mismísima Persia, Media, Asiria, Egipto, Partia, Margiana, Satagidia y los pueblos sacas, entre otros, se sublevaron, mientras que el nuevo monarca tan sólo contó, en un principio, con el apoyo de *Dadarshih*, sátrapa de Bactria, y de

zó Ciro y de las que posteriormente llevó a cabo el propio Cambises[435]. Y por cierto que los árabes nunca se plegaron al yugo de los persas, si bien se hicieron sus aliados al permitirle el paso a Cambises con ocasión de su ataque a Egipto[436] (de hecho, si los árabes se hubiesen opuesto, los persas no hubieran podido invadir Egipto[437]).

Por otra parte, Darío contrajo, a juicio de los per- 2
sas, las más distinguidas nupcias[438]: se casó con dos

Vivana, sátrapa de Aracosia. La rebelión trataría de evitar una centralización, ya que, como el propio Heródoto cuenta (cf. III 67, 3), todo el imperio aceptó a Bardiya y su asesinato suscitaría esperanzas de independencia para los distintos territorios integrantes del mismo. En general, cf. P. J. Junge, *Dareios der Grosse, König der Perser*, Leipzig, 1944 (aunque es un trabajo excesivamente impregnado de ideología «aria»); y A. T. Olmstead, *History of the Persian Empire...*, págs. 108-116.

[435] La traducción que propongo es la que, a mi juicio, mejor se acomoda a la realidad de los hechos. Literalmente, el texto griego dice: «habiéndo(los) sometido Ciro y posteriormente otra vez Cambises». Esto hizo que H. Stein, *Herodoti Historiae* III..., página 100, basándose en el testimonio de Jenofonte, *Ciropedia* VIII 8, 2, considerara que, a la muerte de Ciro, se produjo en el imperio una sublevación que tuvo que ser sofocada por Cambises, lo que explicaría que la conquista de Egipto no pudiera realizarla hasta cuatro años y medio después de su ascensión al trono. Sin embargo —y como no contamos con testimonios que prueben esta pretendida rebelión—, lo más probable es que Heródoto, al aludir a las conquistas de Cambises, se refiera a Fenicia, Chipre (cf. III 19, 3) y Egipto. El adverbio griego *aûtis* (= «nuevamente») no debe referirse, pues, a una nueva conquista de los pueblos ya sometidos por Ciro, sino a las nuevas conquistas de Cambises; lo que se repetía era el hecho de conquistar.

[436] Cf. III 7, 2.

[437] Cf. III 9, para las razones de la inviabilidad de un ataque a Egipto sin el concurso de los árabes.

[438] O, también, «se relacionó matrimonialmente con los más nobles personajes de Persia», aceptando la adición <*en*> *Pérsēsi* de Schweighäuser (otra traducción posible formalmente es «se casó en Persia, en primeras nupcias, con dos hijas de

hijas de Ciro, Atosa y Artistone (la una, Atosa, había estado casada previamente con su hermano Cambises y, en segundas nupcias, con el mago[439], en tanto que
3 la otra, Artistone, era virgen); también contrajo matrimonio con una hija de Esmerdis, el hijo de Ciro, cuyo nombre era Parmis; y, asimismo, tomó por esposa a la hija de Ótanes que había desenmascarado al mago[440]. Y todo se iba llenando de su poderío[441]. En ese sentido, lo primero que hizo fue erigir un bajorrelieve de piedra, en el que figuraba representado un jinete, e hizo grabar [sobre él] una inscripción que rezaba así: «Gracias a la valía de su caballo (e indicaba su nombre) y a la de su palafrenero Ébares, Darío, hijo de Histaspes, consiguió el trono de los persas[442]».

Ciro...», pero no lo es históricamente, dado que Darío ya estaba casado con una hija de Gobrias (cf. VII 2, 2), de la que, en el año 522, tenía tres hijos: Artobazanes, Ariabignes y Arsamenes).

[439] Cf. III 31, 6 (y nota III 167); y III 68, 4.

[440] Además de las cuatro aquí citadas, y de una hija de Gobrias, Darío se casó posteriormente con su sobrina Fratagune (cf. VII 224, 2). Todos los matrimonios mencionados debían de tener por objeto legitimar su posición en el trono al asociar a la realeza a las familias más importantes de Persia. Cf. A. T. Olmstead, *History of the Persian Empire...*, pág. 209.

[441] Paulatinamente, porque Darío estuvo dedicado durante un año a sofocar las sublevaciones del imperio. En la *Inscr. Beh.* cuenta las principales batallas, que, según dicho testimonio, ascendieron a diecinueve y en el curso de las cuales prendió a nueve reyes. «Y esto lo hice —agrega— durante un año, el mismo en que me erigí en rey» (en realidad, desde el 29 de septiembre de 522 al 27 de noviembre de 521 a. C.).

[442] Para la posible explicación de esta afirmación de Heródoto, cf. *supra* nota III 426. Ni en la *Inscripción de Behistun*, ni en el sepulcro de Darío en Naqš-i-Rustam, aparece Darío representado a caballo (y las supuestas inscripciones de reyes anteriores son en realidad exvotos figurados, realizados en tiempos posteriores, cuando se crearon estatuas de los primeros reyes y galerías de antepasados). Aunque en la zona de Dascilio se han encontrado relieves greco-persas del siglo v a. C. que representan jinetes, es posible que Heródoto no contemplara per-

El imperio de Darío: organización tributaria de las satrapías persas

Una vez hecho esto, implantó en el imperio persa veinte provincias[443], que ellos, personalmente, llaman *satrapías*. Y después de haber implantado las provincias y de haber puesto gobernadores a su frente, deter- 89

sonalmente el bajorrelieve de que habla o que fuese mal informado al respecto. Cf. M. Rutten, *El arte y el hombre*, Barcelona, 1966, pág. 310.

443 Heródoto parece admitir la coincidencia de circunscripción fiscal y de circunscripción político-territorial, lo cual no debe de responder a la realidad, ya que, por ejemplo, Jonia no se incluye en la misma circunscripción fiscal que Lidia, cuando políticamente dependía del sátrapa de Sardes. Cf. V 30-31; VI 1; y O. Leuze, *Die Satrapieneinteilung in Syrien und im Zweistrombande...*, págs. 45 y sigs. Uno de los logros más importantes del reinado de Darío fue la organización político-administrativa de que dotó al imperio. El sistema perduró hasta el final de la dinastía aqueménida y no volvió a producirse una organización similar en el mundo antiguo hasta época romana. No obstante, no estamos bien informados sobre el particular debido principalmente a la escasez de los testimonios persas, que, además, son contradictorios, ya que las tres listas geográficas redactadas durante el reinado de Darío no presentan el mismo número de provincias. En la *Inscr. Beh.* (§ 6) se mencionan veintitrés provincias: Persia, Susiana, Babilonia, Asiria, Arabia, Egipto, Países del mar (= isleños de Asia Menor), Lidia, Jonia, Media, Armenia, Capadocia, Partia, Drangiana, Aria, Corasmia, Bactria, Sogdiana, Gandara, Sacas, Satagidia, Aracosia y Macas. En la inscripción de Persépolis se mencionan veinticuatro (se omite Persia y se incluyen Sagartia y la India). Finalmente, en Naqš-i-Rustam se citan veintinueve o treinta, pues se incluyen las últimas conquistas de Darío (por ejemplo, los Escudras = Tracios y Macedonios, etc.). Ahora bien, estas listas, en realidad, no son registros oficiales del imperio, sino simplemente registros de los triunfos del rey (por ejemplo, en Naqš-i-Rustam se incluye a los escitas, que nunca fueron conquistados). Por su parte, los autores griegos constituyen nuestra fuente más importante sobre el imperio; sin embargo, estaban menos interesados en su organización interna que en su aparente magnificencia (la narración más extensa que aborda temas de organización del imperio es la *Ciropedia* de Jenofonte, que es un

minó [444] los tributos que debían llegar a sus manos según los diferentes pueblos, incluyendo en la circunscripción de estos pueblos a sus vecinos y —una vez adscritos los inmediatamente limítrofes— distribuyendo en varios grupos los pueblos más lejanos [445].

---

tratado novelesco-moralizante). Cf. P. J. JUNGE, «Satrapie und Natio. Reichsverwaltung und Reichspolitik im Staate Dareios», I, *Klio* 34 (1941), págs. 1 y sigs. (la segunda parte no apareció).

[444] Dada la extensión del imperio de Darío, se tuvieron que adoptar medidas para conseguir asegurar la sujeción de los súbditos. Entre otras (además del empleo del arameo como lengua oficial en las zonas occidentales (cf. E. MEYER, *Geschichte des Altertums*, III..., pág. 59) y de la creación de una red de carreteras y postas; cf., por ejemplo, V 52 para la ruta de Sardes a Susa; y VIII 98 para el sistema de correos), la delegación del poder en manos de los sátrapas, término que procede del persa *Khshathrapavan*, y que significa «protector del reino» (cf. *Inscr. Beh.* §§ 38 y 45; y aparece por vez primera en la lista de Sargón sobre los caudillos medos, al parecer como un nombre propio). Era la máxima autoridad civil, y a veces militar, de una provincia (que del nombre del gobernante, recibía el de *satrapía).* Dicho cargo existía ya con anterioridad a la ascensión de Darío al trono (cf. I 153, 3, para Tabalo; III 70, 3, para Histaspes; III 120, para Oretes y Mitrobates; IV 166, para Ariandes), pero éste lo organizó sistemáticamente. Las funciones del sátrapa se centraban, fundamentalmente, en: 1. Controlar el orden en su provincia. 2. Recaudar el tributo y enviarlo al rey. 3. Actuar como juez supremo. 4. Acaudillar —aunque no siempre— las tropas acantonadas en la provincia y mantenerlas convenientemente (cf. V 30; JENOFONTE, *Anábasis* I 9, 14; E. MEYER, *Geschichte des Altertums*, III..., pág. 43). 5. Derecho a declarar la guerra a tribus insurrectas (cf. IV 167; V 73). 6. Potestad para acuñar moneda de plata (cf. IV 166). 7. En ocasiones, el cargo era hereditario (cf. VIII 126, para la satrapía de Dascilio). No obstante, el rey también disponía de medios para limitar el poder de los sátrapas, que, con tan amplias atribuciones, eran verdaderos virreyes. Sobre estas limitaciones, cf. III 127 y sigs.; E. MEYER, *Geschichte des Altertums*, III..., págs. 34 y sigs.; W. W. HOW, J. WELLS, *A commentary on Herodotus* I..., págs. 402-404.

[445] El texto es de difícil interpretación, pues no resulta excesivamente clara la relación de dependencia establecida por el

Y fijó las provincias y la aportación anual de tributos de la siguiente manera[446]: a los pueblos que satisfacían su tributo en plata se les dio orden de satisfacerlo con arreglo al peso del talento babilonio, y con arreglo al del euboico a los que lo satisfacían en oro[447] (por cierto que el talento babilonio equivale a 2

---

historiador. El principal problema que plantea el texto es el de determinar si la relación existente entre los súbditos que formaban una circunscripción económica era étnica (así lo interpretaba G. RAWLINSON, *Herodotus,* II, Londres, 1879, pág. 563, al traducir —aunque ello no se infiere de las palabras de Heródoto— «generally he joined, but sometimes he passed over the nearer tribes»; igualmente, A. BARGUET, *Hérodote. L'enquête,* París, 1964, pág. 259, que traduce: «en rattachant à une nation donnée les populations limitrophes, ou encore, sans tenir compte de la proximité, en groupant certaines peuples avec d'autres plus éloignés»), o bien geográfica, como entienden PH. E. LEGRAND, *Hérodote. Histoires. Livre III..., ad locum;* y W. W. HOW, J. WELLS, *A commentary on Herodotus* I..., pág. 281. Para la traducción que propongo sigo a H. STEIN, *Herodoti Historiae,* III..., pág. 102. El pasaje presenta, aparentemente, reminiscencias de la jerarquía territorial establecida por los medos (cf. I 134, 3). Según eso, y desde una perspectiva económica, cada satrapía consistía en un pueblo (que daba nombre a la misma; por ejemplo, la satrapía de Jonia; cf. III 90, 1), al que estaban adscritos los pueblos vecinos (como magnesios y eolios en III 90, 1), de los que, a su vez, dependían pueblos más alejados (como los panfilios respecto a la satrapía jonia en dicho pasaje). Había, en suma, continuidad territorial desde el pueblo central de la unidad económica hasta los pueblos más alejados de aquél, pero que, económicamente, estaban incluidos en su circunscripción.

[446] El texto presenta una dislocación conceptual, pues la fijación de las provincias no comienza hasta III 90 y sigs. En la explicación que sigue inmediatamente sólo se da referencia del sistema monetario implantado por Darío.

[447] Algo que parece poco verosímil, dado que los pueblos que satisfacían su tributo en oro eran los más orientales del imperio (cf. III 94, 2). Heródoto, o su informador, helenizó las cifras, adaptándolas a un sistema conocido por los griegos.

3 setenta <y ocho> minas de Eubea[448]); pues el caso es que, durante el reinado de Ciro y, posteriormente, durante el de Cambises, no se había establecido ninguna disposición a propósito del tributo: simplemente se satisfacían presentes. Y en razón de esta imposición tributaria y de otras medidas similares a ella[449], los persas dicen que Darío fue un mercader, Cambises un déspota y Ciro un padre; el uno porque comerciaba con todo tipo de cosas, el otro porque era cruel y desdeñoso, y el último porque era bondadoso y, con su proceder, les había procurado toda suerte de bienes.

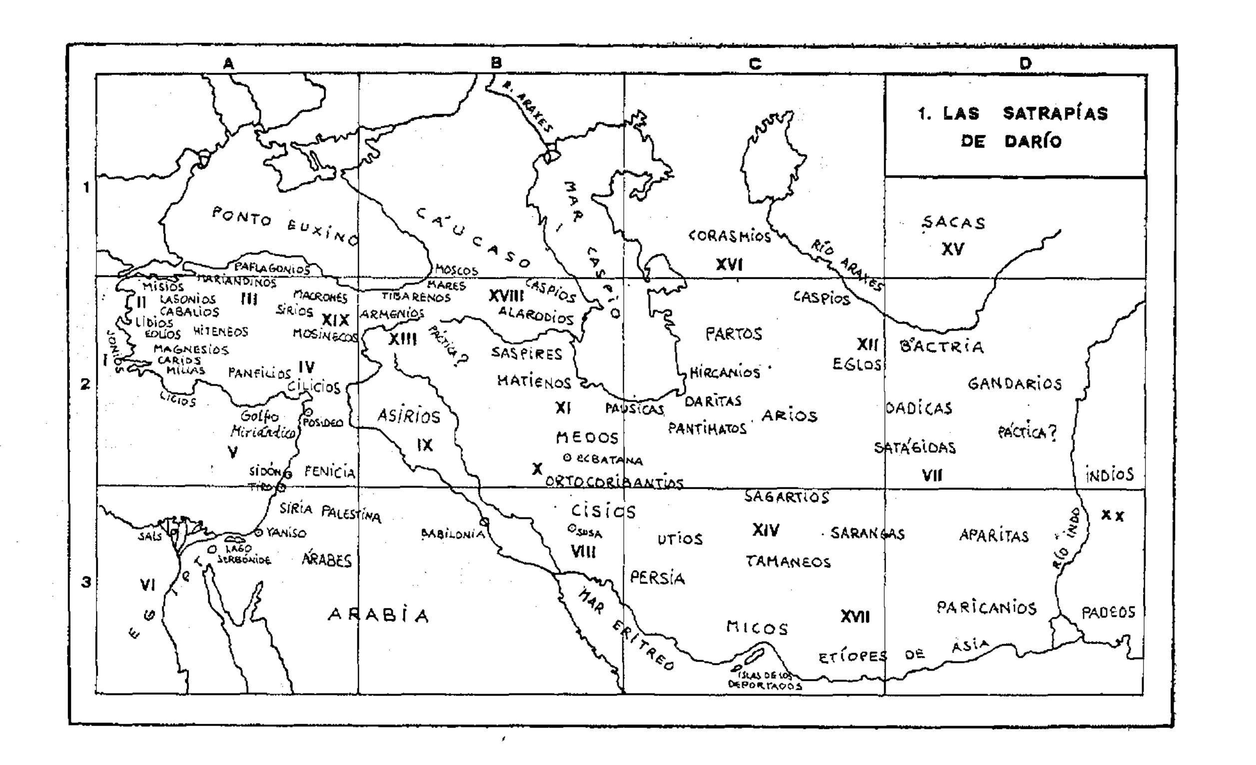
90 Pues bien[450], de los jonios, de los magnesios de

---

[448] Una mina de Eubea (el sistema euboico se empleaba en Atenas, tras la reforma de Solón, para los pesos monetarios) equivalía a 432 gr., mientras que un talento euboico (= 60 minas) suponía 25,92 kg. Según eso, el talento babilonio tenía un peso de 33,69 kg. (= 0,432 × 78). No obstante, se han propuesto otras lecturas para este pasaje (cf. PH. E. LEGRAND, *Hérodote. Histoires. Livre III..., ad locum*).

[449] Dado que la percepción tributaria era el principal objetivo de la administración satrápica, era necesaria una unificación de las unidades métricas y de los sistemas de valores, que se impusieran a la heterogeneidad del imperio. En ese sentido, la gran innovación de Darío consistió en crear una moneda real, inspirándose en la moneda lidia. Así nació el *dárico*, moneda de oro con un peso de 8,4 gr., que presentaba la efigie del rey blandiendo el arco, y que se ha hallado en todo el imperio (el oro se enviaba a Persia, donde era fundido en lingotes y almacenado en el tesoro real, hasta que se acuñaba según se iba necesitando). Cf. C. F. LEHMANN, *Altbabylonisches Mass und Gewichtssystem*, Leiden, 1893; y B. V. HEAD, *Historia Nummorum. A Manual of Greek Numismatics*, Londres, 1911, pág. 826.

[450] A partir de este punto comienza propiamente la descripción del imperio persa tal y como fue organizado por Darío, con dos partes claramente diferenciadas. Una, que abarca los capítulos 90-96, y que es una enumeración estadística de las zonas en que estaba dividido el imperio. Otra, que abarca los capítulos 97-117, y que describe —dentro del gusto que Heródoto denota permanentemente por lo lejano y peculiar— las partes más remotas del mismo. Esta digresión administrativa del imperio —que contiene, además, una serie de digresiones meno-


1. LAS SATRAPÍAS DE DARÍO
A
B
C
D
1
2
3
PONTO EUXINO
CÁUCASO
MAR CASPIO
R. ARAXES
RÍO ARAXES
CORASMIOS
XVI
SACAS
XV
PAFLAGONIOS
MARIANDINOS
MISIOS
II
LASONIOS
CABALIOS
LIBIOS
EOLIOS
HITENEOS
MAGNESIOS
CARIOS
MILIAS
JONIOS
I
III
MACRONES
SIRIOS
XIX
MOSINECOS
PANFILIOS
IV
CILICIOS
LICIOS
MOSCOS
MARES
TIBARENOS
ARMENIOS
XIII
PÁCTICA?
XVIII
CASPIOS
ALARODIOS
SASPIRES
MATIENOS
CASPIOS
PARTOS
HIRCANIOS
XII
EGLOS
BACTRIA
GANDARIOS
DARITAS
ARIOS
PAUSICAS
PANTIMATOS
XI
MEDOS
O ECBATANA
X
ORTOCORIBANTIOS
DADICAS
PÁCTICA?
SATÁGIDAS
VII
INDIOS
Golfo Miriándico
POSIDEO
V
SIDÓN
TIRO
FENICIA
ASIRIOS
IX
SIRIA PALESTINA
SAIS
YANISO
LAGO SERBÓNIDE
ÁRABES
BABILONIA
SAGARTIOS
CISIOS
SUSA
VIII
UTIOS
XIV
SARANGAS
APARITAS
XX
RÍO INDO
TAMANEOS
PERSIA
VI
EGIPTO
ARABIA
MAR ERITREO
MICOS
XVII
PARICANIOS
PADEOS
ETÍOPES DE ASIA
ISLAS DE LOS DEPORTADOS

Asia[451], eolios, carios, licios, milias y panfilios[452] (pues Darío había fijado la tributación de estos pueblos glo-

---

res— es un testimonio importantísimo para el conocimiento de la administración persa, si bien ha sido diferentemente valorado. Por un lado, nos encontramos con el problema que plantea el carácter de la información de Heródoto. LEHMANN-HAUPT, *R. E.*, s. v. *Satrap*, pensaba que se trataba de un catálogo geográfico redactado por HECATEO (cf. V 36), e incluido por DIONISIO DE MILETO en sus *Persiká*, que Heródoto se limitaría a transcribir (pero, para los problemas que plantea esta hipótesis, cf. *supra* nota III 323); en tanto que H. STEIN, *Herodoti Historiae*, III..., pág. 104, por ejemplo, consideraba que la lista era una mera descripción económica, y no administrativa, dado que hay algunas contradicciones con el resto de informaciones que da Heródoto (en VII 64 y IX 113 dice que sacas y bactrios formaban una satrapía, mientras que, en III 92-93, aparecen en dos distintas), y ciertos puntos inaceptables, como la admisión de la decimosexta satrapía tal y como la menciona Heródoto, que, incluyendo a partos, corasmios, arios y sogdianos, hubiera tenido una extensión excesiva (y, teóricamente, sólo tributaban trescientos talentos). Es cierto que, además de lo expuesto, la lista de Heródoto presenta ciertos problemas, como que su enumeración no coincida con ninguna de las que aparecen en las inscripciones erigidas por Darío; que tras las seis primeras satrapías de su lista no haya, en la enumeración, orden geográfico; o que la omisión de Hircania resulte inexplicable. Pero quizá no haya que atribuir todo ello al historiador. De III 105, 1-2: «según afirman los persas» —frase que, aunque no literalmente, se repite en dos ocasiones—, y III 117, 6 («según he oído decir»), quizá se deduzca que esta lista puede responder (y eso explicaría la poco hábil transcripción de los nombres persas o la posible deficiente información de su fuente) a un comentario verbal, realizado tal vez por un funcionario persa de la satrapía de Sardes o de Dascilio, a partir de un documento oficial propio de la época de Jerjes —y no de Darío—, pero con errores e inexactitudes imputables al historiador o a su comentarista. Desde luego, en un documento oficial genuinamente persa, la enumeración no comenzaría por Jonia y los países más cercanos a Grecia, sino por Persia y las regiones centrales del imperio. En general, cf. P. J. JUNGE, *Dareios I. König der Perser*, Leipzig, 1944; y A. G. LAIR, «The persian army and tribute lists in Herodotus», *Classical Philology* 19 (1921), 305-326.

[451] La especificación tiene por objeto distinguir a estos mag-

balmente) recaudaba cuatrocientos talentos de plata[453]. Esta era, en suma, la primera provincia que el monarca había implantado.

Por otra parte, de los misios, lidios, lasonios, cabalios e hiteneos[454] recaudaba quinientos talentos[455], siendo ésta la segunda provincia[456].

El tributo procedente de los pueblos del Helesponto situados a mano derecha según se entra en el estrecho[457], de los frigios, tracios de Asia, paflagones, mariandinos y sirios[458] ascendía a trescientos sesenta talentos[459], siendo ésta la tercera provincia[460]. 2

---

nesios de Asia de los que habitaban en Tesalia, en la península de Magnesia.

452 Todos los pueblos aquí citados se hallaban situados en el sur y sudoeste de la península anatólica (los milias ocupaban una región montañosa al nordeste de Licia; cf. I 173, 2, y Estrabón, XIII 4, 17). Para la localización de los pueblos que aparecen mencionados a lo largo de la lista, cf. el mapa relativo a las satrapías de Darío (pág. 179).

453 Aproximadamente 13.476 kg. de plata.

454 Pueblos situados al noroeste de Anatolia, aunque hay problemas de identificación. Los cabalios (o cabaleos, cf. VII 77) habitaban al norte de Licia (cf. Estrabón, XIII 4, 17), y, en VII 77, Heródoto los confunde con los lasonios. Por su parte, los hiteneos residían en las montañas de Pisidia (cf. Jenofonte, *Anábasis* I 1, 11; y Polibio, V 73, que los llama *Eteneos*).

455 Aproximadamente 16.845 kg. de plata.

456 Administrativamente las dos primeras provincias dependían de un único sátrapa, que residía en Sardes (= *Sparda*, en persa). Cf. III 120, 1, y V 25, 1.

457 A partir del mar Egeo; es decir, se refiere a los habitantes de la orilla asiática del Helesponto.

458 Estos pueblos se hallaban situados al norte y noroeste de Anatolia. Los tracios asiáticos recibían el nombre de «bitinios» (cf. VII 75). Los mariandinos residían en las cercanías de la ciudad de Heraclea (cf. Jenofonte, *Anábasis* VI 2, 1). Los sirios son los 'sirios capadocios' (cf. *supra* nota I 15), llamados por los persas *Katapatuka*.

459 Unos 12.128,5 kg. de plata.

460 Era la satrapía de Dascilio (cf. Tucíd., I 129, 1), que ocupaban hereditariamente los descendientes de Ótanes, uno de los siete conjurados contra Bardiya.

3 El tributo de los cilicios[461] consistía en trescientos sesenta caballos blancos —a razón de uno por cada día[462]— y quinientos talentos de plata; de esta suma, ciento cuarenta talentos se invertían en las fuerzas de caballería que guarnecían Cilicia[463], mientras que los trescientos sesenta restantes[464] iban a parar a Darío. Ésta era la cuarta provincia.

91 Desde la ciudad de Posideo, que Anfíloco[465], hijo de Anfiarao, fundara en la frontera entre cilicios y sirios, a partir, digo, de esa ciudad, y hasta Egipto, el tributo, excepción hecha del territorio de los árabes (pues esa zona se hallaba exenta de impuestos[466]), ascendía a

---

[461] Cilicia no sólo abarca en este caso la zona costera del sur de Anatolia, sino también la región situada al norte del Tauro, hasta el río Halis (cf. I 72, 2), y la zona sudoriental de Anatolia, hasta el Eufrates (la posterior Comagene). De ahí la importancia del tributo que satisfacía. La región, además, estuvo regida por gobernantes del país que llevaban el título de *Siénesis* (cf. I 74, 3; V 118, 2; VII 98, 1), cuya dependencia del poder central persa varió según la fortaleza o debilidad de la monarquía aqueménida.

[462] A razón de uno por cada día del año, utilizando un cómputo mensual de treinta días. Los caballos eran blancos porque se consagraban al dios solar Mithra (sobre el sacrificio de caballos, cf. VII 113, 2).

[463] En razón de la importancia estratégica de las *Puertas Cilicias*.

[464] Las sumas equivalen, respectivamente, a 16.845 kg. (= 500 talentos); 4.716,5 kg. (= 140 talentos); y 12.128,5 kg. (= 360 talentos).

[465] Anfíloco era hijo del adivino Anfiarao (cf. I 46,2, y nota I 106) y practicó también la mántica. Tras la toma de Troya, en la que participó, se embarcó en compañía del adivino Calcante y fue arrojado por una tempestad hasta las costas de Panfilia (cf. VII 91). La ciudad de Posideo se hallaba situada al sur de la desembocadura del río Orontes, en las faldas del monte Casio, en Siria, que constituía el límite sur de Cilicia.

[466] Para la identificación de estos árabes, cf. *supra* nota III 23. Sobre las razones de que su territorio estuviese exento de impuestos, cf. III 7 y 9.

trescientos cincuenta talentos[467]. En esta provincia, pues, se incluye toda Fenicia, la Siria que se llama Palestina[468] y Chipre, siendo ésta la quinta provincia[469].

De Egipto, de los libios que lindan con Egipto, de 2
Cirene y de Barca[470] (pues dichas ciudades habían sido encuadradas en la provincia egipcia) recaudaba setecientos talentos[471], sin contar la suma de dinero procedente del lago Meris[472], que se obtenía del producto de
la pesca. La recaudación, pues, ascendía a setecientos 3
talentos, independientemente de dicha suma y de la aportación adicional de trigo, ya que, entre los persas apostados en el Alcázar Blanco[473] de Menfis y entre sus mercenarios, los egipcios distribuyen ciento veinte mil *medimnos* de trigo[474]. Ésta era la sexta provincia.

---

[467] Unos 11.791 kg. de plata.

[468] Cf. *supra* nota III 26.

[469] Los persas llamaban a esta zona la satrapía de «allende el río» (es decir, el Eufrates; cf. *Esdras* V 6; VI 6). Posteriormente, sin embargo, debía de extenderse también al este del Eufrates (cf. ARRIANO, *Anábasis* III 8, 6).

[470] Sobre su conquista por las tropas enviadas por el sátrapa de Egipto, Ariandes, cf. IV 201. La ciudad se hallaba situada en Libia, al oeste de Cirene.

[471] Aproximadamente 23.583 kg. de plata, suma que respondía a la riqueza y feracidad de Egipto.

[472] Sobre el lago Meris, cf. *supra* II 149, y nota II 530. Según se desprende de II 149, 5, la suma que producía la venta de la pesca que se obtenía en dicho lago era de unos 243 talentos de plata; es decir, unos 8.186,5 kg. (182,5 talentos durante los meses de crecida del Nilo y 60,5 durante el período en que el curso del río iba bajo).

[473] La fortaleza de Menfis. Cf. *supra* III 13, 2 y nota III 72; asimismo, TUCÍD., I 104, 2.

[474] La unidad de medida para sólidos era el *cotilo*, que equivalía a 0,27 l., según el sistema ateniense. Un *medimno* suponía 192 *cotilos*, es decir, 51,84 l., por lo que la suma indicada por Heródoto representa 62.208 hectólitros.

4 Los satágidas, los gandarios, los dadicas y los aparitas[475], que estaban agrupados en la misma circunscripción, aportaban ciento setenta talentos[476], siendo ésta la séptima provincia.

De Susa y del resto del territorio de los cisios recaudaba trescientos talentos, siendo ésta la octava provincia[477].

92 De Babilonia y del resto de Asiria[478] recaudaba mil talentos de plata y quinientos eunucos de corta edad, siendo ésta la novena provincia.

---

[475] Estos pueblos se hallaban situados en la región nororiental del imperio, al sur de la cordillera del Hindukush; aproximadamente, en la zona del actual Afganistán (desde el alto Pendjab hasta el río Kabul). Cf. Hecateo, fr. *294* a, *F. Gr. Hist.*, y comentario, página 365. El «salto» geográfico que tiene lugar en la enumeración de la lista de Heródoto es, pues, evidente desde la sexta a la séptima provincia y las interpretaciones que se han propuesto al respecto han sido diversas.

[476] Unos 5.727 kg. de plata.

[477] La enumeración pasa ahora al fondo del Golfo Pérsico, dándose a continuación la novena, décima y undécima satrapía en orden geográfico de sur a norte. El nombre oficial de la satrapía cisia era el de *Susiana,* que correspondía al antiguo Elam. El tributo que satisfacía esta provincia ascendía a 10.107 kg. de plata.

[478] A lo largo de su obra —y pese a que en las inscripciones cuneiformes hay distinción geográfica—, Heródoto entiende, bajo el nombre de Asiria, todo el territorio comprendido entre la meseta del Irán, Armenia y el desierto arábigo, incluyendo Babilonia. La confusión del historiador (cf., por ejemplo, I 178, 1) puede deberse a la similitud religiosa y cultural existente entre Babilonia y Nínive, y a que Babilonia había sido con frecuencia vasalla de los asirios. La enorme extensión de la novena satrapía se debe quizá a los méritos de su primer sátrapa, Zópiro (cf. III 160, 2), extensión que probablemente se mantuvo hasta el regreso de Jerjes de Grecia, cuando reprimió una revuelta que tuvo lugar en Babilonia (cf. I 183, 3; Arriano, *Anábasis* VII 17, 2). La extraordinaria importancia del tributo que el rey persa obtenía de esa zona (33.690 kg. de plata) estaba justificada, además de por la magnitud de la satrapía, por la riqueza de la

De Ecbatana y del resto de Media, así como del país de los paricanios y del de los ortocoribantios, recaudaba cuatrocientos cincuenta talentos, siendo ésta la décima provincia[479].

Por su parte, los caspios, los pausicas, los pantima- 2
tos y los daritas, que tributaban juntos, satisfacían doscientos talentos, siendo ésta la undécima provincia[480].

Desde el país de los bactrianos, hasta el de los eglos, el tributo impuesto[481] ascendía a trescientos sesenta talentos, siendo ésta la duodécima provincia[482].

---

región (cf. I 192), que abastecía durante un tercio del año al ejército real y todavía dejaba pingües beneficios al sátrapa.

[479] La décima satrapía, que tributaba 15.160,5 kg. de plata, abarcaba la región de Media, al norte de los montes Zagros. Sin embargo, Heródoto debió de sufrir un error al transcribir el nombre de los paricanios, que aparecen mencionados en III 94, 1 como integrantes de la decimoséptima satrapía. Es posible que, en lugar de los paricanios, en la lista que sirvió de fuente al historiador figuraran los paretacenos, que constituían una tribu meda (cf. *supra* I 101) y que habitaban en las montañas que separaban Persia de Media y Susiana. De los ortocoribantios no se poseen noticias fidedignas, aunque es posible que se trate de un pueblo llamado *Tigrakhanda*, mencionado en la inscripción de Naqš-i-Rustam, y que residía al norte de Media.

[480] Los cuatro pueblos mencionados en este pasaje no aparecen citados en ningún testimonio antiguo (los caspios, por otra parte, no deben de ser el pueblo citado con el mismo nombre en III 93, 3). Es posible que esta undécima satrapía se refiera a Hircania, que no es incluida en la lista del historiador (pero cf. III 117, 1; y VII 62, 2); si ello es así, estos pueblos habitarían en la costa sudoriental del mar Caspio. La cantidad tributada ascendía a 6.738 kg. de plata.

[481] Para el valor de *phóros* con el significado de «tributo impuesto» (independientemente de su percepción o no), cf. O. MURRAY, «Ὁ ΑΡΧΑΙΟΣ ΔΑΣΜΟΣ», *Historia* 15 (1966), 142-156.

[482] La duodécima satrapía recibía el nombre de Bactria (*Bakhtri* era la región del curso alto del Oxos) y se hallaba situada en la cuenca alta del Amu Daria. Los eglos son un pueblo desconocido, pues su identificación con los *Aygaloí* que menciona TOLOMEO, en VI 12, no es satisfactoria, dado que éstos

93 De Páctica, de los armenios, y de los pueblos limítrofes, hasta el Ponto Euxino, recaudaba cuatrocientos talentos, siendo ésta la decimotercera provincia[483].

2 De los sagartios, sarangas, tamaneos, utios, micos y de los moradores de las islas del mar Eritreo[484], donde el rey confina a los que reciben el nombre de «desterrados»[485], de todos estos pueblos, digo, el tributo impuesto ascendía a seiscientos talentos, siendo ésta la decimocuarta provincia[486].

3 Los sacas y los caspios satisfacían doscientos cincuenta talentos, siendo ésta la decimoquinta provincia[487].

---

eran un pueblo sagartio. La tributación de la provincia ascendía a 12.128,5 kg. de plata.

[483] Esta satrapía se hallaba situada entre el mar Caspio y el Negro (el Ponto Euxino), al sur de la Cólquide. Se ignora la situación de la región Páctica (que no es la misma que, en III 102, 1, figura entre las regiones de la India), aunque es posible que se trate de una errónea transcripción por parte de Heródoto a partir del nombre persa de Capadocia (*Katpatuka)*, pues, como se desprende del testimonio del historiador en I 72, 2, los sirios capadocios quedaban a la derecha del curso medio del Halis. La cantidad tributada ascendía a 13.476 kg. de plata.

[484] En este caso el mar Eritreo hace alusión al Golfo Pérsico.

[485] La práctica de la deportación era usual en las monarquías orientales. Cf. *II Reyes* XV 29; XVIII 11 y 32; y Heródoto, VI 3 y VII 80.

[486] La decimocuarta satrapía ocupaba la zona occidental de la meseta del Irán, hasta el Golfo Pérsico; y todos los nombres de los pueblos que cita Heródoto, salvo los tamaneos, aparecen mencionados en las inscripciones de Darío. Los sagartios (cf. I 125, 4) y los utios (cf. *Inscr. Beh.* § 40, donde se menciona el distrito persa de *Yautija)* parece ser que pertenecían a los pueblos persas que regían el imperio. Su adscripción dentro de las zonas tributarias se debe, quizá, a que no cooperaron con Ciro en su ataque a la monarquía meda. La cantidad tributada ascendía en este caso a 20.214 kg. de plata.

[487] Esta satrapía debía de ocupar la zona situada entre los cursos medios del Oxos (= Amu Daria) y del Yaxartes (= Syr Daria), al norte del Hindukush y al noreste de Bactria y Sogdiana. Para un intento de localización más preciso (aunque no

Por su parte, los partos, los corasmios, los sogdos y los arios tributaban trescientos talentos, siendo ésta la decimosexta provincia [488].

Los paricanios y los etíopes de Asia satisfacían cuatrocientos talentos, siendo ésta la decimoséptima provincia [489]. 94

A los matienos, saspires y alarodios se les había impuesto un tributo de doscientos talentos, siendo ésta la decimoctava provincia [490].

---

determinante), cf. PH. E. LEGRAND, *Hérodote. Histoires. Livre III...*, pág. 142, nota 1. Los sacas podían ser escitas (en las inscripciones de Darío aparecen citados con el nombre de *Sakastana)*, en tanto que los caspios, en este caso, debían de ser tribus indias del norte (cf. TOLOMEO, VII 43-47). La cantidad tributada suponía 8.422,5 kg. de plata.

[488] La decimosexta satrapía, que incluía sobre todo tribus nómadas, ocupaba una zona muy extensa al oeste y norte de Bactria, desde el mar de Aral hasta el sudeste de Hircanía (la región de Herat). Todos los pueblos mencionados por Heródoto aparecen en las inscripciones de Darío. Los partos (que tan famosos fueron posteriormente) habitaban al sudeste del Caspio. Los corasmios en el curso bajo del Oxos (cf. I. V. PYANKOV, «The Chorasmians of Hecataeus of Miletus» [en ruso con resumen en inglés], *Vestnik Drevnej Istorii* 120 [1972], 3-21). Los sogdos en Sogdiana, al norte de Bactria (su capital era *Marakanda* = Samarcanda). Los arios al sudeste de los partos. La cantidad tributada ascendía a 10.107 kg. de plata, una cifra no muy elevada para la extensión de la satrapía, pero justificada por el carácter nómada de los pueblos que en ella habitaban.

[489] Esta satrapía ocupaba la región que posteriormente recibió el nombre de Gedrosia (cf. ARRIANO, *Anábasis* VI 22 y sigs.) en el actual Beluchistán, a orillas del golfo de Omán. El nombre de «etíopes de Asia» debe de referirse a un pueblo de tez oscura (como la de los etíopes de Africa; cf. VII 70) que habitaba a orillas del mar. Sobre los paricanios carecemos de noticias; tal vez se tratara de un pueblo del interior (a partir del sánscrito *Parvaka*, «habitantes de las montañas). La suma tributaria ascendía a 13.476 kg. de plata.

[490] La decimoctava satrapía estaba situada al sudoeste del mar Caspio, en la zona del curso alto del Araxes (= el Arask, río de Armenia que desemboca en el Caspio). Con todo, la

2 Por su parte, a los moscos, tibarenos, macrones, mosinecos y mares se les había ordenado el pago de trescientos talentos, siendo ésta la decimonovena provincia[491].

Y por cierto que, de todos los pueblos que conocemos, el número de los indios[492] es, con mucho, el más elevado; por eso satisfacían un tributo equivalente al de todos los demás juntos: trescientos sesenta talentos de oro en polvo[493]. Ésta era la vigésima provincia.

---

localización exacta de los tres pueblos citados no está bien determinada. Sobre los matienos, cf. I 189, 1 y nota I 484. Los saspires debían de estar asentados al norte de aquéllos, entre Media y la Cólquide (cf. I 104, 1, y nota I 270). En cuanto a los alarodios, nuestra única fuente de información es Heródoto; y, en VII 79, aparecen unidos a los saspires y armados como los colcos. Posiblemente, en el siglo IV a. C. se asimilaron a las tribus armenias. La tributación de esta satrapía ascendía a 6.738 kg. de plata.

[491] Los pueblos que formaban esta satrapía se hallaban asentados en la costa sudeste del mar Negro. Cf. JENOFONTE, *Anábasis* IV 8, para los macrones, cuyo armamento era similar al de los colcos. Sobre los mares, cf. *infra* VII 79 y HECATEO, fr. 205, *F. Gr. Hist.* (donde menciona también a los mosinecos, de quienes dice que eran vecinos). Los tibarenos y los moscos (llamados *Tabali* y *Muskana* en las inscripciones asirias) aparecen citados en *Ezequiel* XXVII 13 como dedicados al comercio (cf., asimismo, JENOFONTE, *Anábasis* VII 8, 25). La tributación de esta provincia ascendía a 10.107 kg. de plata.

[492] Para Heródoto la India se limita al valle del Indo, dado que, al este del río, no había más que arena (cf. III 98, 2). El historiador dice, en IV 44, 3, que Darío, tras el viaje de Escílax, sometió a algunos pueblos indios y que empleaba el Indo como ruta comercial, lo cual concuerda con la inscripción de Darío en Persépolis, donde incluye a los indios entre sus súbditos (aunque, en III 102, 1, Heródoto parece limitar la soberanía persa a la región noroccidental de la India). En época de Alejandro la autoridad de los persas no era reconocida al este del río.

[493] Aproximadamente, 9.331 kg. de oro, de acuerdo con el peso del talento euboico, que, según Heródoto (cf. III 89, 2), se aplicaba como unidad tributaria para el oro (= 4.680 talentos de

Pues bien, si el talento de plata babilonio se reduce 95
al valor del euboico, resultan nueve mil ochocientos
ochenta talentos[494]; y, por otra parte, si se tiene en
cuenta que el oro tiene un valor trece veces superior al
de la plata, se llega a la conclusión de que el oro en
polvo equivale a cuatro mil seiscientos ochenta talen-
tos euboicos[495]. Al sumar, pues, todas esas cifras, re- 2
sulta que el total amasado en el tributo satisfecho
anualmente a Darío ascendía a catorce mil quinientos
sesenta talentos euboicos[496]. Y eso que omito el detalle
de las cifras de menor cuantía[497].

---

plata, como se dice en el capítulo siguiente; es decir, un equivalente a unos 121.305,5 kg. de plata).

[494] La suma total (que no es la lectura transmitida por la mayoría de los códices, pero que se acomoda al valor real de las cifras expresadas por Heródoto) resulta como sigue, de acuerdo con la tributación de cada satrapía en talentos babilonios de plata: 400 talentos (1.ª satrapía) + 500 (2.ª) + 360 (3.ª) + + 360 (4.ª; = 500 talentos — 140 empleados en las fuerzas de caballería apostadas en Cilicia) + 350 (5.ª) + 700 (6.ª) + 170 (7.ª) + + 300 (8.ª) + 1.000 (9.ª) + 450 (10.ª) + 200 (11.ª) + 360 (12.ª) + 400 (13.ª) + 600 (14.ª) + 250 (15.ª) + 300 (16.ª) + 400 (17.ª) + 200 (18.ª) + + 300 (19.ª) = 7.600 talentos babilonios de plata. Como la relación entre el talento babilonio y el euboico era de 60 : 78 minas, de ahí que 7.600 × 78 : 60 = 9.880 talentos euboicos. Es decir, aproximadamente 256.090 kg. de plata.

[495] El valor del oro con respecto a la plata era, en realidad, de 13 1/3 (cf. A. Beltrán, *Numismática antigua*, Cartagena, 1950, páginas 68 y sigs.), y no de 13. No obstante, en Grecia solía atribuírsele una relación de 10 : 1 (cf. Lisias, XIX 42-43; Jenofonte, *Anábasis* I 7, 18). Heródoto, en este caso, da mayor valor al oro, pues el oro persa era muy puro (cf. IV 166, 2). El oro indio, pues, reducido a plata de acuerdo con el valor del talento euboico, alcanzaba la cifra indicada por el historiador: 360 × × 13 = 4.680 = 121.305,5 kg. de plata.

[496] Aproximadamente 377.395,5 kg. de plata. Los manuscritos, sin embargo, dan otras cifras que no concuerdan con los guarismos parciales atribuidos a cada satrapía y al sistema de conversión empleado por el historiador. Discordancia que se ha tratado de explicar por posibles errores cometidos por Heródoto al manejar el *ábaco*, una tabla de cálculo, que operaba con fi-

96 Este era el tributo que llegaba a manos de Darío procedente de Asia y de una pequeña parte de Libia[498]. Pero, es más, andando el tiempo, engrosaba, asimismo, sus arcas un nuevo impuesto procedente de las islas[499] y de los pueblos que, hasta Tesalia, habitan en Europa.
2 He aquí ahora cómo atesora el rey el tributo en cuestión[500]: hace fundir el metal y verterlo luego en unas tinajas de barro; y, una vez llena la vasija, manda romper el revestimiento de barro. Y siempre que precisa de dinero, acuña la cantidad de metal que, según la ocasión, pueda necesitar.

97 Estas eran, en suma, las provincias y las cargas tributarias. Y por cierto que Persia es la única zona que no he citado como tributaria; la razón es que los persas habitan un territorio que goza de exención de im-
2 puestos. Por otra parte, había pueblos que no habían recibido orden de satisfacer tributo alguno, pero que entregaban presentes; eran los que siguen[501]: los etío-

---

chas, para operaciones complicadas. Cf. M. LANG, «Herodotos and the abacus», *Hesperia* 26 (1957), 271-287; y PH. E. LEGRAND, *Hérodote. Histoires. Livre III..., ad locum*, para la lectura no coherente de los manuscritos.

497 En III 117, por ejemplo, se menciona un tipo de percepción tributaria al margen del impuesto general, caso que debía de producirse con frecuencia en impuestos sobre peajes, suministros de aguas, etc.

498 Incluida en la sexta satrapía (cf. III 91, 2): Cirene, Barca y los libios colindantes con Egipto.

499 Las islas griegas del mar Egeo.

500 El tesoro se guardaba principalmente en Susa (cf. ARRIANO, *Anábasis* III 16); si bien, había asimismo grandes tesoros almacenados en Persépolis (cf. DIODORO, XVII 71) y, algo menores, en Pasargada (cf. ARRIANO, *Anábasis* III 18) y Ecbatana (ARRIANO, *Anáb.* III 19). Según ARRIANO (*Anáb.* III 16, 7), Alejandro, al tomar Susa, encontró en el tesoro real la suma de 50.000 talentos = 1.296.000 kg. de plata.

501 Todos los pueblos que se citan a continuación se encontraban en los diversos confines del imperio persa, donde no existía una administración centralizada, por lo que el tradicional

pes que lindan con Egipto, a quienes Cambises había sometido en el curso de su expedición contra los etíopes macrobios[502] ************[503], que están asentados en derredor de la sagrada Nisa[504] y que celebran las festividades en honor de Dioniso[505]. (Estos etíopes

---

sistema de reconocer la superioridad militar de una nación poderosa se reflejaba en la entrega de presentes (cf., por ejemplo, *I Reyes* X 22).

[502] Cf. *supra* III 17, y 20 y sigs. (así como notas III 101 y 141). La expedición de Cambises contra Etiopía no constituyó, pues, el fracaso que le atribuye Heródoto (la alusión al ébano y a los colmillos de elefante entre los presentes que los etíopes entregaban a Darío ha permitido pensar que la influencia persa llegó bastante al sur), pues, al menos, consiguió asegurar la frontera sur de Egipto hasta la segunda catarata mediante la sumisión de los etíopes nómadas que residían en las cercanías de la isla de Tacompso (cf. *supra* II 29, 4) y quizá de parte de los etíopes sedentarios (cf. II 29, 6).

[503] El texto debe de presentar una laguna según se infiere de III 97, 3, al aludir el historiador a «estos dos pueblos...». H. Stein, *Herodoti Historiae*, III..., pág. 112, propuso la adición de *kaì hoi plēsióchōroi toútoisi*, es decir, «y sus vecinos», que se repetiría a continuación.

[504] Cf. II 146, 2. La ciudad de Nisa es una localidad fantástica que se ha relacionado con el segundo componente del nombre de Dioniso (el primero contiene el nombre del dios del cielo, Zeus), aunque se han propuesto otras interpretaciones. Diodoro, I 15, la situaba en la zona de la *Arabia Felix* (por el estrecho de Bab el Mandeb), mientras que el *Himno homérico* I 8 y Heródoto la sitúan en el curso medio del Nilo.

[505] Se trata de Osiris, pues las concomitancias entre el dios egipcio y Dioniso eran importantes. La mutilación de Osiris por Seth era paralela a la de Dioniso por los Titanes; y la resurrección de ambos dioses tenía un carácter similar (cf. Plutarco, *De Iside et Osiride* 35). La conquista de Nubia por parte de los egipcios durante el Imperio Nuevo facilitó la introducción de las divinidades tebanas en la zona de Nápata. Además, el carácter teocrático del reino etíope (donde también se veneraba a Amón, representado con cabeza de carnero, Isis, Ra y otros dioses menores; cf. Plinio, *Historia Natural* VI 186; Estrabón, XVII 2, 3) es confirmado por varios testimonios (cf., por ejemplo, Diodoro, III 5, 6).

y sus vecinos tienen el esperma igual que los indios calantias y, además, poseen viviendas subterráneas[506].)
3 Estos dos pueblos entregaban conjuntamente, cada dos años —y lo siguen haciendo todavía en mis días—, dos *quénices*[507] de oro sin acendrar, doscientos troncos de ébano, cinco muchachos etíopes y veinte colmillos de elefante.

4 Y también los colcos y sus vecinos, hasta la cordillera del Cáucaso (pues el dominio de los persas llega hasta la mencionada cordillera, si bien los pueblos situados al norte del Cáucaso ya no se preocupan lo más mínimo de ellos), se habían impuesto la entrega de presentes. Pues bien, dichos pueblos todavía en mi época satisfacían, cada cuatro años, los presentes que se habían impuesto: cien muchachos y cien doncellas.

5 Por su parte, los árabes entregaban, cada año, mil talentos de incienso[508]. Al margen del tributo, estos eran los presentes que hacían llegar al rey dichos pueblos.

---

[506] La frase puede ser una interpolación (cf. PH. E. LEGRAND, *Hérodote. Histoires. Livre III..., ad locum*), ya que, salvo en III 38, 4, no se ha aludido todavía a los indios calantias (si es que se trata del mismo pueblo allí mencionado; cf. *supra* nota III 202), a los que, además, se atribuye una peculiaridad propia de varias tribus indias (cf. III 101, 2).

[507] Aproximadamente 2,16 l.

[508] Unos 25.920 kg. Los árabes que entregaban este presente deben de ser la tribu de los *Lihyān* o de los *Nabateos* (cf. *supra* nota III 23), que probablemente no estaban exentos de tributación —y la entrega de presentes era una forma primitiva de satisfacer un tributo—, aunque no estuviesen integrados en el sistema provincial persa. No obstante, la cuestión sigue sin resolver y se han propuesto diversas interpretaciones. La más plausible es pensar que los gobernadores puestos al frente de la quinta satrapía (Fenicia, Siria Palestina y Chipre) tenían orden de respetar la autonomía de la tribu que pactó con Cambises, pero es presumible que la tribu entregase un presente anual y que contribuyese con tropas a las expediciones persas (cf. *supra* III 69), satisfecha de conservar su independencia a costa de esos dos deberes. Cf. E. MERKEL, *Die Araber in der alten Welt*, I, Berlín, 1964, págs. 167 y sigs.

La India

98 Por cierto que los indios consiguen esa gran cantidad de oro, que les permite hacer llegar al rey el oro en polvo que he mencionado, del siguiente modo. La 2
zona oriental de la India[509] es un arenal (de hecho, de los pueblos que conocemos y sobre los que constan noticias fidedignas, los indios son los que, en Asia, residen más hacia el lejano oriente[510]); pues bien, la arena hace que la zona que se extiende al este de los indios sea un desierto[511].

---

[509] Comienza aquí una digresión sobre la India (que interrumpe, hasta el capítulo 102, el relato sobre el medio de que se valían los indios para obtener el oro en polvo), que puede provenir de una fuente literaria (y que ejerció gran influencia en la descripción de la India que llevó a cabo Nearco en el siglo IV a. C.; cf. O. Murray, «Herodotus and Hellenistic culture», *Classical Quarterly* 22 [1972], 200-213): 1. En III 102, 1, Heródoto dice que unos indios «tienen un género de vida similar al de los bactrios», cuando no describe en parte alguna ese género de vida, lo cual podría indicar que el historiador está copiando a otro escritor que sí incluía una descripción de las costumbres bactrias. 2. La fuente puede ser Hecateo (aunque a este respecto se ha de ser precavido, pues no conocemos bien la obra de Hecateo y todo lo que en época alejandrina se atribuía al logógrafo de Mileto puede que no fuera suyo; cf. H. Diels, «Herodotos und Hekataios», *Hermes* 22 [1887], 411-444), pues Heródoto, en III 106, pretende probar que los confines del mundo albergan los productos más valiosos, cosa que puede responder al fr. 225 de Hecateo, *F. Gr. Hist.* 3. La crítica que aparece en III 115-116 sobre la existencia del río Erídano, de las islas Casitérides y de hombres de un solo ojo, puede referirse quizá a la *Periégesis* de Hecateo.

[510] Literalmente, «hacia la aurora y la salida del sol». Como es norma general en Heródoto, el historiador suele referirse, a modo de sistema de orientación espacial, a los vientos, a la posición del sol, etc. Cf. *supra* nota I 16.

[511] Se trata del desierto de Thar, situado al este del río Indo, y que para Heródoto suponía el límite oriental del mundo conocido.

3 Entre los indios, por otra parte, hay numerosos pue-
blos[512], pero entre sí no hablan una misma lengua;
además, unos son nómadas, mientras que otros no; y
algunos residen en las zonas pantanosas del río y se
alimentan de peces crudos que capturan a bordo de
embarcaciones de cañas (cada embarcación, por cierto,
4 la hacen con un solo cañuto de caña[513]). Estos indios,
además, llevan una vestimenta confeccionada con jun-
cos: después de recoger el junco del río y de machacar-
lo, lo trenzan convenientemente a modo de una estera
y, luego, se lo ponen como un peto.

99 Otros indios, que habitan al este de estos últimos,
son nómadas, comen carne cruda y se llaman padeos[514].
Y, según dicen, poseen las siguientes costumbres: cuan-
do un miembro de la tribu —sea hombre o mujer—
enferma, si se trata de un hombre, los hombres más

---

[512] Posiblemente se trata de pueblos no indoeuropeos, que habitaban al oeste de la India y que no presentaban una unidad cultural ni idiomática. Cf. C. LASSEN, *Indische Altertumskunde*, I, Leipzig, 1908, págs. 388 y sigs.

[513] La afirmación puede ser exagerada (exageración aún más acusada en CTESIAS, *Indiká* 6, quien afirma que las cañas en cuestión eran tan altas como mástiles de navío y tan gruesas que dos hombres no podían abarcarlas con los brazos extendidos). La caña a que alude Heródoto puede tratarse de una gramínea del género *Bambusa*, de tallo grueso, resistente y flexible, que puede alcanzar hasta 15 m. de alto, con entrenudos muy marcados separados de 30 a 50 cm. Sin duda el historiador no vio las embarcaciones a que alude y sus informaciones son de segunda mano.

[514] El nombre puede estar relacionado con el sánscrito *padi* «(animal) salvaje» (aunque se han propuesto otras etimologías, como *padja*, palabra sánscrita que significa «malo»). Cf. TÍBULO, IV 1, 144-145:

> Impia vel saevis celebrans convivia mensis
> ultima vicinus Phoebo tenet arva Padaeus.

La descripción que de los padeos nos ofrece Heródoto podría aplicarse a los negros *gonda*, primitiva tribu dravídica del Deccán septentrional, en la altiplanicie del sur de la India. Desconocen,

allegados a él lo matan, alegando que, si dicho sujeto acaba siendo consumido por la enfermedad, sus carnes se les echan a perder. Y aunque niegue estar enfermo, ellos, sin darle crédito, acaban con él y luego se dan un banquete a su costa. Igualmente, si es una mujer quien 2
enferma, las mujeres más estrechamente ligadas a ella hacen lo mismo que los hombres. Pues el caso es que, a quien llega a la vejez, lo inmolan y luego se dan un banquete a su costa. Pero entre ellos no son muchos los que llegan a la condición de tal, dado que previamente matan a todo el que cae enfermo [515].

Y hay otros indios que observan un régimen de vida 100
distinto; se trata del siguiente [516]: no matan a ningún ser vivo, no siembran nada, y no acostumbran a tener

---

en efecto, la vivienda fija y todavía en el siglo pasado se decía de ellos que daban muerte y se comían a los enfermos y viejos.

[515] El canibalismo aplicado entre miembros de un mismo grupo humano permite suponer que sus orígenes son eminentemente religiosos, basados en la creencia de que el espíritu del muerto (su valor, su astucia, etc.) pasa a quien lo come, o bien en el deseo de evitar que su espíritu vague eternamente, con lo cual el acto de comerlo equivale al de enterrarlo. Que tales prácticas son más religiosas que debidas al hambre lo demuestra el hecho de que se limitan a ciertas personas (como en este caso a los enfermos y ancianos) y no abarcan a todo el mundo. Para similares prácticas de canibalismo intertribal, cf. I 216, 2 (entre los maságetas); III 38, 4 (entre los indios calatias); y IV 26, 1 (entre los isedones). En general, cf. C. Spiel, *El mundo de los caníbales*, Barcelona, 1973.

[516] Las costumbres ascéticas de estos indios, que siguen una vida vegetariana y respetan la vida de todos los animales, ha hecho pensar que puede tratarse de Yoguis o de anacoretas del jainismo o del budismo. No obstante, no puede aventurarse una identificación concreta, simplemente que es la primera mención en la literatura occidental a este tipo de ascetismo (cf. C. Lassen, *Indische Altertumskunde*, II..., págs. 635 y sigs.). Hay que destacar, sin embargo, que Heródoto los debe de confundir con la población aborigen dravídica, pues, según el historiador (cf. III 101, 1), eran de piel negra, rasgo que no corresponde a los indios de origen ario.

casas; simplemente se alimentan de hierbas y disponen de < cierta legumbre > —aproximadamente del tamaño de un grano de mijo— provista de una vaina, que surge de la tierra en estado silvestre[517]; esas gentes recogen dicha legumbre, la cuecen con vaina y todo y, luego, se la comen. Y si uno de ellos cae enfermo, se va a un despoblado y se tiende en el suelo, sin que nadie, ni a su muerte ni durante su enfermedad, se cuide de él[518].

101 Todos estos indios de los que he hablado se aparean en público[519], exactamente igual que las reses; y todos tienen la piel del mismo color, un color semejante al
2 de los etíopes[520]. Asimismo, el semen que estos individuos eyaculan al unirse a las mujeres no es blanco como el de los demás humanos, sino negro, como el color de su piel[521] (y por cierto que los etíopes también

[517] Posiblemente se trata del arroz, aunque no puede afirmarse taxativamente.

[518] La actitud venía motivada, quizá, por la «ley del *karma*», acción ritual, capaz, mecánica y determinísticamente, de atraer la ayuda de los dioses, y que era lo único que permanecía para la reencarnación, hasta llegar al *nirvana*. Cf. A. K. Coomaraswami, *Hindouisme et Bouddhisme*, París, 1949.

[519] Algo que para un griego significaba un estadio primitivo de civilización. Cf. *supra* I 203, 2 (entre los pueblos del Cáucaso); Jenofonte, *Anábasis* V 4, 33 (entre los mosinecos, un pueblo de la zona situada en el curso alto del Arask; práctica que el historiador contempló personalmente); Apolonio de Rodas, II 1025. Sin embargo, entre los actuales pueblos salvajes la copulación en público es un fenómeno muy raro.

[520] Lo que indica que los indios a que alude Heródoto pertenecían a la población dravídica, es decir, no aria, que se extiende desde la India hasta Birmania. Los drávidas pertenecen a los negroides de la India o, más exactamente, a las gentes no caucasoides. Son dolicocéfalos, con el pelo crespo, de talla inferior a la media de los habitantes de la India y piel oscura, que va desde el bronceado hasta el negro.

[521] La atribución, a un individuo de piel negra, de un esperma de color negro responde a una idea primitiva, según la cual todo ser viviente alcanza ya sus características individuales en

eyaculan un esperma del mismo color[522]). Estos indios residen, en dirección sur, más allá de los persas[523], y jamás han sido súbditos del rey Darío.

Expediciones de los indios para conseguir oro

102 En cambio, otros indios —que, con relación al resto de los indios, se hallan asentados bastante más al norte[524]— son vecinos de la ciudad de Caspatiro[525] y de la región Páctica[526], y tienen un género de vida similar al de los bactrios[527]. Precisamente estos indios son los

---

el mismo semen que le engendra. La afirmación de Heródoto fue refutada por Aristóteles, *De gen. anim.* II 2, 736 a 10; e *Hist. anim.* III 22, 522 a, partiendo del color blanco de los dientes de los negros.

522 Cf. III 97, 2.

523 Es decir, al sudeste de los últimos confines del imperio persa (en concreto —y según la lista de las satrapías que enumera Heródoto—, hacia el sur de la vigésima satrapía).

524 Literalmente, «hacia la Osa Mayor y el viento Bóreas». Cf. *supra* nota I 16.

525 La identificación de esta ciudad no es segura. A partir de IV 44, 2, puede pensarse que se trata de Multān, en el Pendjab pakistaní, a orillas del río Chanāb, un afluente del Indo. No obstante, el fr. 295 de Hecateo, *F. Gr. Hist.*, que llama a la ciudad Caspapiro y que la incluye entre los pueblos gandarios (pertenecientes a la séptima satrapía persa), ha hecho que se la identifique con Kabul, en el Afganistán, al sur del Hindukush. En general, cf. A. Foucher, *Ancient Multān* (Woolner Commemoration Volume), Lahore, 1939.

526 H. Stein, *Herodoti Historiae*, III..., pág. 117, apuntaba que esta región (distinta de la del mismo nombre mencionada en III 93, 1) se hallaba situada al noreste del Afganistán, en las estribaciones sureñas del Hindukush. Con todo, las localizaciones de los topónimos que cita Heródoto sólo pueden situarse aproximadamente, pues el historiador, con toda probabilidad, se está ateniendo al testimonio de una o varias fuentes escritas.

527 Cf. *supra* nota III 509 acerca de la posible explicación de esta comparación en la que falta el referente, pues Heródoto no menciona en parte alguna cuáles eran las costumbres de los bactrios. La frase tiene, pues, un valor meramente orientativo a efectos de localización geográfica para estos indios, que debían

más belicosos de todos y, además, son ellos quienes organizan expediciones en busca del oro, ya que, debido a la arena existente, en esa zona hay un desierto[528].

2 Pues bien, resulta que en ese desierto arenoso hay unas hormigas de unas dimensiones inferiores a las de los perros, pero superiores a las de los zorros[529] (pues lo cierto es que[530] en la propia residencia del rey de los

---

de residir, por lo menos en parte, en una zona próxima a las satrapías séptima y duodécima.

[528] Según Megástenes (un historiador del siglo III a. C. que escribió una *Historia de la India;* cf. F. Jacoby, *F. Gr. Hist.*, 715), y a partir del testimonio de Estrabón, en XV 1, 44, el pueblo que organizaba las expediciones en busca del oro era el de los *dardos*, habitantes del actual Dardistān, una región montañosa del Himalaya occidental, extendida al norte de Cachemira. Si ello es así, el desierto en el que se encontraba el oro no puede ser el de Thar —que se encuentra al este del Indo—, sino alguna región desértica situada quizá al norte del Himalaya (cf. R. Hennig, *Rheinisches Museum*, 1930, págs. 329 y sigs.). El relato de Heródoto se basa en una antiquísima leyenda, de la que hay también una versión tibetana, una mongólica y otra china. Se desarrolla ésta en la región de Ladakh, en la frontera entre el Tibet y la India, donde todavía en la actualidad —en las cercanías de Dkar-Skyl (Kargil)— se obtiene oro, ya que las cordilleras del noroeste de la India son auríferas.

[529] Todo este pasaje lo refiere Heródoto sin conocer los animales citados más que de oídas. Parece que se trataba de una especie de marmotas o lirones, a las que se llamaba «hormigas» porque excavaban el suelo para hacerse las madrigueras en las que habían de pasar el invierno. Estas marmotas (que son animales de cabeza grande, orejas cortas, ojos muy desarrollados, cuerpo robusto y patas cortas; miden hasta 60 cm. de longitud y su peso puede llegar a los 7 kg.; sus rasgos más distintivos son sus costumbres excavadoras y su carácter hibernante) habitaban en número considerable en las mesetas del Tibet, al norte del Himalaya, una región rica en arenas auríferas, por lo que en la arena excavada por las marmotas al construirse sus madrigueras es donde estaría el oro (en el poema indio *Mahābhārāta* se habla de un tributo pagado en «oro de hormiga»). Por lo demás, la narración del historiador es pura fantasía.

[530] Esta noticia —sin duda no constatada por Heródoto— fue la que debió de inducir al historiador a dar crédito a la existen-

persas hay algunos ejemplares que han sido capturados en dicho paraje). Estas hormigas, en suma, cuando se hacen su nido subterráneo, sacan a la superficie la arena, exactamente de la misma manera que las hormigas de Grecia (a las que, incluso en su aspecto, se asemejan extraordinariamente), pero la arena que sacan a la superficie es aurífera.

Justamente en busca de esa arena, organizan los in- 3
dios sus expediciones al desierto. Cada uno apareja una recua de tres camellos, a ambos extremos un macho encabestrado [para poder desengancharlos], y en medio una hembra[531] —sobre ella precisamente monta el indio, que, antes de uncirla, ha tomado la precaución de separarla de unas crías lo más jóvenes posible[532]—, ya que los camellos de los indios no ceden en rapidez a los caballos e, independientemente de ello, están mucho mejor dotados para llevar fardos.

No paso a describir ahora qué aspecto, más o me- 103
nos, tiene el camello, dado que los griegos lo saben; pero sí que voy a indicar una particularidad que ignoran sobre dicho animal: el camello tiene en las patas traseras cuatro muslos y cuatro rodillas[533]; y el miem-

---

cia de hormigas gigantes. También Nearco (según el testimonio de ESTRABÓN en XV 1, 44; cf., además, ARRIANO, *India* XV), jefe de la flota de Alejandro, vio pieles de las «hormigas buscadoras de oro» y afirmaba que se parecían a las panteras. Posiblemente estamos ante el reflejo de un comercio consistente en la exportación de pieles de animales.

[531] La hembra era el único animal uncido al yugo, mientras que los dos camellos de los flancos no lo estaban; de este modo podían dejarlos sueltos en el momento oportuno (cf. III 105, 2). Otra traducción posible es: «...un macho encabestrado [en calidad de guías]», para conseguir así que la hembra no se agotase en el camino de ida. En cualquier caso, lo traducido entre corchetes debe de ser una glosa.

[532] Cf. III 105, 2, para la razón de esta medida.

[533] Es decir, dos muslos y dos rodillas en cada pata trasera. La afirmación del historiador es, desde luego, errónea, y se debe

bro del macho se halla, entre las patas traseras, vuelto hacia la cola[534].

104 Pues bien, equipados con una recua aparejada de la forma que he dicho, los indios parten en busca del oro, después de haber hecho sus cálculos para estar en pleno saqueo en el momento en que más ardientes son los calores, pues, debido a lo elevado de la temperatura, las hormigas se esconden bajo tierra.

2 Entre esos pueblos, por cierto, el calor del sol es más intenso por la mañana; no a mediodía, como en el resto del mundo, sino desde el amanecer hasta la hora en que termina el mercado[535]. Y, durante ese intervalo, quema mucho más que en Grecia a mediodía, hasta el extremo de que, según cuentan, las gentes pasan ese
3 tiempo metidas en agua[536]. Sin embargo, cuando llega el mediodía, quema casi por un igual a todos los pue-

---

a una incorrecta observación realizada sobre el propio animal. 1. Heródoto debió de tomar la callosidad que presenta el camello en la rodilla como una segunda articulación, algo que parece hacerse manifiesto cuando el animal se arrodilla para recibir una carga. 2. A partir de esa observación, debió de inferir que el animal poseía dos muslos. Para una refutación de esta aseveración, cf. Aristóteles, *Hist. anim.* II 1, 499 a.

[534] Esta observación sobre el órgano genital de los machos (la primera observación se refiere tanto a los machos como a las hembras) es, en cambio, correcta.

[535] A la hora en que terminaría el mercado si se estuviera en Grecia; es decir, a mediodía. Heródoto (cf. IV 181, 3) divide el día en cuatro partes: el amanecer, la hora en que el mercado se ve concurrido (aproximadamente, entre las 9 y las 11 horas), el mediodía (= en este caso a la hora en que termina el mercado) y el atardecer.

[536] Quizá haya aquí un reflejo del carácter sagrado de ciertos ríos hindúes (el Ganges, por excelencia), en los que el primitivo espíritu animístico está antropomorfizado por completo y a los que se venera como dioses benevolentes, donantes de salud, prosperidad e hijos, y capaces de purificar todo pecado mediante su contacto, especialmente la inmersión. No obstante, se han propuesto otras interpretaciones.

blos de la tierra, incluidos los indios, mientras que, a la caída de la tarde, el calor del sol les afecta como lo hace por la mañana en otros lugares; y, a medida que va declinando, refresca más y más, hasta que, cuando se pone, llega a hacer verdadero frío[537].

Cuando los indios, provistos de unos saquetes, lle- 105
gan a su destino, los llenan de arena y emprenden el regreso a toda prisa, pues —según afirman los persas— las hormigas se percatan inmediatamente de su presencia, gracias a su olfato, y se lanzan en su persecución; y añaden que poseen una velocidad que no admite parangón con la de cualquier otro animal[538], de manera que, si, en su retirada, los indios no tomaran la delantera mientras las hormigas se reúnen, no lograría salvarse ni uno solo de ellos.

Es más, cuando los camellos empiezan a marchar 2
con dificultades (pues, a la carrera, son inferiores a las hembras), los sueltan, pero no a ambos a la vez[539].

---

537 Esta descripción sobre el clima de la India se debe a la idea que Heródoto tenía sobre la forma del mundo. Dado que éste, en su opinión, era plano (cf. P. PÉDECH, *La géographie des grecs*, París, 1976, págs. 48 y sigs.), los indios, que ocupaban el extremo oriente, tenían que hallarse más cerca del sol y pasar el máximo calor durante las horas matutinas. Luego descendía la temperatura, ya que el sol continuaba su camino hacia el oeste, hasta que, durante el ocaso, hacía frío, pues era cuando esa zona se encontraba más alejada del sol. No obstante, podría también admitirse que los mencionados cambios de temperatura se dan en una parte de los estrechos valles de Ladakh, donde se desarrolla la leyenda de las hormigas, ya que, apenas desaparece el sol tras las altas cumbres, a eso del mediodía, el frío penetra en las profundas cuencas.

538 Las marmotas, esos animales que Heródoto considera hormigas gigantes, no son en absoluto veloces. En esta afirmación volvemos a encontrarnos con otro rasgo fabuloso de los que tantos menciona el historiador.

539 Como se ve, los camellos sólo son conducidos por los indios hasta los nidos de las hormigas auríferas para abandonarlos como presa de esos animales durante su retirada. Mientras

Y por su parte las hembras, con el pensamiento puesto en las crías que dejaron, no se conceden el menor respiro. Así es, en definitiva, como los indios, al decir de los persas, obtienen la mayor parte de su oro; en su país, sin embargo, cuentan con otros recursos auríferos —aunque bastante más exiguos— que se extraen del subsuelo[540].

106 Y por cierto que, al igual que a Grecia le ha tocado en suerte el clima probablemente más favorable y templado del mundo[541], puede afirmarse que a las zonas más remotas de la tierra habitada les han correspondido los recursos más preciosos[542].

2 Así, por ejemplo, la India, como he dicho un poco antes[543], es, hacia oriente, la más remota de las tierras habitadas; pues bien, en ese país los animales, tanto los cuadrúpedos como las aves, son mucho mayores que en los demás países, con la única excepción de los caballos[544] (estos animales son superados por los caballos de Media que reciben el nombre de *neseos*[545]).

---

devoran al primero, los indios vuelven a tomar la delantera; y sueltan al segundo cuando nuevamente se ven en peligro de ser alcanzados. Así pues, tanto el indio, como los sacos con la arena aurífera, van a lomos de las hembras.

540 Cf. III 106, 2.

541 Cf. *supra* I 142, 1.

542 Aparece aquí una oposición entre Grecia, que goza del mejor clima del mundo, y las zonas más remotas de la tierra, que poseen una gran riqueza en sus productos. Esta oposición es reflejo de la teoría hipocrática del medio ambiente (cf. HIPÓCRATES, *Sobre el medio ambiente)*, que es perceptible en varios pasajes de la obra de Heródoto. En general, cf. F. HEINIMANN, *Nomos und Physis*, Basilea, 1945, págs. 54 y sigs.

543 Cf. III 98, 2.

544 No sólo de estos animales. Los elefantes y leones africanos, por ejemplo, son mayores que los indios.

545 Los caballos *neseos* eran famosos por su velocidad y resistencia. Se criaban en la región meda de Nisea (la zona donde, según la *Inscripción de Behistun* § 13, se sublevó Bardiya) y

Además, en la India hay una incalculable abundancia de oro, oro que se extrae del subsuelo, que es arrastrado por algunos ríos[546], o que, tal como he indicado, se obtiene por saqueo[547]. Además, en dicho país los árbo- 3
les silvestres producen un fruto consistente en unos copos de lana que, por su finura y calidad, supera a la de las ovejas; y los indios utilizan una ropa confeccionada con el fruto de esos árboles[548].

Arabia

Por su parte, Arabia es, por el 107
sur, la más remota de las regiones habitadas[549], y esa es la única región del mundo en la que se produce incienso, mirra, canela, cinamomo y «lédano». Los árabes obtienen todos esos productos, salvo la mirra, con arduo esfuerzo[550]. En 2

eran preferentemente utilizados por los persas de mayor alcurnia: Jerjes (cf. VII 40, 2), Masistes (IX 20), etc.

546 Posiblemente se encontraba en los bancos de arena que se formaban en el curso bajo del Indo, donde la corriente, por su lentitud, hacía que se depositaran sedimentos. Es posible que el oro que los indios de la vigésima satrapía tributaban a Darío (cf. III 94, 2) procediera de los cursos de agua auríferos y que el historiador introdujera una leyenda, basada en lejanas expediciones en busca de oro a zonas situadas al norte del Himalaya, para justificar el pago de los 360 talentos euboicos de oro.

547 El «robo» de la arena aurífera que extraían las «hormigas» al excavar sus nidos.

548 Se trata del algodón (sobre él, cf. *supra* nota III 245), que no crece en árboles, sino en matas. Sobre la vestimenta de los indios, cf. VII 65, 1.

549 Al considerar que Arabia es la tierra situada más hacia el sur, Heródoto, pues, ignora la extensión en esa dirección de la India y, sobre todo, de Africa. Cf. el mapa sobre el mundo conocido por el historiador (pág. 381).

550 Heródoto va a contar a continuación cómo los árabes obtienen las especias y bálsamos mencionados. Posiblemente, con ocasión de su viaje a Tiro (cf. II 44, 1), el historiador debió de recalar en diversos puertos, existentes entre Egipto y la ciudad fenicia, que constituían el punto de partida para la exportación de esos productos. Allí oiría contar historias fantásticas, bien a

concreto, el incienso[551] lo recogen sahumando estoraque[552], sustancia que los fenicios exportan a Grecia. Lo cogen sahumando ese bálsamo, pues los árboles que producen el incienso en cuestión los custodian unas serpientes aladas —alrededor de cada árbol hay gran cantidad de ellas—, de pequeño tamaño y de piel moteada (se trata de los mismos ofidios que invaden Egipto[553]). Y no hay medio de alejarlas de los árboles si no es con el humo del estoraque.

108 Los árabes aseguran también[554] que toda la tierra se llenaría de esas serpientes, si no les sucediera el mismo tipo de percance que, según tengo entendido, les ocu-
2 rre a las víboras. Y cabe pensar en buena lógica que la

---

través de los árabes, bien por boca de los fenicios, sobre las dificultades que había que superar para conseguir esas sustancias, y que tenían por objeto poder exigir mayores sumas de dinero por su venta.

[551] El incienso de Arabia (o incienso «femenino», de color blanco, el que por incisión se hace destilar al árbol (la *boswellia carteri);* el «masculino», de color oscuro, procede de Abisinia y es el que naturalmente destila el árbol, siendo más puro y mejor que el incienso «femenino» o «hembra») es una gomorresina (en griego se llama *libanōtós,* término que procede del semita *levônâh)* en forma de lágrimas que despide al arder un olor aromático. Proviene de árboles de la familia de las burseráceas.

[552] Es decir, sahumando el árbol del incienso con estoraque, nombre común de diversos arbolillos o arbustos de la familia de las estiracáceas, de hojas sencillas y alternas, flores en racimo y fruto drupáceo. Por incisiones corticales se beneficia de ellos el estoraque, gomorresina utilizada para la obtención de perfumes y, antiguamente, como producto medicinal.

[553] Cf. II 75, 3.

[554] Este inciso que se abre en este capítulo pone de manifiesto el carácter de las fuentes de Heródoto sobre la fantasiosa narración del medio de recoger las sustancias aromáticas. Los informadores del historiador serían, pues, fenicios directamente e, indirectamente, árabes (y la «falsedad fenicia» era proverbial; cf. Pausanias, IX 28, 2).

divina providencia[555], con su sabiduría, ha hecho muy prolíficos a todos los animales de natural pusilánime, y al mismo tiempo comestibles, para evitar que, a fuerza de ser devorados, resulten exterminados; y, en cambio, ha hecho poco fecundos a cuantos son feroces y
dañinos. Por eso la liebre, debido a que todo el mundo 3
—fieras, aves y hombres— la caza, es un ser tan sumamente prolífico; es el único animal del mundo que, cuando está preñada, puede volver a concebir[556]. Y así, mientras que en su seno se albergan crías con pelo y otras sin él, nuevas crías se gestan en su matriz, al
tiempo que otras van siendo concebidas. Tal es, en 4
suma, la fecundidad de este animal. En cambio, la leona, que es un animal muy poderoso y muy audaz, sólo pare una vez —y un solo cachorro— en el curso de su vida[557], pues, en el momento del parto, con la cría expulsa asimismo su matriz. Y la razón de este fenómeno es la siguiente: cuando el cachorro comienza a moverse dentro del cuerpo de su madre, como tiene unas garras muchísimo más afiladas que las de los de-

---

[555] La idea de una inteligencia rectora del universo había sido ya expresada en el siglo VI a. C. por JENÓFANES (cf. fr. B 25, *D. K.)* y desarrollada en el siglo V por Anaxágoras (aunque en éste tendía a disociarse de la divinidad). Aquí aparece bajo la argumentación de la creencia en una divina providencia que vela solícitamente por el mantenimiento del equilibrio de la naturaleza. El pasaje presenta concomitancias con PLATÓN, *Protágoras* 321 b-c. Cf. W. NESTLE, «Gab es eine ionische Sophistik?», *Philologus* 16 (1911), págs. 257 y sigs.; y A. THEILER, *Zur Geschichte der teleologischer Naturbetrachtung bis auf Aristoteles*, Berlín, 1925, pág. 53.

[556] La superfetación fue objeto de estudio por parte de HIPÓCRATES en su tratado *Perì epikyêsios* (cf. E. LITTRÉ, *Oeuvres complètes d'Hippocrate*, VIII, París, 1839-1861, págs. 476-508). También ARISTÓTELES, *De gen. anim.* IV 5, 773 a, abundaba en la opinión de Heródoto indicando que las liebres conciben en cualquier época y que tienen crías todos los meses.

[557] La afirmación es inexacta, pues la leona puede tener crías todos los años y, por lo general, pare tres cachorros a la vez.

más animales, rasga la matriz; y, como es natural, a medida que va creciendo, la va desgarrando más y más, así que, cuando el parto está próximo, de la matriz no queda ileso absolutamente nada[558].

109 En este mismo sentido, si las víboras y las serpientes aladas de Arabia se reprodujeran como lo exige su naturaleza[559], la vida no sería posible para los hombres; pero el caso es que, cuando se aparean por parejas y el macho está en plena eyaculación, en el preciso instante en que emite el semen, la hembra lo agarra del cuello,
2 se aferra a él y no lo suelta hasta haberlo devorado. El macho, en definitiva, muere tal como acabo de decir, mientras que la hembra sufre, por la muerte del macho, el siguiente castigo: las crías, para vengar a su progenitor, devoran a su madre cuando todavía están en su seno, y así, una vez que han devorado sus entrañas, consiguen abrirse camino al exterior[560].

3 En cambio, los demás ofidios que no son dañinos para los humanos ponen huevos, y de ellos sacan adelante una gran cantidad de crías. (Por cierto que las víboras se encuentran por toda la tierra, mientras que las serpientes aladas se encuentran en bandadas en Ara-

---

558 Según Aristóteles, *Hist. anim.* VI 31, 579 a 2, esta argumentación de Heródoto está fundada en el escaso número de leones existentes en comparación con el de otras especies animales. Volvemos a encontrarnos la falacia, tantas veces repetida en la obra del historiador, del *post hoc ergo propter hoc*, y que Aristóteles califica de «explicación absurda».

559 Es decir, si se reprodujeran ovíparamente, como el resto de las serpientes.

560 La información de Heródoto vuelve a ser errónea. Precisamente las víboras y otros ofidios permanecen horas, y hasta días, en amorosa parada nupcial. Es posible que el historiador confundiera su reproducción con la de otros animales (hay especies de arañas, por ejemplo, en que la hembra devora al macho).

bia, pero no en otro lugar; por eso[561] da la sensación de que son numerosas.)

Así es, en suma, como los árabes consiguen el incienso en cuestión; la canela[562], en cambio, la obtienen como sigue: a excepción de los ojos, se envuelven con pieles de buey y de otros animales todo el cuerpo, incluido el rostro; y, acto seguido, parten en busca de la canela. Este producto crece en un lago poco profundo, a orillas del cual, así como en su superficie, viven cierto tipo de animales alados[563], muy parecidos a los murciélagos, que emiten unos estridentes chillidos y que oponen una enconada resistencia. A esos anima- 110

---

561 O bien «en esa zona». Sobre la abundancia de las serpientes aladas en Arabia (aquí se refiere a la península del Sinaí; cf. *supra* nota II 293), cf. II 75, 1. Para estas serpientes se han propuesto diferentes hipótesis de identificación: 1. Cobras *(Uraeus aspis)*, que en la iconografía religiosa egipcia eran representadas con alas. 2. Langostas, que serían consideradas serpientes por la tradición popular a partir de los ejemplos iconográficos de ofidios voladores. 3. Reptiles voladores (el *Draco volans* del sudeste de Asia). Cf. ESTRABÓN, XV 1, 37; ELIANO, *Nat. anim.* XVI 41.

562 La canela (en griego *kasía;* cf. hebreo *kezi'a)* es una especia procedente de la corteza, limpia de epidermis, de diversos tipos del canelo, especialmente de la especie *Cinnamomum zeylanicum*, oriunda de Ceilán. En el sur de China y en Birmania se cría el *Cinnamomum cassia*, que produce la canela china. La canela, mencionada frecuentemente en la *Biblia* (cf. *Éxodo* XXX 23; *Apocalipsis* XVIII 13), ya se importaba a Egipto procedente del Asia oriental y sudoriental, a través de Mesopotamia, Fenicia y Palestina. «He perfumado mi alcoba con mirra, canela y cinamomo», dice Salomón, en *Proverbios* VII 17, sobre el modo de aromatizar el lecho. Y, en el *Cantar de los Cantares* IV 14, ensalza el amor de la sulamita comparándolo con un jardín en el que crecen «nardo y azafrán, canela y cinamomo».

563 Cf. TEOFRASTO, *Hist. plant.* IX 5, que describe un peligro similar para quienes pretendan ir en pos del cinamomo, aunque en ese caso los animales son serpientes venenosas.

les hay que mantenerlos alejados de los ojos para poder coger la canela[564].

111 El cinamomo[565], por su parte, lo recogen de un modo aún más asombroso que el incienso y la canela; por ejemplo, no saben decir[566] dónde nace y cuál es la tierra[567] que lo produce, sólo que hay quienes aseguran —y su pretensión resulta verosímil— que ese pro-
2 ducto se da en los parajes en que se crió Dioniso[568]. Y,

---

[564] Como es natural, los comerciantes en especias se esforzaban por mantener en secreto el origen de sus mercancías y conseguir asustar a posibles competidores; de ahí que se contaran los enormes peligros que entrañaba hacerse con tan preciados productos.

[565] El cinamomo es un árbol de la familia de las meliáceas *(Melia azederach)*, de tronco recto y ramas irregulares, originario de la India. Se cultiva, además de con fines ornamentales, para la obtención del *aceite de acederaque*, que tiene aplicaciones medicinales. En su país de origen llega a alcanzar los 25 m. de altura y recibe el nombre de cinamomo o *árbol del paraíso*.

[566] El sujeto en este caso no viene representado, tal y como se desprende del texto griego, por los árabes (la frase que aparece en III 111, 3: «los árabes se valen de esta estratagema» depende de «según cuentan», que aparece en III 111, 2, y que tiene por sujeto al mismo de la presente frase). Deben de ser, pues, los traficantes en especias, a quienes los árabes suministraban sus mercancías en los emporios de la costa entre Egipto y Fenicia, y a quienes contarían estas fantásticas historias.

[567] La expresión puede entenderse de dos maneras. Distinguiendo el lugar de donde es originario el cinamomo y el tipo de tierra en que se cría. O bien considerando la segunda parte con valor explicativo: «dónde nace; es decir, cuál es el lugar de la tierra que...».

[568] La referencia de Heródoto impide una identificación ni tan siquiera aproximada. Según el testimonio del propio historiador cabría pensar en Etiopía (donde, teóricamente, se encontraba la fabulosa ciudad de Nisa; cf. II 146, 2 y III 97, 2). El lugar en que se crió Dioniso se situaba, sin embargo, en distintos países. Cf. H. Jeanmaire, *Dionysos*, París, 1951, págs. 349 y 353. En la actualidad el cinamomo más apreciado procede de Ceilán.

según cuentan, unas aves de gran tamaño[569] son quienes transportan esas ramas secas[570] que nosotros denominamos cinamomo, nombre que hemos adoptado de los fenicios[571]; las aves transportan las ramas para la confección de sus nidos, que, están adheridos, mediante barro, a unos escarpados riscos, que no ofrecen el menor acceso a un ser humano. Pues bien, en esta tesi- 3
tura, los árabes se valen de la siguiente estratagema: descuartizan en trozos los más grandes que pueden los miembros de los bueyes, asnos y demás bestias de carga que se les van muriendo, los llevan a la zona de los riscos y, luego, los depositan cerca de los nidos y se alejan bastante de ellos. Las aves no tardan en bajar volando y suben los miembros de los animales a sus nidos, que, como no pueden soportar su peso, se rompen cayendo al suelo. Entonces, ellos se acercan y así es como recogen el cinamomo que, gracias a esta recolección, llega desde esas tierras a los demás países[572].

Por su parte, la procedencia del «lédano»[573], que los 112

---

[569] La leyenda de grandes pájaros que se dedican a la rapiña de productos apreciados por el hombre aparece en diversos cuentos árabes, como en el de Aladino o en el de Sindbad el Marino.

[570] El cinamomo, efectivamente, solía exportarse en rama. Cf. Teofrasto, *Hist. plant.* IX 4, 5, que da más detalles sobre el cinamomo, llegando a distinguir hasta cinco tipos diferentes según su respectiva calidad y aplicaciones.

[571] Como el de las demás especias, el nombre del cinamomo es de origen semítico *(kinnāmōn).* Es posible que todo el contenido de este capítulo sea un cuento fenicio, deducido, por vía de etimología popular, del nombre semítico del cinamomo, cuyo primer elemento *(kin)* significa «nido».

[572] Para este pasaje sigo el texto y la puntuación que ofrece Ph. E. Legrand, *Hérodote. Histoires. Livre III...*, pág. 152. Cf. la relación de variantes adoptadas respecto al texto de Hude en página 13.

[573] El ládano es una sustancia resinosa segregada por varias especies de jaras (sobre todo, *Cistus ladaniferus* en el Medite-

árabes llaman ládano[574], es más asombrosa todavía que la del cinamomo, ya que, pese a estar en un lugar sumamente fétido, tiene un olor muy aromático. En efecto, se encuentra adherido a las barbas de los machos cabríos, por ser una resina que se da en la maleza[575]. Se emplea para multitud de ungüentos[576] y es la sustancia aromática que más queman los árabes.

113 En fin, sobre los productos aromáticos basta con lo dicho; sólo añadir que de Arabia se exhala una fragancia extraordinariamente agradable[577]. Los árabes, asimismo, tienen dos especies de ovejas que merecen destacarse, ya que no se dan en ningún otro lugar. La primera de dichas especies tiene una larga cola —no inferior a tres codos[578]— que, de permitir que los animales la arrastraran, se llenaría de llagas, debido al
2 roce de la cola con el suelo; pero la cuestión es que todo pastor tiene unos conocimientos de carpintería su-

rráneo occidental y *Cistus creticus* en el Mediterráneo oriental). Se recoge hirviendo las hojas y tallos de estas plantas hasta que la resina forma grumos en la superficie del líquido. Su olor es muy agradable y tiene propiedades balsámicas.

574 La diferencia lingüística que establece Heródoto está motivada porque el dialecto jonio —que es en el que escribe el historiador— cierra articulatoriamente en *ē* la *ā* de las palabras que toma prestadas (en este caso, del semita *lādan).*

575 Plinio *(Historia Natural* XII 37; XXXVII 77) también afirma que el ládano se encontraba adherido en las barbas de los machos cabríos, porque exuda de las hojas y las yemas de ciertas cistáceas que cabras y machos cabríos ramonean; de ahí que la gomorresina quede adherida a las barbas de estos animales. En general, cf. P. E. Newberry, *Journal of Egyptian Archaeology* 15 (1923), 84-94.

576 Sobre todo mezclado con mirra. Dioscórides —un médico que vivió en época de Nerón— cuenta, en *Perì hýlēs iatrikês* I 128, que sobre todo se utilizaba como tónico capilar para combatir y prevenir la calvicie.

577 La fragancia de Arabia era tradicional en el mundo antiguo (cf. Diodoro, III 45-46) y su atribución se debe, probablemente, al frecuente empleo de sustancias aromáticas por las tribus árabes.

578 Aproximadamente 1,35 m.

ficientes para el caso, pues fabrican unos carritos y los sujetan bajo las colas, amarrando la cola de cada una de las reses a su respectivo carrito[579]. La otra especie ovina está dotada de una cola ancha; con una anchura que alcanza hasta un codo[580].

Etiopía

Hacia el sudoeste[581], por otra parte, se extiende Etiopía, la más remota de las tierras habitadas[582]; pues bien, dicho país produce oro en abundancia[583], enormes elefantes[584], toda clase de árboles silvestres, incluido el éba- 114

[579] Los tipos de oveja descritos quizá pertenezcan a la especie *Ovis steatopyga*, frecuente en la Rusia asiática. Varios viajeros, desde la Edad Media hasta nuestros días, han constatado, asimismo, la existencia en Egipto, Siria, Abisinia y Persia (cf. por ejemplo, MARCO POLO, I 18, que, refiriéndose a ovejas de Persia, dice que eran «tan grandes como asnos») de ovejas similares a las descritas por Heródoto, cuya cola, llena de grasa, puede pesar hasta 25 kg. y que descansa sobre un carrito atado a los cuernos o al cuello del animal. Cf. L. KEIMER, «Les moutons arabes à grande queue d'Hérodote», *Bulletin of the Faculty of Arts, Fouad I University* 12 (1950), págs. 27 y sigs.

[580] Unos 0,45 m.

[581] Literalmente, «al declinar el mediodía, se extiende, en dirección al sol poniente». La expresión, que se corresponde al «por el sur» de III 107, 1, no resulta, sin embargo, clara ni en su delimitación espacial ni temporal. Sobre su interpretación, cf. H. STEIN, *Herodoti Historiae*, III..., págs. 127-128. Para ejemplos de connotación geográfica basados en un sistema similar al empleado por Heródoto, cf. ÉFORO, fr. 30 b, *F. Gr. Hist.*, 70; y ARISTÓTELES, *Meteor.* II 6.

[582] Heródoto considera a Etiopía, en términos absolutos, como la zona más remota del mundo debido a la longitud que concede al Nilo en su pretendido curso oeste-este a partir de Elefantina (cf. II 33, 2, donde se compara su longitud con la del Istro), a la existencia de pigmeos al oeste del desierto líbico (cf. II 32, 6), y a que en la costa sur de Libia habitaban los etíopes macrobios (cf. III 17, 1).

[583] Cf. III 23, 4. La riqueza aurífera de Etiopía era proverbial. Cf. *supra* nota III 129.

[584] El elefante africano *(Loxodonta africana)* es, en efecto,

no[585], y, además, unos hombres de una talla, una apostura y una longevidad excepcionales[586].

Los confines del mundo occidental

115 Estos son, en suma, los confines del mundo en Asia y en Libia. En cambio, sobre los límites occidentales de Europa no puedo hablar a ciencia cierta[587]; pues, por lo que a mí respecta, no admito la existencia de cierto río, llamado por los bárbaros *Erídano,* que desemboque en el mar del norte[588] —río del que, según

mayor que el asiático *(Elephas maximus).* Posee 4 m. de altura en la cruz, una longitud total, desde la punta de la trompa hasta el extremo de la cola, de 8 m., y mayores orejas (en posición normal le cubren todo el hombro). El asiático, por su parte, ve reducida esas proporciones a 3 y 6 m. respectivamente; siendo, asimismo, de menor tamaño los colmillos.

585 La ruta del ébano (del egipcio *heben)* pasaba, en la antigüedad, desde el África tropical, por el Sudán y Nubia hasta Egipto, desde donde era exportado a otros países.

586 Cf. III 20, 1 (y nota III 112), y III 23, 1 (y nota III 125).

587 Es de destacar que, pese a que Heródoto vivió cierto tiempo en Turio, en la Magna Grecia, su desconocimiento de la Europa noroccidental es absoluto. La razón de ello estriba en la situación política del Mediterráneo occidental. Cartagineses y etruscos se habían unido hacia 550 a. C. (cf. I 166, 1) para impedir que los mercaderes y colonizadores griegos siguieran infiltrándose por aquella zona. Tras la victoria naval de la coalición etrusco-cartaginesa en Alalia, en 535 a. C., sobre los foceos (cf. I 166, 2), la lucha por la hegemonía quedó decidida. Cartago dominó como antes el Mediterráneo occidental y controló la importante ruta de navegación que, pasando a través del estrecho de Gibraltar, conducía a Tarteso y a las islas productoras de estaño, en los mares del norte, guardando siempre un gran secreto comercial acerca de sus rutas y de los informes reunidos en cuanto a costas y países.

588 El Erídano es un río mítico situado al norte o al oeste de Europa, y parece haber sido un nombre genérico para designar a los ríos (piénsese en el Ródano, el Rin o el Radaune, un brazo del Vístula en su desembocadura cerca de Danzig). El término puede contener la raíz griega de *réō,* «fluir», mientras que la segunda parte (*—dan—*) puede compararse con los

cuentan, procede el ámbar[589]—, ni tengo noticias de la verdadera existencia de unas islas *Casitérides*, de las que procedería nuestro estaño[590].

---

nombres de otros ríos: el Danubio, el Don, el Dniéster, etc. HESÍODO, *Teogonía* 338, fue el primer griego en mencionar un río con ese nombre, si bien no daba al respecto ninguna localización. ESQUILO (cf. PLINIO, *Historia Natural* XXXVII 32), por su parte, pensaba que era el Ródano. Posteriormente fue identificado con el curso bajo del Po (o con el Adigio), probablemente por dos razones: 1. Porque la ruta del ámbar llegaba a los mercados occidentales a través de la Italia del norte. 2. Por el mito de Faetón, hijo de Helios (el sol), que se arrojó al Erídano cuando imprudentemente conducía el carro de su padre, y por el que sus hermanas derramaron lágrimas que fueron transformadas en ámbar. Cf. A. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología clásica...*, págs. 491-492.

589 La ruta del ámbar —que, desde muy antiguo, se utilizaba para la fabricación de objetos de adorno— comenzaba, desde el II milenio, en la costa de Prusia Oriental, donde se hallan los principales yacimientos (son muy famosos los del Báltico, en donde se encuentran perfectamente conservados, incluso en sus partes blandas, numerosos insectos). Desde el Báltico y Jutlandia se conducía por dos rutas paralelas: el cauce del Weser y el del Elba, uniéndose en el paso del Brennero y llegando hasta el valle del Po y del Adigio, desde donde tenía salida al mar (cf. TÁCITO, *Germania* 45; PLINIO, *Historia Natural* XXXVII 30-53).

590 Con el nombre de islas *Casitérides* (o «islas con minas de estaño», del griego *kassíteros* «estaño») se conocía en la antigüedad a las islas o tierras del extremo occidente de donde se extraía el estaño necesario para la fabricación del bronce. El origen de su nombre, que dio lugar al del mineral *casiterita*, es muy problemático. Algunos autores piensan que deriva de alguna palabra oriental que significaría «país del estaño». Otros lo relacionan con los casitas, que llegaron a Mesopotamia desde una región donde había yacimientos de estaño. El principal problema que plantean las islas es el de su localización. Los datos aportados por los autores antiguos, los recursos minerales en estaño y los hallazgos arqueológicos permiten situar las Casitérides en el NO. de la península ibérica, en Gran Bretaña (cf. R. HENNIG, «Zur Frage der Zinninseln», *Rheinisches Museum* 85 (1934), págs. 162 y sigs.) o en Francia (Bretaña), sin que pueda concretarse con seguridad en cuál de estos lugares.

2 En efecto, en el primer caso, el mismo nombre de *Erídano* —que debió de ser creado por algún poeta— revela que es griego y no bárbaro[591]. En el segundo caso, y pese a que me he preocupado de la cuestión, no he podido escuchar de labios de ningún testigo ocular que los confines occidentales de Europa estén constituidos por un mar[592]. Sea como fuere, lo cierto es que el estaño y el ámbar nos llegan de un extremo del mundo.

116 Asimismo, es indudable que en el norte de Europa es donde hay una mayor abundancia de oro[593]. Ahora bien, tampoco puedo precisar a ciencia cierta cómo se consigue, únicamente que, según cuentan, los arimaspos, unos individuos que sólo tienen un ojo, se apode-
2 ran de él, robándoselo a los grifos[594]. Sin embargo, tampoco me creo[595] eso de que haya hombres con un solo

---

En general, cf. J. Ramin, *Le problème des Cassitérides*, París, 1965.

[591] En griego existen, en efecto, cierto número de palabras que comienzan por *ēri-* o que terminan en *-danos*. Pero Heródoto no se basa, para su afirmación, en ningún tipo de consideración lingüística. Para estimar el término Erídano como un nombre griego podía apelar simplemente al testimonio de Hesíodo (*Teogonía* 338), un poeta que ya había citado el *río*; o bien tener presente el riachuelo de ese nombre que existía en el Ática (cf. Pausanias, I 19, 5).

[592] Y si hay que poner en duda la existencia de un mar en el occidente europeo, con más razón la de unas islas que se encontrarían en ese pretendido mar.

[593] Para Heródoto Europa ocupa también el norte de la actual Asia. De ahí que se hable de su abundancia en oro, pues la zona de los Urales y del Altai poseía yacimientos de dicho mineral (cf. I 215, 2; y IV 27).

[594] Sobre los arimaspos y los grifos, cf. IV 13, 1 y 27. El territorio de esos seres fabulosos parece ser que hay que situarlo al norte del Altai, entre los cursos superiores del Irtish y el Yenisey.

[595] Al igual que en III 115, 1 no admitía la existencia del Erídano y de las Casitérides.

ojo que tengan el resto del cuerpo igual al de los demás seres humanos. En cualquier caso[596], parece ser 3
que las zonas más remotas del mundo, que circundan el resto de la tierra y delimitan su extensión, poseen fundamentalmente los productos que a nosotros se nos antojan más preciosos y más raros.

La llanura del río Aces

Por cierto que[597] en Asia hay 117
una llanura que se halla totalmente rodeada por un macizo montañoso; y en dicho macizo hay cinco desfiladeros. La llanura en cuestión pertenecía en otro tiempo a los corasmios, dado que se encuentra en los confines de los propios corasmios, de los hircanios, los partos, los sarangas y los tamaneos[598]; pero, desde que los persas detentan el poder, pertenece al rey.

---

[596] Aquí se cierra la digresión iniciada en III 106, 1 sobre la riqueza de las zonas más remotas de la tierra (cf. *supra* nota III 542). Las palabras del historiador parecen traslucir cierto escepticismo sobre varias de las fantásticas historias que a propósito de esas riquezas ha contado.

[597] Este capítulo pone fin a la relación de los tributos percibidos por Darío, por lo que, lógicamente, tendría que situarse tras el capítulo 97, donde se trataban las zonas tributarias de Persia no sometidas a una administración centralizada.

[598] Pese a que resulta infructuoso pretender localizar una llanura que fuera compartida por todos los pueblos mencionados, ya que las distancias entre varios de ellos (particularmente entre sarangas y tamaneos, de un lado, y los demás, por el otro) eran muy notables, se ha pensado que el lugar —prescindiendo de la mención a sarangas y tamaneos— podía estar situado en el Turkmenistán, entre el mar Caspio y el de Aral. Heródoto debió transcribir mal los nombres de los pueblos o bien recibir una información errónea. Sobre los corasmios y partos, cf. *supra* III 93, 3. Sobre sarangas y tamaneos, cf. III 93, 2. Hay que notar que el historiador menciona en este pasaje a los hircanios, cuando entre las satrapías de Darío no cita Hircania (cf. *supra* nota III 480).

2 Pues bien, de ese macizo que rodea la llanura procede un caudaloso río, cuyo nombre es Aces[599]. Antes ese río, dividido en cinco brazos, regaba, todas a la vez, las tierras de los pueblos que he mencionado, ya que se dirigía a sus respectivos territorios a través de cada uno de los desfiladeros; pero, desde que están bajo el dominio persa, han sufrido el siguiente contra-
3 tiempo: el rey ha tapiado los desfiladeros de las montañas, haciendo colocar unas compuertas en cada uno de ellos[600]; dado, pues, que el paso del agua se encuentra obstruido, el llano situado entre las montañas se convierte en un mar, pues el río, como no tiene salida por
4 parte alguna, desagua allí[601]. Por consiguiente, quienes antaño solían emplear el agua, al no poder disponer de ella, sufren un serio revés. En efecto, en invierno la divinidad les envía lluvia como al resto de los humanos, pero, durante el verano, necesitan recurrir al agua en
5 cuestión, dado que siembran sorgo y sésamo. Pues bien, cuando no les conceden ni gota de agua, los lugareños, acompañados de sus mujeres, se trasladan a Persia y, de pie frente a las puertas del palacio del rey, empie-

---

[599] El nombre de este río es, probablemente, imaginario. Por lo menos, y a parte del testimonio de Heródoto, no contamos con ninguna otra mención al mismo. Únicamente Hesiquio alude a un río llamado Acis (quizá basándose en este pasaje del historiador), añadiendo que «es un río de Asia».

[600] E. Meyer, *Geschichte des Altertums*, III..., págs. 52 y 68, sugería que estas medidas podían responder, en realidad, a una previsión por parte del gobierno persa para poder anegar ciertas tierras e impedir las incursiones de pueblos nómadas procedentes del noreste del imperio (cf. I 185, 1, para el empleo de canales en la zona de Babilonia, asimismo con propósitos defensivos).

[601] Es decir, queda remansado en la altiplanicie. Varios geógrafos islámicos hacen referencia a pantanos y canales que databan de época aqueménida y que permanecieron intactos hasta la invasión de los mongoles.

zan a quejarse a gritos[602]. Entonces el rey ordena abrir las compuertas que dan a los campos de los campesinos más necesitados; y cuando su tierra está suficientemen- 6
te irrigada de agua, se cierran esas compuertas y ordena abrir otras para aquellos otros que, a continuación, más lo necesitan. Pero, según he oído decir, por abrirlas, el rey exige, además del tributo, grandes sumas[603]. Esto es, en definitiva, lo que sucede.

Insolencia de Intafrenes y castigo de la misma por parte de Darío

Entretanto, ocurrió que Inta- 118
frenes, uno de los siete individuos que se habían sublevado contra el mago[604], murió, apenas consumada la sublevación[605], por haber incurrido en el siguiente atrevimiento: entró en el palacio real con la pretensión de tratar cierto asunto con el rey; pues lo cierto es que el protocolo establecía que los que se habían sublevado contra el mago tenían libre acceso al rey sin hacerse anunciar, a no ser que el monarca estuviera en aquel instante manteniendo relacio-

---

[602] Apelar personalmente a la benevolencia del rey es un rasgo típicamente oriental (cf. III 119, 3, y *Éxodo* V 15).

[603] Lo que puede haber de cierto en este pasaje es que, en ciertas zonas del imperio persa, la administración real debía de ser propietaria del control de los riegos, pantanos, canales, etcétera, y exigir un canon a aquellos pueblos que se servían del agua. Este canon se incluiría en las sumas que Heródoto omite en III 95, 2, por ser «cifras de menor cuantía».

[604] Cf. III 70, 2; 78, 2.

[605] Si, como parece verosímil, Intafrenes es el mismo *Vindafarnah* que, al final del primer año del reinado de Darío, reprimió una revuelta en el imperio (la de *Arakha;* cf. *Inscr. Beh.* § 50), la frase de Heródoto no debe tomarse al pie de la letra. No obstante, el temor que siente Darío, al tener conocimiento de la acción de Intafrenes, ante la posibilidad de que los otros cinco implicados en la conjura contra el mago puedan estar de acuerdo con él, parece implicar que el asunto se produjo antes de que Darío se sintiera sólidamente asentado en el trono.

2 nes con una mujer[606]. Pues bien, el caso es que Intafrenes no consideraba procedente que se anunciase su presencia, sino que, como era uno de los siete, estaba decidido a entrar. Sin embargo, el guardián de la puerta y el introductor de mensajes[607] no se lo permitían, alegando que el rey estaba manteniendo relaciones con una mujer. Entonces Intafrenes, en la creencia de que aquéllos estaban mintiendo, hizo lo siguiente: desenvainó su alfanje y les cortó las orejas y la nariz[608]; y, acto seguido, las ensartó a la brida de su caballo, les ató la brida al cuello y se marchó.

119 Ellos se presentaron ante el rey y le explicaron el motivo del agravio que habían sufrido. Entonces Darío, temeroso de que lo ocurrido lo hubieran llevado a cabo los otros seis de común acuerdo, los hizo llamar uno a uno y contrastó sus impresiones, para saber si daban
2 su aprobación a lo sucedido. Y al constatar que Intafrenes no lo había hecho en connivencia con ellos, mandó prenderlo y, con él, a sus hijos y a todos sus deudos[609], en la plena convicción de que, con el concurso de sus parientes, tramaba un alzamiento contra su persona; y, tras detenerlos a todos, los encarceló con el propósito de hacerlos ejecutar.

3 La mujer de Intafrenes, por su parte, acudía asiduamente ante las puertas del palacio real, llorando y gi-

[606] Cf. III 84, 2 y nota III 423.

[607] Sobre las atribuciones de ese cargo, cf. *supra* nota III 176.

[608] La amputación de miembros, que era un castigo típicamente persa, representaba para el así agraviado la mayor vejación que en Persia podía darse. Cf. III 154, 2, para el ardid que va a emplear Zópiro para engañar a los babilonios, y *supra* nota III 348.

[609] Como se desprende del texto, sólo fueron prendidos los varones de la familia de Intafrenes. Para un castigo similar, cf. *Daniel* VI 25.

miendo sin cesar[610]. Y, a fuerza de hacer siempre lo
mismo, despertó hacia su persona la compasión de
Darío, quien le envió un mensajero con el siguiente
comunicado: «Mujer, el rey Darío te concede la gracia
de salvar, de entre todos los parientes que tienes en
la cárcel, a uno solo, al que tú prefieras». Entonces ella, 4
después de habérselo pensado, respondió como sigue:
«Pues bien, si el rey me concede la vida de uno solo,
entre todos ellos opto por mi hermano».

Al tener conocimiento de su decisión, Darío se que- 5
dó perplejo con su respuesta y, por medio de un emi-
sario, le dijo: «Mujer, el rey te pregunta qué razón te
mueve a abandonar a su suerte a tu marido y a tus
hijos, prefiriendo que sobreviva tu hermano, que está
menos ligado a ti que tus hijos, a la par que te es
menos entrañable que tu marido[611]». Entonces ella re- 6
plicó en los siguientes términos: «Majestad, si el des-
tino lo quisiera, yo podría tener otro marido y otros
hijos, si pierdo a éstos; pero, como mi padre y mi ma-
dre ya no se hallan con vida, es del todo punto impo-
sible que pueda tener otro hermano. En aras de esta
consideración fue por lo que di aquella respuesta[612]».

---

[610] Cf. *supra* nota III 602.

[611] Todo el pasaje relativo a la mujer de Intafrenes puede pertenecer a una tradición popular (en el *Râmâyana* aparece una semejante) y de ahí que, para preparar la respuesta de la mujer, se produzcan una serie de aparentes incoherencias. Es indudable que Darío debía de pensar que la mujer iba a escoger a Intafrenes, por lo que resulta extraño que se expusiera a no poder castigar a quien, a su juicio, conspiraba contra él. Que no quería perdonarle la vida queda de manifiesto cuando le concede a la mujer la vida de otro de sus familiares: no perdona a Intafrenes, sino al hijo mayor.

[612] Este argumento de la mujer de Intafrenes aparece también en Sófocles, *Antígona* 905-912, que se inspira en el historiador (aunque no se descarta la posibilidad de que esos versos sean interpolados; cf. F. Kern, «Die Abschiedsrede des sophokleischen Antigone», *Zeitschrift für das Gymnasialwesen* 34

7 Darío consideró que la mujer realmente estaba en lo cierto y, complacido con su proceder, le entregó, además de la persona que solicitaba, al mayor de sus hijos; a los demás, en cambio, los hizo ejecutar a todos[613]. En suma: que, tal como he relatado, uno de los siete había muerto muy pronto.

120 *Muerte de Polícrates a manos de Oretes y cumplimiento de los malos augurios de Amasis*

Poco más o menos en tiempos de la enfermedad de Cambises sucedió lo siguiente[614]. Era gobernador de Sardes[615] Oretes, un persa que había sido nombrado para dicho cargo por Ciro. Este sujeto se propuso fervientemente llevar a cabo una acción execrable: sin

[1880], 1-26). Sobre otras concomitancias entre el historiador y el trágico, cf. II 35; *Edipo en Colono* 337-341; y IV 95 frente a *Electra* 62-64. Cf., asimismo, F. Jacoby, *R. E.*, s. v. *Herodotos*, cols. 232-237.

[613] En general, todo este pasaje presenta concomitancias con un relato persa del siglo XIII d. C., por lo que quizá haya que ver el reflejo de un motivo único determinado por ideas muy enraizadas en suelo iránico. Cf. F. Gabrieli, «Un passo di Erodoto e uno del Marzban-Nameh», *Rivista degli Studi Orientali* 17 (1937), págs. 111 y sigs.

[614] A comienzos del año 522 a. C. Cf. *supra* III 66, 1 y nota III 339. Dentro de un contexto dedicado fundamentalmente a narrar la historia persa durante los reinados de Cambises, Esmerdis y primeros años de Darío, Heródoto vuelve a aludir al mundo griego y a sus relaciones con los persas, teniendo presente el plan de su obra (cf. *supra* nota III 3). En este caso, el fin de Polícrates, que se va a narrar en los capítulos siguientes, se asocia —junto con otras historias con protagonistas helenos— al antagonismo entre griegos y persas: Polícrates deseaba hacerse con el control marítimo del Egeo (cf. III 122, 2) y hubiera entrado en conflicto con Persia. Todo ello se encuadra en una historia de las guerras médicas y de sus lejanos orígenes.

[615] Es decir, «sátrapa de Sardes» (Heródoto, sin embargo, nunca emplea el término *sátrapa*, que no sería utilizado en la historiografía griega hasta Jenofonte), de la provincia cuya capital era Sardes, pues los persas llamaban a la segunda satra-

haber recibido de Polícrates de Samos agravio alguno[616], ni haber escuchado de sus labios la menor frase ofensiva —es más, sin haberlo visto con anterioridad—, se propuso apoderarse de su persona para matarlo. Según la versión más extendida, el móvil fue, más o menos, el siguiente. Oretes y otro persa llamado Mitrobates, que era gobernador de la provincia de Dascilio[617], 2
estaban sentados en la antesala del rey, y de las palabras pasaron a los insultos. Resulta que discutían sobre su respectiva valía y Mitrobates le dirigió a Oretes el siguiente reproche: «¡Vaya valiente que estás tú hecho[618]! ¡Tú, que no has incorporado a los dominios del 3
rey la isla de Samos, que está en las inmediaciones de tu provincia[619], cuando es tan sumamente fácil conquistarla que uno de sus naturales, sublevándose con quince hoplitas[620], se apoderó de ella, y en la actualidad es su tirano!».

---

pía, según la lista de Heródoto, por el nombre de la capital (*Sparda*, en persa), que, administrativamente, incluía también la circunscripción de Jonia (cf. *supra* nota III 456).

[616] Sin embargo, Diodoro, en X 16, afirma que Polícrates había hecho asesinar a algunos comerciantes lidios para apoderarse de sus bienes, cosa que es verosímil, dada la práctica de la piratería por parte del tirano samio (cf. *supra* nota III 211).

[617] Dascilio era la capital de la tercera satrapía persa, la helespóntica (cf. III 90, 3; Tucíd., I 129, 1; Jenofonte, *Helénicas* IV 1, 15). Estaba situada en la costa sur de la Propóntide (el actual mar de Mármara). De esta satrapía se apoderará Oretes después de asesinar a Mitrobates (cf. III 127, 1).

[618] Literalmente, «¡Tú sí que (estás) en el número de los hombres!». La expresión, naturalmente, tiene valor irónico.

[619] La isla sólo está separada del promontorio de Mícale, en Asia Menor (cf. *supra* I 148, 1), por un canal de unos 2 km. de anchura. Pese a que, tributariamente, Jonia y Lidia estaban encuadradas en dos satrapías diferentes, políticamente formaban parte de la misma. Sobre esta aparente disparidad, cf. nota III 443.

[620] La tiranía, sin embargo, podía haberla heredado Polícrates ya de su padre Éaces. Cf. *supra* notas III 205 y 208. Un hoplita

4 Algunos, en suma, afirman que, al oír este comentario, y dolido ante la injuria, fue cuando Oretes se propuso fervientemente no tanto vengarse de quien le había hablado así[621], cuanto acabar a toda costa con Polícrates, que era el culpable de su mala reputación.

121 En cambio otros, aunque en menor número, pretenden que Oretes envió a Samos un heraldo para solicitar algo determinado —pues lo cierto es que este punto concreto no se especifica—, y se encontró con que Polícrates estaba en aquellos momentos recostado en el pabellón de los hombres[622] (por cierto que con él

2 también estaba Anacreonte de Teos[623]). Y ya fuese por

---

era un soldado de infantería armado pesadamente. Su armamento completo constituía una *panoplia*, compuesto de elementos de tipo defensivo (casco, hombrera, coraza, protección del antebrazo, ventrera, escudo —generalmente redondo—, muslera, greba, tobillera y protección del pie) y de armas ofensivas (lanza de unos 2 m. de longitud y espada de doble filo).

621 Sin embargo, Oretes también acabó matando a Mitrobates (cf. III 126, 2). La anécdota que cuenta el historiador debe de encubrir, en realidad, los propósitos expansionistas de Oretes, que, aprovechando el período de sublevaciones a que tuvo que hacer frente Darío tras su ascensión al trono (cf. nota III 434), trató de reforzar su posición en el oeste y de independizarse del poder central.

622 El pabellón de los hombres era la parte de la casa reservada a los varones. Consistía, por lo general —las diferencias estaban en función de la opulencia de sus moradores—, en un patio descubierto rodeado de columnas al que daban las habitaciones del dueño de la casa y de las personas que estaban a su servicio. Polícrates, pues, debía de estar tumbado en el salón (cf. III 123, 1), acompañado de otros comensales, en una colchoneta mullida de las que se colocaban alrededor de la mesa.

623 Poeta lírico de la segunda mitad del siglo VI a. C., nacido en la ciudad jonia de Teos, que vivió en Samos en la corte de Polícrates, trasladándose luego a Atenas a la corte de Hiparco (cf. PLATÓN, *Hiparco* 228), hijo de Pisístrato. Anacreonte es el típico poeta cortesano, amable, frívolo y brillante. Cantó sobre todo a Eros, el dios del Amor, y celebró la gracia de las muchachas en la flor de la vida. Su obra auténtica está reducida,

un deliberado desprecio de Polícrates hacia la posición de Oretes, o bien que lo sucedido respondiera a una simple casualidad, el caso es que cuando el heraldo de Oretes se presentó ante él y le dirigió la palabra, Polícrates —que en aquel instante se hallaba vuelto de cara a la pared— no se volvió y ni siquiera le respondió nada.

Estos son, en suma, los dos móviles que se cuentan 122
a propósito de la muerte de Polícrates; y de ambas versiones cada cual puede creer la que quiera.

Pues bien, Oretes, que tenía su sede[624] en Magnesia, la ciudad sita a orillas del río Meandro[625], envió a Samos al lidio Mirso[626], hijo de Giges, con un mensaje, pues estaba al corriente de las pretensiones de Polícrates. En efecto, Polícrates fue, que sepamos, el pri- 2

para nosotros, a unos escasos fragmentos (cf. D. L. PAGE, *Poetae Melici Graeci*, Oxford, 1962, frs. 172 y sigs.), pero su renombre en la antigüedad fue tal que se le copió. Actualmente poseemos toda una recopilación de poemas «anacreónticos» inspirados en su estilo (cf. K. PREISENDANZ, *Carmina Anacreontea*, Leipzig, 1912).

[624] Posiblemente su sede militar (el gobierno administrativo de la satrapía lidia y jonia residía en Sardes; cf. nota III 619), ya que, desde esa plaza, podía controlar, en razón de su estratégica situación, con mayor efectividad los territorios bajo su mando, a la par que se hallaba más cerca de la costa, para poder prevenir, así, cualquier intento anexionista de Polícrates.

[625] Para distinguirla de la otra Magnesia de Asia, la que estaba situada al pie del monte Sípilo y cerca del río Hermo, más al norte de la ciudad aquí mencionada.

[626] Por su nombre, y el de su padre, debía de pertenecer a la familia de los Mérmnadas, antiguos reyes de Lidia (cf. I 7, 1), el último de los cuales fue Creso. Es de destacar, sin embargo, que mientras Giges fue el nombre del primer rey mérmnada de Lidia (cf. I 13, 2), Mirso fue el nombre del padre de Candaules, el último rey lidio de la familia de los Heráclidas (cf. I 7, 2). Cabe deducir, pues, que cuando los mérmnadas se hicieron con el poder (cf. *supra* nota I 25), debieron de pretender relacionarse genealógicamente con los Heráclidas. Sobre el fin del lidio aquí citado, cf. V 21.

mer griego —sin contar a Minos de Cnoso[627] y a algún otro, si en realidad lo hubo, que detentara el dominio del mar con anterioridad a este último— que aspiró a conseguir la hegemonía marítima[628]. Es decir, en la llamada época humana[629], el primero fue Polícrates, que abrigaba grandes esperanzas de llegar a imperar sobre Jonia[630] y las islas.

3 En definitiva, como estaba al corriente de que albergaba esas pretensiones, Oretes le envió un mensaje que rezaba así: «He aquí lo que Oretes participa a Polícrates[631]: estoy enterado de que aspiras a grandes logros, pero que no cuentas con recursos acordes con tus

[627] En época mítica, Minos, rey de Creta, había extendido, según la tradición, su poder sobre las Cícladas (cf. I 171, 2). TUCÍDIDES, en I 4, también se hace eco de esta tradición: «Minos fue el más antiguo, de los que conservamos recuerdo, que se hizo con una escuadra y, dominando la mayor parte del mar de Grecia, ejerció su poder en las Cícladas». Sobre la construcción de navíos en Creta, cf. S. MARINATOS, «La marine crétomycénienne», *Bulletin de correspondance héllenique* 62 (1933), 170-235.

[628] Es decir, una *talasocracia*. La idea del dominio de los mares estaba muy extendida en el siglo V a. C., gracias a las posibilidades de llevarla a la práctica que había entrevisto Temístocles y a su realización efectiva por parte de Cimón y Pericles. Hoy en día, sin embargo, se ha sometido a crítica la posibilidad de que existieran talasocracias con anterioridad al siglo V a. C. (los escritores de esa época habían aplicado al pasado un concepto propio de sus días). Cf. G. STARR, «The Myth of the Minoan Thalassocraty», *Historia* 3 (1955), 282-292.

[629] En época histórica, por oposición a los tiempos «heroicos» o míticos, período en el que había vivido Minos. Una de las características de Heródoto es, precisamente, su interés primordial por los hechos acaecidos en época histórica, frente a la actitud de los escritores anteriores. Cf. PH. E. LEGRAND, *Hérodote. Introduction...*, págs. 38-39.

[630] Los móviles que impulsaron a Oretes a dar muerte a Polícrates no serían, pues, ninguno de los dos que cuenta Heródoto, sino el peligro que el persa veía en el creciente poderío de Samos, que amenazaba sus posesiones.

[631] Cf. *supra* nota III 215.

proyectos[632]. Pues bien, si haces lo que te voy a decir, lograrás encumbrarte personalmente y, de paso, me salvarás a mí, ya que el rey Cambises trama mi muerte y mis informes al respecto son dignos de crédito.
Sácame, pues, de aquí en unión de mis tesoros, toma 4
tú la mitad de ellos y déjame a mí conservar el resto. Así, en lo que del dinero dependa, podrás imperar sobre Grecia entera. Y si no me crees en lo tocante a mis tesoros, envía a la persona que en estos momentos goce de tu más absoluta confianza, que yo se los mostraré».

Al oír esta proposición, Polícrates se llenó de ale- 123
gría y dio su conformidad; y como, por lo visto, sentía una gran pasión por el dinero[633], lo primero que hizo fue enviar, para que se cerciorara, a Meandrio, hijo de Meandrio[634], un ciudadano samio que era secretario suyo (el mismo individuo que, no mucho tiempo después de estos sucesos[635], consagró en el Hereo todos los objetos de arte que había en el salón[636] de Polícrates, y que son particularmente vistosos).

Y cuando Oretes se enteró de que era inminente 2
la llegada del observador, hizo lo siguiente. Llenó de

---

632 Pues, pese al esplendor de Samos, las fuerzas de Polícrates estaban integradas fundamentalmente por mercenarios (cf. III 45, 3), lo que representaba un considerable dispendio para su mantenimiento.

633 Tanto para llevar a cabo sus planes, como por las necesidades económicas que habría acarreado el ataque lacedemonio a Samos (cf. III 54-56).

634 Este es el primer ejemplo atestiguado de que un griego llevara el mismo nombre que su padre. La costumbre no se generalizó hasta el siglo IV a. C.

635 Probablemente durante la época en que Meandrio se mostró dispuesto a establecer una democracia en Samos (cf. III 142).

636 El salón era una parte del pabellón de los hombres (de hecho, no hay diferencia lingüística entre ambos términos) que era sala de recepción a la vez que comedor, por lo que era el lugar de la casa mejor decorado.

piedras ocho cofres, a excepción de un espacio muy pequeño, próximo ya a los bordes, echó oro sobre las piedras y, acto seguido, ató cuidadosamente los cofres y los dejó a punto. Entretanto, llegó Meandrio, les echó una ojeada e informó a Polícrates[637].

124 Éste, entonces, se dispuso a emprender personalmente[638] el viaje, a pesar de lo mucho que se lo desaconsejaban tanto los adivinos como sus amigos, y a pesar, asimismo, de que hasta su hija había tenido en sueños la siguiente visión[639]: creyó ver que su padre, suspendido en el aire, era lavado por Zeus y ungido por
2 el Sol[640]. Debido a esta visión que tuvo, intentó por todos los medios que Polícrates no fuera a visitar a Oretes, e incluso exteriorizó sus malos presentimientos[641] en el momento en que su padre subía a bordo

[637] Le comunicaría que había visto los cofres —no su contenido—, ya que éstos se encontraban herméticamente cerrados (sobre el modo de atar un arca, cf. Hom., *Odisea* VIII 447: en época heroica era habitual atar los cofres con nudos complicados en vez de cerraduras). Nepote, *Aníbal* 9, cuenta una historia similar sobre cómo Aníbal engañó a los habitantes de Gortina, en Creta.

[638] Resulta sorprendente que Polícrates decidiera ir personalmente en busca de Oretes. Si lo que cuenta Heródoto es cierto, quizá entre las condiciones impuestas por el sátrapa figurara la de que no se avendría a tratar con nadie que no fuera el propio Polícrates en evitación de alguna trampa. Lo más verosímil, sin embargo, es que Polícrates fuera capturado en Jonia con ocasión de alguna incursión samia realizada contra los dominios de Oretes.

[639] Sobre la significación de los sueños como medio de comunicación entre dioses y hombres, cf. *supra* nota III 159.

[640] Esta expresión testimonia las explicaciones que de los fenómenos físicos tenían lugar en el siglo v a. C., ya que los dioses eran identificados con los poderes de la naturaleza, sobre todo en la religión tradicional. Cf. S. Sambursky, *Das physikalische Weltbild der Antike*, Frankfurt, 1965.

[641] Mediante la expresión de frases ominosas se rompía la protección favorable que los dioses dispensaban a una empresa. Cf. Eustacio, *Il.* 28, y Plutarco, *Craso* 16.

del pentecontero[642]. Polícrates, por su parte, la amenazó con que, si regresaba sin contratiempos, se iba a quedar soltera durante mucho tiempo, pero ella imploró a los dioses que esa amenaza llegara a cumplirse, pues, antes que verse privada de su padre, prefería seguir siendo soltera durante más tiempo[643].

Desdeñando, pues, todo consejo, Polícrates se hizo a 125
la mar para entrevistarse con Oretes, llevándose consigo a muchos de sus amigos, entre los que, por cierto, se contaba Democedes de Crotón, hijo de Califonte, que era médico y, de los de su época, el mejor que había en el ejercicio de su profesión[644]. Pero, al llegar a 2
Magnesia, Polícrates sufrió una muerte infame, indigna de su condición y de sus maneras; pues, a excepción de los tiranos que ha habido en Siracusa[645], ningún otro tirano griego puede, en justicia, compararse con Polícrates por su magnificencia[646].

Oretes, en suma, lo hizo matar de un modo que, en 3
conciencia, no puede ni contarse[647], y luego mandó cru-

---

[642] Cf. *supra* nota III 210.

[643] Si las palabras «durante más tiempo» no son una glosa, pueden interpretarse de dos maneras. 1. Más tiempo del que normalmente hubiera estado soltera de no contrariar a su padre. 2. Más tiempo, incluso, del que su padre pensara castigarla.

[644] Sobre su historia, cf. III 129-137. Crotón estaba situada en la Magna Grecia, en la extremidad occidental del golfo de Tarento, y fue famosa por su escuela de medicina.

[645] Se refiere a Gelón (hacia 540-478 a. C.) y a su hermano y sucesor Hierón I (muerto hacia 467 a. C.), que fueron tiranos de Siracusa y en cuyas fastuosas cortes vivieron poetas de la talla de Píndaro, Simónides, Baquílides y Esquilo. Cf. R. VAN COMPERNOLLE, *Étude de chronologie et d'historiographie siciliotes*, París, 1960, págs. 293-351 y 383-403.

[646] Buen testimonio de ello eran las obras religiosas y públicas que se habían realizado en Samos durante su mandato (cf. III 60).

[647] Heródoto, como buen griego, evita relatar lo horrible y repugnante (cf., sin embargo, IV 202). Probablemente Polícrates

cificarlo. Y, de cuantos constituían su séquito, dejó en libertad a todos los que eran naturales de Samos, recalcándoles que tenían que estarle agradecidos por seguir siendo libres[648]; en cambio, a todos los miembros de su séquito que eran extranjeros o sirvientes, los retuvo en su poder, incluyéndolos entre sus esclavos.
4 Y, por su parte, Polícrates, colgado en la cruz, hizo realidad toda la visión de su hija, pues era lavado por Zeus cada vez que llovía[649], y asimismo era ungido por el Sol, al dejar escapar los humores de su cuerpo. En este desenlace concluyeron, pues, los numerosos éxitos de Polícrates [tal como, tiempo atrás, se lo había pronosticado Amasis, el rey de Egipto[650]].

Crímenes y castigo de Oretes

126 Pero, no mucho tiempo después[651], las potencias vengadoras de Polícrates[652] también alcanzaron a Oretes. En efecto, tras la muerte de Cambises y el reinado de los magos, Oretes permanecía en Sardes sin prestar

---

fue desollado en vida, según parece deducirse de que el sol le hiciera salir los humores del cuerpo.

[648] Es posible que Oretes confiara en crear un partido propersa en Samos, de acuerdo con los planes expansionistas que poco después le harán conquistar la satrapía de Dascilio. Para una política similar llevada a cabo por Corinto con respecto a Corcira, cf. TUCÍD., I 55; III 70.

[649] Zeus, como dios del cielo, era la divinidad de fenómenos atmosféricos tales como las nubes (cf. HOM., *Ilíada* I 511; IV 30; *Odisea* I 63; etc.), del trueno (cf. HOM., *Ilíada* I 354; XII 68; *Odisea* V 4; etc.), del rayo, la lluvia, etc.

[650] Cf. III 43, 3. Sobre el destino ineluctable que se cierne sobre el hombre, cf. *supra* nota III 229.

[651] Si la muerte de Polícrates tuvo lugar durante la enfermedad de Cambises, es decir, a comienzos del año 522 a. C. (cf. III 120, 1), entre este hecho y el fin de Oretes debieron de transcurrir varios meses. La muerte de este último tuvo que producirse con posterioridad al 27 de noviembre de 521 a. C., fecha en la que Darío consiguió ver sofocadas todas las rebeliones que se habían producido en el imperio.

[652] Son las *Erinis*, personificación de la venganza que reclama

servicio alguno a los persas, que a la sazón se hallaban desposeídos del poder por obra de los medos[653]. Es 2
más, durante aquel período de desorden, hizo asesinar a Mitrobates, el gobernador de Dascilio —aquel que le había echado en cara el asunto de Polícrates—, y lo mismo hizo con Cranaspes, el hijo de Mitrobates[654], personajes ambos de gran prestigio entre los persas; además, cometió todo tipo de desafueros: en concreto, a un correo de Darío, que se había presentado en su corte, lo mandó asesinar cuando regresaba a Persia, debido a que no era de su agrado el mensaje que le traía[655], preparándole con unos cuantos hombres una

---

un homicidio (cf. Hom., *Odisea* XI 280, e *infra* VIII 106, 4). En este caso vengan en la persona de Oretes el asesinato de Polícrates (cf. J. Kroymann, «Götterneid und Menschenwahn. Zur Deutung des Schicksalsbegriffs im frühgriechischen Geschichtsdenken», *Saeculum* 21 [1970], 166-179). Como ha apuntado J. de Romilly («La vengeance comme explication historique dans l'œuvre d'Hérodote», *Revue des Études Grecques* 84 [1971], 314-337), la venganza es un tema importante en la *Historia* de Heródoto, y permite situar los diferentes niveles de causalidad presentados en la obra.

[653] Dado que este hecho se sitúa con posterioridad al «reinado de los magos», parece indudable que no se trata de la pretendida usurpación del falso Esmerdis. En este caso, debe de tratarse de la sublevación del medo *Fravartish* (sublevación que Heródoto menciona en I 130, 2) y que supuso un gran peligro para la todavía poco estable posición de Darío en el trono, dado que, a la sublevación de Media, siguieron las de Asiria, Armenia y Capadocia. Cf. A. T. Olmstead, *History of the Persian Empire...*, págs. 110 y sigs. Durante ese período Oretes debió de observar una actitud sospechosamente neutral, quizá con la intención de declararse independiente.

[654] Con lo cual consiguió tener a sus órdenes toda la zona occidental de Anatolia, desde la Propóntide hasta Panfilia, lo que —en la lista de las satrapías mencionada por Heródoto— corresponde al territorio de las tres primeras (cf. III 90, 1-2).

[655] El mensaje —según puede inferirse de lo expuesto al comienzo del capítulo siguiente— tendría quizá por objeto solicitar de Oretes la ayuda necesaria para poder atacar a los países insurrectos (Media, Asiria, Armenia y Capadocia) desde dos

emboscada en el camino; y, tras haberlo asesinado, lo hizo desaparecer en unión de su caballo[656].

127 Por su parte Darío, cuando se hizo con el poder, ardía en deseos de castigar a Oretes por todas sus iniquidades y, sobre todo, por lo de Mitrobates y su hijo[657]. Sin embargo, en aquellos momentos no consideraba oportuno enviar abiertamente un ejército contra él, debido a que la situación se hallaba todavía revuelta[658], a que él acababa de hacerse con el poder y a que, según sus noticias, Oretes contaba con un gran potencial militar (su guardia personal la componían

---

frentes, cosa que iba en contra de los planes del sátrapa de Sardes. Suprimiendo al mensajero podía argüir su ignorancia de la petición.

[656] Como el mensajero enviado por Darío era un «correo montado» (eso significa el término griego *angarêios*), el caballo debía llevar alguna marca que indicara su pertenencia al rey, de ahí la necesidad de suprimir también a la montura.

[657] El firme propósito de Darío de suprimir a Oretes indudablemente no databa del momento mismo en que se proclamó rey. Además, Heródoto personaliza el motivo que impulsó a Darío a castigar a Oretes. El asesinato de Mitrobates y Cranaspes, con ser importante —los sátrapas, sin embargo, podían declararse la guerra entre sí—, no fue la causa determinante, sino la no intervención de Oretes en favor de Darío durante las revueltas del año 521 a. C.

[658] Pese a que en la *Inscripción de Behistun* Darío asegura que permanecieron leales «los del mar», Sardes y Jonia, la actitud de Oretes parece desmentirlo, ya que sólo gracias a un ardid (cf. III 128) pudo el monarca asegurarse la sumisión de las provincias occidentales (cf. Diodoro, X 38; Eliano, *Historias varias* VII 11; Ateneo, XII 522 b). Además de las rebeliones de Media, Asiria, Armenia y Capadocia, Persia se sublevó acaudillada por un tal *Vahyazdata*, y Elam se declaró independiente a las órdenes de *Hashshina* (cf. *Inscr. Beh.* §§ 16 y sigs.). A todo ello hay que añadir la gran sublevación de Babilonia, ocurrida el 3 de octubre del año 522 a. C. y acaudillada por Nabucodonosor III, hijo de *Nabu-naid* (= Nabonido), el último rey independiente de Babilonia.

mil persas y, además, controlaba las provincias frigia, lidia y jónica[659]).

En esta tesitura, pues, Darío tramó el siguiente plan. 2
Convocó a los persas más insignes y les habló como sigue: «Persas, ¿quién de vosotros podría comprometerse a realizar en mi nombre cierto asunto, valiéndose de su astucia y no de la fuerza de un contingente armado? Pues, cuando se requiere astucia, no hay lugar para la fuerza. En definitiva, ¿quién de vosotros 3
podría traerme vivo a Oretes, o bien darle muerte? Porque ese sujeto no ha prestado jamás ningún servicio a los persas, e incluso lleva cometidas grandes felonías. No sólo ha acabado con dos de los nuestros, con Mitrobates y con su hijo, sino que, además, haciendo gala de una insolencia intolerable, asesina a quienes yo envío para llamarlo al orden. Así pues, antes de que pueda ocasionar a los persas un perjuicio mayor, debemos ponerle freno dándole muerte».

Este fue el caso que planteó Darío. Y, de entre los 128
asistentes, se le ofrecieron treinta hombres, cada uno de los cuales pretendía encargarse personalmente del asunto. Entonces Darío zanjó la polémica aconsejándoles que lo echaran a suertes; lo echaron, pues, a suertes y de entre todos salió elegido Bageo, hijo de Artontes. Y, una vez elegido, Bageo hizo lo siguiente: redac- 2
tó varias cartas de diverso contenido, les imprimió el sello de Darío[660] y, acto seguido, se fue con ellas a Sardes. A su llegada, y una vez que estuvo en presencia 3
de Oretes, fue desenrollando[661], una a una, las cartas y

---

[659] Esta posición todopoderosa de los sátrapas (cf., para la misma, E. Meyer, *Geschichte des Altertums*, III..., págs. 34 y siguientes) fue limitada considerablemente durante el reinado de Darío, en evitación de posibles intentos independentistas.

[660] Sobre el valor del sello real, cf. Tucíd., I 129, 1; y, sobre todo, *Ester* VIII 8.

[661] Ph. E. Legrand, *Hérodote. Histoires. Livre III...*, pág. 163, nota 3, sugiere que el texto puede presentar una laguna, pues

se las dio a leer al secretario real (pues todos los gobernadores tienen secretarios reales[662]). Bageo entregaba las cartas para comprobar si los guardias se avendrían a desamparar a Oretes.
4 Y, al ver que mostraban

---

el verbo que traduzco por «fue desenrollando» significa de ordinario «quitar lo que rodea» (cf. II 151, 2: Psamético se despoja de un casco; III 41, 2: Polícrates se quita el anillo), por lo que cabría suponer que falta una palabra que designaría la envoltura de cada carta y que garantizaría la autenticidad del documento: un estuche sellado; un cordón, asimismo sellado; etc. De hecho, W. W. How, J. Wells, *A commentary on Herodotus,* I..., página 296, traducen: «taking it out of its case»; y A. Barguet, *Hérodote. L'enquête...,* pág. 273: «en brisant le cordon».

662 Nombrar «secretarios reales» era uno de los medios de los que el poder central persa se valía para limitar el poder de los sátrapas, dentro de una serie de medidas tendentes todas ellas a ese fin: 1. Nombrar miembros de la casa real como sátrapas de las provincias más importantes, para asegurarse así su fidelidad (Histaspes en Partia: cf. III 70; Artafrenes, hermanastro de Darío, en Sardes: cf. V 25; Masistes, hijo de Darío, en Bactria: cf. IX 113), o bien dar a un sátrapa por esposa a una hermana del rey (cf. Tucíd., I 128). La medida, sin embargo —como lo prueba el caso de Ciro el Joven, que se sublevó contra su hermano Artajerjes II—, no siempre era eficaz. 2. Dividir la autoridad satrápica: cada sátrapa tenía un sátrapa vecino que, por lo general, no se hallaba con él en buenas relaciones; además, existían gobernadores subordinados con considerables poderes y acceso directo al rey. 3. Limitar la autoridad militar de los sátrapas: los comandantes de las tropas reales —sobre todo de las guarniciones en fortalezas situadas en puntos estratégicos— eran, por lo general, nombrados por el rey (y estos generales podían tener territorios de su propiedad; cf. *infra* V 102, 1; 116). A ello hay que añadir la inspección anual de carácter militar que era realizada por el rey o sus representantes y que contribuía a mantener el control real sobre las tropas (cf. Jenofonte, *Económico* IV 6; *Helénicas* I 4, 3; *Anábasis* I 1, 2). 4. La fidelidad general de las personas de nacionalidad persa a la dinastía reinante (caso de la guardia personal de Oretes en este pasaje, por ejemplo). 5. Un número de funcionarios especiales dependientes directamente de la autoridad del rey: además de los secretarios reales, una serie de delegados —los «Ojos del rey», por ejemplo; cf. I 114, 2, y nota I 285— que podían ser enviados a inspeccionar ocasionalmente las distintas satrapías.

un gran respeto ante las cartas y más aún ante el contenido de las mismas, entrega otra en la que figuraban las siguientes palabras: «Persas, el rey Darío os prohíbe seguir al servicio de Oretes». Al oír esto, los guardias depusieron ante él sus lanzas[663]. Entonces Bageo, al ver que, con este ademán, obedecían el dictado de la carta, desde ese momento cobró, como es natural, confianza y entregó al secretario la última de las cartas, en la que figuraba escrito: «El rey Darío ordena a los persas que se encuentran en Sardes que maten a Oretes». En cuanto los guardias oyeron esta orden, desenvainaron sus alfanjes y al momento lo mataron. Así fue, en suma, como las potencias vengadoras de Polícrates de Samos alcanzaron al persa Oretes[664].

---

[663] El pasaje puede interpretarse de dos maneras: que depusieron sus lanzas a los pies de Bageo, en signo de obediencia y sumisión, como representante que era del rey (es la interpretación de H. STEIN, *Herodoti Historiae*, III..., págs. 140-141, que considera que «ante él» se refiere a Bageo «in welchen sie, nach Absetzung des Orötes, ihren neuen Herrn erkennen», comparando este pasaje con LIVIO, II 7); o bien que depusieron sus lanzas a los pies de Oretes, indicando que dejaban de aceptar su autoridad (es la interpretación de W. W. HOW, J. WELLS, *A commentary on Herodotus*, I..., págs. 296-297, quienes consideran que «ante él» se refiere a Oretes, significando la frase «'let go their spears', i. e. no longer stood at attention», basándose en el empleo del verbo *methíēmi* en IX 62, 1).

[664] Como en otras ocasiones a lo largo de la obra de Heródoto, tenemos aquí bien patente un caso de *Ringkomposition*, o «composición en anillo», rasgo estilístico propio de la época arcaica (cf., por ejemplo, HOM., *Odisea* XIX 392 y sigs.; ESQUILO, *Suplicantes* 407 y sigs.; etc.) consistente en que un pasaje termina con las mismas o casi las mismas palabras con que dicho pasaje se iniciaba (cf., para el comienzo, III 126, 1). Cf. H. FRÄNKEL, *Eine Stileigenheit der frühgriechische Literatur*, Gotinga, 1924.

129 *Aventuras de Democedes, enviado por Darío a Grecia en misión de espionaje*

No mucho tiempo después de que los bienes de Oretes[665], que fueron transportados a Susa, llegaran a su destino, sucedió que, en el transcurso de una partida de caza mayor, el rey Darío se dislocó el pie al apearse
2 de su caballo; y debió de dislocárselo gravemente, pues el tobillo se le salió de las articulaciones. Entonces, y dado que desde antes tenía por norma albergar en su corte a los egipcios que pasaban por ser los más diestros en el arte de la medicina[666], recurrió a dichos egipcios. Pero ellos, como le retorcieron el pie y se lo for-
3 zaron, agravaron su dolencia. Por esa razón, Darío estuvo en vela durante siete días y siete noches, debido al dolor que sentía; finalmente, en vista de que, a los ocho días, seguía encontrándose mal, alguien, que en cierta ocasión ya había oído hablar en Sardes de la pericia de Democedes de Crotón[667], se lo comunicó a Darío; por lo que éste ordenó que lo condujeran a su presencia cuanto antes. Y cuando lo encontraron, sumido en el mayor de los olvidos, entre los esclavos de Ore-

[665] La alusión a los bienes de Oretes está justificada porque Democedes —cuya historia va a contar Heródoto en los capítulos siguientes—, en su calidad de esclavo (formaba parte, como extranjero, del séquito de Polícrates al que el sátrapa persa había incluido entre sus esclavos; cf. III 125, 3), era una pertenencia de Oretes. El texto griego, además, establece una diferencia entre esclavos y bienes muebles: «una vez llegados (aplicado a personas) y transportados (aplicado a cosas) los bienes de Oretes...».

[666] Al dispensar su confianza a médicos egipcios, Darío no hacía sino seguir la costumbre de sus predecesores en el trono (cf. III 1, 1). Sobre los médicos egipcios (a los que Darío favoreció, ya que restauró el colegio médico de Sais), cf. II 84 y nota III 6.

[667] Ya que era un médico famoso en todo el Egeo (cf. III 131). Las noticias sobre la pericia de Democedes habrían llegado a Sardes por los frecuentes contactos comerciales entre lidios y griegos.

tes, lo llevaron ante el rey arrastrando unos grilletes y cubierto de harapos.

Una vez en presencia del monarca, Darío le preguntó si tenía conocimientos de medicina. Democedes respondió negativamente, pues temía que, si se daba a 130
conocer, se vería alejado para siempre de Grecia. Sin 2
embargo, Darío se dio perfecta cuenta de que sí los poseía y de que estaba fingiendo, así que ordenó a quienes lo habían conducido que trajeran a la vista de todos los presentes látigos y peines de tortura.

En este trance, y como es natural, Democedes confesó, declarando que no contaba con conocimientos precisos, pero que, merced al trato que había tenido con un médico, poseía ligeras nociones de su profesión[668].
Acto seguido, y en vista de que Darío decidió ponerse 3
en sus manos, Democedes, recurriendo a remedios griegos y empleando, en lugar de las brusquedades, un tratamiento calmante[669], logró que el rey conciliara el sueño y, en breve plazo, consiguió que recobrara la salud, cuando el monarca ya no esperaba volver a tener
jamás el tobillo en condiciones. Por su parte, Darío le 4
obsequió, tras su curación, con dos pares de grilletes de oro; pero él le preguntó si le doblaba deliberadamente su desgracia por haberle devuelto la salud. A

[668] Democedes, pues, no confiesa toda la verdad, por el temor antes aludido, ya que, como el propio Heródoto ha dicho en III 125, 1, por aquellas fechas era el mejor médico del mundo.

[669] El mérito de Democedes residiría en haber logrado reducir la dislocación sin contar con el instrumental apropiado, ya que no es de suponer que lo hubiese conservado mientras se hallaba entre los esclavos de Oretes. Dos tratados hipocráticos *(Perì árthrōn = Sobre las articulaciones,* y *Mochlikós = Instrumentos de reducción)* abordaban los diversos tipos de luxaciones, tratamientos y reducciones, incluyendo, además, una serie de descripciones sobre los complicados aparatos destinados a tratar tales males. Cf. E. Littré, *Oeuvres complètes d'Hippocrate,* IV..., páginas 78-326 y 340-394, que presenta ilustraciones sobre los instrumentos empleados para la reducción de problemas óseos.

Darío le gustó la ocurrencia y lo envió a ver a sus mujeres. Entonces, los eunucos que lo acompañaban informaron a las mujeres que aquel individuo era quien le había devuelto la vida al rey, por lo que cada una de ellas, deslizando una copa en la arqueta que contenía su oro, agasajó a Democedes con un regalo tan sumamente espléndido que el criado que iba con él, cuyo nombre era Escitón, fue recogiendo las *estateras*[670] que se caían de las copas y logró reunir una importante cantidad de oro.

131 Por cierto que las circunstancias merced a las que el tal Democedes, que procedía de Crotón, había entrado en contacto con Polícrates fueron las siguientes. En Crotón vivía a mal con su padre, un hombre de un carácter desabrido; como no podía aguantarlo, lo abandonó y se fue a Egina. Una vez establecido en dicha isla, en su primer año de estancia superó a los demás médicos, a pesar de que no contaba con pertenencia alguna y de que no poseía ni uno solo de los útiles
2 propios del oficio[671]. Al segundo año los eginetas con-

[670] Las *estateras persas* (o *dáricos*, cf. VII 28) eran monedas de oro con un peso aproximado de 8,40 gr. En Grecia, la *estatera* pesaba 8,65 gr. (pues el oro no era tan puro) y equivalía a 20 dracmas de plata (= 86,5 gr.), dado que la relación entre el oro y la plata se valoraba, por lo general, en una proporción de 1 : 10 (cf. *supra* nota III 495).

[671] La traducción literal es «a pesar de que carecía de instrumentos y de que...», por lo que quizá Heródoto pudiera estar pensando en una especialización de la medicina, con unos útiles de medicina general y un instrumental especializado (tal vez Democedes fuera especialista en tratar fracturas y dislocaciones). H. G. Liddell, R. Scott, *A Greek-English Lexicon*, Oxford, 1973 (= 9.ª ed., 1940), pág. 257, traducen el adjetivo *askeuḗs* —referido precisamente a este pasaje de Heródoto— como «without the implements of his art». Ph. E. Legrand, *Hérodote. Histoires. Livre III...*, pág. 166, traduce, en ese sentido: «bien qu'il fût sans matériel et n'eût aucun des instruments du métier». Pero no añade ninguna explicación ante la aparente redundancia (y tampoco lo hacen W. W. How, J. Wells en su *Com-*

trataron sus servicios como médico oficial[672] por un talento; al tercer año lo hicieron los atenienses por cien minas, y al cuarto Polícrates por dos talentos[673].

Así fue como llegó a Samos; y a este individuo se debe principalmente el prestigio de que gozaron los médicos de Crotón[674] [pues resulta que esto sucedió 3
cuando los médicos de Crotón tenían fama de ser los

---

mentary). La traducción alemana de A. HORNEFFER, *Herodot. Historien,* 4.ª ed., Stuttgart, 1971, pág. 238, considera la segunda oración participial como explicativa de la primera, traduciendo: «obwohl er gar nicht die Werkzeuge besass, die zur Ausübung der Kunst nötig sind». Las soluciones ante esta reiteración podrían ser las siguientes: 1. Considerar el adjetivo *askeuês* —pese a los problemas semánticos que tal interpretación conllevaría— como «pese a que carecía de experiencia», dado que aquél era quizá su primer año de ejercicio de la medicina (Heródoto, además, no menciona que Democedes practicara ya la medicina en Crotón). 2. Traducir las dos oraciones participiales por «a pesar de que carecía de instrumental y de que no poseía ni uno solo de los útiles propios del oficio». La reiteración podría explicarse, como antes apuntaba, por una distinción entre una medicina general y otra especializada. 3. Interpretar *kaí* con valor coordinante-intensivo, para poner de manifiesto la dificultad inicial que tuvo que salvar Democedes: «a pesar de que carecía de instrumental; más aún, a pesar de que...». 4. Interpretar *askeuês* con el significado negativo de pertenencia en general, pues es posible que Democedes, al abandonar a su padre en Crotón, se fuera «con lo puesto». En este último caso, el adjetivo no haría referencia a ningún tipo de instrumental apropiado para el ejercicio de la medicina.

672 Las ciudades griegas contaban con médicos, pagados por el erario público, que eran nombrados para desempeñar su actividad por la asamblea popular. Esos médicos disponían de un local para trabajar y de ayudantes, y tenían por misión atender gratuitamente a los ciudadanos, sin que la ley estableciera sanciones en caso de que cometiesen algún error.

673 Las cifras equivalen, respectivamente, a 25,92; 43,2; y 51,84 kilos de plata.

674 La excelente salud de los habitantes de Crotón era tradicional («ser más sano que un crotoniata» era un proverbio que contribuiría a acrecentar la fama de los médicos de esa ciudad).

más diestros de Grecia[675], ocupando el segundo lugar los de Cirene. Y por esas mismas fechas los argivos, por su parte, tenían la aureola de ser los griegos más diestros en música[676]].

132 Por aquel entonces, pues, Democedes, por haber curado del todo a Darío, tenía en Susa una casa muy espaciosa, se había integrado en el círculo de invitados del rey[677] y, salvo una sola cosa —poder regresar a Grecia[678]—, tenía a su disposición todo tipo de como-
2 didades. Y por cierto que, intercediendo por ellos ante el rey, salvó a los médicos egipcios que atendían antes al monarca, cuando iban a ser empalados por haber sido superados por un médico griego; e igualmente protegió a un adivino eleo[679] del séquito de Polícrates que se encontraba totalmente desamparado entre los esclavos[680]. Democedes, en suma, era ante el rey un personaje muy importante.

---

[675] Para un griego, Grecia no era solamente la península helénica, sino también la costa occidental de Anatolia y el sur de Italia, incluida Sicilia.

[676] La precisión cronológica debe de ser una interpolación. Como sugiere **H. Stein**, *Herodoti Historiae*, III..., pág. 143, si esta frase es genuina de Heródoto, sería una adición que el historiador introduciría posteriormente; pero lo más probable es que se trate del comentario de un escoliasta.

[677] Los «comensales» (cf. Jenofonte, *Anábasis* I 8, 25) constituían, en torno al rey y a los grandes personajes persas (y, en general, en todas las cortes orientales; cf. *supra* III 14, 7), un grupo privilegiado. Cf., asimismo, V 24, 4.

[678] Con lo que había visto cumplidos sus temores (cf. III 130, 1), pues Darío querría tener a su lado a un médico de la pericia de Democedes. También Histieo lamenta, en V 35, 4, tener que permanecer en la corte del rey, alejado de Grecia.

[679] Los adivinos de la Élide (región noroccidental del Peloponeso, en la que se encontraba Olimpia) eran famosos en todo el mundo griego; cf. IX 33, 1. En este caso, quizá se trata de un adivino llamado Calias, a cuyos descendientes pudo conocer Heródoto en Crotón (cf. V 45, 2). No obstante, la identificación es harto problemática.

[680] Entre los esclavos de Oretes que habían sido trasladados

Y resulta que, poco tiempo después de estos aconte- 133
mientos, tuvieron lugar estos otros. A Atosa[681], hija de Ciro y esposa de Darío, le salió en el pecho un tumor, que, en su evolución, reventó y fue extendiéndose. Mientras fue de poca monta, ella, como es natural, lo ocultó y, por pudor[682], no se lo dijo a nadie; pero, cuando se vio en grave estado, mandó llamar a Democedes y
se lo mostró. Él entonces le aseguró que le devolvería 2
la salud, pero le hizo jurar solemnemente que, a cambio, ella le prestaría el favor que le pidiera, advirtiéndole que no iba a pedirle nada que supusiera un atentado contra el decoro.

Pues bien, al cabo de cierto tiempo, cuando con su 134
tratamiento la hubo curado, Atosa, que había sido convenientemente aleccionada por Democedes sobre el particular, le hizo a Darío la siguiente consideración mientras estaban en la cama[683]: «Majestad, con tanto poderío como tienes permaneces inactivo, sin anexionar nuevos países, ni aumentar el potencial de los persas[684].

---

a Susa (cf. III 129, 1). Democedes debió de hacer amistad con él durante el tiempo que pasó en cautividad. El sentimiento panhelénico en países extranjeros era una característica genuinamente griega.

681 Sobre Atosa, cf. *supra* nota III 345. Su nombre persa era *Hutausā*, que hay que relacionar con *Madassah*, el nombre que tenía la Ester de la *Biblia*. Pero esta última no puede ser la Atosa esposa de Darío y madre de Jerjes, sino que tiene que ser la Atosa mujer de Artajerjes III.

682 Sobre el pudor entre los pueblos orientales a mostrar la desnudez (sentimiento que contrastaba con las costumbres griegas), cf. *supra* I 10, 3.

683 Sobre la importancia de Atosa en la corte persa, cf. VII 2 y sigs. El relato de Heródoto sobre esta primera misión exploratoria de unos persas en Grecia (cf. III 138, 4) está salpicado de detalles novelescos: la sugerencia de Atosa tiene lugar en la cama, la reina quiere que se conquiste el mundo griego para tener esclavas griegas, etc.

684 Vuelve a aparecer aquí el sueño de los aqueménidas por hacerse con un imperio universal; ansias de conquistas inintе-

2 Sin embargo, es conveniente que un hombre, que es joven[685] y, al tiempo, dueño de inmensos recursos, se dé a conocer mediante alguna hazaña, para que, de paso, los persas se enteren perfectamente de que están regidos por todo un hombre. Además, actuar así redunda en tu interés por dos razones: primero, para que los persas sepan que su caudillo es todo un hombre y, asimismo, para que consuman sus energías en la guerra y no tengan tiempo para conspirar contra
3 ti[686]. A no dudar, es en estos momentos —mientras te hallas en plena juventud— cuando podrías llevar a cabo cualquier proeza. Pues, a medida que el cuerpo va creciendo, con él se acrecienta también el arrojo; pero, asimismo, al envejecer el uno envejece igualmente el otro y se va debilitando para toda iniciativa[687]».

4 Estas fueron, en suma, las palabras que, conforme a las instrucciones recibidas, pronunció Atosa; y, por su parte, Darío le contestó en los siguientes términos: «Mujer, has dicho justamente todo lo que yo tengo pensado hacer. En efecto, estoy decidido a tender un

---

rrumpidas que serán la razón de su posterior ataque a Grecia con ocasión de las guerras médicas (cf. VII 8 ε; y PH. E. LEGRAND, *Hérodote. Introduction...*, págs. 229-231).

685 Sobre la edad de Darío, cf. *supra* nota III 358.

686 Si los tiranos griegos aplicaban una política de construcciones públicas para dar trabajo a la población más pobre y mantenerla ocupada (cf. H. BERVE, *Die Tyrannis bei den Griechen*, Munich, 1966), el imperialismo persa tenía que mantener a los siempre inquietos nobles ocupados en guerras de conquista para evitar sublevaciones. Sobre el valor de la guerra como medida política para asegurarse el orden interior, cf. ARISTÓTELES, *Política* V 10, 1313 b.

687 Los físicos antiguos consideraban que el crecimiento y disminución de la fuerza anímica dependía del crecimiento y disminución de la fuerza física, por pensar que la sede de la capacidad que movía a obrar se hallaba unida a la naturaleza material, o bien que era, por sí misma, un órgano corporal. Cf. LUCRECIO III 445; y S. SAMBURSKY, *Das physikalische Weltbild der Antike...*, págs. 53 y sigs.

puente desde este continente hasta el continente vecino[688] para entrar en campaña contra los escitas. Y esto será una realidad dentro de poco tiempo». «Pues mira 5
—replicó Atosa—, renuncia a atacar en primer lugar a los escitas, ya que esos pueblos serán tuyos cuando quieras, y hazme el favor de emprender la guerra contra Grecia, pues, por las referencias que he oído contar, ardo en deseos de tener a mi servicio esclavas laconias, argivas, áticas y corintias. Además, cuentas con el hombre más idóneo del mundo para indicarte todas las peculiaridades de Grecia y servirte de guía; me refiero a ese que te dejó el pie en perfectas condiciones». «Pues bien, mujer —respondió Darío—, ya 6
que consideras que primero debemos intentar apoderarnos de Grecia, creo que, ante todo, lo mejor es enviar de exploradores a ese país a unos persas, acompañados de ese hombre que dices, para que nos informen con precisión de todas las peculiaridades de los griegos que hayan averiguado y constatado. Y, acto seguido, cuando esté bien informado, me dirigiré contra ellos». Así dijo y los hechos acompañaron a sus palabras.

En efecto, en cuanto despuntó el día, hizo llamar a 135
quince persas cualificados y les ordenó recorrer las costas de Grecia en compañía de Democedes, pero procurando que este último no se les escapara; al contrario, a su regreso, debían traerlo a toda costa. Tras ha- 2
berles dado estas órdenes, hizo llamar acto seguido al propio Democedes y le pidió que guiara a los persas y que les mostrara toda Grecia, pero que luego regresara. Y le invitó a que tomara todos sus bienes muebles y se los llevara para obsequiar a su padre y a sus hermanos, indicándole que, a cambio, le daría otros en

[688] Desde Asia a Europa. El puente fue tendido sobre el Bósforo. Cf. IV 87, 2.

número muy superior; y, además, le dijo que iba a contribuir, a sus propios regalos, con un carguero repleto de toda suerte de bienes, que le acompañaría en
3 su travesía. En mi opinión, Darío seguramente le ofrecía esos presentes sin doble intención[689], pero Democedes, ante el temor de que Darío lo estuviera poniendo a prueba, no aceptó, ni mucho menos, a todo correr[690] la totalidad de lo que se le concedía; es más, afirmó que a su marcha iba a dejar sus pertenencias en su sitio[691], para disponer de ellas cuando volviera de regreso; sin embargo, añadió que aceptaba el carguero que le ofrecía Darío para agasajar a sus hermanos[692]. Y tras haberle dado, también a él, las referidas órdenes, Darío los hizo partir en dirección al mar.

136 Ellos, entonces, bajaron a Fenicia —en concreto, a la ciudad fenicia de Sidón—, equiparon sin demora dos trirremes y, con ellos, aparejaron también un gran *gaulo*[693] que llenaron de toda suerte de bienes. Y cuando

---

[689] Porque ya había dado orden a los persas que iban a acompañar a Democedes de que lo volvieran a traer una vez concluida la misión.

[690] Democedes disimula, para evitar que Darío llegue a pensar que quiere llevarse muchas riquezas, asegurándose así el futuro lejos de Persia. Por eso decide dejar allí sus pertenencias, pero acepta el ofrecimiento del monarca, ya que sus verdaderas intenciones son las de escaparse en cuanto pueda.

[691] Es decir, en su casa de Susa.

[692] Mientras que Darío ha incluido entre los destinatarios de los regalos al padre de Democedes, éste no lo hace, ya que se había marchado de Crotón precisamente a causa de las diferencias que mantenía con él (cf. III 131, 1).

[693] El *gaulo* (como indica un escolio a este pasaje) era un navío fenicio de carga que recibía ese nombre a partir de la raíz semítica *gôl-*, que significa «algo redondo». Los navíos de carga también se llamaban «redondos», porque su casco tenía una manga bastante superior a la de los navíos de guerra y una eslora inferior —por eso estos últimos recibían el nombre de

lo tuvieron todo dispuesto, zarparon con rumbo a Grecia. Al arribar a su destino, inspeccionaron sus costas y trazaron planos[694] de ellas, hasta que, después de haber inspeccionado la mayor parte de Grecia, incluidos los parajes más célebres[695], llegaron a Tarento, en Italia[696].

Allí, y por su deseo de proteger a Democedes[697], Aristofílides, el rey de los tarentinos[698], mandó desarmar los 2

«navíos largos»—; todo ello en función de la finalidad de cada tipo de embarcación, ya que la sentina de los mercantes tenía bastante más capacidad. Cf. J. Rougé, *La marine dans l'antiquité*, París, 1975, págs. 83 y sigs.

[694] Las «cartas de navegación» antiguas eran extremadamente rudimentarias y se limitaban a señalar algunos lugares apropiados para fondear y para hacer provisión de agua. Cf. H. Berger, *Geschichte der wissenschaftlichen Erdkunden der Griechen*, Leipzig, 1903, que trata fundamentalmente problemas cartográficos; y P. Pédech, *La géographie des grecs*, París, 1976, páginas 33 y sigs.

[695] Posiblemente hay aquí una alusión al puerto de Falero en Atenas; al de Nisea en Mégara; a los de Lequeo y Cecreas en Corinto, etc.

[696] Si lo que cuenta Heródoto es cierto (sus fuentes de información sobre el particular deben de ser crotoniatas, ciudad que el historiador visitó; cf. V 44-45), Democedes tuvo que engañar a los persas para llevarlos a Tarento, que, por estar en la Magna Grecia (y, en consecuencia, cerca de Crotón, lugar al que Democedes quería regresar), se hallaba ya apartado de los objetivos iniciales que un ataque persa se hubiese propuesto conseguir en Grecia.

[697] La lectura de este pasaje presenta problemas de interpretación, por lo que se han propuesto diversas soluciones. Cf. Ph. E. Legrand, *Hérodote. Histoires. Livre III...*, pág. 170, nota 1 (quizá la más idónea sea la de Herold, que lee *chrēsmosýnēs*, por lo que habría que traducir «a instancias de Democedes»).

[698] Es extraña la pervivencia de la monarquía en la Magna Grecia a finales del siglo VI a. C. G. Busolt, *Griechische Geschichte bis zur Schlacht bei Chaeroneia*, I, Gotha, 1891, págs. 406 y sigs., considera que, al ser Tarento una colonia espartana, se

timones de las naves médicas y, acto seguido, hizo encarcelar a los mismísimos persas, so pretexto de que, en realidad, eran unos espías. Mientras los persas sufrían este trato, Democedes se llegó a Crotón; y en cuanto este último hubo llegado a su patria, Aristofílides liberó a los persas y les devolvió lo que había tomado de sus naves.

137 Entonces los persas zarparon de allí y, en persecución de Democedes, llegaron a Crotón[699]; y, al encon-
2 trarlo en la plaza[700], se apoderaron de él. Por su parte, entre los crotoniatas, unos, por temor al poderío persa, estaban dispuestos a abandonarlo a su suerte; pero otros lo rescataron y la emprendieron a bastonazos con los persas, pese a que éstos esgrimían las siguientes razones: «Crotoniatas, mirad lo que hacéis. El individuo que nos estáis arrebatando es un esclavo
3 del rey que se ha fugado. ¿Cómo le va a sentar al rey Darío este grave ultraje[701]? ¿Cómo va a redundar en vuestro provecho lo que hacéis, si nos lo quitáis? ¿A qué ciudad dirigiremos primero nuestras tropas, si no

---

habría mantenido la institución monárquica a semejanza de la metrópoli. Con todo, Aristofílides podía ser simplemente un tirano.

[699] De Tarento a Crotón hay, por mar, unos 200 kms., lo que representaba algo más de un día de navegación. Cf. IV 86, 1.

[700] Se trata del *ágora*, el centro neurálgico de las ciudades griegas, donde se instalaba el mercado (en época clásica las compras las hacían por lo general los hombres, ya que las mujeres, mirando por su buena reputación, no aparecían nunca en lugares públicos) y en la que los ciudadanos se reunían para tratar los asuntos de la ciudad cuando el lugar no estaba ocupado por los comerciantes. La plaza estaba muy animada por la mañana, mientras que por la tarde la gente se reunía en las peluquerías y salas de baño, allí instaladas, para conversar.

[701] El apaleo de los persas y la protección a un esclavo fugitivo. Además, y según ATENEO, 522 c, los despojaron de sus vestidos y con ellos engalanaron a un esclavo.

a la vuestra? ¿Cuál será la primera que trataremos de sojuzgar?». Pues bien, pese a proferir estas amenazas, 4
no pudieron convencer a los crotoniatas[702]; es más, se vieron privados de Democedes y despojados, asimismo, del *gaulo* que llevaban consigo, así que zarparon de regreso con rumbo a Asia, sin que, al llegar a Grecia, intentasen ya proseguir sus averiguaciones, faltos como estaban de guía. Y por cierto que, cuando se dis- 5
ponían a hacerse a la mar, Democedes les dio el siguiente encargo: les pidió que comunicaran a Darío que Democedes había tomado por esposa a la hija de Milón. (Resulta que, ante el rey, el renombre del luchador Milón era realmente considerable[703].) Y, a mi juicio, la razón de que Democedes acelerara el matrimonio en cuestión, desembolsando grandes sumas, tenía por objeto hacer ver a Darío que también en su patria era una persona importante[704].

Tras haber partido de Crotón, los persas vinieron a 138
dar con sus naves en Yapigia[705]; y allí, cuando se ha-

---

[702] Estas amenazas, proferidas por los representantes del rey de un país tan lejano, debían de resultar poco persuasivas, dada la situación geográfica de Crotón.

[703] Esa sería la pretensión de los crotoniatas, pero no debía de ajustarse a la realidad, aunque Democedes, en Susa, hubiese ponderado las hazañas de su compatriota Milón. Este atleta venció en doce ocasiones en diversas pruebas de los juegos Olímpicos, desde 532 a 512 a. C.; y de él se decía que podía llevar a hombros una ternera, matarla de un puñetazo y comérsela entera en un solo día (cf. PAUSANIAS, VI, 14, 5).

[704] La verdadera razón de la prisa que se dio Democedes en contraer matrimonio con la hija de Milón sería emparentar con uno de los más insignes ciudadanos de Crotón y evitar, de ese modo, que los habitantes de la ciudad pudieran llegar a arrepentirse de haberle brindado protección.

[705] En la extremidad sudeste de Italia, entre el golfo de Tarento y el Adriático. La zona estaba poblada por tribus ilirias, procedentes de Iliria y del Epiro, que recibieron influjo griego

llaban reducidos a la condición de esclavos, los liberó Gilo, un exiliado de Tarento, que los condujo a la corte del rey Darío. Para recompensar su gesto, el monarca estaba dispuesto a concederle lo que dicho individuo de-
2 seara. Entonces Gilo, que previamente le había relatado su desgracia, optó por poder regresar a Tarento; pero, para no conmocionar el mundo griego si, por su causa, una gran flota zarpaba contra Italia, le indicó que bastaba únicamente con que los cnidios fueran quienes se encargaran de hacerle volver a su país, en la creencia de que con su intervención, dado que eran amigos de los tarentinos[706], lograría el regreso con toda segu-
3 ridad. Darío se lo prometió y cumplió su promesa, pues despachó un mensajero a Cnido ordenando a sus habitantes que se encargaran de hacer llegar a Gilo hasta Tarento. Los cnidios obedecieron a Darío, pero el caso es que no pudieron convencer a los tarentinos[707], y no
4 estaban en condiciones de emplear la fuerza. Así fue, en suma, como se desarrollaron los hechos. Y por cierto que esos fueron los primeros persas que, desde Asia, llegaron a Grecia[708]; y desempeñaron una misión exploratoria por la razón que he expuesto.

---

a través de Tarento. Cf. G. Devoto, *Gli antichi Italici*, Florencia, 1931, págs. 149 y sigs.

[706] Dado que Cnido y Tarento eran ambas colonias de Esparta. Cf. *supra* I 174, 2; y G. E. Bean, J. M. Cook, «The Cnidia», *Annual of the British School at Athens* 47 (1952), págs. 171 y sigs.

[707] Al parecer, porque Gilo pertenecía a una familia rival de los Falántidas, de la que era miembro Aristofílides, el a la sazón rey de Tarento, y porque había conspirado contra este último.

[708] La narración de la historia de Democedes se cierra con una alusión a las relaciones greco-persas. Sobre la finalidad de la misma, cf. *supra* nota III 3.

Historia de Silosonte, hermano de Polícrates

Con posterioridad a estos sucesos[709], el rey Darío se apoderó de Samos —de entre todas las ciudades, griegas o bárbaras, fue la primera que conquistó[710]— por cierto motivo que voy a explicar. Con ocasión de la campaña de Cambises, hijo de Ciro, contra Egipto, acudieron allí muchos griegos[711] (unos, como es lógico, con fines comerciales; otros formando parte del ejército; y hasta algunos simplemente para visitar el país[712]). Entre ellos se contaba Silosonte, hijo de Éaces, que era hermano de Polícrates y que se encontraba des- 139

[709] La precisión cronológica de Heródoto es demasiado ambigua como para poder determinar una fecha exacta para la conquista de Samos por los persas. En todo caso, hay que situarla en los primeros años del reinado de Darío, entre finales del año 521 a. C. (pacificación de todo el imperio) y 514/513 a. C. (campaña de Darío contra los escitas; cf. IV 1 y sigs.).

[710] El texto griego dice literalmente: «de todas (las) ciudades griegas y bárbaras (la) primera». Pero esta precisión —y pese a la importancia que tuvo Samos durante la tiranía de Polícrates— hay que interpretarla en sentido temporal, ya que Heródoto ignoraba toda la serie de campañas que tuvo que emprender Darío para sofocar las rebeliones ocurridas a la muerte de Bardiya (cf. A. T. Olmstead, *History of the Persian Empire...*, págs. 110-116). El historiador sólo sabía que se había producido un período de desórdenes (cf. III 126, 2; 127, 1) y que, posteriormente, se sublevó Babilonia (cf. III 150 y sigs.).

[711] En la frase se halla latente la idea de que, al conquistar los persas Egipto, a los griegos les fue posible instalarse en el Medio y en el Alto Egipto (cf. nota III 143), en tanto que, durante la dinastía saíta, los griegos, ante la xenofobia egipcia, sólo habían podido ejercer sus actividades comerciales en Náucratis, de acuerdo con las medidas adoptadas por Amasis (cf. *supra* II 178, 1; y D. Mallet, *Les premiers établissements des Grecs en Égypte*, París, 1893, págs. 121 y sigs.).

[712] Uno de estos últimos sería probablemente Hecateo de Mileto, cuya obra tuvo muy presente Heródoto para varias partes de la *Historia*. Cf. F. Jacoby, *R. E.*, s. v. *Hekataios von Milet*, cols. 2667 y sigs.

2 terrado de Samos[713]. Al tal Silosonte le sucedió un venturoso lance; fue el siguiente. Había cogido un manto de un rojo muy vivo[714] y, con él puesto, se paseaba por la plaza de Menfis[715]. En esto, lo vio Darío, que formaba parte de la guardia de Cambises y que no era todavía un personaje de mucha categoría[716], se prendó del manto y abordó a Silosonte con ánimo de com-
3 prárselo. Entonces Silosonte, al advertir que Darío anhelaba fervientemente el manto, felizmente inspirado por un dios, le dijo: «Este manto yo no lo vendo a ningún precio; pero, si, en realidad, tanto interés tienes en que sea tuyo[717], te lo doy gratis». Darío celebró estas palabras y se hizo cargo de la prenda.

140 En aquel momento Silosonte pensó que había perdido el manto por su candidez. Pero una vez que, andando el tiempo, Cambises había muerto, que los siete se habían sublevado contra el mago y que, de entre los

---

[713] Cf. *supra* III 39, 2.

[714] Probablemente se trataba de un manto de púrpura, prenda que, por su alto precio, sólo se podían costear los potentados. De ello cabe deducir que Silosonte se había trasladado a Egipto para visitar el país.

[715] Como un griego, Heródoto está pensando en el *ágora* (cf. nota III 700). Se trataría del lugar de Menfis normalmente más concurrido.

[716] Darío contaba a la sazón unos veinticinco años de edad (cf. *supra* nota III 358). Pero la afirmación de que formaba parte del ejército de Cambises como integrante —sin más— de la guardia del rey debe de tener un origen samio, ya que Darío, por ser un aqueménida, estaba emparentado con Cambises (cf. I 209, 2; y nota I 531). Dentro de la guardia personal del rey persa, tal vez ocupara algún cargo de importancia.

[717] O, según otra lectura: «si es del todo punto necesario que sea así». De este modo, se pondría más de relieve el carácter instintivo de la acción de Silosonte, que es considerada «felizmente inspirada por un dios» *a posteriori* (cuando luego consigue que Darío, una vez rey, le preste ayuda), ya que, en aquellos momentos, un griego temería contrariar a un soldado persa de la guardia personal de Cambises.

siete, Darío se había hecho con el trono, Silosonte se enteró de que la dignidad real había recaído en aquel individuo a quien, en cierta ocasión, él le había regalado en Egipto la prenda que le había solicitado.

Subió entonces a Susa y se sentó a las puertas del palacio del rey, alegando que era un bienhechor[718] de Darío. Al oírlo, el guardián de la puerta informó de 2
ello al rey, quien, lleno de perplejidad, le dijo: «¿Y a qué griego le debo yo un favor, por ser un bienhechor mío, si acabo de hacerme con el poder? Además, hasta la fecha no ha subido hasta nuestra corte prácticamente nadie de ese pueblo[719] y no consigo hacer memoria de deuda alguna con un griego. No obstante, hazlo pasar dentro para saber qué pretende con esa afirmación». El guardián de la puerta hizo pasar a Silosonte 3
y, una vez en presencia del monarca, los intérpretes[720]

[718] «Bienhechor» era un título honorífico que concedían las ciudades griegas a quienes les prestaban destacados servicios. En Persia, el Gran Rey mandaba inscribir en una estela los nombres de sus bienhechores, que eran recompensados oficialmente. Cf. *infra* VIII 85, 3.

[719] Desde que Darío se hallaba en el trono, Heródoto sólo ha citado a dos griegos que hubieran prestado servicios al rey y que se hubiesen trasladado a Susa: Democedes (cf. III 129 y sigs.) y Gilo (cf. III 138). No obstante, cf. III 38, 3.

[720] La mención en este pasaje a los intérpretes salpica de colorido oriental la historia de Silosonte, ya que tales personajes eran una especie de secretarios que hablaban la inmensa mayoría de las lenguas del imperio y que eran utilizados en las audiencias del rey a sus diferentes súbditos; además de estar encargados de llevar a cabo un primer interrogatorio a toda persona que deseara ver al rey (en ese sentido, estaban a las órdenes del «introductor de mensajes»; cf. nota III 176). No obstante, Heródoto olvida en muchas ocasiones aludir a la intervención de intérpretes, cuando tal intervención sería de esperar (por ejemplo, en la conversación mantenida entre Darío y Silosonte en el capítulo anterior), pues, en este tipo de anécdotas de carácter moralizante y dudoso valor histórico, parece imaginarse a los interlocutores, aun siendo de distinta nacio-

le preguntaron quién era y qué es lo que había hecho para afirmar que era un bienhechor del rey. Silosonte, pues, contó todo lo que había sucedido con el manto y
4 que era él quien había hecho el regalo. Ante esta declaración, Darío exclamó: «¡Mi muy generoso amigo! Tú eres aquel que, cuando yo no poseía todavía poder alguno, me hiciste un regalo; y, aunque fue de poca monta, en cualquier caso a fe que mi agradecimiento es exactamente el mismo que si hoy en día recibiera de cualquier lugar un obsequio importante. En reciprocidad, te voy a dar gran cantidad de oro y de plata, para que jamás te arrepientas de haberle hecho un favor a Darío, hijo de Histaspes».

5 «Majestad —replicó a esto Silosonte—, no me des oro ni plata, simplemente reconquista en mi nombre Samos, mi patria, cuyo poder —tras la muerte de mi hermano Polícrates a manos de Oretes— detenta en la actualidad uno de nuestros esclavos[721], y entrégamela sin derramar sangre ni esclavizarla».

141 Al oír esta petición, Darío envió un ejército al mando de Ótanes, que había sido uno de los siete conjurados, ordenándole que llevara a efecto, en nombre de Silosonte, todo cuanto éste había solicitado. Ótanes, entonces, bajó al mar y preparó la expedición[722].

---

nalidad, hablando la misma lengua; igual que ocurre en Homero con troyanos y griegos.

[721] Un esclavo de Polícrates y del propio Silosonte. Se trata de Meandrio, que había sido secretario de Polícrates (cf. III 123, 1) y, a su muerte, se constituyó en tirano (cf. III 142 y sigs.). Silosonte lo califica despectivamente de siervo, por haber estado al servicio de su hermano, pero Meandrio no era esclavo (cf. III 123, 1, donde se dice que era un ciudadano libre, un *astós*), aunque sí de baja extracción (cf. III 142, 5).

[722] La expedición persa contra Samos respondía a las demandas formuladas por Silosonte a los persas (la historia del manto, sin embargo, es puramente novelesca) para conseguir deponer a Meandrio, que pretendía abolir la tiranía. En la isla había tres partidos políticos: el proletariado, que veía con bue-

Los persas conquistan Samos. Instauración de Silosonte en la tiranía

En Samos quien detentaba la autoridad (pues había recibido el poder de Polícrates a título de regente[723]) era Meandrio, hijo de Meandrio, que pretendió convertirse en el hombre más justo del mundo[724] sin conseguirlo. En efecto, cuando le fue comunicada la muerte de Polícrates, hizo lo siguiente: ante todo, erigió un altar en honor de Zeus *Eleuterio*[725] y, a su alrededor, fijó los límites de ese sagrado recinto[726] que en la ac- 142

(margin numbers: 142 at first line; 2 at "guirlo. En efecto, cuando le fue comunicada la muerte")

nos ojos la existencia de un régimen tiránico de tipo proteccionista; la clase media, representada por Meandrio, que aspiraba a mayores libertades políticas; y una oligarquía, descendiente de la que había gobernado la isla con anterioridad a la tiranía de los Eácidas, y que, tras la muerte de Polícrates, aspiraba a recuperar sus antiguos privilegios (cf. III 143, 1). En general, cf. V. LA BUA, «Sulla conquista persiana di Samo», *Miscellanea greca e romana* 4 (1975), págs. 41 y sigs.

[723] Era frecuente que los tiranos, caso de ausentarse por algún motivo de la ciudad, delegaran su autoridad en una persona de su confianza (cf. III 122, 4), generalmente su secretario. Cf. L. A. JELNICKIJ, «The role of slaves and freedmen in certain types of Greek state administration in the VI and V centuries B. C.» (en ruso, con resumen en inglés), *Vestnik Drevnej Istorii* 122 (1972), págs. 100 y sigs.

[724] Desde la perspectiva de la experiencia política del siglo V a. C., una persona que pretendiese renunciar a la tiranía actuaba «conforme a la justicia» (cf. VII 164, 1, sobre una conducta similar seguida por Cadmo de Cos). Heródoto, por otra parte, sentía una personal aversión hacia la tiranía —la de Lígdamis, en su patria, Halicarnaso, le había acarreado el destierro—; cf. K. H. VATERS, *Herodotus on Tyrants and Desposts*, Wiesbaden, 1971.

[725] Es decir, Zeus Liberador, advocación de la divinidad como protectora de la igualdad de los derechos ciudadanos y de la libertad de una ciudad. Cf. U. VON WILAMOWITZ, *Der Glaube der Hellenen*, I, Berlín, 1931, págs. 225-229; II, 1932, págs. 171-173.

[726] Se trata del *témenos*, término que indicaba el conjunto de edificios (santuario, capillas con exvotos, a veces residencias para los sacerdotes, etc.) y tierras consagrado a una divinidad.

tualidad se encuentra en las afueras de la ciudad. Tras haberlo hecho, convocó acto seguido una asamblea de
3 todos los ciudadanos[727] y les dijo lo siguiente: «Como vosotros bien sabéis, se me ha confiado a mí el cetro y todo el poder de Polícrates. En esta tesitura, se me ofrece, pues, la oportunidad de imperar sobre vosotros. En la medida de lo posible, sin embargo, yo personalmente no voy a hacer lo que en otra persona critico, ya que Polícrates no tenía mi aprobación cuando ejercía un poder absoluto sobre hombres que eran sus iguales, ni la tiene todo aquel que actúa de ese modo. En fin, Polícrates ha consumado su destino, pero yo, por mi parte, pongo el poder en manos de todos y proclamo
4 para vosotros la igualdad de derechos[728]. No obstante, considero de justicia poder contar, a título personal, con las siguientes prerrogativas: que de los bienes de Polícrates me sean asignados seis talentos[729]; y, además de esto, reivindico, para mí personalmente y para mis sucesivos descendientes, el sacerdocio de Zeus *Eleuterio*[730], ya que he fundado por mi cuenta un santuario en su honor y, además, os estoy otorgando la liber-
5 tad». Estas fueron, en suma, las exigencias que Meandrio planteó a los samios; pero uno de ellos se levantó y exclamó: «Pero es que, en cualquier caso, tú, siendo como eres un maldito villano, no eres digno de

---

El *témenos* más famoso de Grecia era el de Olimpia, que recibía el nombre de *Altis*. Cf. E. Williger, *Hagios. Untersuchungen zur Terminologie der Heilig*, Munich, 1922.

[727] Las palabras de Heródoto implican que, durante la tiranía de Polícrates en Samos, habían desaparecido las antiguas distinciones sociales basadas en la alcurnia.

[728] Es decir, la *isonomía*. Cf. *supra* nota III 400.

[729] Aproximadamente, 155,5 kg. de plata.

[730] De esta manera Meandrio se hubiera convertido en una persona inviolable y se hubiera asegurado su posición, en el caso de que el régimen político cambiase, tras haber servido a un tirano (cf. IV 161, 3 y VII 153, 3, para otros casos semejantes).

imperar sobre nosotros; es más, mejor será que des cuenta de los fondos que has administrado».

El que así habló era un ciudadano prestigioso, cuyo nombre era Telesarco[731]. Entonces Meandrio —comprendiendo que, si renunciaba al poder, algún otro se erigiría en tirano en su lugar—, como es natural, desechó por completo la idea de renunciar a él. Es más, al regresar a la acrópolis[732], hizo llamar uno a uno ****** ******[733], so pretexto de que en realidad iba a darles cuenta de los fondos, e hizo prenderlos y encarcelarlos. Pues bien, poco después, mientras estos individuos se hallaban presos, Meandrio cayó enfermo. Y, en la creencia de que iba a morir, su hermano, cuyo nombre era Licareto[734], para conseguir apoderarse con mayor facilidad del gobierno de Samos, hizo asesinar a todos los prisioneros, ya que, al parecer, no querían ser verdaderamente libres. 143 2

144 En fin, el caso es que, cuando los persas llegaron a Samos propiciando el regreso de Silosonte, no sólo no

---

[731] La intervención de este personaje demuestra que la aristocracia samia (Heródoto dice que era un ciudadano de elevada posición) no había renunciado a recobrar las prerrogativas de que había gozado con anterioridad a la tiranía. Cf. C. MOSSÉ, *La tyrannie dans la Grèce antique*, París, 1969, págs. 19-20.

[732] La acrópolis (literalmente, «la ciudad alta»; el lugar que, por su situación, mejores posibilidades de defensa ofrecía en las ciudades griegas) se halla situada, en Samos, en el monte Ampelo, encima del teatro. Cf. E. BUSCHOR, «Samos», *Neue deutsche Ausgrab. im Mittelmeergeb. und im Vord. Orient*, 1959, páginas 197 y sigs.

[733] El texto debe presentar una laguna, pues no es verosímil que Meandrio hiciese llamar a todos los ciudadanos de Samos, sino sólo a aquellos que, presumiblemente, podrían oponérsele en el ejercicio de la tiranía. Hay que sobreentender, pues, «a los personajes más importantes de Samos», o una expresión similar (como se deduce, además, del hecho de que esos ciudadanos fueran posteriormente asesinados).

[734] Posteriormente Licareto fue nombrado por los persas gobernador de la isla de Lemnos. Cf. V 27, 1.

alzó nadie las manos contra ellos, sino que los partidarios de Meandrio, incluido el propio Meandrio, declararon que estaban dispuestos a salir de la isla[735] al amparo de una tregua. Ótanes se avino a estas condiciones y, después de haber concluido una tregua, los persas de mayor rango se hicieron colocar unos sitiales frente a la acrópolis y tomaron asiento.

145 Por cierto que el tirano Meandrio tenía un hermano bastante desequilibrado, cuyo nombre era Carilao. Este sujeto, por cierto delito que sin duda había cometido, se hallaba preso en una mazmorra. Pues bien, resulta que, en aquellos momentos, al oír lo que ocurría, se asomó por una reja de la mazmorra y, cuando vio que los persas estaban sentados tranquilamente, se puso a dar voces y a exclamar una y otra vez que quería man-
2 tener una entrevista con Meandrio. Entonces éste, al oírlo, ordenó que lo pusiesen en libertad y que lo condujeran a su presencia. Y en cuanto compareció ante él, empezó a increpar y a tildar de cobarde a su hermano, tratando de convencerlo para que atacase a los persas, en los siguientes términos: «¡Grandísimo cobarde! ¿A mí, que soy tu propio hermano, y que no he cometido ninguna falta que mereciera la cárcel, me has cargado de cadenas considerándome acreedor al calabozo, y, en cambio, cuando ves que los persas te están expulsando y te están dejando sin casa, no te atreves a desquitarte, pese a que es tan sumamente fácil poder
3 aplastarlos? Ahora bien, si lo que ocurre es que sientes pavor ante ellos, préstame tus mercenarios[736] y yo los castigaré por haber venido hasta aquí; que, en lo que a ti se refiere, estoy dispuesto a facilitarte la salida de la isla».

---

[735] A causa de la matanza de los samios que había ordenado Licareto.

[736] Los mercenarios de que disponía Polícrates (cf. III 45, 3) y que habrían permanecido en Samos al servicio de Meandrio.

Esto fue lo que dijo Carilao; y, por su parte, Meandrio aceptó la proposición, no por haber llegado, creo yo, a tal extremo de insensatez[737] como para suponer que sus fuerzas podrían imponerse a las del rey, sino porque su resentimiento contra Silosonte hubiese sido mayor si éste, sin esfuerzo alguno, hubiera logrado recobrar la ciudad intacta. Pretendía, pues, debilitar lo más posible el poderío samio, mediante una provocación a los persas, y entregar la isla en esas condiciones, pues estaba plenamente seguro de que, si los persas sufrían un atropello, iban a irritarse sumamente con los samios; además, sabía que él tenía asegurada su salida de la isla en el momento en que lo deseara, pues se había hecho construir un pasadizo secreto que llevaba desde la acrópolis hasta el mar[738]. Meandrio, en definitiva, zarpó por su cuenta de Samos, mientras que Carilao proporcionó armas[739] a todos los mercenarios, abrió de par en par las puertas[740] y los lanzó contra los persas, que no sólo no esperaban nada semejante, sino que, como es lógico, creían que todo se hallaba arreglado. Y, en su irrupción, los mercenarios mataron

146

2

3

---

[737] Pues, al contrario que su hermano Carilao, no estaba «bastante desequilibrado».

[738] No se han encontrado restos arqueológicos de este pretendido túnel. Posiblemente, Heródoto se está haciendo eco de una tradición samia que explicaría la huida de Meandrio. Este túnel debe de ser, sin más, el «túnel de Eupalino», que aprovisionaba de agua la ciudad a través del monte Ámpelo y que serviría como salida de emergencia en caso de necesidad. Cf. *supra* nota III 308.

[739] El acuerdo concertado entre Ótanes y Meandrio estipularía sin duda la entrega de las armas por parte de los mercenarios.

[740] Las puertas de la acrópolis, donde estaría establecido Meandrio en compañía de los mercenarios, para evitar la ira de las principales familias de la isla tras el asesinato en masa perpetrado por Licareto (cf. III 143, 2). En la acrópolis habría algún arsenal, del que los persas no tendrían noticia, y de él pudo sacar las armas Carilao.

a los persas que en sus desplazamientos utilizaban li-
4 teras[741], es decir a los de mayor rango. Pero, mientras los mercenarios llevaban a cabo esta masacre, el resto del ejército persa acudió en socorro de los suyos. Los mercenarios, entonces, se vieron apurados y se retiraron, recluyéndose en la acrópolis.

147 Por su parte Ótanes, el jefe de la expedición, al ver el gran revés que habían sufrido los persas, pese a que recordaba las instrucciones que le había encomendado Darío al enviarlo —es decir, que no matara ni esclavizara a ningún samio, y que le entregara a Silosonte la isla a salvo de estragos—, se olvidó de dichas instrucciones, y dio orden a sus soldados de que, sin hacer distinciones, mataran a todo el que cogiesen, fuesen
2 hombres o niños. Una parte de las tropas puso entonces sitio a la acrópolis, mientras que el resto se dedicó a matar a todo el que se ponía por delante, tanto dentro como fuera de los recintos sagrados.

148 Entretanto, Meandrio, tras escapar de Samos, puso proa a Lacedemonia. A su llegada a dicha región, y después de haber hecho subir[742] los bienes que había cogido al partir, actuó como sigue. Mientras sus servi-

---

[741] Esta traducción es la que se ajusta al comentario de los escolios (y quizá a esas literas se refieren los sitiales mencionados al final de III 144). No obstante, también puede traducirse por «mataron a los persas que tenían derecho a hacerse seguir por un portador del escabel», ya que, al igual que el rey, los persas de mayor rango tenían derecho a ser seguidos por su *diphrophóros*, o «portador del escabel», que les servía de asiento y de taburete para subir o bajar del carro. Taburetes de este tipo figuraban, como botín de guerra tomado a los persas, en el *tesoro* de los atenienses en Delfos. Cf. D. B. Thompson, «The Persian Spoil in Athens», *The Aegean and the Near East*, Londres, 1961, págs. 285 y sigs.

[742] Desde la costa laconia hasta Esparta. Probablemente, Meandrio debió de recalar en Gitio, el puerto más importante de Laconia, situado a unos 40 km. al sur de Esparta, a orillas del golfo laconio.

dores limpiaban unas copas de plata y oro que había hecho colocar ostentosamente, él, que en aquel instante se encontraba charlando con Cleómenes, hijo de Anaxándridas, que era rey de Esparta[743], lo condujo hasta su residencia; y cuando Cleómenes vio las copas, se quedó maravillado y perplejo[744]. Entonces Meandrio le invitó a que se llevara todas cuantas quisiera. Pero, pese 2
a que reiteró su ofrecimiento dos o tres veces, Cleómenes procedió con la mayor honradez del mundo[745], ya que no estimó correcto aceptar el regalo que se le hacía; es más, comprendiendo que, si Meandrio hacía su ofrecimiento a otros ciudadanos, conseguiría ayuda[746], se dirigió al encuentro de los éforos[747] y les dijo que,

---

[743] Se trata de Cleómenes I, rey de Esparta entre 525 y 490 a. C. aproximadamente. Pertenecía a la familia de los agíadas y sucedió a su padre en el trono. Durante su reinado, Esparta fue reconocida unánimemente como la primera potencia de Grecia (cf. I 69, 2; I 152; V 49; VI 84; 108; VII 161, 2; VIII 2, 2). Sobre la situación de Esparta bajo Cleómenes, cf. W. W. How, J. Wells, *A commentary on Herodotus*, II, Oxford, 1968 (= 1928), apéndice XVII, págs. 347-353.

[744] La austeridad espartana era tradicional, de ahí que a los lacedemonios les llamara la atención todo aquello que fuera lujoso y refinado (cf. I 152, 1). En Esparta, además, no circulaban los metales preciosos (cf. *supra* nota III 286).

[745] La incorruptibilidad de Cleómenes era proverbial. Cf. V 51.

[746] El episodio de Meandrio en Esparta debe de tener un origen lacedemonio, ya que no es verosímil que aquél pretendiera recabar la ayuda espartana para regresar a Samos e implantar de nuevo la tiranía (cosa que, además, estaría en contradicción con lo que Heródoto ha contado en III 142).

[747] Los éforos, o «inspectores» (de *ephoráō)*, constituían un colegio de cinco magistrados que, a partir de unas atribuciones limitadas, llegaron a convertirse en los verdaderos amos de Esparta. Su misión consistía en velar por el mantenimiento de la constitución y las buenas costumbres; de ahí que ejercieran una estrecha vigilancia que coartaba la libre iniciativa de reyes, jefes militares y gerontes (ancianos o «senadores»). En general, cf. A. Andrewes, «The Government of classical Sparta», *Ancient Society and Institutions...*, págs. 8 y sigs.

en bien de Esparta, era mejor que el extranjero samio saliera del Peloponeso, para evitar que intentara inducirle, a él o a cualquier otro espartiata [748], a proceder mal. Los éforos atendieron su indicación y, mediante un heraldo, decretaron la expulsión de Meandrio.

149 Por su parte, los persas, después de haber limpiado Samos mediante una redada [749], se la entregaron a Silosonte yerma de habitantes [750]. Sin embargo, tiempo después, su general —el propio Ótanes— ayudó a repoblarla [751] a consecuencia de una visión que tuvo en sueños y de una enfermedad que le afectó los genitales.

Sublevación de Babilonia y reconquista de esta ciudad gracias al ardid del persa Zópiro

150 Por las fechas en que se ponía en marcha la expedición naval contra Samos, se sublevaron los babilonios [752], que estaban muy bien preparados; pues, durante el gobierno del mago y la rebelión de los siete, a lo largo, digo, de todo ese período, incluido el de des-

[748] Frente al término *espartano*, que se refiere en general al habitante de la ciudad de Esparta, con independencia de su situación social, *espartiata* alude a los miembros de la clase dominante, descendientes de los antiguos inmigrantes dorios.

[749] La limpieza de un territorio mediante una «redada» era un procedimiento táctico típicamente persa. Cf. VI 31, 2 para la descripción de esta operación, que en este caso parece estar en contradicción con lo que el historiador ha dicho en III 147 sobre la matanza general de samios llevada a cabo por los persas. H. STEIN, *Herodoti Historiae*, III..., pág. 156, piensa que se trata de una glosa.

[750] Sin embargo, según ESTRABÓN (XIV 1, 17), el despoblamiento de Samos se debió a la dureza de la tiranía de Silosonte.

[751] De hecho, en el año 494 a. C., Samos estaba en disposición de equipar 60 trirremes (cf. VI 8, 2).

[752] En realidad, durante el reinado de Darío, se produjeron en Babilonia dos sublevaciones. La primera comenzó el 3 de octubre del año 522 a. C. (Darío, pues, miente al decir que Babilonia permaneció fiel al comienzo de su reinado; cf. G. CAMERON, «Darius and Xerxes in Babylonia», *American Journal*

orden[753], se estuvieron preparando para un asedio; y cabe deducir que lo hicieron sin ser descubiertos.

Y cuando se sublevaron abiertamente, hicieron lo siguiente: sin contar a sus madres, ya que las dejaron al 2

---

of Semitic Languages and Literatures 58 [1941], págs. 316 y sigs.), cuatro días después del asesinato de Bardiya y coincidiendo con otras sublevaciones que tuvieron lugar en el imperio. Fue acaudillada por *Nidintu-Bel*, que adoptó el nombre de Nabucodonosor III y se declaraba hijo de *Nabu-naid* (= Nabonido; cf. *supra* nota I 481). El texto de la *Inscripción de Behistun* (§§ 16 y siguientes) dice: «Después de haber matado yo personalmente a Gaumata, el mago, hubo un hombre, llamado *Atrina*, hijo de Upadarna, que se sublevó en Susiana. Este sujeto dijo así a la gente: 'yo soy el rey de Susiana'. Los habitantes de Susiana se sublevaron; se pasaron al tal Atrina. Era rey de Susiana. Posteriormente, hubo un hombre, un babilonio, llamado *Naditabira*, hijo de Aina, que se sublevó en Babilonia. También él engañó a las gentes: 'yo soy Nabukudracara, dijo, el hijo de Nabunita'. Entonces el pueblo babilonio apoyó decididamente a Naditabira. Babilonia se sublevó y él se hizo con el dominio de Babilonia». A los dos meses de su sublevación, Darío, tras haberlo vencido en dos batallas, se apoderó de Babilonia y le dio muerte. El 22 de diciembre del año 522 a. C. Babilonia era datada, en las tablillas, «en el año del comienzo del reinado de Darío, rey de Babilonia, rey de los países». Cf. R. A. PARKER, W. H. DUBBERSTEIN, *Babilonian Chronology...*, páginas 13 y sigs. La segunda sublevación tuvo lugar en septiembre del año 521 a. C. y fue acaudillada por *Arakha*, que, según la *Inscr. Beh.* (§§ 49-50), era un armenio que adoptó el nombre de Nabucodonosor IV. Fue capturado en noviembre por Vindafarnah (= Intafrenes), uno de los siete conjurados contra el mago, y murió en Babilonia. Cf. A. POEBEL, «Chronology of Darius first year of reign», *American Journal of Semitic Languages and Literatures* 55 (1938), págs. 142 y sigs.; y 285 y sigs.

[753] Heródoto, pues, sitúa la sublevación de Babilonia con posterioridad al «período de desorden»; es decir, a las sublevaciones del imperio a que tuvo que hacer frente Darío. Ello, unido a la 'cronología' que da el propio historiador (tras varios sucesos que ha narrado desde la ascensión de Darío al trono) y al largo asedio que, según Heródoto, tuvo que sostener Darío, ha llevado a pensar en dos posibles soluciones para explicar

margen, cada babilonio escogió por su cuenta a la mujer de su familia que quiso —a una sola—; y a todas las demás las reunieron y las estrangularon (a la mujer en cuestión cada cual la escogía exclusivamente para

---

los desajustes entre las sublevaciones conocidas de Babilonia y el relato del historiador: 1. Quizá se trate de una tercera sublevación de Babilonia ocurrida en tiempos de Darío —aunque la hipótesis no es probable—, ya que, además de la permanente tendencia que los babilonios mostraban a rebelarse, según Polieno, *Strategemata* VII 12, la estratagema que empleó Zópiro para apoderarse de Babilonia imitaba la de un tal Risaces, quien, con ocasión de una campaña de Darío contra los sacas, se ganó la confianza del rey enemigo, mutilándose personalmente. Como en la *Inscripción de Behistun* no se mencionan operaciones militares contra los sacas más que en la segunda parte de la misma —en una columna añadida con posterioridad a septiembre del año 520 a. C., fecha de su erección—, donde se relatan sucesos posteriores a esa fecha, de haberse producido en tiempos de Darío una sublevación de las características que menciona Heródoto, no pudo ser más que una tercera, distinta de las acaudilladas por Nidintu-Bel y Arakha (cf. F. H. Weissbach, *Die Keilinschriften der Achämeniden...*, pág. LXXIII). 2. La revuelta de que habla Heródoto es en realidad —eso es lo que opinan la mayoría de los historiadores— la que tuvo lugar en el año 478 a. C., en tiempos del reinado de Jerjes. Las razones para sustentar semejante afirmación son, fundamentalmente, las siguientes: a) Ctesias *(Persiká* 22) afirma que la estratagema de Zópiro fue obra de su hijo Megabizo (hay problemas, sin embargo, para aceptar su testimonio, pues Zópiro fue gobernador de Babilonia) y que la toma de la ciudad fue dirigida por Jerjes. b) Un asedio de veinte meses (cf. III 153, 1) no hubiera podido ser registrado en la *Inscr. Beh.* por falta material de tiempo. c) La crueldad del rey persa (cf. III 159, 2) parece adecuarse a la personalidad de Jerjes, que podía obrar así por tener sólidamente establecida su monarquía. Darío, por su parte, fue siempre partidario de medidas conciliadoras. Con todo, la solución a este problema puede residir en la historia de Zópiro, que es una leyenda popular persa, cuyo contenido no se basa en un acontecimiento determinado (en este caso, la toma de Babilonia, corresponda a cualquiera de sus sublevaciones, sería «el telón de fondo»).

que le prepara la comida[754]). Y estrangularon a las mujeres para evitar que consumieran sus provisiones.

151 Entonces Darío, informado de ello, reunió todas sus fuerzas y marchó contra ellos. Condujo, pues, sus tropas contra Babilonia y puso sitio a sus habitantes, que no sentían ninguna preocupación por el asedio. En efecto, subiendo a los baluartes de la muralla[755], los babilonios bailoteaban en son de mofa y se burlaban de Darío y de su ejército; y uno de ellos pronunció esta 2
frase: «Persas, ¿por qué permanecéis aquí sin hacer nada y no os marcháis? Pues sólo lograréis rendirnos cuando puedan parir las mulas». Esto fue lo que dijo un babilonio, en la creencia de que una mula no podría parir nunca[756].

152 Transcurrido ya un año y siete meses, Darío se desesperaba, y, con él, todo el ejército, por su incapacidad para rendir a los babilonios. Y eso que contra ellos Darío había empleado todo tipo de estratagemas y

---

[754] Una medida similar —aunque sin la crueldad de matar a las restantes— a la adoptada tiempo después por los plateos, cuando en 427 a. C. fueron sitiados por peloponesios y tebanos. Cf. Tucíd., II 78, 3.

[755] Sobre la muralla de Babilonia —que tenía una anchura que permitía el paso de una cuádriga—, cf. I 179.

[756] Aristóteles, *De gen. anim.* II 8, afirma la infecundidad de las mulas (aunque, en *Hist. anim.* VI 24, sostiene que las de Siria —en una zona relativamente próxima a Babilonia— podían parir). Lo normal es que el producto de un cruzamiento entre asno y yegua, o caballo y burra, sea un animal infecundo. No obstante, hay excepciones. Se sabe, por ejemplo, que una mula tuvo un potrillo en Roma en 1527. Y más extraordinario aún es el caso de otra acémila que, en 1762, parió en Valencia, trayendo luego al mundo cuatro jacos más. De todos modos, eso es muy raro. No es de extrañar, pues, que en la antigüedad se concediera carácter de presagio a un suceso tan infrecuente (cf. *infra* VII 57, 2, para un caso todavía más sorprendente sobre el parto de una mula).

todo tipo de tácticas[757]; pero ni aun así podía reducirlos, a pesar de que, entre otras estratagemas que había intentado, también lo intentó, en concreto, con aquélla, merced a la cual Ciro los había reducido[758]. Pero el caso es que los babilonios estaban tenazmente en guardia y no era capaz de rendirlos.

153 En esta tesitura, al cabo de veinte meses, a Zópiro, hijo de Megabizo —aquel personaje que había formado parte de los siete hombres que derrocaron al mago[759]—, a Zópiro, digo, un hijo del tal Megabizo, le sucedió el siguiente prodigio: parió una de las mulas que tenía para transportar grano. Cuando se le comunicó la noticia y Zópiro, que no se lo creía, vio el potrillo con sus propios ojos, prohibió a quienes lo habían visto que contaran a nadie lo sucedido, y se puso a reflexio-
2 nar. Y remitiéndose a las palabras del babilonio aquel que, al principio del asedio, había dicho que sólo cuando parieran las mulas podría tomarse la plaza, remitiéndose, repito, a esa profética frase, Zópiro pensó que la toma de Babilonia ya era factible, pues, a su juicio, las palabras del babilonio y el parto de su mula respondían a un designio divino[760].

154 Como se le antojaba, pues, que la toma de Babilonia estaba ya determinada por el destino, se fue a ver a

---

[757] O bien, «todo tipo de artefactos de guerra». Pero es preferible la primera traducción, dado el incipiente carácter de la poliorcética en esa época. El medio más usual de atacar una ciudad sitiada consistía en el empleo de terraplenes (cf. I 162, 2) y de minas (cf. IV 200, 2-4), cosa que no era posible en este caso por las dimensiones del muro de Babilonia, que, de acuerdo con las medidas que da Heródoto en I 178, 3, tenía una altura de casi 39 m. y una anchura de 25. Y, además del muro, un foso, profundo y ancho, lleno de agua, circundaba la ciudad.

[758] Cf. *supra* I 191.

[759] Cf. III 70, 2.

[760] Cf. Livio, V 15, para una profecía similar durante el asedio de la ciudad de Veyes.

Darío[761], informándose de si tenía muchísimo empeño en apoderarse de Babilonia. Y al averiguar que le concedía mucha importancia, volvió a considerar la cuestión, decidido a ser él quien tomase la plaza y a que la gesta fuese obra suya[762], ya que entre los persas las gestas importantes proporcionan, por la mucha consideración de que gozan, una mayor grandeza[763].

Pues bien, llegó a la conclusión de que, si no era 2
mutilándose y pasándose a los babilonios, no había medio alguno de poder someter la ciudad. Entonces, sin concederle importancia[764], se infligió una espantosa mutilación; en efecto, se cortó la nariz y las orejas; se rapó ignominiosamente el cabello y se dio de latigazos, compareciendo luego ante Darío.

Éste, al ver mutilado a un personaje del mayor ran- **155**
go, se sintió sumamente contrariado; y, saltando de su trono, se puso a dar voces y le preguntó quién era el
que lo había mutilado y por qué motivo. «Exceptuán- 2
dote a ti —respondió Zópiro—, a fe que no existe el hombre que posea la suficiente autoridad para haberme tratado de este modo; y tampoco lo ha hecho un extranjero, majestad; todo lo contrario, me lo he hecho yo con mis propias manos, porque considero una infa-
mia que los asirios[765] se burlen de los persas». «¡Gran- 3

---

[761] Zópiro, que pertenecía a una de las familias más insignes de Persia, sería a la sazón un hombre joven, y de ahí que no figurara entre las tropas de Darío que asediaban Babilonia (pues los persas no estaban obligados a tomar las armas hasta los veinticinco años; cf. JENOFONTE, *Ciropedia* I 2, 13).

[762] Es decir, dispuesto a ser el artífice del plan y el ejecutor material del mismo.

[763] Pues a sus autores se les incluía en la lista de «bienhechores» del rey (cf. *supra* nota III 718; y *Ester* VI 3).

[764] Sobre el significado de las mutilaciones corporales en Persia, cf. notas III 348 y 608.

[765] Bajo el nombre de Asiria, Heródoto entiende todo el territorio comprendido entre la meseta de Irán, Armenia y el de-

dísimo temerario! —replicó Darío—, al afirmar que te has desfigurado espantosamente por causa de los sitiados, has investido del nombre más hermoso a la acción más denigrante. Pero, insensato, ¿por qué van a rendirse antes los enemigos ahora que estás mutilado? ¿Cómo no vas a haber perdido el juicio, si te has des-
4 truido a ti mismo?». «Si te hubiese confiado lo que pensaba hacer —contestó Zópiro— no me hubieses dejado; por eso actué bajo mi propia responsabilidad. Pero, en fin, si por ti no queda, no tardaremos en tomar Babilonia, pues yo, tal como estoy, disertaré a la plaza y diré a los babilonios que he sufrido estas vejaciones por orden tuya. Y creo que, si logro convencerlos de
5 que ello es así, obtendré el mando de un ejército. Tú, por tu parte, una vez transcurridos diez días desde el momento en que yo haya entrado en la plaza, sitúa frente a las llamadas puertas de Semíramis mil hombres pertenecientes al cuerpo de tu ejército cuya pérdida no te cause desazón alguna. Posteriormente, cuando hayan transcurrido siete días más, hazme el favor de volver a apostar otros dos mil frente a las puertas llamadas de los niniveos. Deja pasar entonces veinte días más[766] y, acto seguido, lleva a otros cuatro mil frente a las puertas llamadas de los caldeos y sitúalos allí. Y que ni los precedentes ni estos últimos tengan más armas defensivas que sus puñales; ese medio de
6 defensa deja, sin embargo, que lo tengan. Y al día siguiente, ordena sin más demora al resto del ejército

---

sierto arábigo, por lo que también está incluida Babilonia. Cf. *supra* nota III 478.

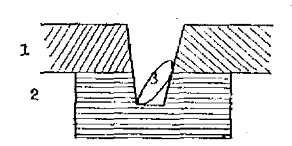
[766] Literalmente: «cuando hayan transcurrido siete días más a contar desde el décimo», y «deja pasar entonces siete días a partir del séptimo». Lingüística y vitalmente, Heródoto responde a los rasgos del arcaísmo griego —la *Historia* es la primera obra griega en prosa que se ha conservado—, que fija su atención en los datos primarios y elementalmente perceptibles; de ahí toda ausencia de mentalidad abstracta.

que se lance contra la muralla por todas partes, pero hazme el favor de apostar a los persas frente a las puertas llamadas Bélides y Cisias[767]. Pues me figuro que, en virtud de las grandes gestas que habré llevado a cabo, los babilonios, entre otras cosas, me confiarán hasta los pasadores de las puertas[768]. Momento será entonces de que tanto yo como los persas nos cuidemos de obrar en consecuencia.»

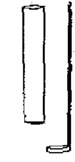
---

[767] A partir de E. Unger, *Babylon, die heilige Stadt, nach der Beschreibung der Babylonier*, Berlín, 1931, gráfico 57, las puertas mencionadas por Heródoto pueden identificarse con las siguientes: la puerta de Semíramis es la de *Isthar,* al norte de la ciudad; la puerta de los caldeos, la de *Enlil,* al sur (de ella partía el camino que conducía a Caldea, región situada a orillas del golfo pérsico); la puerta de Belo —o «puertas Bélides»— es la de *Marduk,* conocido también como Belo (Baal); mientras que la puerta de Cisia (por donde se iba al país de *Kish)* es la de *Zabada;* ambas situadas al este. Cf. O. E. Ravn, *Hérodots beskrivelse af Babylon = Herodotus Description of Babylon* [trad. inglesa M. Tovborg-Jensen], Copenhague, 1942, págs. 38 y sigs. La puerta de los niniveos podría ser la puerta de *Sin,* al norte de la ciudad, desde la que comenzaba la ruta que llevaba hasta Ninive.

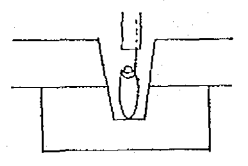
[768] El pasador de una puerta consistía en un gancho con el que se podía extraer el fiador de la cerradura de la barra en que estaba colocado (cf. Tucíd., II 4, 3). Cf. A. Dain, *Énée le Tacticien. Poliorcétique,* París, 1967, gráfico II, que ofrece la siguiente representación:



1. Barra superior
2. Barra inferior
3. Fiador de la puerta



Partes integrantes del pasador



Maniobra de apertura

156 Tras haber dado estas instrucciones, se dirigió hacia las puertas, girándose constantemente[769], como si en realidad se tratase de un verdadero desertor. Al verlo desde las torres, los que estaban apostados en ese lugar bajaron corriendo abajo y, entreabriendo ligeramente una hoja de la puerta, le preguntaron quién era y con qué objeto venía. Él, entonces, les dijo que era Zópiro
2 y que se pasaba a su bando[770]. Como es natural, los guardias de la puerta, al oír sus palabras, lo condujeron ante la asamblea de los babilonios[771]. Y una vez en presencia de dicho organismo, empezó a lamentarse, alegando haber sufrido por orden de Darío lo que había sufrido por voluntad propia, y explicando que había sufrido aquel trato por haberle aconsejado retirar el ejército, en vista de que, por el momento, no se vislum-
3 braba medio alguno de tomar la plaza. «Y héme aquí ahora, babilonios —prosiguió diciendo—, como vuestro mejor aliado y el peor azote para Darío y su ejército, pues a fe que, después de haberme mutilado a mí de este modo, no se irá sin su merecido, ya que conozco todos los pormenores de sus planes». Tales fueron sus palabras.

157 Entonces los babilonios, al ver a un personaje del mayor rango entre los persas privado de su nariz y de

---

[769] O, si se admite la adición <*pollá*> de Van Herwerden, la traducción sería: «corriendo en zig-zag», que resultaría una actitud más convincente ante la reacción que pudiesen tener los sitiados.

[770] Todo este episodio sobre la toma de Babilonia nos muestra plenamente la verdadera esencia de Heródoto, que no se preocupa por problemas de tipo económico, militar o político, y que todo lo cifra en una atención al detalle anecdótico, a lo personal y lo novelesco, en el marco de la gracia de los narradores jonios previa al racionalismo.

[771] Heródoto se expresa como si en Babilonia existiese un régimen democrático. Las sublevaciones de la ciudad durante el reinado de Darío estuvieron, sin embargo, acaudilladas por un rey.

sus orejas, y cubierto de arriba a abajo de verdugones y de sangre, en la plena convicción de que decía la verdad y de que había llegado para cooperar con ellos, se mostraron dispuestos a concederle lo que les pedía (les pedía un ejército). Y cuando vio satisfecha su petición 2
por parte de los babilonios, hizo exactamente lo que había acordado con Darío. En efecto, a los diez días, realizó una salida con sus huestes de babilonios y, tras rodear a los primeros mil hombres que, de acuerdo con sus indicaciones, había apostado Darío, acabó con ellos.

Los babilonios, al comprobar que Zópiro conseguía 3
que los hechos respondiesen a sus palabras, se hallaban sumamente rebosantes de alegría y, como era de esperar, se mostraron dispuestos a obedecerlo en todo. Él, entretanto, dejó pasar los días convenidos, seleccionó un contingente de babilonios[772], y, en una segunda salida que efectuó, acabó con los dos mil soldados de Darío. Al ver esta nueva hazaña, todos los babilonios 4
tenían, con sus elogios, el nombre de Zópiro en los labios. Él, por su parte, dejó pasar una vez más los días convenidos, condujo sus tropas al lugar fijado de antemano y, tras rodear a los cuatro mil hombres, acabó con ellos. Al conseguir esta nueva gesta, Zópiro, como es natural, lo era todo entre los babilonios, de ahí que lo nombraran jefe del ejército y guardián de las murallas.

Pero, en el momento en que Darío, según lo conve- 158
nido, se lanzó al asalto en toda la extensión del recinto amurallado, fue cuando Zópiro puso al descubierto toda la trampa. En efecto, mientras los babilonios, subidos a la muralla, trataban de rechazar el ataque del ejército de Darío, Zópiro abrió de par en par las puertas llamadas Cisias, así como las Bélides, y facilitó a los

[772] Para que, al atacar con tropas de élite, la victoria pareciese totalmente real y no preparada de antemano.

2 persas la entrada en la plaza. Entonces aquellos babilonios que vieron lo ocurrido huyeron hacia el santuario de Zeus *Belo*[773], en tanto que todos los que no lo vieron permanecieron en sus respectivos puestos, hasta que, al cabo, también ellos comprendieron que habían sido traicionados.

159 Así es, en suma, como por segunda vez fue tomada Babilonia[774]. Por su parte Darío, tras haber reducido a los babilonios, hizo, ante todo, desmantelar su muralla y arrancar todas las puertas[775] (pues, cuando Ciro tomó Babilonia por vez primera[776], no había adoptado ni una ni otra medida); luego, Darío hizo empalar a los cabecillas, unos tres mil hombres aproximadamente[777], y

---

[773] El santuario de *Bel-Marduk*, dios supremo del sincretismo religioso babilonio. Su templo, que se hallaba en la orilla oriental del Eufrates, recibía el nombre de *Esagila* («La Mansión del Techo Elevado») y ocupaba un cuadrilátero de 458 por 312 m. Cf. O. E. Ravn, *Herodotus Description of Babylon...*, páginas 62 y sigs.; y *supra* I 181-183.

[774] La artimaña que Heródoto atribuye a Zópiro en esta conquista de Babilonia por parte de Darío, la atribuye Ctesias (*Persiká* 22) a Megabizo, el hijo de Zópiro, que la llevó a cabo por su deseo de vengar la muerte de su padre, que era gobernador de Babilonia, con ocasión de la sublevación de la ciudad contra Jerjes en 478 a. C.

[775] El recinto interior de Babilonia (cuya longitud era de 8,35 km.) se componía de dos muros paralelos, distantes entre sí 7,2 m. El muro interior (llamado *Imgur-Bel*, «Bel ha sido propicio»), con una anchura de 6,5 m.; y el muro exterior (*Nimitti-Bel*, «Erigido por Bel»), con una anchura de 3,7 m. El conjunto formaba una muralla de 17,4 m. de anchura; más estrecha, sin embargo, que el recinto exterior, de 26,8 m. de ancho. Ante todo ello, y como Heródoto indica que Darío mandó arrancar todas las puertas, es indudable que el desmantelamiento de la muralla no debió de ser completo. Darío se contentaría con minar el valor defensivo del muro, abriendo brechas en diferentes lugares y destruyendo los baluartes.

[776] Cf. I 188 y sigs.

[777] A partir de las noticias que proporciona el historiador, puede afirmarse que esta toma de Babilonia por Darío no pa-

entregó la ciudad al resto de los babilonios para que vivieran en ella.

Y en previsión de que sus habitantes dispusieran de 2
mujeres, para que, con el tiempo, tuvieran descendencia (pues, tal como he indicado al principio[778], los babilonios habían estrangulado a las suyas, velando por la cuestión del aprovisionamiento), Darío hizo lo siguiente: ordenó a los pueblos vecinos —fijándole a cada uno de ellos un número determinado— que llevaran mujeres a Babilonia, de manera que se reunió un total de cincuenta mil mujeres. Así que los actuales babilonios descienden de dichas mujeres.

A juicio de Darío, por otra parte, ningún persa, ni 160
entre los que vivieron posteriormente[779] ni entre los que lo habían hecho antes, superó a Zópiro en su bizarra gesta, con la única excepción de Ciro; pues con este último jamás ha osado compararse ningún persa[780]. Y, según cuentan, Darío manifestó en repetidas ocasiones la siguiente opinión: que, antes que agregar a sus dominios veinte Babilonias, además de la que poseía, preferiría que Zópiro no hubiera sufrido aquella

---

rece responder a un solo hecho. Las demoliciones llevadas a cabo en la muralla explicarían, por ejemplo, el rápido éxito que obtuvo Intafrenes al aplastar la sublevación de *Arakha*. Es decir, que esta medida pudo responder, teóricamente, a la sublevación de *Nidintu-Bel*, en 522 a. C. En cambio, el castigo de los principales responsables de la sublevación parece adecuarse mejor a la segunda sublevación, a la de *Arakha*, en 521 a. C., pues en la *Inscr. Beh.* (§ 50) se lee: «Entonces di la orden: el tal Arakha y aquellos que habían sido sus más leales partidarios fueron empalados en Babilonia». Cf. *supra* nota III 753.

[778] Al principio de la digresión sobre la sublevación de Babilonia en tiempos de Darío. Cf. III 150, 2.

[779] Es decir, aquellos que, durante el reinado de Darío, pero con posterioridad a la toma de Babilonia, llevaron a cabo meritorias acciones.

[780] Sobre la alta consideración que entre los persas tenía Ciro, cf. JENOFONTE, *Ciropedia* I 2, 1.

2 ignominia. En consecuencia, le dispensó grandes honores; en efecto, todos los años le concedía aquellos presentes que más preciados son entre los persas[781]; asimismo, le concedió de por vida la administración de Babilonia libre de tributos[782], y le confirió además otras muchas mercedes.

Y por cierto que hijo del mencionado Zópiro fue Megabizo, el que en Egipto mandó las tropas que se enfrentaron a los atenienses y sus aliados[783]. E hijo de dicho Megabizo fue Zópiro, el que desertó a Atenas, abandonando a los persas[784].

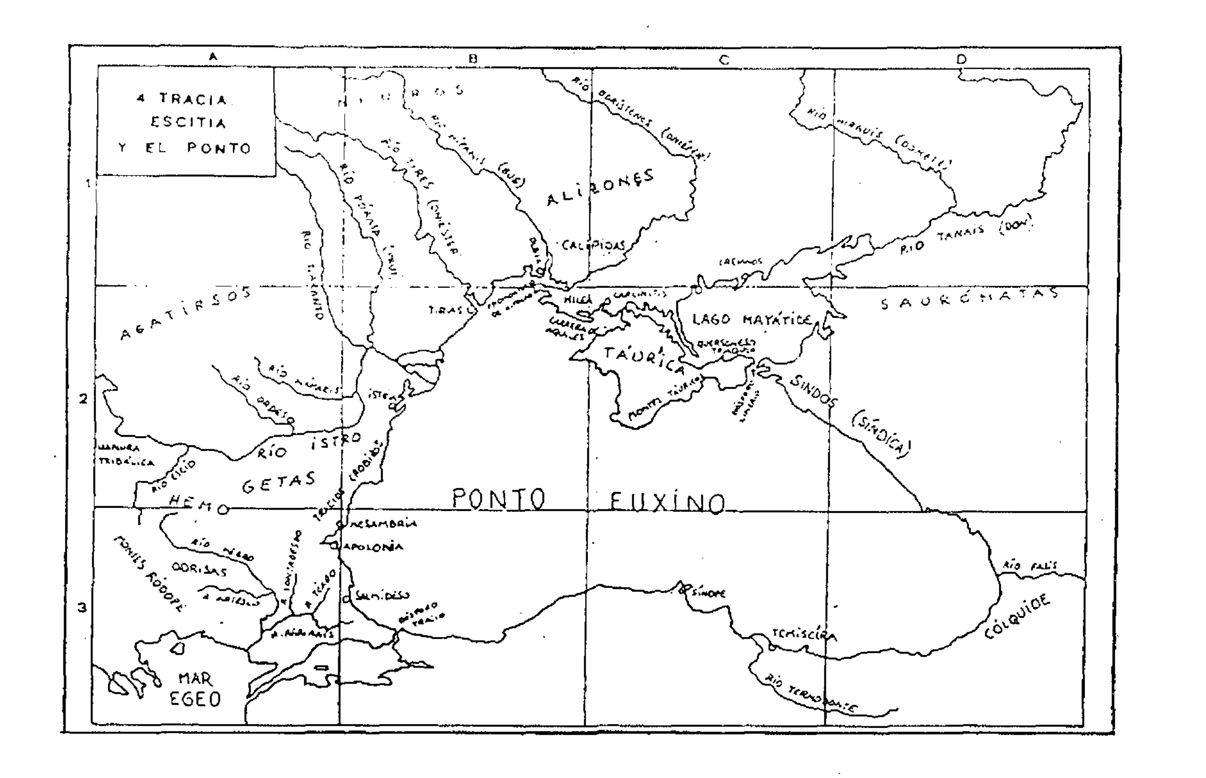
---

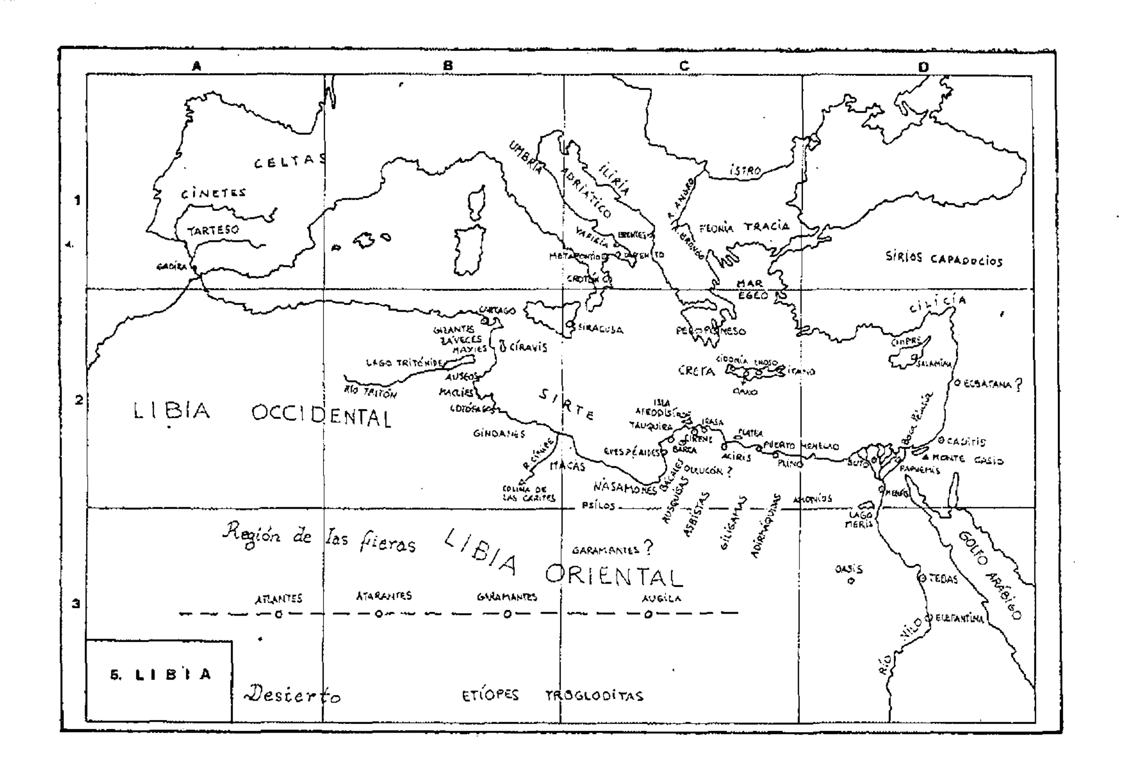
[781] Cf. *supra* nota III 421.

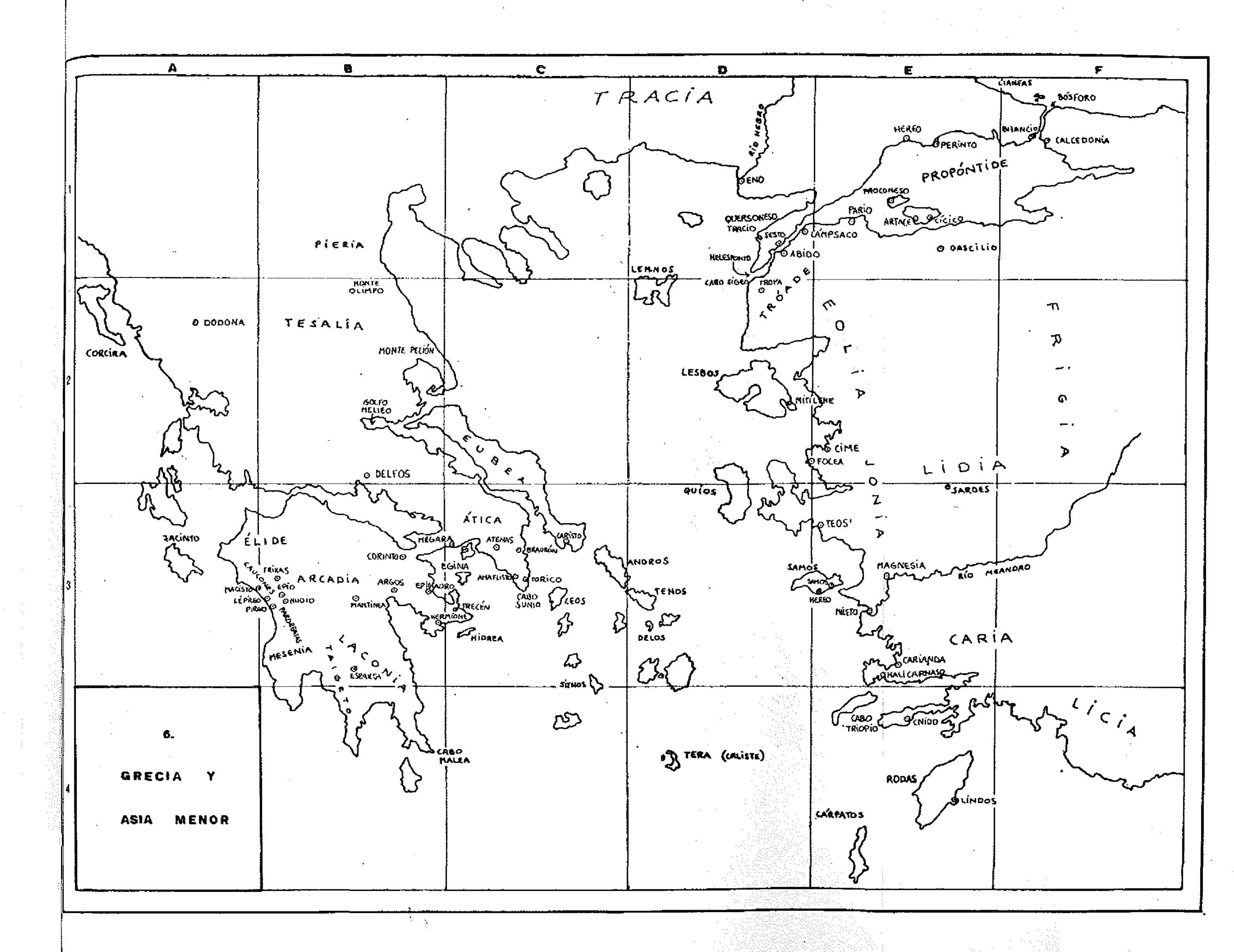
[782] Como Babilonia tributaba mil talentos al año (cf. III 92, 1), esta prerrogativa concedida a Zópiro se debe de referir a algún tipo de impuesto especial al margen de dicha suma. Cf. *supra* nota III 603.

[783] En 454 a. C. (o tal vez 458), Megabizo venció a los atenienses en Egipto, cuando éstos prestaban ayuda al libio Ínaro, que se había sublevado contra Artajerjes, dentro de los planes de la liga delo-ática, por entonces arduamente empeñada en su lucha contra los persas. Cf. *supra* nota III 87; y Tucíd., I 109-110.

[784] La deserción de Zópiro se debió a las constantes diferencias que su padre Megabizo había mantenido con Artajerjes, fundamentalmente porque el rey, a instancias de su madre (ya que el hermano de Jerjes, Aquémenes, había muerto en Egipto a manos de Ínaro; cf. III 12, 4), había hecho matar al rebelde libio y a los prisioneros griegos que le había enviado desde Egipto Megabizo, a pesar de que éste les había prometido que sus vidas serían respetadas (cf. Ctesias, *Persiká* 66-72). Sobre la actividad de Zópiro en favor de Atenas y su posterior muerte en la ciudad caria de Cauno, cf. R. Meiggs, *The Athenian Empire,* Oxford, 1972, págs. 436-437.


4 TRACIA
ESCITIA
Y EL PONTO
A
B
C
D
1
2
3
RÍO BORÍSTENES (DNIÉPER)
RÍO HÍPANIS (BUG)
RÍO TIRES (DNIÉSTER)
ALIZONES
CALÍPIDAS
RÍO TANAIS (DON)
SAURÓMATAS
AGATIRSOS
TIRAS
HILEA
LAGO MAYÁTIDE
TÁURICA
SINDOS
(SÍNDICA)
ÍSTROS
RÍO ISTRO
GETAS
HEMO
PONTO EUXINO
MESAMBRIA
APOLONIA
SALMIDESO
RÍO NESO
DORISAS
MONTES RÓDOPE
MAR
EGEO
RÍO FASIS
SÍNOPE
TEMISCIRA
CÓLQUIDE
RÍO TERMODONTE
RÍO CICIO
LLANURA
TRIBÁLICA


A
B
C
D
1
2
3
CELTAS
CINETES
TARTESO
GADIRA
UMBRÍA
ADRIÁTICO
ILIRIA
VAPIRIA
METAPONTIO
TARENTO
CROTÓN
ISTRO
FEONIA
TRACIA
MAR EGEO
SIRIOS CAPADOCIOS
CILICIA
CHIPRE
SALAMINA
ECBATANA ?
CARTAGO
GIZANTES
ZAVECES
MAXIES
CÍRAVIS
SIRACUSA
PELOPONESO
CRETA
CIDONIA
CNOSO
ITANO
OAXO
LAGO TRITÓNIDE
RÍO TRITÓN
AUSEOS
MACLIES
LOTÓFAGOS
GINDANES
SIRTE
ISLA AFRODISÍAS
IRASA
TAUQUIRA
CIRENE
BARCA
EVESPÉRIDES
PLATEA
PUERTO MENELAO
ACIRIS
PLINO
CASITIS
MONTE CASIO
PAPREMIS
BUTO
MENFIS
ITACAS
COLINA DE LAS CARITES
NASAMONES
PSILOS
BACALES
AUSQUISAS
ASBISTAS
GILIGAMAS
ADIRMAQUIDAS
AMONIOS
LAGO MERIS
OASIS
TEBAS
ELEFANTINA
RÍO NILO
GOLFO ARÁBIGO
LIBIA OCCIDENTAL
Región de las fieras
LIBIA ORIENTAL
GARAMANTES ?
ATLANTES
ATARANTES
GARAMANTES
AUGILA
5. LIBIA
Desierto
ETÍOPES
TROGLODITAS



A
B
C
D
E
F
1
2
3
4
TRACIA
RÍO HEBRO
ENO
CIANEAS
BÓSFORO
HEREO
PERINTO
BIZANCIO
CALCEDONIA
PROPÓNTIDE
PROCONESO
PARIO
ARTACE
CÍCICO
DASCILIO
QUERSONESO TRACIO
SESTO
LÁMPSACO
ABIDO
HELESPONTO
CABO SIGEO
TROYA
TRÓADE
LEMNOS
PIERIA
MONTE OLIMPO
TESALIA
DODONA
CORCIRA
MONTE PELIÓN
GOLFO MELIEO
EUBEA
DELFOS
LESBOS
MITILENE
EOLIA
FRIGIA
CIME
FOCEA
LIDIA
SARDES
QUÍOS
JONIA
TEOS
ZACINTO
ÉLIDE
ÁTICA
MEGARA
ATENAS
BRAURÓN
CARISTO
CORINTO
EGINA
ARCADIA
FRIXAS
CAUCONES
EPÍO
MACISTO
LÉPREO
PIRGO
NUDIO
PARORÉATAS
ARGOS
EPIDAURO
MANTINEA
ANAFLISTO
TORICO
CABO SUNIO
TRECÉN
HERMÍONE
HIDREA
CEOS
ANDROS
TENOS
DELOS
SAMOS
HEREO
MAGNESIA
RÍO MEANDRO
MILETO
CARIA
MESENIA
LACONIA
TAIGETO
ESPARTA
SIFNOS
CARIANDA
HALICARNASO
CABO TRIOPIO
CNIDO
LICIA
CABO MALEA
TERA (CALISTE)
RODAS
LINDOS
CÁRPATOS
6.
GRECIA Y ASIA MENOR

ÍNDICES

ÍNDICE DE NOMBRES

Para la localización de los topónimos en los respectivos mapas, los nombres geográficos y los étnicos van seguidos, tras la mención del pasaje en que aparecen, de un número que hace referencia a cada uno de los mapas (1 = Las satrapías de Darío; 2 = Escitia según Heródoto; 3 = La configuración del mundo según Heródoto; 4 = Tracia, Escitia y el Ponto; 5 = Libia; 6 = Grecia y Asia Menor), con indicación de su situación en ellos.

En este índice de nombres se han omitido los gentilicios que designan a *griegos* y *persas* por su elevado índice de frecuencia.

ÍNDICE GENERAL